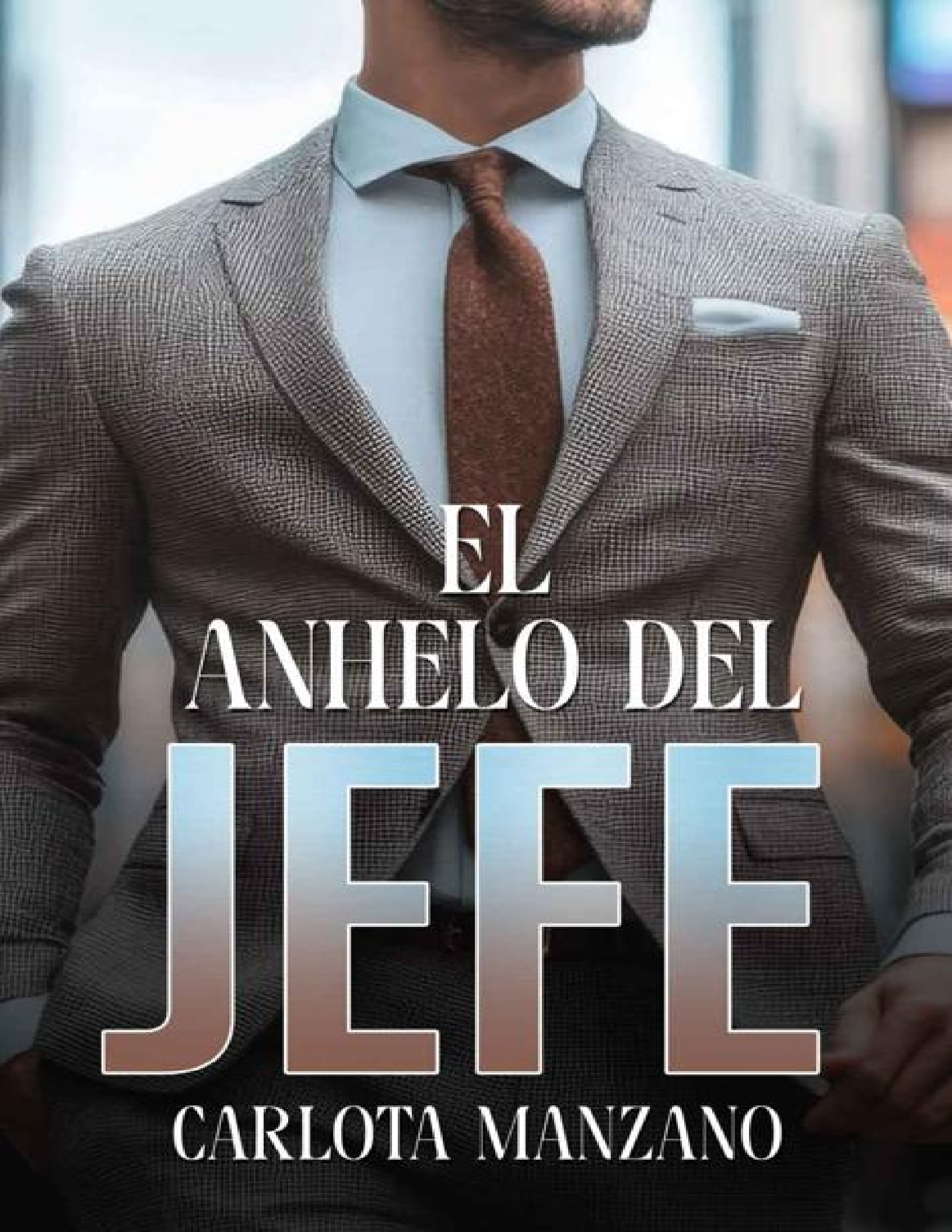

EL
ANHELO DEL
JEFE
CARLOTA MANZANO

EL ANHELO DEL JEFE

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

El anhelo del jefe

Carlota Manzano

©abril, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Capítulo 1



«La intuición del corazón tiene poco margen de error. La razón y la lógica por las que te guía la mente pueden estar condicionadas por los acontecimientos de la vida, y por todo lo que te envuelve. No sabemos qué direcciones tomaremos en según qué determinados momentos cruciales, lo único que está claro es que fluimos al ritmo que nosotros marcamos. Esté bien o esté mal, no lo averiguaremos hasta el final del recorrido. A veces mirar hacia atrás es necesario, pero lo más importante es centrarse en lo que tenemos delante, sin importar el rumbo que tomes, ni los desvíos que decidas elegir. Confía en tu intuición y continúa, que nada ni nadie te frene».

Ibbie

—Estás preciosa, cariño —dije sonriéndole al espejo, pero mi cumplido iba dirigido a Lara, mi amiga.

—Lo que estoy es temblando. —Rio, observándose mientras acariciaba la tela del vestido.

—No he pasado por esto nunca, pero es lo más normal a pocas horas de entrar radiante en la iglesia.

—Ay, Ibbie, que con estos nervios y con las piernas que casi no me sostienen, soy capaz de tropezar en el pasillo. —Se giró hacia mí, con los ojos abiertos al máximo.

—Lo más difícil lo tienes superado, estás acostumbrada a llevar tacones. No va a pasar nada —negué con los labios fruncidos—. Cuando entres en la iglesia, mantén la vista fija en Félix y ya verás cómo, en vez de caminar, llegas corriendo. —Le hice un guiño.

—Si me caigo, sus padres serán los primeros en reírse. —Bufó.

—Los únicos que tienen que importarte son Félix y todos los que te queremos. A esos que has nombrado, nos los comemos en un santiamén. —La agarré de las manos—. Si te quedas más tranquila —bajé el tono de voz —, me siento detrás de ellos y a la mínima me lio a darles collejas.

Soltó una carcajada y me abrazó. La sugerencia que acabo de hacer la llevaría a cabo muy gustosamente. Era muy cierta, porque con las ganas que les tenía a sus futuros suegros, me iba a desquitar.

Los padres de Félix eran altivos, descarados y prepotentes, y nunca habían puesto buena cara cuando Lara estaba cerca de ellos. Y ya no digamos los comentarios malintencionados que soltaban, con la única

finalidad de dejarle claro que no la veían como una opción de nuera. No aceptaban la elección de su hijo. Por suerte, él tenía muy claros sus sentimientos y, hasta hoy, los había enfrentado sin dudar. Era algo que a veces me ponía nerviosa, cuando me venía a la cabeza la posibilidad de que Félix en algún momento se dejara manipular.

En fin, que si empezaba con las collejas, tendrían que pararme porque esos dos, en vez de ir después al banquete, terminarían en el médico. Las palabras de Lara me sacaron de los pensamientos.

—No, te quiero lo más cerca posible —me sonrió—. Me da mucha pena que Tessa no haya podido venir. —Hizo una mueca.

Tessa es nuestra amiga, junto a ella y una persona más, que no tardaréis en conocer, siempre habíamos formado un grupo inseparable de cuatro, desde poco tiempo después de conocernos.

—Ya sabes que ha hecho todo lo que ha podido.

—Sí —soltó un suspiro—. Te ha dejado encargada de enviarle fotografías y vídeos de todo el día, vas a estar entretenida —dijo con una risilla.

—Sería mejor hacerle una videollamada. —Sonreí de medio lado.

—No es mala idea. —Rio—. En algún momento del día, espero que sí, me encantaría estar un rato con ella, aunque sea con tanta distancia de por medio.

Estuvimos un rato haciendo bromas, hasta que le pedí que se sentara en una silla. Me dediqué a maquillarla, no era una profesional, pero se me daba bastante bien. Estaba terminando, pidiéndole a Lara que dejara de hablar y de moverse, porque si no, el pintalabios le iba a llegar hasta las orejas, cuando sonaron varios golpes en la puerta.

Miramos hacia ella y sonreímos al ver asomar la cabeza de Liam, el amigo que completaba nuestro cuarteto. Lo primero que hizo fue silbarle a Lara.

—Eres un bombón con capas —la alabó y reímos.

—Adulador.

—Sincero. —Sonrió de medio lado—. Estás preciosa, Lara.

—Gracias. —Le devolvió el gesto.

—Ibbie, ¿puedes salir un momento?

—Dame unos minutos, me falta muy poco para terminar mi obra de arte —dije con humor, provocando que Lara soltara una carcajada.

La diversión se evaporó de mi interior al instante, me recorrió por todo el cuerpo una sensación que me puso en tensión. Había empezado a

inclinarme hacia ella, pero enderecé la espalda al ver el cambio en la expresión de Liam, cuando nuestra amiga no lo veía.

Si no hubiera tenido a Lara justo enfrente, concentrada en los últimos detalles de mi maquillaje, probablemente habría fruncido el ceño. Me esforcé por mantener una expresión neutra, comprendiendo a la perfección la incomodidad de Liam y la advertencia silenciosa que me transmitía, como si me estuviera pidiendo, sin decir una palabra, que no podía esperar más.

Me apresuré a terminar de pintarle los labios a Lara, para que no notase nada raro y le dije que enseguida regresaba. No se quedó sola, nos cruzamos con su madre al salir de la habitación, la que soltó un chillido de emoción al ver a su hija.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Liam, caminando por el pasillo.

—Espera —me pidió, y esta vez sí fruncí el ceño.

Lo seguí callada. Ya lo había deducido, pero me quedó más claro aún que lo que iba a decirme era importante, cuando eligió hablar conmigo fuera de la casa de los padres de Lara. Dentro estaban ellos, una tía de mi amiga y dos primas.

—Me estás poniendo muy nerviosa —le advertí bajando los pocos escalones que separaban la vivienda del césped de la entrada.

—Tenemos un problema, Ibbie. Uno muy grande —dijo y me giré hacia él.

Me lo encontré muy cerca y levanté la cabeza.

—¿Con algo de la organización de la boda? ¿Hay algún imprevisto?

— Joder, no lo puedo endulzar, así que aquí va… Ningún familiar del novio va a asistir a la boda.

—¿Cómo? —Me salió voz de pito.

—Lo que oyes. —Se pasó una mano por el pelo, alborotándoselo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lucas ha llegado a la iglesia y se ha enterado del bombazo. Ya sabes que tiene una buena amistad con Sergio. El último se lo ha confirmado.

—Qué mierda… —Agrandé los ojos.

Los dos eran primos de los novios; Lucas era primo de Lara y Sergio lo era de Félix. Como mencionó Liam, entre ellos había una buena amistad.

—Al llegar, a Lucas le ha extrañado que no hubiese nadie esperando de la familia de Félix. Ya queda poco para la ceremonia. El único que estaba es

Sergio y este le ha dicho que sentía tener que darle malas noticias, pero que se había enterado antes de salir de su casa de que su familia se había puesto de acuerdo para boicotear la boda. No va a asistir ninguno de ellos. Es obvio que Sergio, sí, le ha dejado claro a Lucas que le importa una mierda la actitud de toda su familia. Será el único por parte de Félix.

—No me jodas —dije con una rabia tremenda.

—Lara se va a poner muy mal —comentó pensativo, mirando hacia la puerta.

—Si te parece… —Bufé —. ¿Y el novio? ¿Félix?

—Ya lo sabe también, pero se ha enterado por su primo. Félix ya estaba en la iglesia esperando. Cuando ha salido de la casa de sus padres, no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar. Se lo han escondido.

—Madre mía. —Me presioné el puente de la nariz.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo se lo decimos a Lara?

—No creo que haya una forma suave para contárselo. —Hice una mueca —. Ahora no voy a dejar a Lara sola, pero tengo unas ganas locas de echar abajo la puerta de la casa de los padres de Félix y de arrastrarlos a los dos por el suelo. —Apreté la mandíbula.

—No merecen la pena, ninguno de los de su familia. —Soltó el aire de golpe—. Pero te acompañaría encantado, para desfogarme también.

—Mierda, Liam. —Hice una mueca.

—Lo sé. —Dirigió la vista por detrás de mí—. No tengo ni idea de cómo va a salir todo.

—¿Has hablado con Félix?

—No, en cuanto he colgado la llamada de Lucas, he ido a buscarte.

—Déjame el teléfono, voy a llamarlo. No quiero entrar ahora en la casa a por el mío.

Asintió mientras lo sacaba de un bolsillo interior de la americana. Me lo ofreció y lo desbloqueé con urgencia, sabía el código. Entré en la aplicación y busqué el número de Félix. Escuchando los tonos, me alejé un poco más de la vivienda, hasta llegar a la acera.

Liam me siguió, también con sus ojos moviéndose de derecha a izquierda, atento a mí porque no podía quedarme quieta. Mis pies se movían solos, por los nervios.

—Ibbie —me respondió Félix.

—¿Cómo estás?

—Jodido y asqueado —respondió con rabia.

—Lo siento mucho, dime que tú no te irás. —Tragué saliva, buscando la mirada de Liam.

—Voy a casarme hoy con Lara, Ibbie. —Solté el aire de golpe y cerré los párpados con fuerza—. Lo que me jode, y no sabes cuánto, es lo mal que lo va a pasar ella cuando se entere de cómo están las cosas. Sé que mi primo Sergio ha hablado con Lucas, así que entiendo que os ha puesto al tanto de todo.

—Sí.

—¿Lara…?

—Todavía no sabe nada.

—Vale —soltó un suspiro—. No sé si ir a la casa de sus padres, tendría que ser yo quien se lo dijese, para tranquilizarla.

—Te llamará en cuanto se entere.

—Ya…

—Félix…

—No tengo ninguna duda sobre mi relación con ella —me interrumpió—. La amo y va a ser mi mujer. —Tragué saliva.

—Vale —solté un suspiro de alivio—. No te preocupes, Liam y yo nos encargamos de levantarle el ánimo. Llegará radiante a la iglesia.

—Me da igual cómo llegue, siempre que venga.

—Sabes que no hay otra posibilidad. —Sonreí un poco.

—Sí, pero yo qué sé. ¡Mierda! Va a estar triste, nos han jodido el día —soltó un pequeño grito de impotencia e hice una mueca.

—Mejor así, estaréis rodeados de las personas que os quieren y celebran vuestro amor, ¿no te parece?

—Está claro. Ya han llegado casi todos los familiares de Lara. Me he alejado de ellos para contestar.

—Sé que es muy difícil, pero intenta relajarte. Piensa en disfrutar de vuestro día como os merecéis —le pedí con tristeza.

—A partir de este jodido día, ya no tengo familia —siseó—. Los aborrezco a todos: padres, tíos, primos… Bueno, Sergio es el único que se

salva, no se separa de mí desde que ha llegado.

—Te dejo, puede que nos retrasemos unos minutos, vamos a contárselo ahora. Cuando salgamos, te envío un mensaje.

—De acuerdo —susurró—. Yo quisiera…

—Nosotros nos encargamos, tranquilo. Bastante tienes encima.

—Gracias.

Colgué y le devolví el teléfono a Liam. Me tomé unos segundos para intentar templar los nervios, igualmente no conseguí nada.

—¿Qué tal?

—Por parte de Félix, todo bien, aunque esté afectado.

—Ya debe estar acostumbrado a los desplantes de sus padres hacia Lara.

—Claro, pero esto ya ha sido pasarse.

—Sí. —Sacudió la cabeza.

—Vamos a hablar con ella y la llevamos rápido junto a él.

Asintió y caminamos hacia la casa. Mi mente se llenó de formas en las que iniciar la conversación con mi amiga, pero fui descartándolas todas. Al llegar frente a la puerta de su habitación, me quedé completamente en blanco. Liam me dio un beso en la cabeza y la giré hacia él. Solté un suspiro y abrí.

Para nuestra suerte, nuestra amiga estaba en este instante sola. Se giró enseguida hacia nosotros, con una gran sonrisa, feliz, y más me cabreé porque estábamos a punto de provocarle las emociones contrarias.

—Ya estoy preparada para irnos —dijo pasando la mirada de uno a otro —. ¿Pasa algo? —Frunció ligeramente el ceño.

—Ven. —Me puse a su lado y la agarré de una mano.

Se dejó guiar hasta la cama, en la que nos sentamos las dos. Liam arrastró una silla y se sentó frente a nosotras, muy cerca. Apoyó los brazos en sus piernas.

—¿Liam…?

—Tenemos algo que contarte, Lara —habló nuestro amigo, con la voz más ronca de lo normal.

—¿De qué se trata? —Me dio un apretoncito en la mano.

—No hay forma de decirlo con tacto. —Carraspeé—. Primero, quiero que sepas que este día va a ser espectacular, ¿me oyes? —asintió, pero muy seria y nerviosa. Su mano empezó a sudar contra la mía— Entre todos los que os queremos a Félix y a ti, lo vamos a convertir en un recuerdo maravilloso e inolvidable.

—Ibbie…

—Vale —solté un suspiro—. Nadie de la familia de Félix va a asistir a la boda, excepto Sergio. Y lógicamente el novio está deseando verte y llevar a cabo lo que tanto deseáis los dos —le sonreí con cariño—. No necesitáis a nadie más, los demás son basura que cuanto más lejos, mejor. Lo sabes.

Lara no se pronunció, se mantuvo en silencio, mientras los ojos se le aguaban.

—Que no te afecte más de la cuenta —le pidió Liam—. Es lo que quieren, lo que buscan con la jugarreta que os han hecho. No os van a amargar el día y los vais a joder de la mejor forma que sabéis, casándoos.

—Yo… —susurró Lara. Le sequé con cuidado una lágrima que resbaló por su mejilla— No me importa. —Levantó la barbilla, decidida—. ¿Félix…?

—Quería venir hasta aquí, pero le he quitado la idea. Es mejor que no se mueva de la iglesia, hacia la que nos vamos ya —comenté—. En cuanto te

recompongas.

—Necesito hablar con él —Liam y yo asentimos.

—Lo está esperando —le sonreí con cariño, retirándole el pelo del hombro—. Nosotros nos encargamos de contárselo a tus padres y ellos que hagan el resto. Quédate tranquila.

Me incliné hacia ella para darle un beso en la mejilla y me levanté, después de darle un abrazo. Liam hizo lo mismo, antes de que la dejáramos sola.

Capítulo 2



Un mes y medio más tarde…

—¿Cómo has llevado esta última semana? —le pregunté a Tessa.

Hacía unos minutos que estábamos hablando por teléfono.

—Cachonda perdida. —Bufó.

Solté una fuerte carcajada, a la que se unió.

—Eso quiere decir que no hay ninguna novedad con el hombre que te pone así, ¿no?

—¿Novedad sobre Axel? No, sigue ignorando mi increíble presencia sensual —dijo con humor—. Por eso me he propuesto olvidarlo, ¿cómo te quedas?

—Anonadada. —Fruncí los labios—. ¿Estás segura de que vas a poder resistirte a él?

—Como si se acercara a mí con otras intenciones diferentes que sean por trabajo —se lamentó—. Paso, así que, mañana estoy ahí con vosotros.

—¿Qué dices? ¿Has cogido vacaciones y hasta ahora no lo sé? —Me sorprendí.

—Esta mañana me he despedido del trabajo, para cerrar a lo grande el viernes.

—Ahora sí que estoy anonadada. —Agrandé los ojos.

—Sabes que me trasladé hasta aquí, porque pensé que había encontrado el trabajo de mi vida.

—Ya, ¿y qué ha cambiado? Aparte de que tu jefe te tiene cachonda todas las horas que pasas cerca de él.

—Eso mismo y que tengo claro que me equivoqué en la elección.

—¿Entonces es definitivo? ¿Ya te has ido de la empresa?

—Sí, no voy a echar marcha atrás. No he dudado ni cuando Axel me ha pedido que me lo piense mejor durante unos días.

—Vaya… Así que mañana estás de vuelta.

—Y directa a tu piso. —Rio—. Hasta que no encuentre uno de alquiler…

—No tendrías ni que buscarlo, pero no voy a quitarte la idea por mucho que te lo diga —negué.

—Pues no. Estoy liada, recogiendo las últimas cosas. Joder, lo que se acumula en casi un año. —Bufó.

—Y en menos. —Reí.

—¿Qué tal están Liam y Lara? Hace una semana y media que no hablo con ellos.

—Has estado desaparecida, pero la última vez que hablamos ya me lo adelantaste. Estabas muy agobiada. Liam y Lara están como siempre.

—Sí, pero los agobios se terminaron. Tengo muchas ganas de regresar. —Lloriqueó.

—Aquí te esperamos con los brazos abiertos —dije sonriendo.

—Y cuando llegue, mi dolor de cabeza será buscar trabajo.

—No creo que tengas problemas en encontrarlo.

—Eso sí, antes quiero que nos vayamos de viaje los cuatro.

—No te puedo asegurar de que sea rápido, y me adelanto a decir que para Lara y Liam será igual.

—Ya os convenceré —dijo con picardía.

—Se trata de que podamos, yo ya estoy convencida. —Reímos.

—¿Qué tal le va a la parejita feliz? —preguntó por Félix y Lara.

—Genial. —Sonreí.

—Que se joda toda la familia de él —dijo con satisfacción.

—Ya te digo. —Bufé—. Por suerte, Félix siempre ha tenido las cosas muy claras y, a pesar de cómo empezó el día de la boda, consiguió que Lara se olvidara de todo, menos de lo importante. Disfrutamos de un día inolvidable. Hasta donde yo sé, él cortó todo el contacto con ellos, bloqueó sus teléfonos y la única vez que su madre llamó a la puerta del piso en el que vive con Lara, se la cerró en la cara.

—Joder, eso es orgásmico, cómo me hubiese encantado mirar por la mirilla para ver cómo se quedó esa víbora. Félix es un amor de hombre.

—Sí, y adora a Lara.

—Nuestra Lara es una privilegiada, gracias a ellos creo que existe el amor de verdad. Chica, porque lo nuestro es un tema aparte para analizar. —Reímos.

—Con ellos nos queda esperanza —dije divertida.

—Espero que no la perdamos de tanto esperar. —Bufó.

—La verdad es que no tengo ninguna prisa.

—Para que lo sepas, he visto cambios en tu vida. —Puse los ojos en blanco.

—No empieces con eso.

—Lo que tú digas, pero las señales me han llegado clarísimas. Y es positivo, Ibbie.

—¿Qué señales? —Reí para quitarle importancia—. Como sean las mismas que me contaste emocionada hace ya años… Sí, conocí a Carlos, pero mira cómo nos fue.

—Chica, a mí solo me llegan los cambios, después cómo se den… ¿Cómo íbamos a saber que ese tío se iba a dejar llevar tanto por la bragueta? —Bufó.

—Prefiero que te reserves ese tipo de cosas para mí —comenté distraída, mientras sacaba la *pizza* del horno.

—¿No querías saberlo? Yo necesitaba decírtelo. —Bajó el tono de voz—. Hace seis meses hablamos de que no me guardaría nada, pensé que englobaba todo, hasta lo que considero favorable. Recuerda lo que pasó por aquel entonces, cuando te pedí que no salieras del piso.

—Sí —susurré—. Cuando es algo a tener muy en cuenta y que puede suponer mucho, sabes que quiero saberlo.

—Ya sé que esto de los cambios que te he dicho no es lo mismo, pero… Acuérdate de los nervios que pasé para la boda de Félix y Lara. Desde días atrás tuve claro que algo iba a pasar, lo único que en esa ocasión no supe darle forma a la sensación que tuve.

—No estoy dudando de ti, Tessa. Es solo que prefiero seguir teniendo lagunas en ciertos aspectos de mi vida.

Coloqué la *pizza* en un plato, pensativa. Tessa tenía, ¿cómo decirlo? Una intuición muy especial. Muchas veces le llega información, tanto en forma de imágenes mientras duerme, como de sensaciones fuertes cuando está despierta, las que le dan un conocimiento muy claro de lo que tiene que

hacer. A todo le hace caso porque es consciente de que, en un momento u otro, sea de la forma que sea, siempre se hace realidad. Desde que la conozco, nunca había fallado en sus percepciones.

Lo que ha mencionado de hace seis meses fue otro de sus aciertos. Aquella vez recibí una llamada de ella a las siete y poco de la mañana, acababa de despertarse sobresaltada, y yo estaba preparándome con tranquilidad para ir a trabajar. Me pidió y me hizo prometerle que no saldría del piso ese día. Al principio me lo tomé a broma, pero su seriedad y su preocupación me pusieron nerviosa y acepté, prometiéndole que no me movería.

Pues resulta que yo trabajo en un banco y aquella mañana de hace seis meses, asaltaron la sucursal y varios de mis compañeros resultaron heridos, uno de ellos de gravedad.

Su «habilidad» era algo en lo que no pensaba mucho. Por suerte, le llegaba tanto lo malo como lo bueno.

—Ibbie… espero no haberte hecho recordar.

—Como si pudiese hacerlo —dije pensativa.

—Lo siento, cariño.

—Olvídalo. Estoy perfectamente. Si a estas alturas todavía me afectase, iría fatal.

—Eso siempre va a estar dentro de ti, Ibbie, al menos en parte. Ojalá nos hubiésemos conocido por aquella época.

—Pues yo no hubiese querido que fuese así, por motivos obvios.

—Ya…

Nos quedamos en silencio. Dejé el móvil en la encimera, activando el altavoz, y me dediqué a cortar la *pizza* en triángulos.

—¿Ya has cenado? —le pregunté.

—No, en un rato. Primero voy a darme una ducha.

—Va, pues ves ya. Se te va a hacer muy tarde.

—Te recuerdo que ya no tengo que madrugar e igualmente mañana es sábado. —Rio y sonreí.

—Es verdad —negué.

—Mañana te llamo cuando me quede poco para llegar, calcula que será cerca del mediodía.

—Da igual la hora. Ten cuidado, ¿vale?

—Sí, tranquila. ¡Madre mía! —gritó— ¡Qué vamos a vernos en pocas horas! —Reímos.

Después de despedirnos, fui al salón con el plato de la *pizza* y un vaso de agua. Lo coloqué todo sobre la mesa baja frente al sofá y me acomodé en él. Encendí el televisor para distraer la mente y cuando encontré una película que parecía interesante, cogí el primer triángulo de *pizza*.

Nada más darle el primer mordisco, miré hacia la puerta principal, extrañada. Me levanté para comprobar quién había llamado a las nueve y media de la noche. Sonreí al escuchar la voz de Liam por el telefonillo. Le abrí y esperé a que apareciera.

—No me has avisado de que ibas a venir —dije en cuanto salió del ascensor.

—Así son las sorpresas, ¿qué gracia tendría si te aviso? —Arqueó una ceja.

Riendo, cuando llegó frente a mí, nos abrazamos.

—¿Has cenado?

—No, y veo que te he interrumpido.

—Ya ves tú. —Me encogí de hombros—. Meto una *pizza* para ti en el horno o la compartimos. —Señalé el plato.

—¿Tienes mucha hambre?

—Sabes que siempre me sobra bastante, es grande.

—Pues la compartimos, voy a por un refresco —dijo quitándose la chaqueta.

—Que sean dos —hablé en alto, cuando entró en la cocina.

Llegó hasta el sofá, dejando las dos latas en la mesa.

—O tiene buena pinta, o estoy más hambriento de lo que pensaba.

—Las dos cosas. —Reímos.

Cogimos un triángulo cada uno, yo el que tenía un mordisco. Los chocamos antes de comérnoslos.

—¿Cómo ha ido el día? —le pregunté.

—Bien, pero estaba deseando que terminara —comentó antes de beber un sorbo de refresco.

—Tengo novedades.

—¿Y eso?

—Es sobre Tessa. Hemos estado hablando hace un rato y me ha soltado la bomba de que ha dejado el trabajo y que regresa aquí. ¿Cómo te quedas?

—No jodas. —Reí por la cara que puso.

—Ya ves, volveremos a cómo estábamos hace un año. —Le hice un guiño.

—No me lo esperaba para nada. —Sacudió la cabeza—. ¿Le ha pasado algo en el trabajo?

—No, ha sido decisión suya. Aunque, que se le caiga la baba con su jefe, imagino que algo ha influido, por poco que sea.

—¿La baba? Qué manera más sutil para decir lo que se le cae cada vez que lo ve. —Sonrió con picardía y fruncí los labios—. ¿Cuándo vuelve?

—Mañana estará aquí. Se quedará el tiempo que necesite conmigo.

—Pues nada, por la noche salimos a celebrarlo. —Me dio mi lata y brindamos.

Continuamos cenando en un silencio cómodo, hasta que Liam lo interrumpió.

—¿Qué te pasa? ¿Hay algo más que no me has dicho? —Recostó la espalda en el sofá.

Ya nos habíamos terminado la *pizza*.

—Nada, y no. —Me encogí de hombros—. Estoy bien.

—Error, te has quedado demasiado pensativa. Para mí eso no es estar bien porque me has dejado solo en tu salón y no tengo ni idea hacia dónde te has ido. —Arqueó una ceja.

—Me estoy enterando ahora de que sé levitar. —Sonreí de medio lado.

—Muy graciosa.

—De verdad que estoy bien, solo es que me ha dado por pensar en lo que no recuerdo. —Encogí un hombro.

—Ibbie…

—No pasa nada. ¿Ves? Te ha cambiado la expresión y es lo que no quería.

—Hace mucho tiempo que no hablamos sobre ello.

—Es que no quiero retroceder porque no tiene sentido, y nunca mejor dicho, porque no hay más. —Apoyé la cabeza en el respaldo, de lado—. Y la verdad, hasta la conversación con Tessa, hacía tiempo que no me paraba a pensar en el pasado.

—¿De qué más habéis hablado para que suceda? —Se acomodó también de lado, quedándonos de cara.

—Pues una cosa ha llevado a la otra. Estábamos comentando lo «maravillosas» que han sido nuestras relaciones y que teníamos esperanza por el amor entre Félix y Lara, y entonces me ha dicho que ha visto cambios buenos en mi vida —susurré.

—Mmm… —Sonrió de medio lado.

—Ni mmm… ni leches. —Puse los ojos en blanco, haciéndolo reír—. De todas maneras, no hay nada en lo que pensar, así que…

—Solo quiero que sepas que si lo necesitas…

—Lo sé de sobras, Liam. —Le agarré una mano—. Mi vida es la de este presente, la que he creado.

—Bien. —Me la apretó.

—En realidad, lo único que me provoca ir para atrás es frustración.

—Lo sé. Te conozco perfectamente. —Me hizo un guiño.

—Pues vamos a dejar el tema.

—También sé que estabas deseando decirlo.

—Eres muy listillo. —Sonreí de medio lado.

—Se hace lo que se puede. —Reímos.

Capítulo 3

Eithan

—Me alegro mucho de conocerte en persona, Eithan —dijo Cameron, ofreciéndome la mano—. Es un placer.

—Igualmente, el placer es mío —asentí aceptando su gesto.

—El lunes no te encontrarás la oficina tan tranquila.

—Por nuestro bien, espero que no —dije observándola.

—Ven, vamos a mi despacho y te pongo al día. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Por el momento, no he pensado en ello —le confirmé, y así era.

Lo que me había traído hasta aquí requería bastante tiempo, hasta que me pusiera al día con lo más importante, no tenía la intención de plantearme otro viaje. No había llegado hasta aquí con ninguna prisa por marcharme, así que la duración de mi estancia en este lugar estaba por verse.

—Mejor vamos al despacho que utilizarás, así te vas haciendo con él.

—Perfecto.

Lo seguí por el pasillo al que accedió, mientras iba fijándome y leyendo los nombres en las placas de las puertas por las que pasábamos. Hicimos una parada en el suyo. Cogió varias carpetas, y volvió a guiarme.

—El lunes te presentaré a toda la plantilla oficialmente —continuó hablando cuando abrió la puerta del despacho que sería para mí, dándome paso primero—, pero ahora te daré un adelanto, para que te vayas habituando a ellos.

—Estupendo.

—Todo tuyo. —Sonrió señalando la silla que estaba a la cabecera de la mesa.

La rodeé y me senté, igual que hizo Cameron en la de enfrente.

—Mira, aquí está toda la información sobre los trabajadores —dijo abriendo una de las carpetas.

La deslizó hacia mí y empecé a pasar las hojas. En cada una de ellas había información individual y les eché un vistazo rápido, hasta que llegué al final. Tampoco me interesaba mucho, era más del tú a tú, del trato personal para hacerme una idea de a quiénes tenía delante y a mi cargo, aunque no me reconocieran como el jefe de todos.

—Al ser sábado, no voy a agobiarte con informes y demás, eso lo dejamos para el lunes.

—Me parece bien, solo he venido a hacer una primera toma de contacto con la oficina.

—¿Has viajado solo?

Levanté la cabeza, desviando la mirada de los papeles, para fijarla en él con una ceja arqueada.

—Disculpa, no quería ser entrometido ni cotilla. —Levantó las manos, poniéndolas entre nosotros.

—No pasa nada, solo que no estoy acostumbrado a hablar de mi vida privada.

—Lo entiendo. He hablado antes de pararme a pensar. —Sonrió sacudiendo la cabeza.

—No hay problema. He viajado acompañado.

—Me alegro, así llevarás mejor la estancia aquí. —Amplió la sonrisa—. Sobra decirlo, pero si necesitas cualquier cosa en la que yo pueda ayudarte…

—Te lo agradezco. Lo tendré en cuenta —asintió.

—En el primer cajón, están todas las contraseñas que necesitarás para acceder al ordenador y al programa interno. También el listín telefónico con todas las extensiones.

—Lo dejamos también para el lunes —dije, cerrando la carpeta.

—Perfecto. Añadimos el contenido de esta otra carpeta. —La deslizó hacia mí.

Asentí cogiéndola. Metí las dos en el segundo cajón y me levanté despacio. Cameron me imitó.

—No te quito más tiempo del sábado —comenté rodeando la mesa—. Gracias por venir hoy para poder adelantarme al lunes. —Me puse a su lado.

—No ha sido nada. —Sonrió de medio lado.

Salimos del despacho, asegurándome de que la puerta estuviera bien cerrada antes de guardar la llave en uno de los bolsillos de mis pantalones. Caminamos en silencio hacia la salida y, al llegar a la calle, nos despedimos, acordando vernos de nuevo el lunes por la mañana.

Cada uno tomó una dirección. Caminé por la acera, observando todo lo que rodeaba la zona. Había una cafetería que, a estas horas del sábado, tenía casi todas las mesas ocupadas, tanto del interior como de la terraza cubierta por un toldo. Estaba acompañada por varios comercios que ya empezaban a cobrar vida.

Sonreí de medio lado al ver a lo lejos a Desmon, apoyado en un pequeño muro. Tenía la atención puesta en el teléfono, pero en cuanto silbé, levantó la mirada para buscarme. Imitó mi gesto, incorporándose.

Él formaba parte de la compañía con la que había venido a esta localidad, como le había comentado a Cameron, sin entrar en detalles. El otro era Maison. Los tres éramos amigos desde hacía años, y en cuanto les conté mi intención de venir hasta aquí, se empeñaron en hacer el viaje junto a mí. No tenían problema con sus trabajos, en ausentarse el tiempo que fuese necesario.

Principalmente, Desmon, porque trabajaba para mí o, más bien, conmigo. Maison tenía su propia empresa, pero con bastante personal cualificado y

eficaz a su cargo como para permitirse alejarse de la rutina. Aunque no lo haría del todo durante el tiempo que estuviéramos aquí.

—¿Bien? —me preguntó Desmon, al pararme frente a él.

—Sí, todo en orden.

—Estupendo, pues ya podemos buscar un sitio para comer.

—No perdonas ni unos minutos, ¿eh?

—Joder, es que anoche, llegamos muy tarde y no tuvimos ganas de bajar al restaurante del hotel para cenar. Y el desayuno me ha sabido a poco.

—¿Maison?

—Se ha quedado en el hotel con una videollamada de trabajo —asentí—. En cuanto estemos en el restaurante, le envío la ubicación.

—De acuerdo.

—¿A cuál vamos?

—Me da igual, lo dejo a tu elección.

—Mmm… ¡Qué honor! —Sonrió de medio lado, cuando empezamos a caminar.

—Eres el más hambriento. —Sonreí de medio lado.

—He estado dando una vuelta por la zona, se ve bastante concurrida.

—Es fin de semana.

—Ya, pero me esperaba el lugar más reducido, tanto de gente como de extensión.

Continuamos moviéndonos mientras me explicaba qué le había llamado más la atención. En nuestro recorrido, pasamos por varios restaurantes en los que nos paramos a leer la carta. A Desmon no parecieron convencerle, estaba claro que buscaba algo en concreto. Me mantuve callado, siguiéndolo, hasta que se decidió por uno.

—¿Qué te parece este? La comida tiene buena pinta —dijo observando las imágenes que acompañaban a la descripción de los platos.

—No mires más y entra —lo animé, o más bien, le di un pequeño empujón para que lo hiciera.

Soltó una carcajada y continuó riendo mientras accedíamos al interior del restaurante. Un camarero se acercó a nosotros y, después de decirle que

veníamos a comer, nos guio hacia un salón interno. Ocupamos la mesa hasta la que nos llevó y le pedimos una botella de vino.

Cuando nos dejó solos, Desmon habló con Maison, enviándole nuestra ubicación. El camarero regresó con el vino y lo sirvió en las copas. Esperó a que le diésemos el visto bueno y se fue cuando le dijimos que estábamos esperando a otra persona, para pedir la comida.

—¿Qué tal la primera impresión de la oficina? —me preguntó, apoyando los brazos en la mesa.

—Todo lo bien que puede ir en pocos minutos —respondí llevándome la copa a los labios.

Bebí y volví a saborear el vino.

—Los que te han bastado, ¿no? —Sonrió de medio lado.

—Sí. —Imité su gesto y rio—. He conocido personalmente a Cameron, el resto se dará el lunes. —Acaricié el pie de la copa, pensativo.

—Cuando lo llamaste para informarle de los planes que tenías, debió quedarse alucinado.

—No veo por qué. —Busqué su mirada.

—Hombre, que tú, el dueño, se pusiera en contacto con él y le dijeses que vendrías a pasar una temporada en la oficina que gestiona, digo yo que tuvo que sorprenderle. Hasta hoy no habías venido.

—Simplemente, porque no había encontrado el momento para hacerlo. Lo dices como si mi presencia en el resto de las oficinas de otras zonas fuera inusual. —Arqueé una ceja—. No tiene nada de especial.

—Pero lo tiene, y por fin ha llegado —dijo, y desvié la vista por encima de su hombro.

—Eso parece —asintió satisfecho.

—Eithan… —Busqué su mirada—. Da igual los imprevistos que haya, los vas a solucionar. Lo sabes, ¿verdad?

—Está por verse. —Tamborileé los dedos en la mesa.

—Yo no tengo ninguna duda al respecto. —Sonrió de medio lado.

—¿Por qué te crees que te he traído?

—¿Cómo?

—Por los ánimos que me das, como ahora. —Le hice un guiño—. Cuando me falten, estarás detrás de mí.

Soltó una carcajada y brindamos por ello.

—Me encanta que lo tengas asumido. —Sonrió de medio lado, con la copa rozándole los labios.

—Hasta que te pongas intenso y te mande a la mierda, deshaciéndome de ti —añadí, provocando que volviese a reír con ganas.

Así nos encontró Maison, y sonrió pasando la mirada de uno a otro.

—Veo que ha ido bien el comienzo —comentó ocupando una silla.

—Podría decirse que sí —confirmé.

—Me alegro —asintió hacia mí.

—¿Qué tal tu videollamada? ¿Todo controlado? —Me interesé.

—Bien, César quería ponerme al día de las últimas novedades.

—Joder, no hace ni un día que te has ido y ya hay novedades. —Se sorprendió Desmon.

—Esa es mi vida y mi rutina —rio Maison.

Nos tomamos unos minutos en silencio, observando las cartas del menú. Cuando tuvimos claro qué pedir, el camarero se acercó de nuevo al ver que habíamos dejado las cartas cerradas a un lado de la mesa. Tomó nota de todo lo que le dijimos y nos comentó que no tardaría en regresar con los entrantes.

—¿En la oficina todo en orden? —nos preguntó Maison.

—Teniendo en cuenta que estaba vacía… Sí —le confirmé.

—Eithan ha ido solo, para la primera toma de contacto con Cameron —le informó Desmon.

—Ah, entiendo. Entonces, por hoy ya somos libres, ¿no? —Pasó la mirada de uno a otro.

—Así es. ¿Qué tienes en mente? Porque noto cómo maquinas desde aquí. —Arqueé una ceja.

—¿Yo maquinar? —Se señaló, pero luego se rio, al igual que Desmon—. Solo estaba pensando en que podemos empezar el primer día en condiciones. Después de salir del restaurante, podríamos relajarnos en el hotel y, por la noche, sería genial salir a explorar la vida nocturna de este lugar.

—Por mí, perfecto —aceptó rápido Desmon.

—No puedes decir que no. —Se centró en mí Maison—. Tío, que llevo un montón de tiempo sin tener vida, más allá del trabajo. Estar aquí me da cierta libertad, y estoy dispuesto a aprovecharla al máximo. —Sonrió de medio lado.

—Te has adelantado a mi respuesta. —Arqueé una ceja—. No tenía la intención de negarme, todo lo contrario, será interesante.

—Estupendo —dijo, y asintieron los dos.

La conversación continuó tocando varios temas de trabajo, tanto por parte de Maison como por la de Desmon y mía. Después, ellos cambiaron de cuestión y comenzaron a hablar sobre cómo se iba a presentar la noche. En ese momento, desconecté por unos instantes, hasta que el camarero apareció con una bandeja con entrantes.

Dimos buena cuenta de ellos, acompañándolos con el vino. Cuando llegaron los platos principales, pedimos otra botella de vino, por el ritmo que llevábamos. No importaba, era momento de relajarse y yo, la verdad, lo necesitaba por el estrés que tenía encima.

La comida estuvo deliciosa, nos gustó el restaurante y supe que sería uno habitual al que regresaríamos cuando nos apeteciera. Cuando salimos, caminamos por las calles yendo directos hacia el hotel, lo que nos llevó unos doce minutos. El coche que alquilamos en el aeropuerto estaba en el

parquin del hotel, porque desde él a la oficina, se llegaba en menos tiempo y lo mejor era movernos a pie para no buscar aparcamiento.

El plan lo teníamos claro, tocaba descansar y cada uno ir a lo suyo, para encontrarnos a primera hora de la noche. Saldríamos a cenar fuera y después, pues lo que nos apeteciera y surgiera.

Esperaba que se nos presentara por delante una noche productiva, con ese pensamiento me tumbé en la cama, sin sueño, al menos por el momento.

Capítulo 4



Ibbie

Mientras saboreaba un sorbo de té, mis ojos se perdían en las vistas desde el balcón. En él estaba, había salido del piso al sentirme un poco agobiada. Tessa acababa de entrar en el baño para ducharse, mientras que yo hacía unos minutos que ya estaba lista. Bueno, a estar lista, me refiero a que había sido la primera en ducharme, y me había vestido con unas mallas y un jersey abrigadito.

No era como esperaba encontrarme Tessa, ya que en una hora habíamos quedado con Liam, Lara y Félix para cenar en un restaurante, y después para alargar la noche.

Por el momento, no me había apetecido arreglarme, igualmente tenía tiempo de sobra para hacerlo. Sujeté el vaso con las dos manos, calentándomelas. A esa hora, más concretamente a las siete y media de la tarde, la temperatura era bastante fresca.

Tessa llegó alrededor de la una y media de la tarde, con el coche completamente lleno, tras un viaje de seis horas. El reencuentro fue una explosión de alegría, lleno de saltos, besos interminables, abrazos apretados, risas y palabras que salían a toda prisa. Liam, que estaba allí para echarnos una mano con las cosas de Tessa mientras las llevábamos a mi piso, participó en algunos de esos momentos, pero en otros prefirió observar, riendo al ver nuestra felicidad.

Después de aproximadamente cuarenta minutos de ir y venir del piso al coche, nuestro amigo se quedó a comer con nosotras. Se marchó nada más terminar para poder descansar antes de la noche.

Y aquí estaba, después de haberme espabilado de la siesta con la ducha. Me había preparado un té con el propósito de que me calmara las sensaciones con las que me había despertado. Sensaciones que todavía no habían desaparecido. Cerré los ojos, poniendo toda mi atención en los sonidos de la calle que se escuchaban de fondo. Vivía en un cuarto piso, así que llegaban muy amortiguados.

No es que la presencia de mi amiga me hubiese provocado ansiedad, en absoluto se trataba de eso. Ella no tenía nada que ver con lo que me pasaba. El problema es que me había despertado muy sobresaltada por algo que había soñado, y al abrir los ojos, por unos segundos, tuve la sensación de que había conseguido saber de qué se trataba, pero terminó por evaporarse y por desaparecer en cuestión de milésimas de segundos. A partir de ahí, por más que quise acordarme de alguna información o de los detalles, me fue imposible. Me quedé completamente en blanco, pero con una sensación constante de inquietud.

Me llevé el vaso a los labios y bebí varios sorbos de té. No tenía ningunas ganas de salir del piso, pero me iba a obligar a hacerlo por Tessa. Era su primer día con nosotros, uno al que le seguirían muchos más, sin embargo todavía no había visto a Lara y a Félix porque ellos habían estado bastante ocupados. Faltaba poco para que empezáramos a celebrar su regreso y no tenía pensamientos de saltármelo, porque sabía la ilusión que le hacía.

Estaba segura de que mi estado de ánimo cambiaría rápido con todos juntos.

—Eh. —Escuché a Tessa y giré la cabeza hacia la corredera.

Salió sonriente y se acercó a mí.

—Coño, ¿qué placer le encuentras a estar en el balcón? —Arrugó la nariz y sonreí—. ¿Cuánto hace que has salido? ¿No te has congelado? —Se rodeó la cintura con los brazos.

—Llevas poca ropa, a ver si vas a coger frío. —Bebí un poco más de té.

—Espera.

Entró al salón y reí al verla envuelta en la manta que siempre tenía en el sofá. Solo se le veía la cara, de esa forma se sentó en una silla, frente a mí.

—¿Por qué no te has arreglado para salir? —Ladeó un poco la cabeza, observándome con atención.

Ahí estaba su mirada astuta. Tessa parecía ir siempre por delante, no tenía ni idea de si se debía a sus habilidades, pero no se le escapaba ni una. Y teniendo en cuenta que desde que la había oído mi expresión había variado a una normal…

—Me apetecía tomarme tranquilamente el té. Hay tiempo de sobra.

—¿No te apetece salir? —continuó.

—Claro que sí, ¿por qué no iba a apetecerme? —Arqueé una ceja.

Su respuesta fue un carraspeo fuerte, el que ignoré, volviendo a beber. Nos quedamos en silencio, tiempo en el que Tessa se levantó y se acercó a la barandilla. Se apoyó en ella, observando hacia abajo.

—Si quieres uno, ha sobrado —comenté al cabo de un rato, refiriéndome al té.

—Mejor que no, ya sabes el efecto que tiene en mí. —Giró la cabeza hacia mí, sonriendo—. Paso de estar las primeras horas de la noche, yendo constantemente al baño. Yo no sé qué tienen, sobre todo los que tú tomas, pero me hacen una limpieza de líquidos en el cuerpo… —Reímos.

—¿Has descansado?

—Como un bebé —respondió dirigiendo la vista hacia la calle.

—Me alegro.

—¿Y tú…?

—También.

—¿Y por qué me da la sensación de que no es del todo cierto? —Bajó el tono de voz.

—He dormido casi dos horas, Tessa.

—Dormir no equivale a descansar, lo sé muy bien. —Se volvió hacia mí, apoyando el final de la espalda en la barandilla—. Y tú también.

—Pues no es el caso. —Ladeó la cabeza de nuevo, sin apartar la vista de mí—. Deja de mirarme así —negué—. ¿Quieres que te mienta y te diga que no he descansado?

—No, quiero la verdad, pero sé que no vas a dármela porque no estás preparada para hablar sobre el tema que sea.

—Es que no me acuerdo —susurré observando el poco té que me quedaba —. Estoy bien, de verdad. —Elevé los ojos un poco hacia ella—. Y sí, he descansado, pero también es verdad que me he despertado inquieta. —Me encogí ligeramente de hombros, antes de vaciar el contenido del vaso en mi garganta.

—¿Has soñado con algo y no te acuerdas? —asentí colocando el vaso en la mesa.

Subí las piernas a la silla y me las rodeé con los brazos.

—Está bien —soltó un pequeño suspiro—. Va, ve a arreglarte. Ya verás que te sentará bien cambiar de aires.

—Sí, pero todavía hay tiempo de sobra.

—A mí solo me falta maquillarme.

—Estás preciosa con el vestido. —Sonreí.

—¿Te puedes creer que ni con él conseguí que Axel se fijara en mí? —Bufó al referirse a su exjefe y reí por el dramatismo que le puso—. A ver, si el vestido tampoco es nada del otro mundo, pero joder, con el cuerpazo que tengo… —Me sacó la lengua y esta vez fue ella la que rio con ganas.

—No se entiende.

—¿A qué no? Pues que le den. Bueno, ya le han dado, no voy a verlo nunca más.

—Eso no lo sabes, el mundo es más pequeño de lo que nos imaginamos. —Le hice un guiño.

—Pues como la vida me lo ponga de nuevo delante, ese se va a enterar de lo que ha perdido. —Acompañó a sus palabras con una sonrisa traviesa.

—Yo creo que ya es muy consciente, aunque puede que no en el sentido que te gustaría. —Apoyé la barbilla en las rodillas.

—Vamos a dejar de hablar de él porque me he alejado para olvidarlo, y así voy por mal camino. —Puso los ojos en blanco.

—No has llegado a enamorarte de Axel, ¿o sí?

—¿Qué dices? Esas son palabras mayores. —Jadeó.

Del respingo que dio, dejó caer la manta de golpe. Se le resbaló hasta el suelo, y no pude evitar reírme cuando la levantó con prisa, envolviéndose en ella aún más que antes. Solo le vi los ojos y la nariz.

—Una cosa es que deseara su cuerpo caliente y ardiente, chica, y otra muy diferente es hablar de amor. —Sacudió la cabeza—. Y como no he

tenido lo primero, pues lo segundo es inexistente. —Me hizo un guiño.

—Pues no sabes cómo me alegro, porque si no, sería más duro el distanciamiento.

—Ya te digo, quizás eso es lo que me ha impulsado a darle otro giro a mi vida —dijo pensativa.

—No me extrañaría, tú eres la que sueles anticiparte a todo.

Me levanté despacio y cogí el vaso.

—Ahora sí que voy a vestirme.

Entré en el salón, sonriendo al sentirla casi encima de mí. Anda que no tenía ganas de entrar al calor del piso.

Mientras ella cerraba la corredera y se desprendía de la manta, yo fui a la cocina a dejar el vaso.

—¿Qué te vas a poner? —me preguntó.

—No lo he pensado.

—Solo tú puedes decir eso a media hora de irnos. —Puso los ojos en blanco.

—Bienvenida a mi vida de nuevo. —Le hice un guiño.

Caminé hacia el pasillo. Me siguió riendo, y de esa forma entró conmigo en mi habitación.

—¿Quieres que te elija yo la ropa?

—A ver, sorpréndeme. —Me senté en el filo de la cama—. Pero no te aseguro que la descarte.

—A eso se le llama empezar mal. —Soltó una risilla.

Fue hasta el armario y abrió las dos hojas de madera. Después de estar un rato observando el interior, se movió cogiendo varias prendas.

—Como detecto tu estado de ánimo y te callas —me advirtió antes de que pudiese decir algo al respecto—, creo que con esto te sentirás cómoda, aparte de ir divina.

Dejó encima de la cama un pantalón pitillo y un jersey en su mayoría ancho, con un poco de brillo. La tela se estrechaba en la cintura, adaptándose a la forma del cuerpo. Tenía un escote pronunciado, pero no hacia los pechos, sino a lo largo de los hombros, por lo que caía por uno de ellos, dejándolo al aire.

—Este conjunto con los tacones y estarás más que perfecta —continuó—. ¿Qué te parece?

—Has acertado. —Sonreí.

—Lo sé. —Rio y me uní a ella en las risas—. Pues venga, arréglate. Yo voy a maquillarme. —Me hizo un guiño.

En vez de ir hacia el baño de la habitación que había ocupado, entró en el de la mía. Negué divertida, levantándome. Me desprendí de la ropa que llevaba y me vestí con la que había elegido. Me sentí cómoda, por lo que no necesitaba más. Cuando estuve vestida, fui hasta el espejo de cuerpo entero, colocándome bien la parte más ajustada del jersey. Quedaba perfecto y a la medida.

Saqué del zapatero unos zapatos de tacón y me calcé, para ir a reunirme con Tessa en el baño. Vi en su mirada la aprobación. Me recogí el pelo con una pinza para hacer algo decente con la cara, al mismo tiempo que me acercaba al espejo. Vi que tenía las ojeras ligeramente marcadas, por lo que me esmeré en solucionarlo. Poco más hice, solo me apliqué una ligera capa de maquillaje, un poco de colorete y rímel, y elegí un color de labios que realmente destacaba.

—Vamos a arrasar —dijo convencida y satisfecha Tessa.

—No tengo ninguna duda de que lo haremos —dije con tono de humor, añadiendo un guiño.

—Dame.

Me giré hacia ella cuando me quitó el perfume de la mano y cerré los ojos, cuando empezó a rociarlo sobre mí, en grandes cantidades.

—¿No te estás pasando un poco? En vez de oler bien, la gente se va a separar de mí. —Fruncí los labios.

—Sigue callada, no entiendes cómo va el inicio del apareamiento.

—¿En serio? ¿Apareamiento? —Solté una carcajada.

—Lo que has oído —asintió oliéndome y sonrió, de nuevo satisfecha.

—¿Y quién te ha dicho que es lo que busco? —Apoyé la cadera en el mueble del baño, haciendo esfuerzos por no reír mientras se perfumaba ella de la misma forma.

—Esta será una grandísima noche. —Me hizo un guiño—. Y no se trata de buscar, sino de encontrar inesperadamente a un partidazo de hombre. Tú hazme caso, y déjate guiar por mi sabiduría. —Sonrió de forma exagerada.

Pasó por delante de mí, directa hacia la habitación. Me giré hacia el espejo, observando mi reflejo por última vez. Me sonreí a mí misma,

preparada para desconectar de todo, menos de mis amigos y de lo bien que lo íbamos a pasar.

Capítulo 5



—Aún no me creo que estés aquí para quedarte —comentó con ilusión Lara, dirigiéndose a Tessa.

El emotivo encuentro entre ambas podía compararse perfectamente al que tuvimos Liam y yo con Tessa, horas antes. Las emociones habían sido las protagonistas, hasta con Félix, el que terminó sin poder parar de reír durante un buen rato, con Tessa enganchada a su cuello, negándose a soltarlo.

Ahora, después de un poco más de media hora, nos encontrábamos en el salón de un restaurante del centro, al que nos gustaba venir a menudo. De tanto que lo hacíamos, con el paso del tiempo, habíamos creado una amistad con el dueño y los camareros. Nos llevábamos genial.

Ya teníamos los platos principales de comida encima de la mesa, en total siete la decoraban, en los que se incluían dos tipos diferentes de ensaladas. Optamos por pedir varios para compartir, para así disfrutar de más variedad. Nada más llegar, habíamos dado buena cuenta de los aperitivos que nos

habían servido en una bandeja grande, cortesía de la casa, o más concretamente, de Andrés, el dueño del restaurante.

En cuanto entramos, se llevó una gran sorpresa al ver a Tessa y por la noticia que le dio ella. Enseguida nos comentó que iba a poner de su parte para que fuese una celebración a lo grande, porque bien lo merecía.

De esa forma estábamos saciados, con los estómagos casi llenos por la cantidad que nos habían traído. Pero quedaba mucha noche por delante y no teníamos ninguna prisa. Nos lo estábamos tomando con calma porque, igualmente, íbamos a dejar el resto de los platos completamente vacíos.

—Las vueltas que da la vida sorprenden, ¿eh? —dijo Tessa, respecto al comentario de Lara— ¿Os acordáis de la noche de hace un año, la de antes de irme? También cenamos aquí, como despedida. —Sonrió.

—Sí, pero esta no tiene nada que ver. En aquella ocasión todos íbamos de las risas a las lágrimas, hoy solo hay de lo último e ilusión —habló Liam, haciéndole un guiño.

—Ya te digo, creo que no he vuelto a gastar tantos pañuelos como aquel día entero, y hasta donde dio la noche de sí. —Rio Tessa.

—¿Qué planes tienes ahora? —Se interesó Félix.

Habló acariciándole la espalda a Lara, un gesto que únicamente había dejado de hacer durante poco tiempo, desde que estábamos sentados. Eran

más monos, se les veía tan bien. No podía estar más feliz por ellos y también muy orgullosa de la determinación con la que Félix había afrontado el tema de su familia.

En todo momento, sin que existiera otra posibilidad, ponía a Lara por delante. La felicidad de ella se reflejaba en su cara, en sus gestos y en los detalles que tenía hacia su marido. Aunque todo era mutuo, sin que lo convirtieran en algo empalagoso de presenciar, ni sobrecargado. Era de admirar un amor tan bonito y puro como el que sentían ambos.

Tessa en alguna ocasión se había acercado a mí para susurrarme lo mismo, y para añadir que sentía una envidia tremenda, pero una muy sana porque todos adorábamos a la pareja.

—Me voy a tomar unos días para descansar, los necesito para reiniciar la mente —le contestó Tessa—. Con el trajín que he llevado este año, que ha sido un no parar, quiero tomármelo con un poco de calma.

—Eso lo dices ahora, pero dentro de unos días estarás inquieta y subiéndote por las paredes —comentó Liam, con una sonrisa pícara.

—Seguro. —Rio ella.

—Te damos hasta el martes como mucho, para que empieces a moverte para buscar otro trabajo —dije convencida.

—Que me conozcáis tanto, no mola. —Hizo una mueca graciosa y todos reímos—. Quiero hacerme la interesante y… —Nos sacó la lengua y se unió a nuestras risas.

—Ya verás como encuentras algo rápido —habló Lara.

—Es lo mismo que le he dicho —confirmé cogiendo la copa—. Un brindis. —La levanté y todos me imitaron. Continué—: Por los nuevos comienzos y por continuar mejorando. Estoy muy contenta de que estemos juntos otra vez. Por nosotros y por estar siempre unidos, a pesar de los cambios de la vida.

Chocamos las copas y bebimos, sellando mis palabras. Continuamos con la cena, después de servirnos en los platos un poco de toda la variedad que había. Entre conversaciones, risas, ir comiendo y bebiendo, pasamos dos horas y media en la mejor de las compañías. Andrés se unió a nosotros unos minutos, cuando su trabajo se lo permitió.

También brindamos con él, alabando lo bueno que estaba cada bocado que habíamos comido y, sobre todo, le dimos las gracias varias veces, por el bonito detalle de invitarnos en una noche que volvía a marcar un antes y un después. Y yo, no sabía ni era consciente en este momento, hasta qué punto sería así.

Andrés no se conformó con que los aperitivos corrieran a cuenta de él, también incluyó las bebidas y los postres. Sí, a pesar de estar a punto de

reventar, hubiese sido un pecado irnos del restaurante sin probar algunas de las delicias que el mismo Andrés preparaba.

Disfrutamos al máximo de la velada, hasta que nos levantamos para irnos, después de pagar.

—Espero veros pronto. —Se dirigió a nosotros, Andrés, desde el otro lado de la barra.

—Sabes que sí, cuenta con ello —le confirmó Liam sonriente, dándole la mano.

—Seguid disfrutando de la noche que es joven, y vosotros también —añadió con un tono de voz pícaro y un guiño.

—Buenooo… No te creas, Andresito, que los años van pesando y no perdonan —comentó Tessa.

—¿Qué dices? Si, estás perfecta. —Arqueó una ceja él, con expresión divertida.

—Gracias, precisamente necesitaba un buen piropo. —Reímos.

—Si es que siempre me llevas por donde quieres —negó él.

—Errorrr… rectifica. Te llevo por donde te dejas. —Rio apoyando el cuerpo sobre la barra, para darle un beso en la mejilla.

Andrés lo recibió con agrado, antes de devolvérselo. Riendo, nos despedimos de él, hasta la próxima vez. En cuanto salimos a la calle, todos nos abrigamos bien. La temperatura había caído en picado y agradecí llevar puesto un pantalón al ver a Tessa dar saltitos sobre los tacones. Lara iba vestida muy parecida a mí.

Me agarré del brazo de Liam cuando empezamos a andar. Por la zona había varios *pubs*, cuatro se encontraban a poca distancia, el resto estaban más apartados. Nos dirigimos hacia los más cercanos, con la intención de tomarnos algunas copas en un ambiente en el que pudiésemos continuar hablando, pero también en el que nos envolviese la música.

Al cabo de unos minutos, entramos en uno que conocíamos muy bien. Conforme nos adentrábamos en el local, la sensación cálida del interior nos envolvió. Estaba bastante lleno, pero no era agobiante. No vimos ninguna mesa libre, por lo que nos pusimos en la barra y entre todos, conseguimos taburetes para poder sentarnos. Nos quedamos mirando hacia el centro del local.

—¿Todavía trabaja aquí, Mario? —Quiso saber Tessa, después de recorrer con la vista el largo de la barra, en las dos direcciones.

Lo mismo hizo hacia la que quedaba frente a nosotros, separada por las mesas que rodeaban una pista central.

—Sí —le confirmó Liam—. Lo mismo te sale la noche redonda.

—Ya es redonda por vosotros, pero si puedo hacer que termine botando la redondez, pues mejor que mejor. —Levantó las dos cejas de forma graciosa, varias veces. Liam rio.

—Se va a llevar una sorpresa cuando te vea, siempre que venimos, pregunta por ti —comentó Lara.

—¡No puede ser! ¿En serio? ¿Tessa? —Escuchamos a nuestras espaldas y nos giramos, al mismo tiempo, sobre los taburetes.

Nos encontramos con un Mario asombrado, pero al que se le formó una gran sonrisa de medio lado, imitando a la de nuestra amiga.

—Hola, bombón. ¡Sorpresa! —exclamó al tiempo que se levantaba para apoyar parte del cuerpo sobre la barra.

—Joder, y tanto que lo es —negó él, inclinándose hacia ella.

Sin perder la sonrisa, ambos se dieron dos besos en las mejillas, pero Mario remató el saludo agarrándola de la cara con firmeza, para que no se alejara de él. Le dio un pico en los labios, beso que ella recibió encantada.

—Me alegro mucho de verte, a todos.

—Igualmente —dijo Félix.

Los demás utilizamos otras palabras, correspondiendo a las de Mario.

—Vengo con un notición —habló Tessa, captando toda su atención.

—¿Tengo que ponerme a temblar? —Arqueó una ceja y reímos.

—Mmm… si yo te provoco eso, sí. —Sonrió de medio lado—. No voy a volver a irme.

—¿De verdad? Vaya… —Silbó.

—Así que prepáranos unas buenas consumiciones, que estamos de celebración.

—Eso está hecho. —Le lanzó un beso al aire.

Mario se alejó unos pasos de nosotros para ponerse a trabajar, y Tessa ocupó de nuevo el taburete.

—Es un encanto —soltó un suspiro, observándolo de reojo.

—Estamos de acuerdo. —Le sonreí.

—¡Ay! Me gusta esta canción —gritó Lara de repente, bajándose de un salto del taburete. Todo un logro con los tacones que llevaba—. Vamos a bailarla. —Nos agarró de las manos a Tessa y a mí, y tiró para que la siguiéramos.

Animadas, no nos resistimos. Llegamos al centro del local, a la pista, y nos mezclamos con las personas que movían sus cuerpos al ritmo de la música. Nos sumamos sin problema y sin que faltaran las risas, de una pasamos a la siguiente.

—No te gires, pero hay un par de ojos a tu espalda que no se apartan del meneo de tus caderas, desde que estamos bailando —me informó Tessa.

—¿De estas? —Las meneé con más gracia y de una forma más exagerada.

Soltamos las tres una carcajada, y se pusieron a imitarme.

—Por cierto, unos ojos impresionantes —añadió.

—Joder, ¿para tanto te da la vista con esta luz tenue? —Rio Lara.

—Mi radar nunca falla, así me quede bizca. —Le hizo un guiño Tessa, después reímos de nuevo las tres—. No sé si le han sorprendido o le han gustado más tus movimientos exagerados, porque chica, con qué intensidad te observa ahora —dijo bajando el tono de voz, poniéndonos en situación. Lara y yo teníamos la misma posición, por lo que Tessa era la única que podía mirar disimuladamente—. Se acaba de llevar la copa a los labios y no

aparta la vista de tu cuerpazo. Está en modo apareamiento, acechante, a la espera de atacar como un depredador.

—¿Otra vez con eso? —Reí más.

—¿Apareamiento? ¿Depredador? —dijo Lara. Frunció los labios después.

—Ahora le ha dado por eso. —Puse los ojos en blanco—. Es la segunda vez hoy que escucho alguna de esas palabras.

—Reíros lo que queráis, pero yo sé lo que digo. —Nos hizo un guiño.

Me agarró de las caderas y empezó a bailar de la forma más sensual y provocativa que sabía, arrastrándome con ella para que la acompañara en los movimientos. Divertida, dándome igual todo lo demás que nos rodeaba, me dejé llevar por mis dos amigas, porque Lara se incluyó en el baile improvisado.

Eché un vistazo hacia la barra. La expresión de Liam reflejaba que se lo estaba pasando en grande viéndonos. La de Félix, bueno, la suya iba entre la diversión y el deseo. Este último, lógicamente, dirigido a Lara, de la que no apartaba la vista.

—Esta noche vas a dormir más caliente de lo normal —le advirtió Tessa a Lara, al darse cuenta de lo mismo.

—¿Eh? —dijo nuestra amiga, sin enterarse.

—Que estás poniendo cachondo a Félix —le aclaró Tessa, soltando una carcajada.

—Oh… —Miró hacia la barra y le regaló una sonrisa pícara desde la distancia que los separaba—. Se terminó —dijo cuando la canción que bailábamos llegó a su fin.

Divertidas, la seguimos. Caminó ligera y, en cuanto llegamos junto a los chicos, ella se puso entre las piernas de Félix y lo besó. Aunque no sé cuál de los dos inició primero el beso, que de ligero y rápido tuvo poco.

—Al menos nos ha servido de algo tanto meneo —comentó Tessa, cogiendo una copa de las que había preparado Mario.

—Ha dicho que en un rato se acercaba —comentó Liam, al ver cómo lo buscaba con la mirada.

—Vale —asintió y bebió.

Yo también cogí la mía, notando la garganta seca. Saboreé la bebida varias veces, para refrescármela.

De pie, con el taburete a un lado, me giré hacia la zona central, con la copa en las manos. La recorrí con la vista, sin buscar a nadie en concreto,

hasta que di con unos ojos que estaban pendientes de mí.

Me llevé la copa a los labios, manteniéndole la mirada. ¿Esto también se consideraba apareamiento? Retuve las ganas de reír por mi pensamiento, por las ocurrencias de Tessa.

—Ya veo que lo has visto. Es él —me confirmó inclinada sobre mi hombro—. Y menudo hombre, nena —dijo con tono divertido—. Si su mirada impresiona, su cuerpo y su apariencia te dejan noqueada. Y eso que está sentado. —Rio.

—¿De quién habláis? —intervino Liam, con curiosidad.

Lara y Félix ya no se besaban, pero estaban igualmente muy entretenidos. Él le estaba susurrando al oído y por el labio mordido de Lara, podía hacerme una idea de en qué punto estaban. Ella se había quedado entre sus piernas, dándole la espalda, y acariciaba los antebrazos de él, los que le rodeaban la cintura.

—Del que no aparta la mirada de nuestra Ibbie. ¿Cómo te quedas? Ha sido la primera en triunfar esta noche —le respondió Tessa.

Ella sonrió de medio lado, Liam arqueó una ceja y yo me encogí de hombros, porque no tenía la intención de triunfar en nada, pero oye, no voy a negar que es agradable sentir las sensaciones que me estaba provocando ser el foco de atención de una persona en concreto.

Fuese atractivo o no, por el momento no me molestaba. Estaba por ver si eso variaba.

Capítulo 6

Eithan

—Hay mucho ambiente —dijo Desmon.

—Es sábado por la noche, ¿qué esperabas encontrarte? —le pregunté, mirándolo de reojo.

—Joder, yo qué sé. Ya sabes que me había hecho otra idea de este lugar.

Estábamos en el centro y caminábamos por una calle peatonal. Sí que había mucho movimiento de personas, pero yo lo vi normal. Hacía unos minutos que habíamos salido de cenar del restaurante, eran las once y media de la noche.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que no hago esto? —nos preguntó Maison.

—¿El qué? ¿Andar por la calle de noche? —habló Desmon.

—Muy gracioso —sacudió la cabeza—, te puedes meter el tonito ese por donde encuentres el camino —dijo, provocándole una carcajada—. Pero sí, a eso exactamente me refería. Ya ni me acuerdo de la última vez que lo hice relajado, con el único propósito de disfrutar.

—Voy a tener que alejarte más veces de la empresa y de las obligaciones —negué con la cabeza.

—Te haría un monumento —aseguró Desmon.

—Aunque me resista, patalee y me cague en ti, hazlo siempre que quieras —me pidió Maison.

Reímos cuando Desmon recreó la posible escena, mientras nos cruzábamos con bastantes grupos de personas. A algunos ya se les notaba afectados por el alcohol, a pesar de que la noche estaba comenzando. Llegamos a la zona en la que había varios *pubs* y me siguieron hacia el interior de uno de ellos.

El ambiente que nos recibió era agradable. La música estaba alta, pero no tanto como para impedir conversaciones. Tuvimos suerte porque justo cuando nos acercábamos a las mesas, de una de ellas se levantó una pareja. En cuanto la dejaron libre, la ocupamos. Nos quitamos los abrigos, para colocarlos en los respaldos de las sillas.

—Me gusta, tiene la medida justa de todo —confirmó Maison, recorriendo el local con la vista.

—Sí. —Estuve de acuerdo, apoyando los brazos en la mesa.

Desmon llamó la atención de un camarero que pasó cerca y le pedimos tres consumiciones.

—¿Estás nervioso porque llegue el lunes? —me preguntó.

—No.

—¿Eithan nervioso? Aunque lo esté, no lo vamos a saber. —Arqueó una ceja Desmon.

—Habla por ti, yo sí que lo diferencio —le rectificó con humor Maison —. Por eso he sacado el tema, porque sé que lo está.

—Podéis seguir con la conversación todo el tiempo que queráis, pero no contéis conmigo. No pienso intervenir más —los advertí.

—¿Ves? —Rio Maison.

—Tío, estás acostumbrado a relacionarte con la gente. Todo irá bien —continuó Desmon.

—Hay cosas a las que nunca se acostumbra uno, y mucho menos cuando hablamos del tipo de cosas a las que tiene que enfrentarse Eithan —añadió

Maison, mirándome de reojo.

Los ignoré como les había adelantado, entreteniéndome en observar a las personas que nos rodeaban. No me interesaba para nada la conversación que habían iniciado. Sí, no voy a negar que me sentía nervioso. No, no lo iba a admitir y lo digería como mejor sabía: en silencio y guardándolo para mí.

Agradecía lo que estaban intentando hacer, pero no era el momento ni el lugar. Ni siquiera me había enfrentado todavía al motivo que me había traído hasta aquí, así que estaba de más adelantarme a los acontecimientos, sumándole una tensión que precisamente estaba haciendo todo lo posible por evitar.

La intervención del camarero al traer las bebidas consiguió que dejaran de hablar sobre mí. En cuanto nos quedamos solos de nuevo, se centraron en hacer varios comentarios animados sobre unas mujeres que habían localizado en una de las mesas próximas a la nuestra. Por lo visto, no dejaban de mirar hacia nosotros, pero no me paré a observar de lo que hablaban, continué con mi inspección del lugar.

En la pista de baile había bastantes personas moviéndose al ritmo de la música, pero todavía sobraba bastante espacio. Las mesas estaban ocupadas y en las barras, que se situaban una frente a la otra, en los lados opuestos del local, quedaban huecos libres. El ambiente no se notaba sobrecargado, lo que era un punto a favor.

Me llevé la copa a los labios, dando el primer sorbo.

—Tienes a la pelirroja en el bote, con una pequeña señal de tu parte se lanzaría encantada.

Esas palabras las pronunció Desmon hacia mí, más que nada lo supe porque las acompañó con un ligero toque en mi pie. Me centré en él y seguí la dirección de su mirada. No fui nada disimulado. Dirigí la vista directamente hacia la mesa en cuestión y me encontré con tres mujeres que sonreían hacia nosotros. Me paré unos segundos en la mirada de la pelirroja que había mencionado Desmon, hasta que algo por detrás de ella llamó mi atención.

Un grupo de cinco personas avanzaba por la zona central, haciéndose paso entre la gente. Llegaron hasta la barra que quedaba a mi izquierda y ocuparon una buena zona, con taburetes. El «algo» que había llamado mi atención, era en realidad alguien, más concretamente una mujer. Volví a beber, observando cómo interactuaba con los demás, sentada y dándole la espalda a la barra.

El pie que tenía al aire, el de la pierna que había cruzado, se balanceaba con movimientos pequeños. Se había quitado el abrigo, dejando ver cómo iba vestida. Su imagen era muchísimo más tentadora que la de las tres mujeres por las que Desmon y Maison todavía continuaban hablando. Los vestidos, los escotes y la ropa sugerente, no tenían ni punto de comparación con lo que irradiaba la chica de la barra.

A pesar de la poca claridad que había, se apreciaba perfectamente cómo iba vestida, con unos pantalones ceñidos a sus piernas y una camiseta que le dejaba un hombro al aire. No necesitaba nada más, aparte de la sonrisa que mostraba en todo momento en los labios, unos labios que destacaban incluso sobre la luz tenue del local.

—No sé hacia dónde te has desviado, pero parece que la has decepcionado —continuó Desmon, haciendo referencia a la pelirroja.

—¿Me ves preocupado? —Arqueé una ceja, fijando los ojos en los suyos.

—¿Tú? Para nada. —Frunció los labios, conteniendo la diversión.

—Me alegra que nos entendamos —dije serio, y terminó riendo.

—Es muy interesante el motivo de tu despreocupación, muchísimo más —comentó Maison, en tono bajo.

—¿Qué? —le preguntó Desmon.

Él no había estado atento, lo que no era el caso de Maison que había seguido la dirección en la que había tenido puesta mi atención. Al final, Desmon lo pilló, por el gesto que hizo Maison con la cabeza, hacia la barra. El último rio con ganas cuando nuestro amigo hizo un recorrido con la vista por todas las personas que estaban junto a la barra. Con los ojos entrecerrados, concentrado, continuó su inspección.

—¿Has visto a la chica que acaba de darle un pico al camarero? —Lo ayudó Maison.

—Sí, y menudas vistas. —Hizo alusión a la posición en la que quedó el cuerpo de ella.

—Pues fíjate en la que está a su izquierda, aunque te cueste alejar la mirada de la del vestido. El grupo se ha dado la vuelta hacia la barra, pero hasta hace poco estaban de cara al local. ¿Me equivoco? —me preguntó directamente.

—Estás muy observador, no se te ha escapado nada —comenté.

Sonrió de medio lado, antes de colocar una mano en mi hombro. Ejerció un poco de presión y asintió, antes de apartarla.

—Mmm… —Fue la reacción de Desmon, mirándome de reojo.

—Parar ya. —Lancé otro aviso, antes de beber un buen trago.

—¿Te vas a acercar? —Tanteó Maison.

—No — dije, colocando el vaso en la mesa.

Lo que no dejé claro es si esa negativa iba dirigida a este momento o al resto de la noche. En un principio, no entraba en mis planes variar de pensamiento, pero estaba por ver, porque ni yo mismo podía apostar en que no me moviese de la silla para ir en su dirección.

—El tío que está al lado de la mujer impresionante del vestido no parece pareja de ninguna —comentó Desmon, con el ceño ligeramente fruncido.

—Está claro quiénes son pareja en ese grupo —continuó Maison—. Como también que con lo de «impresionante» dejas muy claro tu interés.

Desmon sonrió de medio lado, dándole la razón.

—¿Podéis hacerme caso por una puñetera vez? —insistí, tamborileando los dedos en la mesa. Mi paciencia empezaba a escasear— Centraros en las de la mesa.

A los dos les dio por reír, a mí no me estaba haciendo ninguna gracia la situación. El inicio del cabreo que había empezado a sentir se evaporó al ver a las tres mujeres de la barra caminar entre las mesas. Pasaron cerca de la nuestra, pero no hice ningún comentario porque mis amigos, por una vez en sus vidas, me habían hecho caso. Estaban coqueteando con miradas hacia la mesa de las chicas del inicio.

Seguí con la vista a las que llegaron a la pista de baile, y sin cortarme, no la aparté del cuerpo de la que había llamado mi atención. Pude comprobar, al quedarse de espaldas a mí, lo bien que se ajustaban sus pantalones

ceñidos. Supe el instante en el que su amiga del vestido se percató de que la observaba, pero ni, aun así, desvié la mirada. Más a propósito, la mantuve fija en ella, y aunque no mostré ningún cambio en mi expresión, me hizo gracia cómo la del vestido inició un baile sugerente, al que terminó por unirse la tercera. Ambas se dejaron llevar por la música.

Estuvieron en la pista durante el tiempo que duraron dos canciones completas, después regresaron a la barra con los chicos. La reacción que tuvo la pareja cuando se unieron de nuevo, era una evidencia clara del bailecito que se habían marcado.

Mientras observaba a la que captó mi atención desde el principio, me hice muchas preguntas, hasta que sucedió. Sus ojos conectaron con los míos y me mantuvo la mirada. Tuve claro qué le dijo la del vestido cuando se inclinó hacia ella, pero tampoco me importó.

Dejé pasar unos segundos y levanté la copa hacia ella. Su reacción me gustó porque me imitó, antes de beber.

—Joder, ¿cómo has avanzado tanto? —me preguntó sorprendido Desmon, al darse cuenta.

—Los hay expertos y después están los principiantes o aspirantes —dijo con humor Maison.

—¿Cómo lo lleváis vosotros? —les pregunté para desviar la conversación.

—Estupendamente. —Me hizo un guiño, Maison.

Me quedó más claro aún cuando las tres mujeres de la mesa se levantaron y caminaron hacia nosotros. Recosté la espalda en la silla, viendo cómo se acercaban.

—Hola —dijo la pelirroja, con una gran sonrisa.

Le correspondimos al saludo y enseguida habló otra.

—¿Os apetece ir a la pista de baile?

—Mmm… No soy muy bueno con el baile, a mis pies les cuesta —comentó Desmon.

—No hay problema, yo te guío. —Le hizo un guiño la tercera.

—Venga —aceptó Maison.

Su elección tenía mucho que ver conmigo. Sabía por adelantado que yo no iba a aceptar, y no porque me pareciese a Desmon en el baile, sino porque simplemente no me interesaba. De esa forma las alejaba de mí y se lo agradecí en silencio, con un cruce de miradas.

Me hizo un guiño cuando se puso al lado de una de las chicas.

—¿No te animas? —me preguntó la pelirroja, enredando un mechón de pelo en su dedo.

—No —respondí tajante, sin dar margen a que insistiera.

Hizo una pequeña mueca cuando Desmon se levantó, pero la borró rápido de su expresión, forzando una sonrisa. Los vi alejarse a los tres hasta la pista y me quedé muy tranquilo solo. Busqué con la mirada a la chica de la barra, pero no la encontré. Los demás sí que continuaban en el mismo sitio.

Saqué el móvil para comprobar la hora que era, había pasado una hora y cuarto desde que habíamos llegado. Me terminé la copa y llamé la atención del camarero que nos atendió al principio. Levanté la copa pidiéndole sin palabras que quería otra igual y asintió, antes de dirigirse hacia la barra.

Seguramente sería la última, no creía que fuese a alargar mucho más la noche, lo que no implicaba a mis amigos que en este instante estaban disfrutando, bailando con las tres chicas. Bueno, Desmon estaba poniendo todo su empeño en conseguirlo.

Mis labios se curvaron al verlo en «movimiento», unos movimientos que se veían forzados y rígidos, lo que a la chica que tenía frente a él poco le importaba, por cómo se pegaba a él.

Capítulo 7

Ibbie

—Eh. —Giré la cabeza hacia la voz de Tessa.

Entró en el baño, mientras yo me lavaba las manos.

—¿Me esperas?

—Claro. —Le sonreí.

Desapareció detrás de una puerta y yo me dediqué a secarme las manos con el secador y a observar mi imagen en el espejo. Continuaba como salí del piso, ni siquiera el pintalabios había perdido intensidad.

—Ya está —dijo Tessa, poniéndose a mi lado—. ¿Qué tal? —Me miró por el espejo.

—Bien.

—¿Seguro? ¿Te has animado?

—Sí. —Apoyé la cadera en la pared.

—¿No te vas a acercar a ese hombre?

—No —respondí escueta.

—¿Por qué? —Arqueó una ceja.

Reí cuando me apartó con el culo para secarse las manos.

—Solo me ha mirado y levantado la copa hacia mí. —Me encogí de hombros.

—Coño, ¿y te parece poco?

—Cuando venía para el baño estaba muy entretenido con sus amigos. Se les han acercado tres chicas.

—¿Y?

—No insistas —dije divertida.

—El interés de la noche para ese hombre está claro. —Sacudió la cabeza.

—Y ha sido agradable sentirlo el tiempo que ha durado, pero no creo que vuelva a suceder —dije convencida.

—Ahora que he vuelto, vamos a tener que trabajar más en eso. —Se puso delante de mí.

—¿En qué precisamente? —Mis dos cejas se dispararon hacia arriba.

—En el pasotismo y la indiferencia. —Puso los ojos en blanco—. Tienes a tu alcance darte el gustazo con ese hombre y aquí estás, descartándolo. Y poco me importa quiénes se hayan acercado a él. —Se cruzó de brazos.

—Estás dando por hechas muchas cosas —negué divertida.

—¿En serio me dices eso? ¿A mí? —Sonrió de medio lado, con una sabiduría escalofriante.

En esta ocasión fui yo la que puso los ojos en blanco, provocando que soltara una carcajada.

—No empieces. —Le di la espalda, caminando hacia la puerta.

—No puedo evitarlo, es una parte muy importante de mí —dijo siguiéndome de cerca.

—Y no me quejo, ni lo voy a hacer nunca, pero con respecto al tema que has sacado, no me interesa escuchar más.

—Podrías… Uy —se quejó cuando se chocó con mi espalda.

Me había parado de golpe, al encontrarme de frente al hombre de la mesa. Estaba en el centro del pasillo, ocupándolo y obstaculizando el paso. Tessa se agarró de mis hombros y se asomó por uno.

—Oh, hola —lo saludó.

A pesar de la brevedad de sus palabras, no tuve problema en diferenciar perfectamente la diversión en su tono de voz, como también la satisfacción de ver quién estaba a pocos pasos de nosotras.

—Hola. —Le correspondió él.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón. Fue lo único que movió, sin ninguna intención de apartarse para que pasáramos.

En el pasillo en el que estábamos, el sonido de la música se escuchaba amortiguado. Me llamó la atención su voz y reconocí que le pegaba mucho a su apariencia, haciéndolo más interesante de lo que ya era.

—¿Aceptas que te invite a una copa? —volvió a hablar, con los ojos fijos en los míos.

Joder, me había quedado paralizada, sin saber el motivo. Vale que el hombre fuese un pecado andante, pero no entendí mi reacción.

—Acepto encantada —dijo de repente Tessa, poniéndose a mi lado.

Él desvió la atención hacia mi amiga, con una ceja arqueada, pero contraponiendo a ese gesto, su expresión parecía divertida. A mí me sacó del aturdimiento en cuestión de segundos.

—Eso es lo que tienes que responder —añadió hacia mí Tessa, chocando su hombro con el mío—. Sabe hablar, ¿eh? —Se dirigió a él—. Solo que parece que se le ha olvidado cómo hacerlo y, sobre todo, cómo aceptar una invitación.

Giré la cabeza hacia ella, muy, pero que muy despacio. La suya había hecho lo mismo y nuestras miradas se encontraron. Tenía los labios fruncidos, aguantando las ganas de reír.

—Ya veo. —Carraspeó él.

—Perdón —me disculpé nerviosa.

—Si no quieres…

—Acepto —lo interrumpí rápido.

En sus labios apareció una pequeña curva, en los de mi amiga fue mucho más pronunciada.

—Disfrutad, jovenzuelos —dijo Tessa, empezando a caminar.

Al pasar por al lado del hombre, que en esta ocasión sí que se apartó, ella le dio un golpecito en el hombro y se fue tan feliz. Se alejó de nosotros, mientras yo sacudía la cabeza, hasta que la perdí de vista.

—Me llamo Eithan. —Dirigí la atención hacia él.

—Ibbie. —Le sonreí.

—Tienes un nombre muy bonito y difícil de olvidar.

Agradecí la poca luz que había, porque sentí las mejillas ardiendo por su halago.

—Gracias —dije en un tono de voz demasiado bajo.

—Es la verdad. ¿Vamos? —Me ofreció salir del pasillo, con un gesto de la mano.

—Claro —asentí, y sorprendentemente, mis pies me obedecieron.

Caminamos uno al lado del otro, en silencio. Mis nervios se intensificaron cuando colocó una mano extendida en mi espalda, al estrecharse el camino entre las mesas. El calor que desprendía, inesperado, provocó que el vello se me erizara.

Llegamos al final de la barra. Desde esta posición no veía a mis amigos, quedaban ocultos por las demás personas.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó de lado, con un brazo apoyado en la barra.

No quería mezclar, por lo que le dije la bebida que había tomado y repetido desde que estaba en el *pub*. Asintió llamando la atención de uno de los camareros y se la pidió añadiendo la suya.

—¿Eres de aquí?

—Sí —respondí con una pequeña sonrisa—. ¿Tú no? —Ladeé un poco la cabeza.

—Me habrías reconocido si me hubieses visto antes, ¿no? —Me acercó un taburete y se lo agradecí.

Él se mantuvo de pie, a pesar de que había otros libres a su espalda. Me senté por la debilidad tonta que sentía en todo el cuerpo.

—Cabe una gran posibilidad de que no. —Acaricié el borde de la mesa.

Obvié darle más detalles. Primero porque una parte de mi vida no la quería recordar y tenía gracia. Segundo y último, porque la verdad es que era bastante despistada para quedarme con las caras de las personas con las que me cruzaba. Solo las que se repetían y eran constantes en mi trabajo, en la oficina del banco, tenían un hueco en mi memoria a largo plazo.

—No sé cómo tomarme eso —comentó con un deje divertido en la voz.

—¿Bien? —Reí nerviosa y sonrió.

—No soy de aquí, pero tengo que quedarme por un tiempo.

—Ah, entonces es limitado.

—Según cómo se mire y en qué sentido.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Trabajo —asentí.

Nos quedamos en silencio cuando el camarero nos puso las copas delante. Eithan le pagó antes de que se alejara.

—Gracias.

—Es un placer. —Me hizo un guiño.

La mesa que había ocupado con sus amigos quedaba frente a mí. Mis ojos se desviaron hacia ella, en este instante estaba ocupada por los dos hombres y las tres mujeres que había visto al ir hacia el baño.

—Te están esperando —comenté antes de beber un sorbo pequeño.

Giró la cabeza, viendo la misma imagen.

—No lo creo. —Busqué su mirada—. No me interesa —añadió, remarcándolo.

—Vale. —Sonreí un poco, sintiendo de nuevo calor en las mejillas.

Su mirada era intensa, de las que podían dejarte parada en el sitio sin necesidad de que sus labios se movieran. En realidad, todo él desprendía bastante intensidad y fuerza, me dio la sensación de que tenía una personalidad firme, con determinación. Al menos esa fue mi percepción.

—¿Sueles venir a menudo aquí? —Se interesó.

—Cuando salgo, sí.

—No ha sonado como que lo hagas mucho.

—Llevaba una larga temporada en la que a estas horas estaba cómoda en el sofá, con una manta y con la compañía de un libro, de alguna serie o película interesante. —Encogí un hombro.

—Buen plan. —Se llevó la copa a los labios, sin apartar su mirada de la mía.

—Para mí, sí. —Lo imité, notando la garganta demasiado seca—. Aunque a partir de ahora, seguro que cambia.

—¿Y eso?

—La chica que estaba conmigo es mi amiga Tessa —asintió, atento a lo que le decía—. Ha estado un año trabajando lejos de aquí, pero ha vuelto hoy, para quedarse. No sé si te has dado cuenta, pero es la energía personificada.

—Algo he notado. —Sus labios se curvaron un poco, en una media sonrisa.

Me di cuenta entonces de que en la mejilla que se le elevó apareció un pequeño hoyuelo que, a simple vista y rápido, pasaba desapercibido.

—Se quedará en mi piso, hasta que encuentre alguno de alquiler —continué.

—Está bien estar acompañada —comentó.

—Sí, pero no por según quién. —Reí.

—En eso te doy toda la razón. La convivencia se hace difícil como no se esté en consonancia con el otro —asentí.

Nos quedamos en silencio durante unos largos segundos, hasta que él volvió a hablar.

—¿Te he hecho sentir incómoda?

Me sorprendió su pregunta, y lo vio perfectamente en mi expresión.

—Por cómo te he mirado en más de una ocasión. —Carraspeó.

—Ah. No. —Me concentré en acariciar el filo de la copa con los dedos—. Ha sido… Agradable.

—¿De verdad? —insistió.

—Sí. —Fruncí los labios, mirándolo de reojo—. Si no me hubiese gustado, lo habrías sabido al momento.

—¿Cómo? —Se interesó.

—Te lo habría dejado muy claro, con algún gesto muy significativo.

—Entiendo —dijo, antes de reír.

Fue otro sonido que me gustó, añadiéndolo al de su voz.

—He tenido suerte —continuó, haciéndome un guiño.

—Eso parece, a la vista está. —Nos señalé.

—¿Tendría tanta suerte si te dijese que me gustaría besarte?

Mis dedos se quedaron parados en el filo de la copa y giré la cabeza hacia él, despacio.

Se había acercado, su cuerpo casi tocaba al mío sentado en el taburete. Me moví hasta que me quedé de cara a él.

—Puedes intentarlo, para comprobarlo por ti mismo.

Pronuncié las palabras tan bajo, casi como en susurros, que tuve serias dudas de que me hubiese escuchado. Me dejó claro que no tenía problema de audición, ni siquiera por la música que nos envolvía, cuando acortó aún más la distancia conmigo.

Apoyó las manos en mis piernas y me las separó. Se hizo un hueco entre ellas, mientras algo en mi interior daba saltos entre la alegría y el nerviosismo. Su siguiente movimiento fue colocar una de las manos detrás de mi cabeza y elevármela, mientras la suya bajaba.

—Es lo que más he deseado desde que te he visto —susurró calentándome con su aliento.

—Yo, no…

—Sé que no ibas buscando esto, que ni siquiera tenías la intención de que sucediera.

—¿Cómo lo sabes? Lo dices muy seguro.

—Sé diferenciar muy bien a las personas, Ibbie. Y tú… —me tocó el labio inferior con un dedo—, por lo que he visto, y por lo poco que me has contado, salta a la vista que no sueles actuar de esta forma a la primera de cambio. ¿Me equivoco? —negué despacio.

Me quedé sin voz de nuevo, pero no me hizo falta traerla de vuelta porque los labios de Eithan cayeron despacio sobre los míos, con sus ojos

atravesando los míos. Tuve la sensación de que quería traspasarlos, adentrarse más en mí de lo que ya lo estaba haciendo.

Me recorrió un escalofrío por el contacto y por su aroma intensificado. El beso fue tentativo al principio, con nuestros labios rozándose, acariciándose, con alguna pasada de su lengua por encima de los míos. Hasta que esa misma lengua se abrió paso, separándome los labios.

Reaccioné a lo que me pedía y entonces, un fuego interno que llevaba demasiado tiempo apagado se formó en mi interior. Su boca se movió con fuerza y determinación, dejándome sin respiración por la intensidad a la que llevó el beso.

Escuché un gemido procedente de mí, él soltó un pequeño gruñido de satisfacción, mientras se dedicaba a consumirme. Esa fue otra de las sensaciones que me recorrieron. Se pegó más a mí, al mismo tiempo que apretaba mi cabeza hacia la suya y la ladeaba para profundizarlo más.

El choque de nuestros dientes, los toques de nuestras lenguas, junto con nuestros labios moviéndose desesperados al compás de los del otro, me dejaron aturdida cuando nos separamos.

Con las respiraciones desacompasadas, intentando restablecerlas, se mantuvo a pocos centímetros de mí. Ninguno de los dos dijo nada, solo nos quedamos observándonos, y yo no pude controlar todas las preguntas que me asaltaron. Por suerte no las pronuncié.

¿Qué mierda ha pasado? ¿Por qué me he puesto así por un beso? ¿Qué tiene Eithan de diferente al resto? Puede que no estuviese acostumbrada a besarme con cualquiera, por el simple placer de hacerlo, como bien había dicho él. Pero nunca había sentido lo que me había hecho sentir, y continuaba sintiendo, a pesar de que ahora mismo solo su aliento seguía calentándome por lo cerca que estaba. Tampoco quitó la mano con la que sujetaba mi cabeza, como si no quisiera que me apartara.

Y por primera vez en muchísimo tiempo, no quise que sucediera. Quería más, mucho más de él, y estaba dispuesta a quemar la noche y a arder con ella.

—Tal y como me imaginaba —susurró sobre mis labios, acariciándomelos con los suyos.

—Espero que eso signifique algo bueno. —Imité su tono de voz.

Su respuesta fue sonreír de medio lado, antes de dejármelo claro. Volvió a besarme y lo recibí encantada, notando de nuevo la sensación electrizante recorriendo todo mi cuerpo.

Coloqué las manos en su cadera, pegando mi cuerpo más al suyo. Pareció que le gustó, por el sonido que quedó amortiguado en mi boca, y porque sus labios consumieron a los míos, con más ansias.

Todo lo que me rodeaba se desvaneció para mí, incluso la música. Mi atención se centró únicamente en él, y cuando su otra mano se posó en la

parte baja de mi espalda, sentí cómo mi cuerpo se acomodaba en el taburete, ajustándose perfectamente al bulto duro que se marcaba su pantalón. En ese instante, cuando nuestras partes íntimas se encontraron de manera tan precisa, fui yo quien decidió tomar la iniciativa en el beso.

Capítulo 8



Silenciosa, haciendo el mínimo ruido posible, salí de la habitación y recorrí el pasillo. La puerta de Tessa estaba cerrada y, por la hora que era, todavía quedaba para que se despertara.

Lo raro no es que ella durmiese, sino que yo estuviese levantada a las siete de la mañana del domingo. Solo había dormido cuatro horas porque el final de la noche se nos alargó más de lo que pensé en un principio.

Entré en la cocina dispuesta a hacerme un café. Cuando tuve la taza en una mano y en la otra el móvil, fui hacia el salón. Me paré junto al sofá para coger la manta y continué hasta la cristalera del balcón.

Dejé la taza y el teléfono en la mesa y sustituí la silla por un sillón cómodo y ancho de jardín. Me di el capricho en cuanto lo vi por casualidad en Internet, en aquel momento, buscaba otra cosa que nada tenía que ver con lo que terminé comprando. Como he dicho, era ancho, pero también largo porque la parte de las piernas se extendía si querías estar estirada. Era

reclinable, con varias posiciones, de la más recta en forma de silla, a la completamente tumbada, como en una cama.

Solía pasar muchas horas allí, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo.

Ajusté el respaldo a una inclinación cómoda, ni demasiado recta ni demasiado plana, y extendí la parte para las piernas. Aunque sabía que terminaría encogida sobre el largo cojín mullido, con las piernas dobladas.

Me acomodé tapándome bien con la manta y alargué el brazo para coger la taza. Después de darle el primer sorbo al café, cerré los ojos, disfrutando del silencio que había. Al ser tan temprano y domingo, las calles todavía no habían despertado, faltaba bastante para que empezara a haber movimiento, tanto de coches como de personas.

De las cuatro horas que he dicho que había conseguido dormir, gran parte de ellas tenía la sensación de que no había descansado. Al menos al abrir los ojos tuve esa percepción, los que no había podido volver a cerrar. No tenía ningún recuerdo de haber soñado, pero la inquietud que sentía era muy parecida a la de la tarde anterior, al despertarme de la siesta.

Miré de reojo el móvil, pero me tomé un poco más de tiempo para llevar a cabo lo que me impulsaba a tenerlo en las manos.

Pasé de un pensamiento a otro, mientras bebía tranquilamente del café. Una sonrisa apareció en mis labios, al acordarme de Eithan. Había sido todo un descubrimiento, la verdad. Era innegable que era atractivo, guapo, que

tenía una planta impresionante, y que desprendía un carisma y personalidad que no pasaban desapercibidos. La noche anterior iba vestido con un jersey de cuello de pico, con las mangas remangadas en los antebrazos y un pantalón vaquero. Un conjunto de ropa que se adaptaba a su cuerpo tan perfectamente que parecía hecho a medida.

Había pasado un muy buen rato con él, a pesar de los nervios que todavía regresaban, cada vez que me venía a la mente como en este instante. Todavía podía sentir sus labios sobre los míos, el tacto suave y el más agresivo, el aroma que lo caracterizaba, y la fuerza e intensidad que transmitía.

Dejé la taza en la mesa y solté un suspiro. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos otra vez, recreando y disfrutando de todas las sensaciones que me dio el regalo de su contacto.

Estuvo muy atento y pendiente de mí, y los dos dejamos claro que a ninguno nos apetecía ponerle freno a lo que había surgido. Los besos y los acercamientos se dieron de forma intermitente, y con diferente entusiasmo en cada ocasión en que nuestros labios se tocaban. Disfrutamos tanto de los besos más suaves y calmados como de aquellos que nos llevaron al límite. Un límite que para mí supuso sentir el cuerpo hipersensible, con una excitación constante, hasta que dejé de ser consciente al dormirme.

Aparte del contacto físico, porque nuestras manos y ciertas partes de nuestros cuerpos estuvieron tocándose constantemente en los

acercamientos, también hablamos. Al final, la invitación de una copa se convirtió en dos.

Alargamos el momento, hasta que Eithan se despidió de mí…

—Gracias, Ibbie. Ha sido un placer —me dijo susurrándome al oído, desde mi espalda.

En aquel momento yo continuaba sentada en el taburete y él estaba detrás de mí, con las manos apoyadas en la barra, a los lados de mi cuerpo.

—Lo mismo digo —hablé en tono bajo.

—Nos volveremos a ver. —Me acarició la mejilla con los labios, sumando un nuevo escalofrío a los que ya me había provocado.

—¿Tú crees?

—Estoy segurísimo de ello, aunque ahora regrese junto a mis amigos.

—Estarás en buena compañía —me referí a las mujeres que seguían acompañando a los dos hombres.

Noté perfectamente cómo los labios de Eithan se tensaron en una sonrisa sobre mi mejilla.

—¿Te molesta?

—¿A mí? Para nada. —Rápido le quité importancia, para no delatarme más.

—No tengo la intención de quedarme, solo voy a despedirme de ellos. —Me acarició la oreja con su respiración—. Todo lo que quería conseguir esta noche lo he tenido. —Me mordí el labio inferior.

—¿Todo?

—Siempre puede haber matices, como en este caso. —Me atrapó el lóbulo con los labios y me estremecí.

—¿Eso qué significa?

—Lo iremos descubriendo poco a poco. —Me dio un beso en la mejilla, antes de ponerse recto y de apartarse de mí.

Me giré en el taburete, quedándome frente a él. Cerré los ojos cuando su mano me acarició la mejilla.

—Sigue disfrutando de la noche, con el recuerdo de nuestro momento. —Deslizó varios dedos por mi labio inferior.

Sus ojos se mantuvieron fijos en lo que hacía, durante largos segundos. Me los separó ligeramente, regalándome un último contacto. Sus labios se apoderaron de mi labio inferior antes de sellar mi boca con la suya.

Cogí la taza para beber del café, antes de que se enfriara. No podía quitarme de la cabeza que ese último beso marcó el final de mucho más que de nuestro acercamiento. Me dejó con muchas dudas porque cabía una grandísima posibilidad de que no nos volviéramos a ver.

Me callé, no hice ningún comentario al respecto, mientras él me dedicaba una media sonrisa. Lo vi alejarse, caminando directamente hasta la mesa donde lo esperaban. Yo me reuní con mis amigos. Lo único que me devolvieron ellos fueron miradas cómplices y pícaras, no hicieron ningún comentario sobre mi ausencia.

Tal y como me adelantó Eithan, a los pocos minutos lo vi dirigirse solo hacia la salida del *pub*. No miró en mi dirección, su vista no se apartó de lo que tenía delante de él y, al no buscarme, porque sabía perfectamente que no me había movido de la posición del principio, me dio una respuesta clara a mis dudas.

Eithan había sido tan inesperado como esporádico, un disfrute que diferenció la noche anterior, sobre las demás.

Me terminé el café y me olvidé de la taza, apartándola en la mesa. Cogí el móvil y lo desbloqueé, para entrar en la aplicación del correo electrónico.

Una vez dentro, mi dedo tocó directamente el mensaje que quería releer. Lo recibí cinco días atrás.

De: *Nicolás.*
Para: *Ibbie.*

Hola, Ibbie. Sé lo que te ha costado decidirte, pero ya está hecho. Tengo compradores para la casa de tus padres. Necesito que vengas para informarte de todos los detalles y para formalizar la venta. Dentro de poco serás libre del pasado.

Saludos.

Continué con la respuesta que escribí.

De: *Ibbie.*
Para: *Nicolás.*

No esperaba que fuese tan rápido. Gracias por encargarte de todo, Nicolás. Pediré unos días libres en el trabajo para poder ir el lunes de la próxima semana. Cuenta con mi visita. Del pasado nunca se escapa, pero espero que el desprenderme de la casa sea algo favorable. Sí, me ha costado mucho, pero sigo aferrándome a la idea de que es lo mejor que puedo hacer.

Nos vemos pronto, saludos.

Aparté la vista de la pantalla y la elevé, dirigiéndola hasta el cielo. Tenía un color azul intenso, vibrante, que daba la sensación contraria a cómo me sentía yo por dentro. Todavía seguía dudando de si había hecho bien con el tema de la casa y, sin darme cuenta, lancé la pregunta al aire. Mis labios se movieron solos, como si fuese a obtener una respuesta. Cerré los ojos porque no iba a llegar nunca, por ese motivo no podía aferrarme a algo que, todavía hoy día, me causaba intranquilidad y malestar.

Los pocos recuerdos que tenía de mis padres iban conmigo a todas partes. Para mí esa vivienda no era nada. Y no estoy hablando con frialdad, en algún momento lo entenderéis, o al menos espero que comprendáis mi punto de vista referente a un tiempo pasado que no podía ocupar parte de mis experiencias vividas. Noté un pequeño escalofrío y me subí la manta hasta el cuello.

Mi jefe ya estaba al tanto de que me iba a ausentar. Tenía previsto viajar en coche al día siguiente, para volver a ver a Nicolás. Después me tomaría libre otro más, para cerrar en soledad esa etapa. Quería incorporarme el miércoles centrada de nuevo en mi rutina, o más bien, necesitaba hacerlo para continuar con la vida que me había costado normalizar. Mi esfuerzo me había costado.

—Hola.

Levanté y giré la cabeza hacia Tessa. Sonreí al ver su cara adormecida.

—Sigue descansando, es temprano.

—Son casi las nueve. —Se subió la cremallera de la chaqueta de lana.

—¿Ya?

—Mmm… ¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—Bastante. Se me ha pasado volando.

—Voy a hacerme un café, ¿quieres otro? —Señaló la taza vacía.

—Vale. —Le sonreí.

Cuando se fue, coloqué el teléfono en la mesa y doblé las piernas, para rodearlas junto al pecho con los brazos, por debajo de la manta.

Volvió ofreciéndome otra taza y con la suya se sentó en una silla, frente a la mesa.

—¿Has dormido bien?

—Como un bebé —me respondió soplando el café—. ¿Y tú?

—No todo lo que me hubiese gustado. Se me han abierto los ojos demasiado temprano y no he podido volver a conciliar el sueño. —Apoyé la

barbilla en las rodillas, sobre la manta.

—¿No habrá tenido que ver con un hombre caliente? —Sonrió de medio lado.

—No. —Reí.

—¿Seguro?

—Lo de Eithan valió mucho la pena, pero ya está. No intercambiamos números de teléfono, ninguno de los dos propuso vernos otro día o noche. Y ya viste cómo se fue, ni siquiera me dedicó una mirada rápida. —Me encogí de hombros.

—Estoy segura de que se hizo el interesante —dijo antes de beber del café.

—¿Esa actitud también forma parte del apareamiento? —Fruncí los labios.

—Me encanta que seas de fácil aprendizaje. —Reímos, pero yo terminé sacudiendo la cabeza—. Por aquí tampoco hay tantas zonas para moverse de noche. —Me hizo un guiño.

—Antes de despedirnos, me dijo que volveríamos a vernos, que estaba segurísimo de que sucedería. —Dirigí la mirada hacia más allá de la

baranda del balcón.

—¿Ves? No fue un hasta siempre, solo un hasta pronto —dijo satisfecha.

—No lo veo tan claro como tú. —Sonreí buscando sus ojos—. Son palabras que se dicen por decir.

—Mujer de poca fe…

—En según qué cosas, no tengo ni un mínimo. —Encogí un hombro—. Hay algo que no te he contado, no he visto el momento. —Ladeó un poco la cabeza—. Estas últimas semanas has estado muy liada y cuando hablamos el viernes, me soltaste la bomba de que habías dejado el trabajo. Desde entonces, hemos estado tan ocupados que se me ha ido de la cabeza.

—¿Qué es?

—Me he pedido libre el inicio de semana, me incorporo al trabajo el miércoles.

—¿Y eso?

—Nicolás tiene compradores para la casa de mis padres, por fin voy a cerrar ese tema. Iré mañana a verlo.

—Te acompaño.

—No hace falta. —Le quité la intención, añadiendo una sonrisa.

—Casi cuatro horas de trayecto en coche se hacen muy aburridas. —Arqueó una ceja.

—Para quién no le gusta conducir.

—Eso ha sido un golpe bajo, directo a mí. —Entrecerró los ojos y después reímos.

—Todavía tienes que colocar la mayoría de las cosas, puedes aprovechar —insistí.

—Como si tuviese alguna prisa en hacerlo —negó—. Las cajas no se van a mover de donde las dejamos, así que no hay más que hablar. ¿A qué hora quieres salir?

—Temprano. A las seis, para llegar sobre las diez a su oficina.

—Estaré preparada. —Me hizo un guiño.

—Eres muy pesada.

—No es una novedad. —Rio—. ¿Has quedado a esa hora con él? —negué — Perfecto, así podemos parar a mitad del camino a desayunar.

—Claro, no hay prisa. Aprovecharé para ir por última vez a la casa. —Bajé el tono de voz.

—Cerrar etapas es muy importante, cariño.

—Lo sé, y es necesario —asintió de acuerdo—. Pero no puedo evitar preguntarme si estoy haciendo bien, a veces me digo que tengo que echar marcha atrás, que todavía estoy a tiempo —dije pensativa.

—¿Para qué querrías la vivienda? Tienes tu vida aquí y no vas a regresar, no lo has hecho en todo este tiempo. Sería una carga de la que tendrías que estar pendiente, preocupada. Allí no hay nada, aparte de una construcción por la que obtendrás un dinero extra que te vendrá genial.

—Sí. —Bajé la mirada al café, antes de beber un sorbo.

—Ibbie, tus padres te apoyarían en la decisión que has tomado.

—Siento que estoy rompiendo el último vínculo que me une a ellos —susurré.

—Cariño… —Arrastró la silla hasta quedarse pegada al sillón—. El vínculo lo tienes aquí. —Colocó un dedo en mi pecho y sonreí con tristeza —. Siempre va a ir contigo, da igual donde estés. ¿Entiendes?

—Sí, pero eso no quita que tenga esta sensación.

—Y es normal. —Me sonrió con cariño, agarrándome una mano—. Por ese motivo y por otros, no quiero que estés sola. Mañana cierras parte del pasado, ya solo estarás centrada en el presente. —Me la acarició.

—Gracias. —Le sonreí.

—El magreo de anoche te ha dejado medio tonta. —Me devolvió el gesto, pero la suya fue una sonrisa pícara.

Al final terminamos riendo.

Capítulo 9



—¿Preparada? —me preguntó Tessa y asentí.

Una camarera acababa de traernos los cafés que le habíamos pedido. Hacía pocos minutos que nos habíamos alejado del coche, después de estacionar a una calle de distancia de aquí. La parada en esta cafetería, principalmente, era para templar mis nervios. Tessa me había obligado a desviarme del camino, aunque el edificio donde Nicolás tenía la oficina lo teníamos enfrente.

Lo único que necesitaba era asentar un poco el estómago, porque los nervios continuarían. Si hasta ahora todos mis intentos para frenarlos habían fracasado, justo en este instante, en el que faltaba muy poco para enfrentarme a la realidad, era imposible que lo consiguiera. Mi amiga se había empeñado en que me lo tomase con calma, ya que, como le dije ayer, no había prisa por ver a Nicolás. Me esperaba hoy, pero a ninguna hora concreta.

Eran las diez y cuarto de la mañana, y la cafetería estaba casi al completo.

—¿Has traído tus llaves?

—Sí, igualmente Nicolás tiene otro juego.

—Ha sido una pregunta tonta. —Rio y sonreí.

—No soy la única que está nerviosa. Lo siento, te lo estoy contagiando.

—No digas tonterías. —Me hizo un guiño—. Lo que está claro es que, en cuanto regresemos al piso, tú vas a caer más agotada que yo. Entre que no has dormido nada, las horas del viaje de ida y vuelta, y los nervios…

—En algún momento de la noche he podido cerrar los ojos —dije mirándola por encima de la taza, antes de beber.

—¿Cuándo? No has dejado de hacer viajes de la habitación al salón y a la cocina. —Arqueó una ceja.

—Si lo sabes tan bien, es que tú tampoco has dormido. —Imité su gesto.

—Algo más que tú, seguro —sonrió de medio lado—. Tendrías que haberle dicho que sí a Liam, a su propuesta de venir con nosotras. Al menos no conducirías tantas horas, porque doy por hecho que no me vas a dejar a mí.

—Estoy perfectamente para volver.

—Auch… Otro golpe bajo.

Reímos, pero nuestros comentarios eran en broma. Tessa sabía de sobra que si no me veía en condiciones para conducir, lo haría ella. Que no le gustase, no implicaba que no llevase bien el coche, simplemente lo evitaba siempre que tenía al alcance otras alternativas.

—Liam está muy liado en el trabajo y no quería que perdiera este día. —Encogí un hombro.

—Sé por qué lo has hecho, igual que él. Te has librado de una buena colleja, por el momento. —Frunció los labios.

—¿Vamos?

—Sí.

Nos terminamos de golpe los cafés y nos levantamos. Ya estaban pagados, desde que la camarera los trajo.

Salimos de la cafetería y se agarró de mi brazo, de esa forma cruzamos la calle y caminamos directas hacia el edificio donde Nicolás tenía la oficina. Una vez dentro, nos dirigimos al ascensor, hacia la cuarta planta. Al salir en

ella, recorrimos el pasillo central y llegamos frente a la mesa de su secretaria.

—Hola —saludé a Claudia, llamando su atención.

Algo se le había caído porque tenía medio cuerpo debajo de la mesa.

—Ibbie —dijo al reconocer mi voz. Se incorporó de golpe—. Hola. —Me sonrió levantándose—. Estaba avisada por Nicolás de que vendrías, me alegro mucho de verte.

Rodeó la mesa y nos dimos un fuerte abrazo.

—Yo también me alegro de verte. —Le sonreí con cariño—. Ella es mi amiga Tessa. —Las presenté.

Se saludaron con dos besos, antes de que Claudia nos acompañara hasta la puerta del despacho de su jefe. Dio varios golpes con los nudillos y abrió cuando él dio paso.

Nicolás estaba sentado frente a su mesa, concentrado en la pantalla del ordenador. En cuanto desvió la atención y la centró en mí, sus labios se curvaron en una gran sonrisa, mientras se levantaba para recibirnos.

—Gracias, Claudia.

—A mandar, jefe —dijo pizpireta.

Nicolás sacudió la cabeza con gesto divertido, el mismo que teníamos Tessa y yo. Después de hacernos un guiño, cerró la puerta con nosotras dentro.

—Hace mucho tiempo… —habló rodeando la mesa.

Vino hacia mí y me fundí en su abrazo, el que se alargó más de la cuenta.

—Echaba de menos esto —susurró antes de separarse.

—Yo también. —Le sonreí—. Mi amiga Tessa.

Nicolás la recibió de la misma forma, aunque no tan efusivo.

— Sentaos, por favor. —Señaló las sillas.

Él, regresó a la suya y los tres las ocupamos.

—Aquí te tengo —dijo sacando una carpeta de un cajón—. Los compradores son una pareja, se casaron hace un mes. En cuanto vieron la casa, se enamoraron de ella. En este tiempo he descartado a varios compradores, pero ahora sí que estoy confiado en que la vivienda quedará en muy buenas manos.

—Gracias por todo, Nicolás.

—No hay de qué, Ibbie. Sé lo que significa para ti —asentí—. Solo necesito tu firma en varios documentos y se terminó.

—Vale —solté un suspiro.

—Puedes tomarte el tiempo que necesites.

—No hace falta, pero te voy a pedir un favor.

—¿De qué se trata?

—Cuando salgamos de aquí, quiero ir a la casa para verla por última vez, como despedida.

—Por supuesto, sabes que no hay ningún problema al respecto. —Me sonrió con cariño—. Pero crees que…

—Necesito hacerlo porque, si no, no me quedaré tranquila.

—De acuerdo —asintió serio.

—Antes de irnos de aquí, te traeré mi juego de llaves.

—¿Quieres que os acompañe? —Nos miró a las dos.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Prefiero hacerlo sola.

—Yo la he forzado a aguantarme —intervino Tessa, levantando una mano.

La miré de reojo.

—No he querido decir nada, pero lo he dado por hecho —dijo Nicolás, sonriendo de medio lado—. Y me alegro de que sea así —centró la vista en mí.

—Estoy bien —comenté.

—Los cambios siempre cuestan. Tú mejor que nadie lo sabes, Ibbie. —Apoyó los brazos en la mesa—. Pero todo lo que sientas está bien, permítete sentirlo sin frenar las emociones. Sé que es más lo que representa que lo que es, pero, aun así…

—Eres muy sabio —dijo Tessa, con la cabeza un poco ladeada.

—¿Yo? Bueno… —Carraspeó—. Se hace lo que se puede. —Reímos—. ¿Qué planes tenéis para después de ir a la casa? Si os parece bien, me gustaría invitaros a comer.

—Aceptamos encantadas —hablé por Tessa y por mí, después de buscar su confirmación silenciosa.

—Estupendo. En cuanto firmes no te atará nada aquí, a saber, cuándo volvemos a vernos.

—Prometo volver de vez en cuando. —Le sonreí.

—Me alegra escuchar eso —asintió—. Si os parece bien, Claudia también nos acompañará, no quiero estar escuchando días enteros sus reproches.

—Por supuesto —dije divertida.

No se equivocaba con respecto a su secretaria, y a mí me hacía feliz contar con su compañía porque siempre habíamos encajado muy bien, desde el inicio de conocernos. A continuación, Nicolás se concentró en el trabajo. Abrió la carpeta y me enseñó la documentación, la que fui firmando.

No me costó tanto como había pensado, mi mano se movió sola. Cuando terminamos, nos despedimos de él. Quedamos en vernos a la una del mediodía y salimos del despacho, diciéndole adiós a Claudia con las manos en alto. Estaba hablando por teléfono, concentrada, y no quisimos molestarla. Nos devolvió el gesto con una sonrisa.

Dejamos el edificio atrás, yendo hasta el coche. Solo había diez minutos de recorrido hasta la casa, por lo que no tardamos en llegar. Quité la llave

del contacto frente a la entrada. Nos separaba la acera y una pequeña zona con césped. Tragué saliva porque las sensaciones y los sentimientos que debía sentir no estaban en mi interior, por ningún rincón escondidos.

—Vaya —habló Tessa, observando la fachada por la ventanilla—. Me había hecho una idea, pero no le hace justicia.

—Es grande —dije en tono bajo.

—¿Cómo estás? —Giró la cabeza hacia mí.

—Bien. —Me encontré con sus ojos—. De verdad.

—Vale. —Me sonrió.

Tessa se bajó rápido, imaginé que lo hizo para que no cambiase de idea. La seguí, buscando las llaves dentro del bolso. Frente a la puerta, solté un suspiro, al mismo tiempo que giraba la llave en la cerradura. La empujé, desbloqueé la alarma y encendí la luz.

Un salón amplio y amueblado nos dio la bienvenida. La cocina estaba hacia la derecha, seguía las dimensiones de toda la planta baja. La casa tenía tres plantas, aunque en la tercera la mayor parte la ocupaba un invernadero. Mi padre lo construyó para mi madre, siempre fue el lugar favorito de ella. En él le gustaba cultivar todo tipo de plantas y bonsáis. Era su pasatiempo favorito, uno al que le ponía mucha dedicación y pasión.

—Ve a tu ritmo, cariño —me pidió Tessa, acariciándome la espalda—. Ahora sí que no tengas ninguna prisa. Yo voy por libre.

—Vale. —Le sonreí.

Ella eligió ir primero hacia la corredera, la que daba acceso al porche y a un jardín privado. Yo me quedé inmóvil, observando cada detalle y rincón del salón. Solté un nuevo suspiro y recorrí cada estancia, tomándome mi tiempo.

Todo estaba como lo dejé, no había ni una cosa fuera de sitio. Nicolás o Claudia, porque sabía que eran los únicos que entraban, la habían cuidado perfectamente, por mí.

Aparte del salón y la cocina, ambos de grandes dimensiones, esta zona incluía un aseo, una habitación doble que se transformó en biblioteca y el despacho que perteneció a mi padre. En este último me tomé un poco más de tiempo. Me senté lentamente en la silla, cerré los ojos y recliné la cabeza, permitiendo que el silencio me envolviera.

Cerré los ojos con fuerza y apreté los labios, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con caer. Me levanté de golpe y salí de la habitación con prisa. Me dirigí hasta la escalera y la subí, acariciando el pasamanos. Al llegar a la primera planta, me detuve en seco; mis pies se negaron a avanzar. Esa planta contaba con cinco habitaciones dobles, de las cuales dos tenían vestidores, y todas disponían de baños privados.

Agarré el pomo que daba paso a la mía y lo giré. La cama con el colchón desnudo, cubierto solo por un plástico, fue lo primero que vi. Di varios pasos dentro, despacio, recorriendo con la vista toda la estancia y lo que se apreciaba del vestidor y el baño.

No había nada más que muebles, hacía años que dejé la casa completamente vacía. Saqué todo lo que se utiliza en el día a día, tanto ropas como pertenencias, hasta la más minúscula de las decoraciones. Lo único que me llevé conmigo fueron los álbumes de las fotografías de años de felicidad, mi ropa y algunas joyas de mis padres, las que siempre llevaban puestas y me dieron en el hospital.

La sensación de vacío me revolvió el estómago. Cerré los ojos unos instantes y salí silenciosa, directa hacia la de mis padres. En ella estaba todo igual. Caminé hasta la cama y me senté en el borde, con la mirada perdida en la ventana.

Hice esfuerzos por reagrupar todos mis recuerdos sobre ellos, notando cómo el agobio y la intranquilidad se asentaban más en mí. Me froté las manos en el pantalón, repetidas veces, mientras me centraba en hacer respiraciones controladas.

Cuando conseguí estabilizarme, salí de la habitación, despidiéndome de lo que un día fue y ya no regresaría, jamás.

Revisé el resto de las habitaciones, y me encaminé hacia la escalera para subir el último tramo. Llegué a la tercera planta, en la que fui hacia la sala que mi padre utilizaba para hacer ejercicio, y otra que hizo en su día de trastero. Verlo completamente vacío, tan diferente a cuando abrí la misma puerta años atrás, y por poco se me cayeron encima cajas y varias cosas más…

Igual que el resto, continuaba como la última vez que me fui de la casa.

Solté un suspiro y fui hacia la puerta que daba a la terraza donde se encontraba el invernadero. El sol me dio directamente y levanté la cara, cogiendo una gran bocanada de aire, el que conseguí pasar a duras penas.

Caminé hasta la entrada del invernadero. Era el único lugar que no toqué en su día. Las plantas y los bonsáis de los maceteros estaban secos, muertos. Donde mucho tiempo atrás hubo vida y color, ahora solo daba una sensación sombría. Entré recorriendo el primer pasillo de un metro y medio de ancho. Había cuatro en total, con mesas largas a lo largo de ellos, a ambos lados, en las que no había ni un hueco libre.

Me imaginé a mi madre yendo de uno a otro, con una gran sonrisa, mientras cuidadosamente atendía a sus tesoros. Mis recuerdos eran demasiado escasos, pero todas las fotografías que inmortalizaron a mi madre aquí, al igual que a mi padre cuando la acompañaba, me servían para recrear las escenas.

Mis pies se frenaron de golpe al llegar al final del pasillo, donde había una buena separación hasta un gran armario que ocupaba todo el ancho del invernadero. Fruncí el ceño, con la vista fija en el suelo. Ante la imagen que vi, giré sobre mí misma, para prestar más atención a los maceteros y a la tierra que no daba vida. Solo entonces me di cuenta de varios detalles: la tierra en ellos estaba removida, no compactada como debería haberse quedado al secarse, y…

Saqué el móvil del bolsillo y lo desbloqueé. Marqué el número de teléfono de Nicolás.

—Ibbie, ¿cómo va? ¿Ya venís para aquí?

—Todavía estoy en la casa.

—Ah, vale.

—Nicolás…

—¿Sí?

—Sé que Claudia y tú venís a menudo.

—Así es. ¿Por qué?

—El interior de la vivienda está como lo recuerdo, pero el invernadero…

—En todos estos años no hemos entrado en él. ¿Sucede algo?

—¿Nunca? —Bajé la mirada a mis pies.

Pensativa, le di una pequeña patada a los restos de un macetero roto.

—No. Siempre que vamos, echamos un vistazo desde fuera, desde las cristaleras. Comprobamos que está vacío y nos centramos en el interior de la vivienda. No hace falta que le pregunte a Claudia, sé que hace igual que yo.

—Alguien más ha estado aquí. —Bajé el tono de voz.

—¿Cómo? ¿Qué te hace decir eso? —Se extrañó.

—No está como lo dejé, exactamente como la última vez que mi madre estuvo aquí dentro. Ella era muy meticulosa, todos los maceteros tenían que estar alineados y no es el caso. Alguien los ha movido. —Llevé la vista a los otros pasillos, comprobando que estaban igual—. La tierra no está como debería y al final de los pasillos hay bastantes maceteros rotos en el suelo. La tierra está esparcida y se nota que no fue por el impacto.

—Joder. La alarma nunca ha saltado. Olvida lo que he dicho.

Correcto, no tenía sentido porque la única parte de la casa en la que no había sensores y no cubría la alarma era esta, el invernadero.

—No te preocupes, seguro que ha entrado algún gato u otro animal y se ha divertido bastante —comenté.

—Sí, porque no hay otra explicación. ¿El resto está bien?

—Sí —le confirmé—. Nos vemos dentro de un rato.

—Vale, aquí os esperamos.

Colgué, me guardé el teléfono y me agaché. De cuclillas, observé los restos esparcidos. ¿No hay otra explicación que asociarlo a algún animal? Sí, mi respuesta estaba clara, otra cosa es que me la había reservado para mí.

La tierra no estaba removida por patas y uñas afiladas, no se veía ninguna marca que pudiese dar a entender que un gato, por elegir el animal que sería el más común para colarse aquí dentro, hubiese hecho este destrozo.

Los roedores estaban descartados, era imposible que con lo que pesaban los maceteros pudiesen siquiera moverlos unos centímetros. Eran todos grandes y no había ninguno vacío.

Removí la tierra con los dedos, pensativa. Me levanté e hice lo mismo con los restos que seguían una línea curva, hasta la pared de cristal contraria a la que estaba. En total había siete rotos.

—¿Ibbie?

Giré la cabeza hacia la voz de Tessa, estaba parada en la puerta del invernadero.

—Ya he terminado —dije caminando hacia ella, mostrándome tranquila.

—Guau, me hubiese gustado verlo todo vivo —dijo recorriendo el interior con la vista.

Sonreí, aunque en mi interior no había ni una pizca de diversión.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando me paré a su lado.

—Claro. Ya podemos irnos. —Amplié la curva de los labios, para que no se preocupara.

Asintió, devolviéndome el gesto y me dio la espalda, para entrar en la casa. Me giré hacia el invernadero por última vez, volviendo a fruncir el ceño.

Capítulo 10



Le di un mordisco al pequeño cruasán que había pedido junto al café. Eran las siete y media de la mañana del miércoles. Había salido antes de tiempo del piso, para venir a trabajar. Tessa se había quedado durmiendo, después de levantarse para tomarse un café rápido conmigo, más dormida que despierta.

Me limpié la mano y cogí el móvil de la mesa, para entrar en la aplicación de las fotos. El lunes, antes de irnos de la casa y de reunirme con Tessa en el interior, volví a recorrer el invernadero y saqué fotografías de todos los detalles que me llamaron la atención, al igual que de la zona del suelo, cerca del armario. Este último también lo abrí y dejé retratado con imágenes el interior.

Después de hacerles un repaso a todas, ampliándolas, deslicé el dedo por la galería, hasta que encontré las que tomé años atrás del invernadero. Era el mismo sitio, pero parecía totalmente diferente. Los maceteros se encontraban alineados, con vivos colores brotando de ellos. Las herramientas en sus respectivos lugares, los diferentes tipos de guantes que utilizaba mi madre bien ordenados, y el suelo impoluto.

En las fotos antiguas, todo estaba como recordaba; mi memoria no me había engañado en ese sentido. No me costó mucho dar con ellas porque ya las tenía localizadas y vistas del día anterior, el que tuve para descansar y para pensar mucho.

Por aquel entonces las tomé como recuerdos, antes de poner la alarma y de cerrar la puerta de la casa por última vez, al menos eso fue lo que pensé, que no regresaría. Por ese motivo, me llevé conmigo fotografías de todas las estancias de la vivienda, como del porche y del jardín.

Coloqué el móvil en la mesa, con una de las imágenes antiguas en la pantalla. Fijé la mirada en la taza y acaricié el borde, pensativa. Cuando fuimos a comer con Nicolás y con Claudia, no saqué el tema, y él tampoco, porque dio como bueno el final de nuestra conversación por teléfono. A Tessa no le hablé en ningún momento sobre lo que me había encontrado y me tenía inquieta. Con el repaso rápido que hizo del interior del invernadero, desde la puerta, no vio lo que hizo saltar mis alarmas.

¿En realidad tenía importancia, o me estaba calentando la cabeza sin sentido? La casa había estado deshabitada durante muchos años, a pesar de que Nicolás y Claudia habían ido alternándose durante varios días a lo largo de las semanas, para controlar que todo estaba en orden.

La verdad es que no, no tenía mayor importancia porque el interior de la casa estaba intacto. El único pensamiento razonable al que había llegado es que en algún momento habían intentado asaltar la vivienda, desde la terraza,

con la tranquilidad que proporcionaba no ser visto. Si este era el caso, al ser visible el sistema de alarma en la puerta de la terraza, seguramente frenó las intenciones de quien fuese, quedándole como única opción curiosear en el invernadero. El lugar llamaba la atención.

¿Pero qué pensaban encontrar en él? ¿Por qué remover las tierras, descolocar los maceteros y romper bastantes? Ninguno se había librado de ser tocado y para mí, no tenía lógica el desperfecto que habían hecho. ¿Qué mierda se busca entre macetas de gran tamaño? ¿Raíces muertas? Las herramientas colgadas en el interior del armario estaban limpias y bien ordenadas, al igual que todos los pares de guantes. Era lo único que se mantenía como lo vi la primera vez que me despedí de la casa, después de vaciarla y de alejarme de ella una temperada indefinida, la que llegó a su fin este lunes.

Ya era definitivo, no me pertenecía. A media mañana del martes, ayer, Nicolás salió del notario con la pareja que había comprado la casa. Entre todos los papeles de compraventa que firmé en su despacho, también estaba el poder que le otorga a Nicolás actuar en mi nombre. Se lo pedí como favor, para desvincularme por completo.

Recibí la transferencia en mi cuenta bancaria de manera inmediata, justo en el momento en que estábamos conversando por teléfono y me explicaba cómo había ido. Desde el día anterior, se había sumado una gran cantidad de dinero al que había conseguido ahorrar desde que trabajaba en la sucursal del banco.

A pesar de que ya no era cosa mía y de que estaba segura de que los nuevos dueños no le darían importancia a lo del invernadero, porque no interpretarían el motivo de cómo estaba, no podía evitar continuar dándole vueltas al asunto. Al no encontrarle el sentido a lo que vi, por mucho que lo había buscado, no conseguía quitarme las sensaciones que se habían asentado en mí.

A saber, cuánto tiempo le quedaba al invernadero para estar en pie. Seguramente se desharían de él y redecorarían la terraza. Al pensarlo, sentí un pequeño pellizco en el estómago, pero tampoco era cosa mía ya.

Me llevé la taza a los labios, observando a través de la cristalera el movimiento de la calle. Había bastante, y comprobé la hora que era en el reloj de pulsera. Eran las ocho y cuarto, entraba a trabajar a y media, por lo que todavía tenía unos minutos en los que podía relajarme. Desde mi posición veía la oficina del banco, en la acera de enfrente.

No me encontré con ningún compañero, lo que a veces solía suceder si llegaban antes de tiempo, como me había pasado a mí.

Me bebí tranquila el café y terminé de comer el cruasán. A falta de pocos minutos de salir de la cafetería, sonreí al ver en la pantalla del móvil el nombre de Liam. Me estaba llamando.

—Hola —respondí.

—Hola, preciosa. ¿Qué se siente?

Reí porque desde ayer me había hecho la misma pregunta cada vez que habíamos hablado. Se estaba refiriendo al dinero extra por la venta de la casa.

—Mmm… Pues no te sé decir.

—Joder, pues yo me siento importante con una amiga millonaria. —Volví a reír.

—Tampoco te pases, no es para tanto.

—¿En serio? —Noté la diversión en su voz—. ¿Has pensado bien qué vas a hacer?

—No.

—Me dijiste que hablarías con el dueño de tu piso, para tantear si hay posibilidades de que quiera venderlo. No tiene sentido que continúes pagando alquiler.

—Ya lo sé, pero ayer no tuve ganas. Ni siquiera lo pensé.

—Bueno, tampoco hay prisa.

—Correcto. —Sonreí mientras me levantaba.

Ya había pagado, por lo que me despedí de los camareros con un gesto de la mano y salí a la calle.

—Me gustaría tener esa opción, solo de pensar en hacer otra mudanza… —Hice una mueca.

—No pienses en eso, somos muchas manos para colaborar.

—Eso sí… Te dejo ya, entro a trabajar.

—Vale, preciosa. Que vaya muy bien el día.

—Gracias, igualmente. Hablamos a la tarde.

Me guardé el móvil en el bolso y, antes de abrir la puerta, noté un empujón pequeño en la espalda. Reí cuando giré la cabeza, comprobando que era Salma, mi compañera.

—¿No llegas un poquito acelerada? —le pregunté divertida, mientras me arrastraba con ella al interior de la oficina.

—Joder, ya te digo. Me he dormido y solo me ha dado tiempo a lavarme la cara y a vestirme. —Bufó.

Empezó a caminar a mi lado y me hizo un guiño gracioso.

—No se nota nada. —Le devolví el gesto.

—Tengo que ponerte al día de los que no has estado. —Bajó el tono de voz, inclinándose hacia mí.

—Cuando vayamos a desayunar, porque ahora ya es la hora. —Señalé la esfera del reloj de pulsera.

No tenía ni un minuto para que pudiese empezar, por lo que volvió a bufar.

Nos separamos junto a su mesa, estaba hacia un lateral, antes de llegar a la mía. Caminé saludando a todos los compañeros que ya estaban en sus puestos. Llegué frente a la puerta de la sala donde dejábamos nuestras cosas personales y fui directa hacia el armario. Me quité el bolso, el fular y el abrigo, dejándolos colgados en una percha y salí directa a mi puesto de trabajo.

Ocupé la silla, encendiendo el ordenador.

—El inicio de la semana ha sido muy aburrido sin ti. —Sonreí por las palabras de Jairo y el dramatismo que le puso.

Lo miré de reojo. Teníamos una relación de compañerismo un poco particular. Algunos días me caía bien y otros intentaba evitarlo a toda costa,

lo que era bastante difícil porque nuestros puestos de trabajo estaban separados solo por unas cajoneras. Tenía una especie de fijación conmigo y cuando se lo proponía era muy pesado. Me daba a mí que hoy, después de estar ausente el lunes y el martes, iba a ser uno de esos días.

—Eres un exagerado —comenté con tono divertido.

—¿Estás segura de que te refieres a mí? Para nada. —Sonrió de medio lado—. Te he echado de menos. —Me hizo un guiño.

—Pues yo no, ni me he acordado del trabajo durante estos días. —Reí, en tono bajo, al hacerse el ofendido.

Se quedó con las palabras en la boca, ante la aparición de nuestro jefe.

—No empieces a agobiarla —comentó con una ceja arqueada hacia Jairo.

—¡Jefe, si no me ha dado tiempo a hacer nada! —se justificó y fruncí los labios.

—Que nos conocemos, Jairo —negó.

No se lo decía como reproche, todo lo contrario. La diversión estaba oculta en cada una de sus palabras, pero de esta forma marcaba la situación y lo frenaba un poco. Todos nos conocíamos lo suficientemente bien, después de muchos años, como para saber cómo éramos cada uno. Jairo no

era malo, solo un pelín pesado y cansino. El jefe me había tendido la mano y yo estaba encantada de cogérsela.

—Acompáñame, no te quitaré mucho tiempo. —Se dirigió a mí.

—Claro. —Me levanté.

—Yo me quedo al frente —comentó Jairo, cuando la puerta de la entrada se abrió con el primer cliente de la mañana.

Salí de mi puesto de trabajo y caminé junto a Cameron.

—¿Cómo ha ido lo que tenías que hacer? —Se interesó, con la mirada puesta hacia delante.

—Bien, se terminó.

Para pedirle los días libres, le comenté el motivo por el que tenía que viajar. Sabía que había vendido la casa que fue de mis padres, en una localidad bastante alejada de aquí.

—Me alegro —asintió parándose frente a la puerta de su despacho—. Ya lo celebraremos. —Sonrió.

—Claro.

—Ahora tienes más dinero que yo. —Reímos.

De esa forma entramos en su despacho, pero la risa se me cortó de golpe, al igual que se frenaron mis pies. Agrandé los ojos, los que no pude apartar de la presencia del hombre que estaba sentado cómodamente en la silla de enfrente de la mesa de Cameron.

Eithan estaba de lado y giró despacio la cabeza hacia mí. Se levantó de la misma manera, quedándose de cara. Su expresión era neutra, no mostró en ella que me conocía, ni mucho menos dio a entender algún indicio de lo que sucedió entre nosotros el sábado por la noche.

—Ibbie, te presento a Eithan, el dueño del banco y de todas las sucursales. Se quedará un tiempo con nosotros —lo presentó Cameron—. Eres la única que faltaba por conocerlo, se incorporó el lunes —continuó.

Me había quedado sin voz y suponía que era muy visible que mi piel había perdido su tono habitual, al menos noté la frialdad repentina por una bajada de tensión o qué sabía yo. No quería ni pensar en la imagen que estaba dando. ¿El dueño? ¿En serio? Podía haber elegido peor entre copa y copa. Mierda, que nos habíamos besado y varias cosas más.

—¿Estás bien? —me preguntó mi jefe.

—Eh, sí, sí… —Carraspeé con la cabeza girada hacia él.

—Es un placer conocerte, Ibbie. —Dirigí la atención hacia Eithan.

Bajé la mirada a su mano extendida y conseguí dar varios pasos, acortando la distancia. Era todo un logro, al sentir las piernas temblorosas.

—Igualmente, señor…

—Callahan, pero te agradecería que te dirigieras a mí por mi nombre.

Asentí aceptando su mano. El contacto cálido y la fuerza que ejerció rodeándome la mía, me provocó las mismas sensaciones que el sábado por la noche. En ningún momento apartó los ojos de los míos.

Ni siquiera fui consciente de que Cameron se movió por el despacho, yendo hasta su silla. Cuando Eithan me soltó, inconscientemente, me froté la palma en la ropa. Ese detalle provocó que una ceja de Eithan se arqueara, y tragué saliva porque le había dado un significado que no era el correcto.

La única razón por la que lo había hecho era para eliminar la electricidad que me había transmitido, o con la que mi cuerpo había reaccionado ante su piel.

Capítulo 11

Eithan

—Ibbie, ¿seguro que te encuentras bien? —le insistió Cameron, hablando a mi espalda.

No, esa fue la respuesta que apareció en mi cabeza. Se había quedado blanca y no conseguía reaccionar. No aparté la vista de ella, observándola con detenimiento, por si tenía que lanzarme para sujetarla. Temía que en cualquier instante perdiera las fuerzas y se desplomara.

Como sabía perfectamente lo que se le estaba pasando por la cabeza, las siguientes palabras que pronuncié tuvieron el propósito de activarla.

—Puede que solo esté impresionada por la inesperada sorpresa —comenté, sin dar detalles.

—Es la primera vez que nos visita, señor Callahan —dijo, reaccionando al fin.

Intenté no mostrar la diversión que me provocó que se digiriera a mí por el apellido, cuando le había pedido expresamente que no lo hiciera.

—Eso es una buena señal, ¿no te parece?

—Por supuesto —intervino Cameron, satisfecho por cómo se gestionaba el trabajo en esta sucursal.

—¿Puedo irme a mi puesto? —preguntó Ibbie.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje, sin dejar de observarla. Todavía tenía a Cameron a mi espalda.

—Claro —le confirmó él.

—Gracias, Jairo se alegrará de tenerme con él —dijo, mirando la hora en su reloj de pulsera.

—Por supuesto que sí.

No me pasó desapercibido el tonito que utilizó Cameron en sus últimas palabras. Ibbie nos dio una despedida con una mano, antes de girarse y caminar rápido hacia la puerta. Hasta que no se cerró, con ella fuera, no me giré despacio. Ocupé de nuevo la silla, y Cameron hizo lo mismo en la suya.

—Es una trabajadora excelente, hoy está más tímida de lo normal. —La defendió.

—Suele pasar ante mi presencia, cuando saben quién soy. —Recosté la espalda.

Mis palabras tenían un sentido totalmente diferente al que interpretó. Sonrió y sacudió la cabeza.

—No tiene que ser fácil que sepan que eres el dueño, ¿no? Que diriges un gran imperio.

—Yo no diría tanto, pero sí, hay a personas a las que les cuesta más —dije despreocupado.

—Cuando conozcas más a fondo a Ibbie te encantará.

—No tengo ninguna duda al respecto. —Sonreí de medio lado.

El doble significado volvía a quedar suspendido entre los dos, al que tampoco pudo darle forma.

—¿Cómo es que hasta hoy no ha venido a trabajar? —Quise saber.

Me incliné hacia la mesa y apoyé los brazos.

—Se ha tomado unos días de asuntos propios para hacer unas gestiones —respondió y asentí.

—Si no recuerdo mal, Jairo, el que ha mencionado antes de irse, es el que trabaja junto a ella. ¿Correcto?

—Así es. No te sorprendas cuando escuches algunos de sus comentarios. Besa el suelo por el que pisa Ibbie, muchas veces demasiado. —Arqueé una ceja—. Como tampoco te tomes al pie de la letra las reacciones de ella al respecto.

»A veces Ibbie es como una bomba de relojería al límite de explotar, lo que a Jairo le divierte y tensa más la cuerda. En el fondo son inofensivos, él la respeta, aunque no pueda evitar estar muy pendiente de ella. Ibbie lo sabe de sobra, por eso lo tolera y también lo torea. —Rio.

Me separé de la mesa, volviendo a recostar la espalda en la silla.

—¿Se da con mucha frecuencia? —Me crucé de brazos.

Su sonrisa y su negación divertida me dieron la respuesta, la que no me gustó ni un poco. El impulso de salir a la zona principal del banco y separarlos, como si ellos fuesen alumnos y yo el profesor, tiró con fuerza en mi interior. Lógicamente, me contuve, porque esa reacción habría mostrado algo que me negaba a sacar en el trabajo.

—Te dejo trabajar tranquilo. —Me levanté—. Yo voy a encerrarme en mi despacho, para revisar los informes que me diste al final de la tarde de ayer.

—De acuerdo. Ya sabes, cualquier cosa que necesites solo tienes que decírmelo.

—Gracias, Cameron —asentí.

Me dirigí hacia la puerta y la dejé cerrada. Recorrí el pasillo y pasé de largo de la de mi despacho. Me paré al final, cuando la zona principal se hizo visible. Había varias personas esperando, mientras Ibbie y el tal Jairo atendían a otras dos, individualmente.

Apoyé una mano al final de la pared del pasillo, recorriendo con la vista a los demás empleados. Todos estaban trabajando. La dirigí de vuelta a Ibbie, viendo cómo se despedía con una sonrisa de la clienta que había atendido. El siguiente fue un hombre, el que recibió sin que se le borrara la sonrisa.

Me hubiese gustado recibir ese gesto de su expresión, pero entendía la sorpresa que se había llevado. Para mí no había sido igual, estaba preparado para encontrarme con ella cuando me giré para encararla en el despacho de Cameron. Y no porque reconociera su voz desde el otro lado, ni tampoco porque su risa la delatara. Sabía muy bien que Ibbie trabajaba en esta oficina, desde que acaparó mi atención en el *pub*, cuando entró con sus amigos el sábado por la noche.

En la carpeta que contenía la información de todos los trabajadores, la que me ofreció ojear Cameron el mismo sábado por la mañana, fue cuando vi la fotografía de Ibbie. Supe quién era desde el principio.

Cuando llegué el lunes, esperé paciente a que se diera el encuentro que había sucedido hacía unos minutos, pero pasó el tiempo sin que ella apareciera. No le hice ningún comentario a Cameron, a simple vista él pensó que me pasó desapercibido y no le dio importancia, cuando en realidad ya conocía personalmente, en cierta forma, a la persona que no ocupó la silla, permaneciendo vacía.

Los ojos de Ibbie se cruzaron con los míos cuando despidió al cliente, pero los apartó rápido. Apreté la mandíbula y caminé por el pasillo, yendo directo al despacho que sería mío durante el tiempo que permaneciera aquí.

Me centré en el trabajo, abriendo y cerrando carpetas, después de comprobar y de revisar que toda la información cuadraba con los datos del sistema informático.

Acababa de terminar de hacer una gestión cuando varios golpes sonaron en la puerta.

—Adelante —hablé, apoyando la espalda en la silla.

—Es la hora de hacer una pausa —dijo Cameron, apareciendo por la apertura que dejó abierta—. ¿Vamos a la cafetería a desayunar?

—Sí —acepté con la necesidad de despejar la mente.

Fui hacia el armario para coger el abrigo y me lo coloqué, mientras caminaba hacia él.

—¿Los empleados también salen a esta hora? —le pregunté al salir a la zona principal.

Había varias mesas vacías, incluida la de Ibbie. Jairo continuaba en su puesto de trabajo. El lunes y el martes también salimos a desayunar, pero bastante más tarde que hoy, por lo que no vi que faltase nadie en sus puestos.

—Sí, cuando regresen irán el resto —respondió y asentí—. Ahora verás a los que faltan, estarán en la misma cafetería.

—De acuerdo —dije, pensando en que le iba a fastidiar el descanso a Ibbie.

Salimos a la calle y cruzamos a la otra acera. La cafetería en cuestión estaba a pocos metros, no tardamos en llegar. En cuanto entré, localicé a Ibbie, ella no me vio, le daba la espalda a la entrada.

Estaba sentada en una mesa, junto a varios compañeros: dos mujeres y un hombre.

Seguí a Cameron para que eligiera él cuál ocupar, y como si hubiese sido intencionado, quedamos a la vista de nuestros trabajadores. Mientras me sentaba, levanté la mirada, encontrándome con la de Ibbie. Me observaba entre la intriga, los nervios y el fastidio.

Curvé un poco los labios hacia ella, en una media sonrisa. Fue un gesto muy ligero, pero perceptible. No era la única que tenía la atención puesta en nosotros, por lo que lo pudieron interpretar como que iba dirigido a todos, no a única persona.

Un camarero se acercó y Cameron le pidió un desayuno completo. Yo, como todos los días que habían pasado de la semana, opté por un café con leche.

—¿Nunca desayunas? —me preguntó Cameron, cuando nos quedamos solos— Es el tercer día en que únicamente te pides un café con leche.

—No tengo la costumbre.

—Qué suerte, yo a estas horas tengo el estómago en los pies. —Rio, y sonreí.

—Los fines de semana es diferente. Me los tomo con calma y aprovecho para desayunar de la misma forma.

—Hoy se hará corto, y el resto de la semana pasará rápido.

—Lo más seguro es que alargue las horas, quiero adelantar trabajo.

La oficina del banco solo abría sus puertas dos tardes a la semana, los martes y los jueves.

—Si necesitas que me quede para ayudarte… Así terminarías antes.

—Tranquilo, no tengo prisa, pero sí quiero dejar cerrado todo lo que ocupa mi mesa. Mañana la llenaré de más informes y documentación.

—Como quieras, tampoco es que me espere un plan mejor. —Se encogió de hombros.

—¿Vives solo?

—Sí, y no tengo la intención de que varíe. —Sonrió de medio lado.

—Igualmente, estoy seguro de que descansar en el sofá o hacer cualquier otra cosa fuera del ámbito del trabajo, es muchísimo más interesante.

—Hombre, si lo pones así… —Volvió a reír.

Nos quedamos en silencio ante la aparición del camarero. Aproveché cuando dejó la bandeja sobre la mesa, para mirar disimuladamente a Ibbie. En este momento estaba distraída de la conversación de sus compañeros.

Tenía la mirada fija en la taza, la que se llevó despacio a los labios, para después centrar de nuevo la atención en ella.

Me pregunté si era por mí y por el desconcierto que le había provocado el saber que era su jefe y que estaba muy por encima de Cameron, el único que ella había conocido hasta hoy. No lo creía, pero la duda estaba latente.

No quería que se sintiera cohibida, no era mi propósito. Tuve claro que la haría venir a mi despacho cuando los turnos del desayuno terminaran, porque una vez que su compañero más directo, Jairo, saliera de la oficina en el siguiente turno, ella no podría ausentarse de su puesto hasta que él regresara.

Me tomé el café y esperé paciente a que Cameron acabara. Cuando bebió el último sorbo de café, me levanté y fui hacia la barra a pagar. El día anterior me invitó él, pasando por encima de mi negativa.

—Que aproveche —dije parado junto a la mesa de Ibbie y el resto.

Todos me miraron agradeciéndomelo, con una sonrisa. Todos menos ella.

—Ibbie, en cuanto puedas dejar libre tu puesto de trabajo, ven a mi despacho. A principios de semana ya me reuní con el resto de tus compañeros. También quiero comentar contigo varios temas. —Me centré en ella.

—Claro —susurró.

Asentí y continué mi camino, no sin antes alargar los segundos en los que le mantuve la mirada. Le pagué al camarero que estaba al otro lado de la barra, pidiéndole que incluyera los desayunos de los trabajadores. Le indiqué directamente a quienes no tenía que cobrarles.

Cameron llegó a mi lado y salimos de la cafetería.

Las siguientes horas, encerrado en el despacho, continué enfrascado entre papeles e información, haciendo pequeñas pausas para responder los mensajes de mis amigos, Desmon y Maison.

Estaban haciendo turismo, y por cada sitio o cosa que les llamaba la atención, me escribían y adjuntaban una fotografía, con alguno de ellos haciendo el tonto al posar. Fueron las únicas distracciones que me permití: cada uno de los mensajes que recibí.

A las dos horas y media llamaron a la puerta.

—Adelante —dije, dando golpecitos en la mesa con el bolígrafo.

—Perdón por el retraso, señor Callahan. La oficina ha estado bastante llena hasta hace poco, y había muchas personas por atender.

—No pasa nada. —Me separé de la mesa, apoyando la espalda en la silla —. Adelante, Ibbie, puedes entrar y cerrar la puerta.

No había dado un paso dentro. Dudó. Miró hacia los lados del pasillo y después hacia mí, hasta que se decidió. Soltó un suspiro y entró en el despacho, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Tengo que decirte también que te acerques y que ocupes una silla? —Arqueé una ceja.

Estaba apoyada en la madera, con la vista fija en mí. Se mantuvo en silencio. Ladeó un poco la cabeza, observándome como si quisiera obtener unas respuestas de las que no me había hecho las preguntas.

—Si voy a por ti, no sé si te gustará el resultado dentro del trabajo.

Mis palabras provocaron que diese un pequeño respingo y entrecerrara los ojos. Al cabo de pocos segundos conseguí lo que buscaba, que se moviese y viniese hacia mí, o más concretamente, hasta una de las sillas que había enfrente de la mesa.

Capítulo 12

Ibbie

—Usted dirá —dije, cambiando mi actitud.

Eithan era mi jefe y no podía obviar el puesto que ocupaba ahora en mi vida, estaba por encima de todo lo que sentía y me provocaba. Atrás quedaron los besos, las palabras susurradas, los roces y las caricias. Todo ello ya no tenía cabida entre nosotros, y mucho menos en un entorno laboral. Aunque, en realidad, no tenía ni puñetera idea de lo que pasaba por su cabeza.

Fui hasta la silla y me senté despacio, nerviosa, bajo su atenta mirada. Apoyó el codo en el reposabrazos y la barbilla en varios dedos.

—¿Tanto te molesta mi presencia?

—No —respondí rápido y añadí varias negaciones con la cabeza—. Es mi jefe y…

—No voy por ese camino —me interrumpió—, y lo sabes. Quiero que seas tú en todo momento, porque la Ibbie que he visto en este lugar, no es ni un uno por ciento de la real que conocí. —Arqueó una ceja.

—Esta Ibbie es la profesional, la que respeta su trabajo y por supuesto a sus superiores. Tú lo eres, sorprendentemente. Y perdona por quedarme anulada y alucinada por el asombroso encuentro —dije con un poco de ironía—, pero es entendible después de … Eres la última persona que pensaba encontrarme aquí, y mucho menos esperaba enterarme del puesto que ocupas. Ni siquiera sabía que volvería a verte, no sabía quién eras el sábado por la noche. Si lo…

—¿Habría cambiado algo? ¿Habrías actuado de otra forma?

—No hubiésemos tenido un acercamiento y las copas te las habrías bebido tú solo. —Levanté la barbilla.

Mi actitud y el tono de voz envalentonado que utilicé le hizo gracia. Sus labios se curvaron de medio lado, su mejilla se elevó dando paso al pequeño hoyuelo que ya conocía y había visto de cerca.

—Entiendo… y lo daba por hecho, por eso me reservé la información esa noche.

Agrandé los ojos. Poco a poco me había ido inclinando hacia delante, hasta que me quedé a pocos centímetros de la mesa.

—¿Eso qué quiere decir? —Entrecerré los ojos.

—Lo que has interpretado. —Se acarició la barbilla.

—¿Me estás diciendo que sabías quién era yo? —Me señalé.

—Ajá.

Entreabrí los labios, por los que salió un pequeño jadeo. Sus ojos descendieron hasta ellos.

—¿Cómo puede ser? Cameron ha dicho que llegaste el lunes. No me conocías.

—A trabajar a esta oficina, sí, pero me pasé antes para reunirme con él. Me puso al día de los trabajadores que encontraría al inicio de la semana.

—Y sabiendo que era una empleada del banco, igualmente…

—Por supuesto —volvió a interrumpirme. Arqueé una ceja—. Mi vida personal está fuera de los límites de mi trabajo y de mi profesión, Ibbie. Me gustaste, me atrajiste y actué en consecuencia. Creo que dejé clara mi postura, incluso antes de que nuestros ojos se encontraran, ya lo sabías por tu amiga Tessa.

Me eché hacia atrás, hasta que mi espalda encontró el apoyo de la silla. Solo me había quedado con lo de «me gustaste, me atrajiste y actué en consecuencia». Esas palabras fueron las que se repitieron en bucle en mi cabeza y por las que me costó volver a tener los pies en la tierra y la mente centrada.

—Me tomo muy en serio mi trabajo. —Carraspeé.

—Eso espero. —Volvió a sonreír con el dichoso hoyuelo.

Me pregunté si en la otra mejilla tendría un gemelo, porque tenía la costumbre de deslizar los labios hacia un mismo lado.

—Por eso me dijiste que nos volveríamos a ver. Estabas convencido —dije pensativa.

—Es evidente.

Ladeé la cabeza, observándolo con más detenimiento. Solo quería descifrar lo que pensaba, porque no podía encontrar nada diferente a la noche del sábado, en la que lo vi de muchas formas.

—¿Sueles visitar todas las sucursales?

—Sí.

—Nunca habías venido a esta, y hace muchos años que está abierta.

—Como ya he dicho, es una buena señal, eso quiere decir que todo funciona correctamente. Otras han tenido prioridad, por diferentes asuntos que he tenido que solucionar. La mayoría de mi tiempo estoy en la sede central del banco, a bastantes kilómetros de aquí.

—¿Y ahora qué? —Me moví en el asiento, pero no encontré una mejor postura.

—¿Qué quieres?

—¿Yo?

—Ajá. Por lo que has dicho, eres muy profesional —hice una mueca—, lo que no pongo en duda.

—¿Qué quieres tú?

—Yo he preguntado primero. Respóndeme y te seguiré. —Bufé.

—Lo de la noche del sábado fue algo aislado —empecé a decir y cogí carrerilla—. Sucedió, aunque me mantuviste en la ignorancia de quién eras. Nos lo pasamos bien. —Bajé el tono de voz y desvié la mirada a mis manos, las que apoyé en el pantalón, para evitar que me sudaran más por los nervios—. Disfrutamos como dos «supuestos desconocidos» y se acabó.

—¿Eso crees?

—¿El qué de todo? —Fruncí el ceño.

—Puedo aportar muchos matices.

—No hace falta —negué.

—Ya veo. —Cruzó los brazos frente a su pecho—. Entonces, según tú, ya está. Entre nosotros todo se terminó cuando nos despedimos el sábado por la noche.

Asentí con energía, contraponiendo a los gritos de mi interior, los que me decían a mí misma que era una imbécil por darle la razón.

—Si es lo que quieres…

—Sí —susurré—, señor Callahan —añadí para marcar la diferencia entre ambos.

Me sentí incómoda por su silencio y por cómo su intensa mirada se clavó en mí.

—Estoy deseando ver cómo puedes controlarlo —dijo de repente.

—¿Cómo?

—Cuando requiera algo más de ti o de tu trabajo, volveré a llamarte. Si me disculpas… tengo mucho trabajo acumulado.

Apoyó los brazos en la mesa y fijó la vista en la pantalla del ordenador.

—Y no me gustaría tener que repetirte que te dirijas a mí por mi nombre.

—Por supuesto, jefe —dije con retintín.

Su expresión seria no varió, tampoco es que le prestara mucha más atención. Me levanté de la silla y le di la espalda, caminando ligera hasta la puerta. En cuanto salí al pasillo y cerré, solté un suspiro y maldije entre susurros, antes de volver a mi puesto de trabajo.

—¿Qué quería el jefe supremo? —me preguntó en tono bajo Jairo.

—Pues imagino que la reunión ha sido la misma que tuvo contigo y con el resto —dije cabreada y agobiada.

—Los demás estuvimos pocos minutos dentro, solo nos presentamos personalmente.

—No me calientes, Jairo. En todo el tiempo que queda de jornada —le advertí tirando de un cajón con más fuerza de la normal.

Saqué varias carpetas y las abrí, sin ver realmente lo que contenían.

—Ya me gustaría a mí conseguirlo. —Rio en tono bajo y más alargó las risas ante mis resoplidos—. Preciosa, si tengo que defenderte de él, solo tienes que decírmelo —dijo con tono divertido.

—¿Qué exactamente quieres conseguir y de quién quieres defenderla?

Di un pequeño respingo al escuchar la voz inesperada de Eithan, demasiado cerca. Levanté un poco los ojos, encontrándolo al otro lado del mostrador. Con una mano apoyada en él, estaba esperando a que Jairo le contestase, con la vista fija en mi compañero.

—Solo estaba haciéndole una broma, señor Callahan —respondió Jairo.

En ningún momento le rectificó para que se dirigiera a él por su nombre, como había hecho varias veces conmigo. Me pregunté si era porque estábamos en la zona común o porque… ¡Qué más daba!

—Mi presencia bien podría haber sido la de un cliente —volvió a hablar Eithan, serio—. Te agradecería que te comportaras y midieras tus palabras en tu puesto de trabajo. Por el momento no es una advertencia, solo un consejo, el que espero que tomes en cuenta.

—Por supuesto, señor —asintió Jairo.

Sin más, se alejó de nosotros. Lo seguí con la vista. Fue directo a la mesa de nuestra compañera Adriana y, después de intercambiar unas breves palabras, ocupó la silla. La sonrisa de ella no podía ser más radiante, al tenerlo enfrente y con toda su atención. Volvieron a hablar, mientras ella se acariciaba un mechón de pelo.

—Joder, cómo impone. —Escuché la voz de Jairo—. La Adrianita ya está tanteando el terreno. —Su tono fue de diversión—. Está claro que le encantaría tirárselo y terminar encima de él. Les doy una semana para que suceda.

—¿No tienes trabajo? —hablé molesta.

Mi cabeza giró tan rápido hacia Jairo que dio un pequeño respingo.

—Está claro que para muchos hoy no es el mejor día —susurró centrándose en la pantalla del ordenador.

—Lo siento —murmuré.

Noté su mirada en mí, pero la mía ya estaba enfocada en la documentación que tenía sobre la mesa.

—No pasa nada, Ibbie. Perdóname tú por ser un bocazas —habló en tono bajo—. Viene hacia aquí.

Ante su advertencia, mantuve la vista hacia abajo. Cuando Eithan pasó de largo, no lo hizo solo, Adriana iba bien pegada a sus talones, siguiéndolo más que encantada.

—No va a perder la oportunidad, en cuanto se le presente —continuó hablando Jairo, pensativo.

—¿Te molesta? —Hice una mueca.

—¿A mí? En absoluto. Adriana se ha acostado con todos los de esta oficina, no he sido el único, y desde el principio supe a lo que atenerme. —Me hizo un guiño—. Aparte de que fue al principio y han pasado muchos años. —Sonrió.

—¿Con Carlos también? —Agrandé los ojos, sin poder creérmelo.

—No. —Rio en tono bajo—. Las únicas excepciones son Cameron y él. Carlos la frenó rápido en la primera insinuación.

Lo de nuestro jefe ya lo sabía, él mismo me había hecho varios comentarios al respecto, en distintas ocasiones. Cameron jamás traspasaría esa línea en el trabajo.

Pensábamos igual, pero claro, yo desde hoy… ¡Cállateee…! Volví a gritarme.

—Joder, menos mal —susurré pensando en Carlos, mientras me llevaba una mano al pecho.

Carlos estaba felizmente casado con Ruth, a la que conocíamos todos. Ella era una mujer increíble y formaban una pareja maravillosa. Cuando estaban juntos, se notaba a leguas lo que se querían, incluso cuando él estaba solo con nosotros, porque hablaba de ella con adoración y devoción.

—Carlos no va a romper lo que la vida le ha regalado —añadió Jairo.

Asentí satisfecha y aliviada, con una pequeña sonrisa. Mi compañero recibió al cliente que entró y que se dirigió hacia nosotros, y yo me tomé unos segundos, despistada, con la vista fija en el hueco del pasillo. Desde mi posición no veía nada más. Las puertas de los despachos, de la sala del personal y la que se utilizaba para las reuniones quedaban ocultas.

Cerré los ojos unos segundos, pensando e imaginando en lo que podía llegar a suceder detrás de la Eithan. Mi cabreo aumentó, pero dirigido a mí. ¿Qué mierda me importaba que tuviese algo con Adriana? Yo misma le había dejado claro que… Joder.

Me presioné el puente de la nariz y me obligué a centrarme en el trabajo. Agradecí la distracción de una nueva clienta que se paró al otro lado del mostrador, delante de mí. Le sonreí y la atendí, mientras Jairo continuaba con el suyo.

Las horas pasaron lentas y agobiantes. En cuanto llegó la del cierre, a las dos del mediodía, me levanté de la silla como si tuviese un muelle en el asiento. Salma fue la encargada ese día de bloquear la puerta principal, momento en el que todos empezamos a relajarnos.

El día de trabajo había llegado a su fin y no me entretuve. Apagué el ordenador, recogí la mesa, guardando las carpetas en varios cajones, y me dirigí hacia la sala del personal. Saqué del armario mis pertenecías y las apoyé en una mesa que había en un lateral.

Cuando me estaba poniendo el abrigo, Adriana entró con otra compañera, Míriam. Les correspondí al saludo.

—El jefe es un encanto —le dijo Adriana, yendo hacia el fondo de la sala.

—¿Cameron?

—Sabes de quién hablo. —Rio de forma escandalosa.

—Te he visto muy entretenida con él —comentó Míriam, con picardía.

—No tanto como me hubiese gustado, pero tiempo al tiempo. —Le hizo un guiño, Adriana—. Está impresionante y tengo muchas ganas de descubrir todo lo que oculta esa ropa que le sienta tan bien. —Soltó una risilla.

A pesar de decir las últimas palabras en tono mucho más bajo, no tuve problema en escucharla. Me abroché los botones del abrigo con rabia, de la misma forma que pasé el fular alrededor de mi cuello, casi asfixiándome con él.

—Qué ganas tenía de que llegara este momento —dijo Salma, a mi lado —. Mmm… ¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Te has dejado unos ojales sin abrochar y los otros están descompensados. —Frunció los labios, conteniendo la diversión—. Tienes un lado del abrigo más corto que el otro, y no sé si te estás poniendo morada. Te has apretado con mucha fuerza el fular al cuello.

Bajé la vista y bufé, repetidas veces. Correspondimos a la despedida rápida que nos dieron Míriam y Adriana, y tras escuchar sus risas y murmullos sobre el mismo asunto al salir de la sala, comencé a desabotonar mi ropa y volví a empezar.

—¿Has visto cómo se acerca al nuevo jefe? Los días que no has estado ha hecho lo mismo, desde que él llegó, no pierde la oportunidad para rondar cerca de Callahan.

No hizo falta que mencionara a Adriana.

—Nuevo jefe para nosotras, pero te recuerdo, por si no te has dado cuenta, de que el banco es suyo, por lo tanto, lo abrió y fue la cabeza pensante desde el inicio.

—Ya lo sé —rio—, solo lo estaba diferenciando de Cameron. A ti te pasa algo. —Me observó con curiosidad.

—Que estoy hasta las narices hoy.

—Acabo de caer en la cuenta de que para ti es como si hoy fuese lunes. —Sonrió—. ¿No te hace ilusión que sea miércoles?

—No.

Soltó una carcajada por lo rápido que respondí, mientras iba hacia el armario a por sus cosas. Yo me dediqué a terminar con la faena de dejar bien abotonado el abrigo y de aflojar el fular. Me colgué el bolso y me apoyé en la mesa, esperando a Salma.

Llegó rápido junto a mí y juntas nos dirigimos hacia la puerta principal de la sucursal. Ella la traspasó primero, mientras que yo, con la mano sujetándola, volví la cabeza para mirar hacia atrás. No me había equivocado con la sensación de que había un par de ojos que estaban fijos en mí.

Eithan se encontraba apoyado al final de la pared del pasillo, con los brazos cruzados. Arqueé una ceja por su mirada desafiante, o al menos eso

me pareció. Tampoco estaba para analizar mucho las señales. Su reacción fue curvar los labios.

El puñetero hoyuelo volvió a aparecer y bufé de nuevo, antes de perderlo de vista.

Capítulo 13

—¿Nos vas a decir lo que te pasa? —me preguntó Liam, con las dos cejas arqueadas.

—Estoy maravillosamente bien —respondí, mientras me acercaba el tenedor a la boca.

—Lo notamos perfectamente —dijo Tessa.

Habíamos quedado a las doce y media de la mañana. Era sábado, así que, después de disfrutar del buen día que hacía sentados en una terraza de un bar, mientras nos tomábamos tres cervezas con calma, decidimos ir al restaurante de Andrés a comer.

En él estábamos los tres, faltaban Lara y Félix, los que hasta última hora de la tarde no veríamos. Tessa estaba sentada a mi lado y Liam enfrente, las miradas de ambos no se apartaban de mí.

—¿Qué? —Pasé la mía de una a otro, varias veces.

—Así lleva desde el miércoles, ni siquiera con mi insistencia he conseguido que diga lo que la tiene de mal humor —comentó Tessa, con una media sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —Entrecerré los ojos.

Liam desvió su atención hacia ella, observándola con curiosidad. Conocía muy bien las habilidades de nuestra amiga, todo el grupo estábamos al corriente.

—Porque eres muy graciosa. —Fue su respuesta, antes de reír y de beber un sorbo de vino.

—Vamos a ver. —Carraspeó Liam. Soltó los cubiertos y apoyó los brazos en la mesa—. ¿Qué te tiene tan a la defensiva?

—No lo estoy, pero esta conversación es una repetición de la del bar y mi respuesta sigue siendo la misma —respondí.

Cogí el vaso de agua y bebí un buen sorbo, antes de llenarme la boca con una carne guisada deliciosa, obra de Andrés.

No quería hablar de lo que me tenía con este carácter, era muy consciente de cuál era, pero llevaba varios días luchando conmigo misma y me negaba a exteriorizar el motivo de mi cabreo.

—Si se repite es porque no eres sincera con nosotros —continuó Liam.

Sujetó con firmeza el pie de mi copa de vino, impidiendo que me la llevase a los labios. Quería que hablase, no que alargara mis silencios con cualquier distracción. Solté un suspiro, resignada con los dos.

—¿No tenéis otro tema de conversación más interesante? —les pregunté.

—No —negaron a la vez.

—Estupendo. —Bajé la mirada a la carne y empecé a marearla en el plato.

—No entiendo por qué no quieres hablar. —Liam bajó el tono de voz.

—Porque me niego a que el motivo de mi mala leche me fastidie el fin de semana y mis momentos con vosotros. Bastante lo ha hecho ya desde…

—El miércoles. —Terminó por mí Tessa—. Y es curioso, porque fue el primer día que fuiste a trabajar esta semana. Cuando llegaste al piso, a la hora de comer, ya venías transformada. —Ladeó un poco la cabeza.

—Vamos avanzando, al menos ya has cambiado tu respuesta. ¿Te ha pasado algo en el trabajo? —Quiso saber, Liam, con expresión seria.

—Todo está bien. —Hice una mueca. No me creyeron—. Hablar de ello es darle importancia, y no la tiene.

—No estarías así si no la tuviese para ti. —Frunció el ceño Liam.

—¿El miércoles te encontraste con alguien inesperado en el trabajo? —soltó Tessa.

Habló sin mirarnos, centrada en su copa de vino y en beber de ella.

—¿Por qué has elegido esa pregunta? —Volví a entrecerrar los ojos.

—Será porque estás de cara al público, digo yo —dijo Liam.

—Sí —afirmó ella.

—Tessa…

—Mmm… —Se hizo la despistada.

—¡Joder! —Me froté la frente.

Era imposible ocultarle hasta la más mínima cosa. Muchas veces se callaba y se lo guardaba para ella, hasta que alguno de nosotros nos decidíamos a exteriorizarlo.

—¿Lo sabes? —le preguntó directamente Liam.

—Puedo tener una ligera idea —sonrió con picardía—, pero no me corresponde a mí dar los detalles. —Me miró de reojo.

—Esta semana ha llegado un nuevo jefe a la sucursal —empecé a decir, derrotada por los dos.

—¿Trabajará con Cameron? —Se sorprendió Liam.

—Es temporal. —Giré la copa sobre la mesa.

—¿No has tenido un buen comienzo con él? —preguntó Tessa, sin perder la sonrisa.

Bufé y vacié la copa en mi garganta. Liam me quitó la botella de la mano para rellenármela, después continuó con la de Tessa y la suya.

—¿Por qué no sigues tú con la explicación?

—¿Yo? ¡Si no sé lo que vas a decir!

Puse los ojos en blanco. Liam optó por la mejor decisión, mantenerse callado con los labios fruncidos, conteniéndose.

—Eithan, el hombre con el que estuve la noche del sábado pasado y con el que me lie, es mi jefe —solté.

—No jodas. —Agrandó los ojos mi amigo.

—¡Qué interesante! —Dio una palmada Tessa y arqueé una ceja.

Terminó riendo con ganas, hasta dobló el cuerpo sobre la mesa, como si hubiese escuchado algo divertidísimo.

—¿Él es el motivo por el que estás así? —continuó Liam.

—Él, sus llamadas para que vaya cien veces al archivo o para que le saque del sistema informático informes, el tiempo que me hace perder solo porque puede, y sus paseítos por la oficina. Ni siquiera puedo desayunar tranquila, siempre aparece en la cafetería cuando estoy yo. —Bufé.

—Me he perdido algo. —Carraspeó Liam—. Que yo sepa, terminasteis bien. Cuando te reuniste con nosotros estabas contenta y lo poco que nos dijiste fue bueno.

Les hice un resumen de cómo lo encontré, de cómo me quedé y de la posterior conversación que tuvimos en su despacho.

—¿Por qué? —Quiso saber Tessa.

—¿A qué te refieres?

—Que, por qué le dijiste que entre vosotros todo terminó en el *pub.* —Arqueó una ceja.

—Tessa, es mi jefe. Joder. —Bufé.

—Y él te dejó claro que sabía muy bien quién eras esa noche. Poco le importó para el acercamiento que inició contigo, y estoy segura de que, por él, habría continuado. Con tu decisión os has negado a los dos lo que deseáis, y puedo entender muy bien lo que se propone con molestarte, por decirlo de alguna manera. —Sonrió de medio lado.

—Ah, ¿sí? Ilumíname.

—Prefiero que lo descubras por ti misma. —Se puso a comer.

—¿En serio? ¿Ahora te callas?

—Es que la comida se está enfriando —dijo con la boca llena.

—Pues eso no es todo, no deja de tontear con una de mis compañeras —continué, mientras intentaba eliminar una mancha de la servilleta que iba a mantenerse intacta, por mucho que la frotara—. Han sido los tres días más largos de trabajo que recuerdo. —Hice una mueca.

—Define tontear —me pidió Liam.

—Siempre que Eithan sale para pasear por la zona principal, termina frente a su mesa y después se van a su despacho. Eso sin contar todas las veces que también la llama para que vaya junto a él.

—¿De quién estás hablando? —Quiso saber, Tessa, muy atenta.

—Adriana —contesté, y arrugó la nariz.

—Problema a la vista —dijo tamborileando los dedos en la mesa.

—Sería el caso si él se dejara y quisiera, lo que dudo —añadió Liam.

—¿Por qué dudas? ¿No está claro?

Sonrió de medio lado, mirándome por encima del borde de la copa. Bebió tranquilamente, de la misma forma en la que la dejó encima de la mesa.

—Sé más lista, Ibbie —me pidió Liam, y me quedé igual, la verdad—. Ha estado provocándote. Cuando le confirmaste que entre vosotros todo terminó el sábado pasado, él te dijo que estaba deseando ver cómo puedes controlarlo.

—Me encanta como piensas —dijo Tessa, levantando su copa.

Riendo los dos, las chocaron y bebieron.

—Cariño, no te sientas mal. Liam sabe muy bien lo que dice porque se iguala con Eithan, como es lógico.

—¿Os pensáis que no lo sé? He tenido claro desde el primer momento lo que pretende, pero eso no quita lo que os he contado y de que sea verdad. —Bufé.

—Disfrútalo —me hizo un guiño Tessa— y devuélveselo, todo.

—No voy a sumarme a su juego. —Fruncí el ceño—. Además, no sé cuánto tiempo estará aquí, Eithan. Dudo de que su estancia se alargue mucho. —Le di varias vueltas al tenedor—. Si se ha liado con Adriana y quiere seguir haciéndolo, a mí me tiene que dar igual. —Encogí un hombro.

—Pero no es así. —Levanté los ojos hacia Liam.

—¿Podemos cambiar de tema? —solté un suspiro.

Me concedieron una tregua, aunque sabía que, en cualquier otro momento, quizás por la noche, volverían a sacar el tema.

Al menos pude terminar de comer un poco más tranquila. Aunque me había negado bastante a hablar, me sentó bien hacerlo. Una vez desahogada, mi carácter cambió, a mejor.

—¿Todo bien? —Apareció Andrés.

—Como siempre, querido —le respondió coqueta Tessa. Le hizo un guiño.

—Me alegro. —Se lo devolvió él—. Le conté a Rebeca que estás de vuelta, para quedarte, y le hizo mucha ilusión. Me dijo que te diese un beso y un abrazo de su parte.

—Eso es jugar muyyy sucio —se lamentó con mucho drama Tessa, refiriéndose a la mención de su mujer.

Él soltó una carcajada, a la que nos unimos todos.

—Estaré encantada de recibirlos y de que se los devuelvas —dijo al fin, sonriéndole—. A ver si no tardamos mucho en vernos. Sé por ellos que lleva un embarazo muy bueno.

—Sí —confirmó Andrés, con una sonrisa radiante—. Los primeros meses los pasó un poco mal por las náuseas, pero por suerte desaparecieron.

—Me alegro y enhorabuena, papá. Creo que la otra noche no te felicité.

—Gracias —asintió.

—¿Te sientas con nosotros un rato? —le pregunté.

—Ya me gustaría, pero estoy bastante liado. Otro día.

Se despidió con palabras, lo que cambiaría cuando nos fuésemos. Estuvimos relajados una hora más. Todo lo que comimos estuvo delicioso, como siempre. Los postres no faltaron, pedimos una pequeña variedad de ellos para compartirlos.

Nos fuimos con abrazos y besos de Andrés, y riendo, porque le dijimos que por la noche nos tenía de nuevo en su restaurante, con Félix y Lara. Caminamos por las calles en silencio, disfrutando de nuevo del sol. Liam nos acompañó hasta mi piso. Nos despedimos de él en el portal, hasta las ocho y media, hora en la que volveríamos a vernos.

Lo primero que hice al entrar, fue ir directa a mi habitación. Me quité la ropa para ponerme otra más cómoda y me reuní con Tessa en el sofá. Ella también había hecho lo mismo.

Nos tumbamos tapándonos con la manta y reímos cuando empezamos a tirar de ella.

—¿Busco una película? —dijo cogiendo el mando de la mesa.

—No creo que aguante mucho —le advertí.

Notaba los párpados pesados. Con el estómago lleno y tan cómoda como estaba, con la cabeza apoyada en el cojín y calentita, no iba a tardar en dormirme.

—Lo que duremos, a mí también me ha entrado sueño.

Reí cuando empezó a darle golpes a su cojín, sin encontrar una buena postura.

Cuando se quedó conforme, localizó una película en la que no me fijé mucho. En cuanto empezó, cerré los ojos, escuchando el sonido de fondo.

—Ibbie…

—¿Sí? —susurré entreabriéndolos.

—No te niegues la felicidad, cariño. —Tragué saliva—. Sé por qué lo has hecho y por qué estás empeñada en continuar con tu actitud hacia Eithan, te da miedo enamorarte de él porque se irá. Pero todo lo bueno que llega a nuestras vidas hay que abrazarlo, porque lo malo, por desgracia, aparece de igual manera, sin avisar. Tú, mejor que nadie lo sabes.

—Sería muy fácil enamorarme de él, Tessa.

—También lo sé —murmuró—. Piensa en cómo te has comportado, en la rabia que sientes, por lo que intuyes en el trabajo, y te darás cuenta de que

algo en ti ya ha empezado a tomar forma.

—¿Él es el cambio que me dijiste que llegaría a mi vida? —Mi voz sonó tan débil que dudé de si me escuchó o no.

Al no obtener respuesta, di por hecho que no se había enterado y no quise volver a hacer la pregunta. Cerré los ojos con fuerza. Pasó el tiempo y cuando notaba que la oscuridad tiraba con fuerza de mí, escuché la voz lejana y amortiguada de Tessa.

—Confía siempre en tu instinto. Es la forma que tiene nuestro cuerpo de advertirnos, tanto para bien, como para mal.—Silencio—. Es Eithan, Ibbie, siempre será él.

No supe si habló en realidad o fue el inicio de un sueño, pero la última parte que llegó a mi mente, la forma en la que lo dijo me hizo moverme inquieta.

Capítulo 14



Eithan

Todo estaba en silencio, las calles, las casas, los edificios, los comercios cerrados… A estas horas no había todavía movimiento de personas ni de coches.

Continué caminando por la acera, sumido en mis pensamientos. Eran las siete y media de la mañana del domingo, y me encontraba a bastante distancia de mis amigos. La noche había sido demasiado larga, agobiante y desesperante. Hacía bastante tiempo que salí de la habitación del hotel, Maison y Desmon no sabían que me había ido.

Todavía faltaba para que se dieran cuenta. Metí las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, observando todo lo que me rodeaba.

La necesidad de alejarme me había traído hasta aquí, hasta una localidad diferente. Mi cabeza no me daba una tregua, las dudas, los pensamientos y las ideas tenían mi mente activa, trabajando a marchas forzadas.

La estrategia que había tomado hacia Ibbie, por el momento, no había surtido efecto, pero sabía que terminaría cambiando de resultado. Ella misma me lo había confirmado con sus actitudes y miradas desafiantes, como también las que me lanzaba pensando que no me daba cuenta.

Desde el miércoles había ido tensando cada vez más la cuerda entre nosotros. Sí, había utilizado a su compañera Adriana para conseguir mi propósito, era muy consciente de lo que esa mujer quería conseguir desde el inicio. Los pequeños avisos que me había hecho Cameron sobre ella solo me dieron la razón, aunque ni falta hubiese hecho.

Con cada una de sus advertencias le había dejado claro que no tenía de qué preocuparse. Cameron no tenía ni idea de cuál era mi propósito ante el acercamiento constante que mantenía con Adriana, de lo cual continuaría de la misma forma. No iba a involucrarlo en mis cosas y no tenía nada que ver con la confianza.

Mi vida y mis sentimientos estaban fuera del alcance de todos, excepto de Maison y de Desmon. Mis labios se curvaron un poco, al imaginar la respuesta que darían ellos sobre este tema. Según mis amigos, no me abría a ellos lo suficiente y era una gran verdad que no podía rebatirles. Siempre se encontraban con un muro alzado para llegar hasta mí, el que tenían que escalar con mucha paciencia y empeño.

Siempre terminaban consiguiéndolo, pero no sin esfuerzo. No lo hacía a propósito, era mi forma de ser, mi esencia y contra eso, hacía tiempo que

habían dejado de luchar. Lo aceptaban porque eran una parte de mí, como yo de ellos.

Si no hubiese sido por los dos, por el apoyo constante de ambos y la amistad tan pura y sin límites que me ofrecían, en algún momento de mi vida me habría perdido, irremediablemente. La calma contra la tempestad, eso es lo que éramos, cada uno con nuestros caracteres definidos y bien marcados.

Cogí una bocanada de aire cuando mis pies se pararon. Recorrí la calle con la vista, hasta que la fijé en la acera contraria. Pensativo, absorbido completamente por mi mente, dejé de ver lo que tenía delante, trasladándome a un tiempo pasado, uno que cargaba y soportaba como mejor podía o sabía.

Necesitaba la luz que desprendía Ibbie, el calor y el aliento que me transmitió hacía ya una semana. Cómo había llegado a este punto, yo lo tenía clarísimo y era otra de las cosas que me atormentaban, a la vez que me sanaban.

Un movimiento en la acera contraria llamó mi atención. Parpadeé varias veces rápido y enfoqué la vista en el hombre que caminaba con paso tranquilo. Yo di varios pasos hacia atrás, decidiendo que era un buen momento para pararme. Apoyé el final de la espalda en una reja que me llegaba hasta la cintura, observando cómo ese hombre llega a mi altura, desde el otro lado.

En ningún momento miró hacia mí, pero era imposible que no se hubiese percatado de mi presencia. Poco a poco se alejó y volví a quedarme solo en la calle. Estiré las piernas y crucé los tobillos, llevando la mirada hacia delante. No supe cuánto tiempo pasó, me dejé envolver por el silencio.

Después de una pausa muy necesaria, cuando estaba preparado para meterme de lleno de nuevo en mis recuerdos y pensamientos, la vibración del móvil me devolvió a la calle solitaria.

Lo saqué del abrigo y sacudí la cabeza al ver el nombre de Desmon en la pantalla.

—¿Te has caído por el desagüe o te has dormido en la bañera? —habló con humor.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —pregunté sin responderle.

—Son casi las nueve.

Me sorprendió escuchar la hora que era. ¿Durante tanto tiempo me había quedado ido? Joder… Entonces me di cuenta de que la calle de solitaria nada, vi a varias personas entrar en una panadería y otras pocas caminar por las aceras.

—No me he dado cuenta de la hora que es.

—Bueno, ¿qué? ¿Tengo que ir a la recepción para sacarte a rastras de la habitación o sales ya? Maison está a punto de salir de la suya.

—No estoy dentro. —Me incorporé despacio y levanté la mirada unos segundos, antes de empezar a caminar.

Tomé la dirección en la que había dejado estacionado el coche de alquiler.

—¿Has bajado al restaurante para tomarte un café?

—No. Me he ido bien temprano, no estoy cerca.

—¿Y eso? ¿Dónde estás?

—Me apetecía conducir. Voy de camino, pero ir a desayunar sin mí.

—¿Por qué no me has despertado? Podría haberte acompañado.

Sonreí de medio lado.

—Con uno sin dormir de los tres, hay suficiente.

—Eithan…

—Cuando llegue, os llamo para daros encuentro. ¿Queréis continuar haciendo turismo como ayer o preferís un día tranquilo?

—Lo que tú decidas, eres el que no ha descansado y encima tienes que trabajar mañana.

—Estoy bien, ni que fuese la primera noche que paso en vela. Te recuerdo que algunas hemos estado juntos.

—Joder, pues anda que no ha pasado tiempo… Ya ni me acuerdo —dijo con tono divertido—. Vamos a ir a la cafetería de ayer, te esperamos allí. ¿De acuerdo?

—Vale, nos vemos en un rato.

Colgué y me guardé el teléfono, mientras continuaba avanzando sin prisa, calmado, para llevarme conmigo todas las sensaciones que me había transmitido este lugar.

Cuando llegué junto al coche, me monté y tomé la dirección del hotel. A la cafetería iría a pie, después de dejar el vehículo estacionado en el parquin.

✣ ✣ ✣

—Hombre, el aventurero ha llegado —comentó en alto Maison, cuando me faltaban varios metros para llegar a la mesa que ocupaban.

Sonreí de medio lado. Arrastré la silla y me senté.

—¿Quieres desayunar o a estas horas prefieres una cerveza? —me preguntó con humor Desmon.

—Un café, y seguida la cerveza —respondí y rio.

—¿Estás cansado? Si quieres, podemos ir al hotel —propuso Maison.

—Si lo estuviese, os habría llamado al llegar, para deciros que me iba a la habitación. —Arqueé una ceja.

—¿Quieres que te rebata? —Imitó mi gesto.

—Puedes intentarlo —contesté tranquilo, provocando que sus labios se curvaran en una media sonrisa.

—¿Te ha sentado bien la vuelta que has dado? —Se interesó Desmon.

—Sí. Me he despejado del agobio de la noche sin dormir —les confirmé.

—Hemos decidido que hoy nos lo vamos a tomar con calma —continuó hablando.

—Por mí no lo hagáis. —Los miré a los dos.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —habló Maison, frunciendo los labios después.

Sacudí la cabeza, porque si decía algo más, empezaríamos una pequeña batalla que ninguno de los tres ganaría, ni siquiera ellos, al estar en superioridad. Tenía claro por qué habían tomado esa decisión, pero como yo tenía que trabajar al día siguiente, la di por buena. Ya aprovecharían para ir de un lado al otro, la verdad es que hoy no me apetecía moverme mucho más, aunque si ellos hubiesen querido, me habría mantenido callado al respecto.

—Este es el plan, a ver qué te parece —empezó Desmon—. Te tomas el café con leche y al cabo de un rato nos movemos lo justo para ir a aquel restaurante. —Señaló hacia la derecha y seguí la dirección de su dedo—. Después de comer, nos vamos a las habitaciones a descansar y por la tarde nos agrupamos en una, para ver algunas pelis. ¿Qué tal?

—Perfecto —sonreí.

Una camarera se acercó cuando llamé su atención y le pedí el café con leche. Después de tantas horas sin echarme nada al estómago, agradecía empezar por lo que estaba acostumbrado. Hoy me había saltado un buen desayuno, pero lo compensaría con la comida.

—¿Cómo lo vas a hacer con Ibbie a partir de mañana? ¿Has pensado en cambiar de estrategia? —Quiso saber Maison.

—Si cambia antes de tiempo, no le habrá servido de nada lo que ha hecho hasta ahora —comentó Desmon, pensativo.

Les había explicado todo lo que había sucedido entre nosotros, no había ni un detalle que no supieran. Lógicamente, algunas partes de las conversaciones que había mantenido con Ibbie me las había reservado, pero estaban al tanto de lo más importante.

Sobre la noche del fin de semana anterior no tuve que decirles gran cosa, fueron testigos directos del acercamiento que tuvimos, desde la mesa que ocupamos al inicio. Como también de todos los besos que nos dimos.

A pesar de estar acompañados por las tres chicas que se acercaron para invitarnos a la pista de baile, no tuvieron problema para estar pendientes de lo que sucedía en la barra.

—No voy a variar nada, pero mañana poco voy a hacer.

—¿Y eso? —me preguntó Desmon.

—Estaré casi toda la mañana fuera con Cameron, me acompañará a hacer unas gestiones —les aclaré—. No sé cuánto tiempo nos llevarán, puede ser que hasta el martes no regrese a la oficina.

Nos quedamos en silencio, haciendo una pausa, cuando la camarera regresó con mi café con leche. Maison se adelantó para pagarle, antes de que se fuera.

—¿Y con el tal Jairo qué? —continuó Maison.

—Tengo controlada la situación. No ha variado nada de lo que os conté el viernes por la tarde. —Arqueé una ceja.

—Yo también estaré liado —comentó Maison.

—¿Con alguna videollamada? —le preguntó Desmon y asintió— Pues ya vendrás a por mí cuando termines, no pienso levantarme de la cama. —Sonrió de medio lado.

—Últimamente, vives demasiado bien. —Sacudió la cabeza Maison, con expresión divertida—. Cuando tengas que trabajar, no vas a saber.

—¿Perdona? ¡Cómo si no tuviese suficiente trabajo con vosotros dos! —Bufó, haciéndose el ofendido—. Y si estoy descansando es porque Eithan quiere.

—Correcto. Por ahora no te necesito en la oficina, prefiero que continúes en contacto con la sede, para que me mantengas informado.

—Y eso, amigos míos, puedo hacerlo desde la cama. —Reímos.

Me tomé el café con leche mientras me comentaban lo entretenidos que habían estado en la terraza de la cafetería. Después de un poco más de media hora, nos alejamos de la cafetería y fuimos directos al restaurante.

Enlazamos un sitio con otro, pero como los tres teníamos hambre, dimos buena cuenta de toda la comida que pedimos, como también de las dos botellas de vino que nos bebimos.

Regresamos al hotel dando un paseo y nos despedimos en el pasillo, antes de entrar cada uno en su habitación. Quedamos en que sobre las seis llamarían a mi puerta, para, según ellos, hacer un maratón de cine.

Llevamos a cabo todos los planes y terminamos el día los tres acomodados en mi cama, donde también cenamos lo que pedimos al servicio de habitación. Hasta que los eché casi a empujones cuando empecé a notar que me quedaba dormido.

Se fueron rápido, salieron diciéndome que aprovechara porque llevaba muchas horas sin cerrar los ojos. Ni siquiera viendo las películas noté los párpados pesados, pero el cansancio me llegó de golpe cuando me quedé solo y me dejé arrastrar por él.

Necesitaba descansar y es lo que hice, no fui consciente del momento en el que me dormí.

Capítulo 15

Ibbie

—¿Cómo está Félix? —le pregunté a Lara.

—Mejor, aunque todavía no está del todo recuperado. —Hizo una mueca.

—Lo ha cogido bien fuerte —negué.

Al final, el sábado por la noche no pudimos quedar. Félix empezó a encontrarse mal pasado el mediodía. Empezó a subirle la fiebre y lo dejó noqueado el resto del día y la noche, como también el domingo. No era más que un resfriado, pero uno bastante fuerte que lo había dejado sin fuerzas.

Anulamos el salir a cenar todos juntos, por lo que Liam vino a mi piso al final de la tarde del sábado, para estar con Tessa y conmigo. Pedimos unas *pizzas* y nos las comimos acomodados en el sofá, viendo una película. Nuestro amigo se fue rozando la medianoche. En cuanto nos despedimos de

él, dimos por finalizado el día. Tessa y yo nos metimos en las habitaciones para descansar.

—¿Ha ido a trabajar hoy?

—No. Ayer, a última hora, todavía tenía fiebre y llamó a Damián para decirle que se tomaba hoy lunes de descanso.

Damián era el socio de Félix, se dedican a todo lo que abarca la informática, desde el nivel más bajo, hasta el más alto y especializado. Cuando se conocieron en los últimos años de carrera, sus futuros quedaron marcados. Tuvieron mucha afinidad desde el inicio de conocerse, por lo que empezaron a idear proyectos que, después de que cursaran un máster, se hicieron realidad.

Hace ya muchos años que abrieron un negocio en el centro y mejor no podía irles. Se trata de un gran local al que hoy día recurren la mayoría de las personas buscando soluciones a sus problemas. Se habían ganado a pulso la fama que tenían, con sus resultados y profesionalidad.

Damián trabaja en esa tienda, Félix también, pero siempre que sus otras obligaciones se lo permiten. El trabajo del último, el marido de Lara y mi amigo, está centrado en asistir a todas las empresas a las que prestan sus servicios.

—Al menos hoy, hasta que he salido de la casa, no tenía fiebre —comentó.

—Me alegro. Si es que no puede ser que lo tengas durmiendo con el culo al aire. —Reímos—. ¿Tú te encuentras bien?

—Por ahora sí. —Se encogió de hombros.

—Esperemos que no caigas. —Sonreí.

—¿Cómo te ha ido el trabajo?

Eran las cinco y media de la tarde, por lo que la sucursal del banco había cerrado a las dos del mediodía, hasta el día siguiente.

Estábamos en la terraza de un bar. El sol nos calentaba a través de la cristalera que protegía la terraza, aunque ya no tenía tanta fuerza y en cuestión de una hora o un poco más empezaría a anochecer.

—Para ser el comienzo de la semana, bien. Ha sido un día tranquilo.

Cogí el vaso de refresco y me lo llevé a los labios. Lara se metió una oliva en la boca.

—¿A que no sabes quién llamó a Félix ayer?

—Mmm… Por cómo lo has preguntado, alguien de su familia.

—Sí. —Bufó—. Su insoportable padre. —Puso los ojos en blanco—. Como Félix bloqueó los números de teléfono de todos, lo llamó desde otro que no conocía.

—¿Y qué tal?

—Descolgó y al escuchar su voz colgó al instante. —Hizo una mueca, pero yo sonreí.

—Normal, y me alegro de que Félix siga firme con la decisión que tomó.

—No sé…

—¿Qué pasa? —Apoyé los brazos en la mesa.

—Es que a veces pienso que todo el tema de su familia en algún momento explotará otra vez y nos pasará factura a los dos. Me da miedo.

—Lara, Félix tiene las cosas muy claras y lo que os hicieron el día de vuestra boda terminó por romper los lazos que se mantenían por un hilo muy fino y débil. Os hicieron mucho daño, fue horrible cómo actuaron. A ninguno de ellos les importó, todo lo contrario. Y Félix no los va a perdonar nunca, más por ti que por él.

—Ya… Si lo sé, pero eso no quita que al menos piense en sus padres. Me da miedo que con el tiempo Félix me reproche algo.

—¿Qué dices? Tú no has hecho nada, cariño. —Le agarré una mano, por encima de la mesa. Hice un poco de presión—. No pienses en eso, estáis genial, lo demás fuera de vosotros dos no tiene que influiros ni afectaros. Y hablo por ti, porque sé que Félix pasa de todo, menos de lo que habéis creado.

—Son su familia, Ibbie. No sé…

—Lo entiendo, de verdad que sí, pero los actos de las personas marcan sus destinos, cariño. La sangre no da la afinidad, el amor es primordial y todos ellos dejaron claro en qué punto están. No pienses que puedan decirle algo a Félix si consiguen hablar con él, y que pueda afectarle como para hacer tambalear lo vuestro. ¿Has hablado con Félix sobre tus miedos y dudas?

—Últimamente no, es un tema que no quiero que sea constante entre nosotros —soltó un suspiro.

—Pero debe serlo, hasta que te quedes tranquila al respecto.

—Es que él insiste en que no tengo ni que pensar en estas cosas. —Hizo una mueca.

—Y es una gran verdad. —Le sonreí con cariño—. Félix es un hombre con un carácter fuerte y no lo van a tumbar. ¿Acaso no te demuestra que solo te necesita a ti para ser feliz?

—Sí, cada día. —Sonrió con amor.

—Pues ya está, aférrate a eso y olvídate de lo que no merece ni una milésima de segundo de tu tiempo. —Le hice un guiño.

—Vale —soltó otro suspiro—. ¿Tessa ya habrá salido de la entrevista de trabajo?

—No lo creo, me dijo que me enviaría un mensaje al montarse en el coche, cuando viniera hacia aquí.

—Me da que tendrá suerte.

—Yo también pienso igual, tiene un currículum impecable. Aunque la de los pálpitos y las anticipaciones es ella. —Reímos—. Ayer estuvimos mirando pisos de alquiler.

—¿Y qué tal?

—No tuvimos mucha suerte. Todos eran muy pequeños, costaban bastante y los interiores en las imágenes no se veían muy bien.

—Eso se lo tendrá que tomar con más calma.

—Sí. No tiene ninguna prisa por irse del mío, al menos se lo he dicho tantas veces que ya he perdido la cuenta. Menos su ropa y sus cosas más personales, todo continúa en cajas, en la habitación que tengo vacía.

—Tenías.

—Sí. —Sonreímos—. Igualmente, le dije que, si necesita dinero para la fianza y los primeros meses, solo tiene que decírmelo, igual que la oferta va dirigida hacia todos vosotros.

—No lo va a aceptar, como haríamos los demás. —Frunció los labios, con expresión divertida.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Me lanzó a la cara todos los cojines del sofá y, no conforme con eso, me enrolló con la manta y me inmovilizó tumbándose encima. —Puse los ojos en blanco y después soltamos una carcajada.

—Pues se contuvo bastante —habló entre risas.

—El sábado por la mañana les conté algo a ella y a Liam que no sabes.

Bebí un sorbo de refresco, después de coger una oliva.

—¿Qué es? —Ladeó un poco la cabeza.

—Hace una semana que el dueño del banco llegó a mi sucursal. Yo no lo conocí hasta el miércoles, cuando me incorporé.

—¿Ya no está solo Cameron?

—Por un tiempo. —Acaricié el vaso—. Me llevé una gran sorpresa, totalmente inesperada.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas de Eithan? El que me invitó a unas copas el último sábado por la noche que salimos —asintió—. Pues él es el dueño del banco. —Abrió la boca, formando una «o» perfecta—. Vamos, el mismo con el que me besé durante casi dos horas. —Bufé.

—¿Qué me dices?

—Así me quedé. —Sacudí la cabeza—. Liam y Tessa me sacaron la información porque mi carácter el sábado por la mañana no era el habitual en mí. —Hice una mueca.

—¿Y qué os dijisteis cuando os visteis? —Se llevó varias olivas a la boca.

—Yo poco, me quedé…

—Bloqueada, desconcertada y loca perdida. —Terminó por mí.

—Mmm… Buen resumen de la situación. Al menos de la mía, él sabía muy bien quién era yo y no le pilló de sorpresa. —Encogí un hombro.

—¿En serio? —Soltó un pequeño jadeo.

Le expliqué la conversación que tuvimos en su despacho y cómo pasé los días posteriores, con su presencia yendo de un lado al otro. Le remarqué la persecución de mi compañera Adriana y lo que daba por hecho entre ellos.

—No sabes lo que ha pasado en su despacho.

—Da igual. Hoy Eithan no ha aparecido por la oficina y lo he agradecido.

—Pero no estás bien.

—Tengo muchas sensaciones raras, Lara. No sé…

—¿Por qué no hablas de nuevo con él?

—¿Para decirle qué? Fuera del entorno del trabajo solo nos conocemos de dos horas —negué—. Me hizo pasar una buena noche aquel sábado, ya está.

—La que te iba a escribir al salir de la entrevista antes de venir hacia aquí, se acerca caminando por tu espalda —comentó refiriéndose a Tessa.

Me giré y me encontré con la sonrisa radiante de nuestra amiga.

—Ya, ya… Se me ha olvidado —dijo Tessa, cuando llegó a nuestro lado con las manos en alto— Es que he salido de la entrevista emocionada y no me he parado a nada. —Nos sonrió.

Nos dimos dos besos y ocupó una silla.

—¿Eso significa que ha ido bien? —le pregunté.

—Pues claro. —Rio, y Lara y yo sonreímos.

—Ibas segura de que sería así, ¿no? —habló Lara.

La única respuesta que le dio Tessa fue una sonrisa de medio lado, con mucho significado para nosotras.

Llamó la atención de la camarera y le pidió una cerveza, la que no tardó en tener frente a ella.

—Empiezo la semana que viene —nos confirmó con un guiño—. El sueldo es una pasada, supera al que tenía. No por mucho, pero bueno es. Tendré las tardes libres, el horario es de siete y media a dos y media.

—Suena estupendamente —dijo Lara.

—¿Y sabéis qué es lo mejor? —Pasó la mirada de una a otra.

—Sorpréndenos. —Fruncí los labios.

—Que no puedo enamorarme del jefe porque no me atrae, en absoluto. —Reímos.

—Entonces es el trabajo de tu vida —aseguré divertida.

—Ya te digo —soltó un suspiro dramático—. Me ha caído muy bien.

—Tienes una semana completa para continuar descansando, antes de incorporarte —comenté.

—Sí, el viaje que quería hacer todos juntos se va a la mierda, por ahora. —Arrugó la nariz.

—Ya habrá tiempo. —Le hice un guiño.

—Mientras venía caminando hacia aquí, me he parado a cotillear la cristalera de una inmobiliaria, he visto varias ofertas de pisos en alquiler que me han llamado la atención.

—A ver si hoy va a ser tu día de suerte y haces un pleno —habló Lara.

—Todo apunta a que sí. —Sonrió Tessa—. Aunque seguiré tomándomelo con calma. Me pasaré mañana para informarme bien y para pedir que me los enseñen, a ver qué tal. No quiero precipitarme.

—No tienes por qué —comenté y me hizo un guiño.

—¿De qué hablabais? —nos preguntó, después de darle el primer sorbo a la cerveza.

—De la sorpresa que se ha llevado Ibbie en el trabajo —respondió Lara y Tessa me miró de reojo.

—Qué cosas tiene la vida, ¿eh?

—Ya te digo. —Rio Lara—. Me he quedado muertecita al saber quién es el dueño del banco en el que trabaja Ibbie.

Ese fue el último comentario que hicieron sobre mi «problemilla» laboral. Tessa desvió la conversación hacia otra mucho más tranquila para mí y me relajé.

Después de una hora y media, nos fuimos de la terraza del bar y nos despedimos de Lara con abrazos y besos, diciéndole que le dijese a Félix que esperábamos que se recuperara del todo pronto. Lara tenía el coche estacionado cerca, por lo que Tessa y yo empezamos a recorrer el camino hasta mi piso, a pie.

—¿Has llamado a Liam? —me preguntó cuando faltaban pocas calles para llegar.

—Me dijo que hoy estaría muy liado en el trabajo y que terminaría bastante tarde, supongo que hasta las nueve y media o diez no llegará a su piso. No he querido molestarlo. ¿Tendría que llamarlo antes? —La miré de reojo.

Fruncí el ceño cuando ella hizo lo mismo, poniéndome nerviosa al instante.

—No —respondió al fin. Las arrugas de su frente desaparecieron—. Todo está bien —añadió.

—¿Seguro?

—Tranquila. —Giró la cabeza hacia mí, con una pequeña sonrisa.

—Vale —solté un suspiro.

Capítulo 16



—¿Por qué te levantas tan temprano? Aprovecha para hacerlo más tarde esta semana que puedes —le dije a Tessa.

Apareció en el salón, frotándose los ojos y bostezando. Sacudí la cabeza cuando fue hacia la cocina sin decir nada y casi sin ver.

Yo estaba en el balcón, a pesar de que había empezado a chispear. El tiempo dio un giro de madrugada, cuando escuché las gotas de lluvia golpear la persiana de la habitación. El cielo estaba completamente cubierto de un gris oscuro y, aunque ahora no llovía con tanta intensidad, estaba segura de que no tardaría en variar.

Me llevé la taza a los labios y seguí con la mirada a Tessa. Pasó por mi lado y se dejó caer en una silla, con la taza entre las manos. El balcón era ancho, por lo que estábamos a cubierto del agua.

—¿Has dormido?

—No mucho —susurró después de beber un sorbo de café.

—¿Y eso?

—No hay nada importante que me haya mantenido despierta —comentó para dejarme tranquila—. Hace una hora que me ha entrado el sueño. —Se encogió de hombros.

—¿Y por qué estás aquí?

—Para compartir este momento contigo, así tú te vas feliz al trabajo y yo a la cama. —Sonreímos—. Tenemos que aprovechar, porque en cuanto me vaya de este piso se terminó. Ahora dormiré todo lo que no he podido durante la noche. —Me hizo un guiño—. Además, la semana que viene, duerma o no, tendré que levantarme a esta hora.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, o quizás se convirtieron en minutos. El único ruido que nos acompañó fue el de la lluvia, mientras nos tomábamos los cafés.

—Ayer no pude hablar con Liam —comenté en tono bajo.

—Te escribió un mensaje.

—Muy breve y cuando me iba a la cama.

—Se le complicaría más el día, de lo que te adelantó.

—Seguro —dije pensativa.

—Dentro de un rato te está llamando, ya lo verás.

—Seguro. —Sonreí—. ¿Al final vas a ir a la inmobiliaria?

—Sí, pero no sé a qué hora.

—Esta tarde trabajo, pero puedo acompañarte a partir de las seis, si no, la tarde de mañana la tengo libre.

—Vale, pues entonces hoy solo pediré información. No queda mucho para que empieces el horario de verano y vayas a trabajar solo por las mañanas, ¿no?

—Falta un mes y medio.

—Bah, ese tiempo se convertirá en un suspiro. —Movió una mano en el aire.

—Demasiado rápido —dije distraída.

—No quieres que pase, ¿verdad? —La miré de reojo—. ¿Vas a hacer algo antes? —Arqueó una ceja.

—No he pensado en ese tema, Tessa.

—Pues creo que va siendo hora de que hagas un planteamiento a tu situación, ¿no te parece? —Hizo una pausa y al no responderle continuó—. Cariño, déjate llevar y habla con Eithan.

—Tengo la sensación de que es demasiado tarde. —Acaricié el borde de la taza.

—¿En serio? ¿Quieres que te lance la mesa a la cara para que se te aclaren las ideas?

—No —reí—, que me costó muy cara. —Le hice un guiño.

—Escúchame bien —me señaló con un dedo—, vas a entrar en la oficina pisando fuerte, vas a frenarle los pies a la tal Adriana y te vas a encerrar en el despacho de Eithan, para no salir de él hasta que le hayas dejado las cosas clarísimas.

»Da igual el resultado, cuando termines, tú ya habrás hecho todo lo que está en tu mano y lo siguiente que haga él, será cosa suya. En ese punto sabrás realmente a lo que tienes que atenerte, no antes. ¿Lo entiendes o te lo repito?

—¿Y si hago el ridículo?

—Pues te ríes, sueltas una buena carcajada y te vas muy digna y con la cabeza bien alta a tu puesto de trabajo o de la oficina, según en qué momento del día se dé. —Me hizo un guiño—. Nunca se puede hacer el ridículo cuando los sentimientos van por delante, y más si actúas bien y manteniéndote en tu lugar, como harás tú.

—No te prometo nada. —Encogí un hombro—. Lo mismo estamos hablando por hablar, a lo mejor, Eithan hoy tampoco aparece por la oficina.

—Pues lo llevas a cabo al día siguiente, ya ves tú qué problema. Esta noche he quedado con Mario.

Saltó de un tema al otro, al mencionar al camarero del *pub*.

—O sea, que estarás perdida por varios días. —Sonreí de medio lado.

—No. —Rio—. Mañana estoy de vuelta. —Me hizo un guiño—. Me ha prometido una noche inolvidable, y chica, una es débil. —Reímos.

—Disfrútalo y alárgalo todo lo que puedas.

—Ese es el propósito. —Su expresión se llenó de picardía.

—Me voy ya.

Me bebí lo que me quedaba de café y me levanté. Tessa me imitó y entramos en el salón. Me siguió hasta la habitación y se quedó apoyada en el marco de la puerta, mientras yo me ponía el abrigo y el fular, y me colgaba el bolso.

—Ten cuidado con el coche con este día.

—Ahora casi no llueve. —Le sonreí caminando hasta ella.

—Pero no ha parado desde hace horas.

—De acuerdo —dije para dejase el tema—. Vete a la cama ya.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Me dio un beso rápido en la mejilla y caminó ligera hacia su habitación.

—¡Cuándo te interesa! —exclamé divertida.

—Siempre poniendo la puntilla, si es que… —Reímos.

Salí del piso y me dirigí al parquin. Al final, entre unas cosas y otras, se me había echado el tiempo muy encima. Iba demasiado justa y, con el día como estaba, encontraría más tráfico del habitual.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el parquin, las luces fueron encendiéndose a mi paso, mientras lo recorría. Mi plaza estaba al fondo, en

línea recta veía mi coche. Estaba buscando la llave dentro del bolso cuando un sonido que no reconocí me hizo levantar la cabeza de golpe y desviar la atención de lo que hacía.

Miré a los lados y hacia atrás. Las luces todavía continuaban encendidas a mi espalda y solo vi a los vehículos estacionados a los lados. Parada en medio del carril por el que tenía que circular para salir, esperé unos segundos. Sacudí la cabeza y continué mi camino, directa al coche, hasta que volví a frenar mi avance en seco y me giré.

Acababa de escucharse el mismo sonido, pero más fuerte.

—¿Hola? —dije en alto, pasando la mirada por toda la zona que quedaba frente a mí— ¿Hay alguien? —insistí al escuchar otro ruido, pero diferente y muy bajo—. Mierda. —Bufé.

Con el vello erizado me volví hacia el vehículo en cuanto localicé la llave dentro del bolso, y casi corrí el último metro que me separaba de él. Montada, con las puertas bloqueadas y el motor en marcha, aceleré despacio y dejé la plaza atrás, sin perder de vista la planta del parquin.

Hasta que frené de golpe, clavando el pie en el pedal del freno.

—¿Qué…? —Jadeé, agarrando con fuerza el volante.

Eché marcha atrás, nerviosa, temiendo haber chocado sin darme cuenta con lo que me había parecido ver pasar rápido por delante y a ras del suelo.

De vuelta en la plaza, abrí la puerta del coche y me bajé rápido.

—Oh… —dije cuando el cachorro de perro quedó frente a mí.

Se había tumbado en el suelo, temblando. Me agaché despacio y me puse en cuclillas, manteniendo la distancia para no asustarlo más.

—Hola —hablé en tono muy bajo y pausado—. ¿Qué haces aquí? —Ladeé un poco la cabeza— ¿Y tu dueño? —Levanté la mirada, continuaba sin haber nadie en todo el parquin.

Bajé la vista al cachorro, el que tenía la suya fija en mí y temblaba más. Era demasiado pequeño, pero no porque su raza correspondiera a ese tamaño. Era una cría y, si no me equivocaba, diría que terminaría siendo de tamaño mediano-grande. A pesar de lo sucio que tenía el pelaje, de sus ojos llenos de tristeza, porque la transmitía, y del miedo evidente por el temblor de su cuerpecito, era precioso.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Me acerqué un poco, con mucho cuidado.

Alargué un brazo con la palma en alto, intentando transmitirle que no pasaba nada. Me di cuenta entonces de que una parte de su pelaje estaba más compactado y agrandé los ojos al fijarme mejor, al diferenciarlo.

—Mierda —siseé.

Tenía un lateral del cuerpo cubierto de sangre, pero no sabía si estaba húmeda porque había estado en la calle bajo la lluvia y si se había colado en el parquin una de las veces que algún vecino había abierto la puerta para ir a trabajar, o es que… El resto de él estaba seco.

Me arrodillé y fui acercándome muy lentamente. El cachorro se encogió ante mi avance, pero no se movió. Tembló más y mi preocupación aumentó, al ver la herida que tenía en el costado.

—¿Qué te ha pasado? —susurré sin esperar respuesta.

Hizo un pequeño sonido de lamento cuando coloqué la palma cerca del daño que tenía, con mucho cuidado, para intentar apartar su pelaje. Era fino y corto, pero estaba tan apelmazado por lo que tenía…

—¡¡Ibbie!!

El grito fuerte de Tessa provocó que yo soltara otro por el susto que me llevé y que me incorporara de un salto. Y no solo eso, el cachorro, como si estuviese bien, salió corriendo y pasó rozándome las piernas, hasta que se escondió debajo de mi coche.

—Joder, estupendo —susurré soltando un bufido.

—Ibbie… —repitió Tessa, jadeando. Venía corriendo hacia mí— ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —gimió mirando la sangre en mi mano.

Empezó a palparme el cuerpo, para encontrar de dónde provenía.

—Lo has visto.

No fue una pregunta, lo afirmé porque no tenía sentido de que, en vez de estar durmiendo en la cama, hubiese aparecido en el parquin alterada, en pijama y con las zapatillas de estar por casa, gritando mi nombre.

—Sí, pero la imagen no era clara —susurró cogiendo mi mano entre las suyas—. Ha sido cuando me estaba quedando dormida. Solo te he visto a ti aquí y tu reacción nerviosa. No me ha dado tiempo a profundizar más, me he levantado de un salto de la cama y he bajado corriendo, hasta la planta principal en la que he utilizado el ascensor —dijo de carrerilla—. ¿Qué te ha pasado en la mano? —Levantó la cabeza y la movió hacia los lados, buscando a alguien.

—La sangre no es mía —dije y agrandó los ojos.

—¿Cómo?

—Tenemos faena —solté un suspiro—. Me he asustado al escuchar unos ruidos, pero al montarme en el coche y al salir de la plaza, me he parado de golpe. Casi me llevo por delante a un cachorro. —Hice una mueca.

—Ayyy… —Lloriqueó.

—Está herido y ahora debajo de mi coche. Se ha asustado como yo por tu grito.

—Joder. —Miró hacia abajo.

—Voy a llamar a Cameron, ya llego tarde a la oficina y con lo que vamos a tardar…

Eso hice. Saqué el móvil, pero no descolgó. Probé suerte con Salma y tuve el mismo resultado, por lo que salté a Jairo. Él sí que atendió rápido la llamada.

—Jairo.

—Eh, buenos días, preciosa. ¿Estás en un atasco? A mí me ha pillado uno, pero al haber salido con bastante tiempo de casa he llegado bien. Estoy en la cafetería y tú siempre estás antes. Quedan pocos minutos.

—Mmm… no, pero llegaré tarde. Me ha surgido un imprevisto importante y todavía no he podido moverme. Hazme el favor y díselo a Cameron o a Eithan. He llamado al primero para avisarlo, no obstante no me lo ha cogido.

—Espero que no sea nada grave.

—No, tranquilo. —Miré de reojo hacia abajo.

—De acuerdo, en cuanto esté en la oficina hablo con el primero que vea.

—Gracias. No sé a qué hora llegaré.

—Con el día como está, no vayas a correr. Ahora llueve bastante.

—Vale. Nos vemos más tarde.

—Aquí te espero, preciosa, con los brazos abiertos.

Reí al cortar la llamada.

—Ay, Ibbie, que lo estoy viendo. —Sonreí.

Tessa se había tumbado en el suelo, con el cuerpo entre las dos ruedas.

—¿A qué es bonito?

La imité y me coloqué pegada a ella, sin importarme la ropa. Ya daban igual unos minutos más para utilizarlos para cambiarme.

—Que penita, mira sus ojos.

—Sí. A ver cómo lo sacamos. —Hice una mueca—. Mmm… tengo una duda.

—¿Qué?

—Si se supone que has bajado para ayudarme, al saber que me estaba pasando algo, cómo se te ocurre aparecer en pijama, en zapatillas con las que es más difícil moverte y correr, y sin nada entre las manos…

—Joder, no había tiempo. —Bufó—. Además, me bastan las manos y los pies cuando me vuelvo loca.

Soltamos una carcajada y cuando nos tranquilizamos, para no asustar más al cachorro, nos quedamos calladas y empezamos con el primer intento para hacerlo salir.

Capítulo 17



Eithan

Traspasé la puerta de la oficina plegando el paraguas. Hacía media hora que había abierto al público. En cuanto di el primer paso dentro, me di cuenta de que Ibbie no estaba en su puesto de trabajo, el resto de los trabajadores, sí.

Di un saludo general a todos y me dirigí al pasillo, pero Jairo me llamó antes de llegar y cambié de dirección.

—Dime. —Apoyé una mano en el mostrador.

—Jefe, Ibbie se va a retrasar.

—Con este día es normal.

—Sí —sonrió—, pero ese no el motivo. Por lo visto, le ha surgido un imprevisto importante y me ha pedido que os lo diga por ella. Cameron no

ha llegado todavía, Ibbie lo ha llamado para avisarlo, pero no se lo ha cogido.

—Cameron no vendrá hoy, tiene unos asuntos personales que atender.

—Ah, vale —asintió.

—¿Ibbie te ha explicado algo más de lo que se trata ese imprevisto tan importante? —Tamborileé los dedos en el mostrador.

—No, pero le he dicho que esperaba que no fuese grave y me ha respondido que no.

—De acuerdo. Gracias, Jairo.

—De nada, jefe.

—Si necesitas apoyo hasta que venga, dímelo.

—De acuerdo, pero no creo que haga falta.

Asentí y me separé del mostrador. El paraguas goteaba mojando el suelo y me apresuré para llegar al despacho, para colocarlo en un cubo.

Una vez hecho, fui hacia el armario y frente a él, con las puertas abiertas, me quité el abrigo y lo colgué en una percha.

No me dio tiempo a llegar junto a la mesa y a sentarme cuando sonaron varios golpes en la puerta.

—Adelante. —Di paso.

A quien menos me apetecía ver fue quien apareció, cómo no. Adriana abrió y dio varios pasos dentro, después de cerrar.

—Buenos días, Eithan —dijo con una gran sonrisa.

—Buenos días. —Me senté despacio.

—Iba a hacerme un café y me preguntaba si te apetecía uno. —Se paró pegada a la mesa.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no es necesario.

—No me cuesta nada. Podemos ir a la sala a tomárnoslos juntos o puedo traértelo aquí, si lo prefieres.

—Acabo de tomarme uno antes de entrar. Dentro de un rato iré yo, para moverme.

—Vale. —Sonrió con menos efusividad—. ¿Hoy vas a necesitar más informes? Para ir preparándolos.

—Adriana, acabo de llegar. Ni siquiera he encendido el ordenador. —Apoyé un codo en el reposabrazos y la barbilla en varios dedos.

—Ya… —Rio—. Me he adelantado mucho.

—Si me disculpas, necesito empezar ya.

—Por supuesto, más tarde me paso y…

—Te llamaré si necesito algo, pero no creo que sea el caso hoy.

—¿Estás seguro? —Arqueé una ceja—. Quiero decir, el día es muy largo.

—No es ninguna novedad.

Levantamos la mirada al mismo tiempo, cuando la luz hizo varios amagos de irse. Después del último parpadeo, se mantuvo estable.

—Menudo día hace hoy. —Bufó—. Cada vez está apretando más.

—Al menos nosotros estamos a resguardo.

—Sí, y estupendamente.

Como continuaba ignorando las directas que le había dado para que me dejara solo, aparté la vista de ella y me centré en encender el ordenador y en sacar varias carpetas de los cajones.

—Hasta otro rato —dijo al fin, y asentí sin prestarle atención de nuevo.

Dirigí la mirada hacia la puerta en cuanto se cerró. Apoyé la espalda y la cabeza en la silla, pensativo. A pesar de lo que les dije a Desmon y a Maison, referente a que no iba a cambiar en cómo estaba llevando la situación en el trabajo, había variado totalmente de opinión.

De hoy no pasaba para frenar los acercamientos con Adriana. Bueno, acercamientos por decirlo de alguna forma, porque todas las veces que nos habíamos encerrado en mi despacho únicamente habíamos trabajado sobre informes, conmigo marcando las posiciones de cada uno.

No es que la necesitara para hacerlo, pero la verdad es que me había facilitado y agilizado bastante el trabajo. Con su ayuda había conseguido adelantar varios días.

En ningún momento había traspasado ninguna línea con ella, ni mucho menos mis labios se habían movido para pronunciar algo que pudiese darle a entender lo que no era. Adriana se bastaba por ella misma para aferrarse a las intenciones que tenía, porque era muy consciente de las miradas que me echaba cuando se pensaba que no la veía, y del doble sentido de algunas de sus frases.

Con ignorarlo todo, tuve suficiente. Trataría el tema con la mayor sutileza, pero hasta aquí había llegado el que entrara en mi despacho y cerrara la puerta. Sin que lo supiera, acababa de hacerlo por última vez.

Fijé la vista en la pantalla, tecleé la contraseña y accedí al programa interno del banco. Intenté concentrarme en el trabajo, pero me despistaba continuamente y cuando me daba cuenta, estaba pensando en Ibbie y en el motivo de su retraso. Esperaba que no fuese provocado por mí, en el sentido de que se le pudiera haber ocurrido evitarme.

No tenía sentido, ella anteponía su trabajo y su profesionalidad era más que evidente, pero la mente pasa malas pasadas cuando se empeña en ir en una única dirección, y la mía no dejaba de hacerlo. Estuve tentado varias veces en levantarme para ir hacia la puerta y dejarla abierta, pero era otra tontería porque solo vería la pared del pasillo.

En una hora y media me asomé varias veces a la zona principal, comprobando que todavía no había llegado y que Jairo se las apañaba bien y como podía con los clientes.

Parado de nuevo al final del pasillo, viendo que nada había cambiado, me dirigí hacia la sala de personal. La lluvia continuaba cayendo con intensidad y descarté salir por el momento para ir a la cafetería. En la sala había cafetera y todo lo necesario, por lo que cuando entré fui directo a prepararme un café.

Estaba junto a la puerta, a punto de agarrar el pomo para abrir, cuando se abrió de golpe. Por suerte tuve reflejos y di varios pasos hacia atrás, a tiempo de no tirarme el café encima.

Ibbie apareció al otro lado, sofocada y con expresión de sorpresa, por lo cerca que había estado de provocar un pequeño accidente sobre mí.

—Perdón —dijo apurada.

—Cuando termines aquí, ven a mi despacho —le pedí, después de observarla varios segundos en silencio.

—Claro —susurró.

Pasó por mi lado y la seguí con la vista. Frente al armario, empezó a quitarse la ropa de abrigo y le di la espalda, para dirigirme al despacho. Estaba impaciente por escuchar el motivo de su retraso, su cara de apuro solo me había indicado que se debía a lo tarde que había llegado y por lo que podía haber provocado con el encontronazo.

Estaba rodeando la mesa cuando dio varios golpes en la puerta.

—Adelante. —Me quedé de pie.

Entró en silencio, cerró y caminó hacia mí.

—Buenos días —dijo al pararse a unos pasos.

—Buenos días, Ibbie. ¿Lo son?

—Más o menos. —Sonrió un poco.

—¿Qué te ha pasado?

—He tenido un pequeño percance en el parquin de mi edificio.

—¿Con el coche? —Fruncí el ceño.

—No, con una bolita de pelo y sangre. —Carraspeó.

Su supuesta aclaración me hizo acentuar más la expresión y la preocupación. Dejé el vaso en la mesa y volví a rodearla.

—Aclárame eso, ¿qué sangre? —Me senté en el filo de la mesa, delante de ella.

Crucé los brazos, a la espera de que continuara, cada vez más impaciente.

—Perdón, he empezado mal —soltó un suspiro.

—¿Estás bien? —Recorrí su cuerpo con la mirada, sin encontrar nada a simple vista, por encima de la ropa.

—Sí. Es que he salido del piso justa de tiempo, pero habría llegado bien. El problema es que al mover el coche casi atropello a un cachorro de perro que se ha cruzado por delante, y cuando me he bajado para comprobar cómo estaba y dónde, he visto que estaba herido, aparte de muy sucio. —Tragó saliva.

—En el parquin…

—Sí, supongo que se ha colado alguna de las veces que han abierto la puerta. Como llueve desde la madrugada…

—Y te has hecho cargo del cachorro. —Di por hecho.

—Sí. —Hizo una mueca—. Tenía miedo, estaba temblando y es muy pequeño.

Sonreí de medio lado.

—Y como ya llegaba tarde… Tessa, mi amiga, ha aparecido gritando y nos ha asustado a los dos. El resultado ha sido que se ha escondido debajo de mi coche y hasta que hemos conseguido sacarlo… —soltó un suspiro.

—¿Por qué ha llegado gritando? —Volví a fruncir el ceño.

—Eh, bueno… —Carraspeó— Pensaba que me pasaba algo malo, le ha dado una intuición. —Arqueé una ceja—. Sí, ¿nunca te ha pasado que intuyes algo y tienes que comprobarlo? —asentí— Pues ella le pone mucha efusividad a todo y ha llegado gritando.

—¿Cómo está el cachorro?

—No lo sé. —Bajó la mirada.

—Acabas de decir que te has encargado de él.

—De sacarlo y de cogerlo en brazos para llevarlo a mi piso. —Cambió el peso del cuerpo, de un pie al otro—. Tessa estaba en pijama y me he quedado con él, mientras ella se vestía. Es buena señal que haya bebido un poco de leche, ¿no?

—Supongo. —Volví a sonreír—. Si tiene ganas de comer, es importante.

—Sí. —Imitó mi gesto, después de soltar otro suspiro—. La herida es fea, o al menos me lo ha parecido. Sangraba mucho. —Apretó la mandíbula—. Yo tenía que venir a trabajar, por eso se ha encargado Tessa de él. Me he cambiado de ropa y hemos salido a la vez, ella para ir al veterinario. Cuando lo atiendan, sabremos si tiene *chip* y dueño. Puede que se haya escapado, no lo sé…

—Y no quieres que sea así.

—¿Cómo?

—Que no quieres pensar en la posibilidad de que se haya escapado ni en la de que tenga dueño, para poder quedártelo. —Ladeé un poco la cabeza.

El gesto que hizo me dio la respuesta, antes de que la pronunciara.

—No tenía pensamientos de tener un perro ni ningún otro animal, pero desde que lo he visto… No porque no me gusten, es solo que nunca me lo he planteado.

—Que te gustan está clarísimo, Ibbie.

—Nos ha costado bastante que saliera de debajo de mi coche, estaba muy asustado, y entre unas cosas y otras…

—No te preocupes.

—He llamado a Cameron para avisarlo.

—Jairo me lo ha dicho, me ha dado tu recado en cuanto he llegado —asintió—. Cameron no vendrá hoy, está atendiendo unos asuntos personales.

—Vale. —Sonrió con timidez—. La lluvia y el tráfico me han retrasado más.

—Ya te he dicho que no te preocupes, Ibbie. Es mejor llegar tarde que no hacerlo, ¿no crees?

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Yo llego tarde? —susurró dando un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

—Según para qué. ¿A qué te estás refiriendo? Porque al trabajo, los dos tenemos claro que sí has llegado tarde, como también que el motivo es justificado.

La observé con detenimiento, sus nervios se reflejaron enseguida en su expresión y en sus manos, las que empezó a frotar en la ropa, sin ser muy consciente de ello.

Mis últimas palabras sobraban, al menos para mí. Tenía muy claro a lo que se había referido, motivo por el cual algo en mi interior se calentó y se activó, anticipándose a su aclaración.

La espera se me había hecho eterna, a pesar de que solo habíamos pasado tres días en esta oficina. El día de ayer no contaba porque no vine por las gestiones que tuve que hacer.

Contuve las ganas de volver a hablar. Necesitaba que fuese ella la que rectificara la conclusión a la que llegó al final de la conversación que tuvimos en este mismo despacho, el miércoles pasado, el primer día que nos

encontramos en la sucursal y supimos quiénes éramos el uno para el otro, en el sentido laboral.

—Yo… —Tragó saliva—. Me equivoqué.

—¿En qué?

Ante su silencio continué esperando paciente, siendo muy consciente de la batalla que estaba librando consigo misma.

—Da igual… — negó, mirando detrás de mí, hacia el fondo del despacho. Me puse en tensión, fue instantáneo al adelantarme de nuevo a sus siguientes palabras— Iba a decir una tontería.

Se giró rápido y caminó de la misma forma hacia la puerta, la que no llegó a abrir porque no lo permití. Me moví más ágil y rápido que ella y, cuando se paró frente a la madera, yo ya estaba a su espalda.

Soltó un pequeño jadeo por la sorpresa, cuando coloqué la mano en la puerta, por encima de su cabeza. Impedí que la moviera y me incliné sobre ella.

—¿Qué es exactamente para ti esa tontería, Ibbie? —susurré cerca de su oído— Me encantaría escucharlo y saber si estoy de acuerdo contigo.

Capítulo 18



Ibbie

No me esperaba su reacción. Se me había erizado todo el vello del cuerpo al sentir el suyo pegado a mi espalda, y su respiración calentándome tan cerca de la oreja que casi me la acarició al hablar.

Había estado dispuesta a lanzarme. La necesidad de saber si era demasiado tarde para nosotros, para lo que fuese que iniciamos aquel sábado por la noche, me había impulsado a hacerle esa pregunta, de la que no tardé en arrepentirme por la seriedad de Eithan. Esa misma seriedad la había interpretado como un muro entre nosotros y por ese motivo, y por otros tantos, al final me había contenido al sentirme tonta para exponer lo que quería y, en cierta forma, lo que sentía.

Pero su reacción, el que evitara que saliera de su despacho manteniendo una posición que distaba mucho entre un jefe y una empleada, la que no había variado, me dio la fuerza para girarme. Eso sí, despacio, porque

notaba las piernas temblorosas. Apoyé la espalda en la puerta, él no se movió. Continuó con un brazo en alto, por encima de mi cabeza.

Nuestras miradas se encontraron cuando levanté la mía. Reconocí la suya, era la misma de aquella noche, a pesar de que en esa ocasión la poca iluminación del local le quitó la intensidad que se apreciaba en este instante en los ojos de Eithan.

Así que, me armé de valor para hablar, para decirle de una vez por todas lo que quería que supiera.

—Te he dicho que me equivoqué porque… Lo hice cuando te dije que lo que sucedió entre nosotros en el *pub* terminó allí. Yo… no esperaba encontrarte aquí, ni mucho menos que fueses el dueño del banco, de esta sucursal y mi jefe. Sí, me equivoqué por los nervios y el desconcierto, y por la rabia que me dio de que tú supieses desde el principio quién era, y a mí me lo ocultaras. Me privaste de la decisión de elegir.

»Puede que para ti suene como una tontería, pero tú sabías muy bien qué papel tendríamos cada uno en cuanto empezara la semana, yo no. No tengo ni idea de si me hubiese dejado llevar al saberlo, quizás sí, pero… —Cerré los ojos unos segundos. Los suyos me ponían muy nerviosa y necesitaba centrarme porque empezaba a entrar en una espiral de la que me costaría salir. Iba directa a un tema que tenía muy enterrado en mi interior—. Me equivoqué mucho porque te dije todo lo contrario a lo que sentía y quería. Asumo mi culpa y por eso te he preguntado si llego tarde, a estas alturas.

—¿Lo que acabas de decir para ti es una tontería? —susurró con voz ronca, acercando su cara a la mía.

—Me has vuelto a poner nerviosa, estabas tan serio que he pensado que no tenía sentido continuar hablando. Lo de que era una tontería es lo primero que se me ha ocurrido para irme. —Tragué saliva.

—¿Te has arrepentido en algún momento de lo que hicimos esa noche?

—No —respondí rápido porque no tenía que pensarlo.

Separó la mano de la puerta, para bajarla y colocarla detrás de mi cabeza. Me la elevó, nuestras caras se quedaron a solo unos centímetros de distancia.

—¿Qué es lo que sientes y qué quieres, Ibbie? Necesito oírlo.

—Vale… —El aire salió muy lentamente de mis labios entreabiertos—. Lo suelto y me voy.

—¿Vas a huir otra vez? —Ladeó un poco la cabeza—. Ya lo veremos.

—No sería una huida, es que a este paso no voy a trabajar —susurré.

—Ahora mismo me importa una mierda el trabajo. —Me dejó claro.

Un pequeño escalofrío me recorrió al escuchar sus palabras con tanta determinación que…

—El miércoles, cuando nos encontramos aquí, no quise cortar la posibilidad de un nuevo acercamiento contigo, aunque no tenga sentido porque no sé hacia dónde podría llevarnos, si es que tú también lo quisieras. Tu tiempo aquí es limitado y yo… —Bajé la vista hacia su boca— Pero tenías razón.

—¿En qué?

Me mordí el labio inferior. Se acercó hasta que nuestros pechos se rozaron y me quedé aprisionada entre él y la puerta. Evité mirarlo a los ojos, porque si lo hacía de nuevo, no conseguiría continuar. Ya era demasiado tener que resistirme al calor de su cuerpo, a la sensación de estar tan juntos y al olor que desprendía de él.

—Cuando dijiste que deseabas ver cómo puedo controlarlo… Pues aquí estoy, está claro que tuviste razón porque yo… No he controlado una mierda, ni las situaciones, aunque lo haya parecido, ni a mí misma.

—¿Qué situaciones?

Ver el inicio de su sonrisa me hizo entrecerrar los ojos, lo que provocó que al final sus labios se tensaran, sin ocultarla.

—No me hace gracia. —Bufé—. Esto… ¿Qué significa para ti?

—Ibbie. —Apoyó su frente en la mía y solté un suspiro tembloroso, antes de que nuestros labios se rozaran y acariciaran, y así continuaron mientras hablaba sobre los míos—. Por si esto no te lo aclara. —Los entreabrí cuando su lengua me los lamió despacio—. Para que lo tengas aún más claro… esas situaciones de las que hablas no me han gustado.

»Mi único propósito era llegar a este punto, en el que tú me hablases con la verdad. Todas las veces que Adriana ha estado en este despacho, o yo he ido a buscarla a su puesto de trabajo, ha sido para trabajar. He ejercido de jefe. Desde el inicio, desde la primera noche que te vi, he sabido lo que quería y es a ti. —Me estremecí.

—Ella no piensa igual —susurré, colocando las manos en sus caderas, por debajo de la americana.

—Ese es su problema, el mío te aseguro que no. En ningún momento le he dado a entender que quería algo fuera de lo laboral.

—Está convencida de que…

—¿Podemos dejar de hablar de ella? Se me ocurren demasiadas cosas interesantes como para desperdiciar ni un instante en algo que no quiero que ocupe ni un segundo de nuestro tiempo juntos.

—A mí también. —Con las manos acerqué su cadera a mí.

Estaba muy excitado. El bulto de su pantalón que escondía su erección se clavó en mi barriga, lo que me provocó una punzada de deseo que se concentró entre mis piernas. Atrapé su labio inferior con los míos y succioné, reteniéndolo.

Eithan soltó un pequeño gruñido, uno controlado, para no llamar la atención de lo que estaba sucediendo en su despacho. Me presionó contra la puerta, al mismo tiempo que sus manos se posaban en mis nalgas y las apretaba. Solté su labio cuando su boca se movió sobre la mía, en un beso hambriento y desesperado.

Mis jadeos quedaron amortiguados. Igualé la pasión y la intensidad con las que me besaba, fundiendo nuestras bocas y lenguas, en un choque de dientes. Le rodeé el cuello con los brazos, queriendo más, necesitando mucho más, sin pensar en la locura a la que habíamos llegado.

No me paré a pensar que estábamos en el trabajo, que mis compañeros se encontraban a pocos pasos y que cualquiera de ellos podía escucharnos si se aproximaban por el pasillo. Me perdí en el contacto de Eithan y en lo que me hacía sentir. Curvé el cuerpo hacia él, sintiéndome cada vez más desesperada.

Notaba la piel ardiendo, el roce de la ropa me molestaba, su contacto por cada zona que me tocaba me ardía, mientras nuestro beso nos consumía a los dos. Al cabo de no sé cuántos minutos, conseguimos separarnos con las respiraciones alteradas. Eithan apoyó otra vez la frente sobre la mía y su respiración desacompasada me hizo cosquillas, cuando habló.

—A estas alturas, como has dicho, ¿está todo claro? —Me acarició la mandíbula.

—Sí. —Sonreí completamente relajada y satisfecha, fue una sonrisa tan real y sincera que él la imitó.

—Me alegro —susurró.

Antes de separarse de mí volvió a besarme, pero esta vez con un beso calmado.

—Tengo que salir —murmuré.

—Ahora sí puedes hacerlo.

—Mmm… tienes que soltarme.

Sus manos todavía me mantenían sujeta de las nalgas, ejerciendo la misma presión, mientras la parte delantera de nuestros cuerpos estaban pegadas, con su erección bien presente entre los dos.

—¿Estás segura? —En sus labios apareció una sonrisa pícara.

Como respuesta le di varios golpecitos en un hombro.

—No quiero, pero…

Soltó un pequeño gruñido de protesta, pero terminó dando un paso hacia atrás. De mis labios salió un suspiro entrecortado, al observar la tensión de su cuerpo y su mandíbula apretada.

Deslicé la mirada por la imagen imponente de Eithan, deslizándola como si lo acariciara con los ojos, hasta que llegué a la evidencia de su excitación. Me mordí el labio inferior porque era un tremendo error lo que se me pasó por la cabeza.

—Más tarde, porque cuando suceda, no voy a tener ninguna prisa, Ibbie. —Mis ojos volaron hacia los suyos.

Mis pulsaciones volvieron a acelerarse y sentí el centro de mi deseo palpitar, ante la anticipación de lo que representaba el significado de sus palabras.

—Sí —conseguí decir, en un susurro.

Dio varios pasos más hacia atrás y noté cómo se forzaba a alejarse de mí. Me giré hacia la puerta y, de cara a ella, cogí una bocanada de aire. Agarré el pomo y volví la cabeza hacia él. Eithan continuaba en el mismo sitio, observándome de una forma… Al fin, asintió y me dio la espalda, para ocupar su silla. Hasta que no rodeó la mesa y se sentó, ocultando la parte de su cuerpo más afectada, no abrí.

En el pasillo, miré hacia los lados. Estaba vacío. Necesitaba unos segundos para recomponerme, por lo que fui al baño. Me tomé un tiempo de más y después pasé por la sala de personal. Me preparé un café rápido y con él entre las manos, salí para ponerme a trabajar por fin.

—Mierda… —siseé al quemarme el pecho.

Mientras decía todo tipo de palabrotas, me sacudí el jersey y lo retiré de la piel, con una mueca. No solo se me había manchado la parte de arriba, el pantalón no se había librado con pequeñas gotas salpicadas.

—Uy… perdón.

Levanté la cabeza muy despacio, encontrándome a Adriana delante de mí. Podía haber sido una casualidad desafortunada, como cuando yo había estado a punto de tirarle el café a Eithan, al llegar apresurada. Podían haber sido muchas cosas, podrían… Pero la expresión de Adriana no era de arrepentimiento, a pesar de que acababa de disculparse. Ni mucho menos se la veía un poco afectada por lo que acababa de provocar.

Me la había encontrado de frente en el pasillo, al girar desde la puerta de la sala. Era imposible que ella no me hubiese visto porque venía caminando por él, y yo, en cambio, solo había notado su empujón intencionado. Había venido directamente hacia mí.

—¿Lo sientes de verdad? —Apreté la mandíbula.

Contrólate, me pedí y no solo una vez.

—Ibbie, pues claro. —Soltó un jadeo más falso que ella, llevándose una mano al pecho.

Su indignación me dio por reír, fíjate tú. A pesar de lo sensible que notaba la piel donde se me había derramado la mayoría del café, y de la mala leche que me había entrado, casi me doblé de la risa.

—¿Qué ha pasado?

La «diversión» se me quedó atascada al escuchar esa pregunta o más bien al saber quién la había pronunciado a la espalda de Adriana, con un tono cortante y frío. Ella se giró hacia él, cambiando la expresión al instante. Más rabia me dio y apreté los dedos en la taza casi vacía. Por suerte, cada uno teníamos una de cerámica y no eran vasos de plástico, porque si no habría terminado más mojada aún de lo que ya estaba.

—Hemos chocado por accidente —dijo Adriana, dando un paso hacia Eithan.

—¿Hemos? ¿Por accidente? —La ironía salió disparada de mis labios, para después soltar una carcajada.

La mirada de los dos se centró en mí. La de Eithan era indescifrable.

—Debes estar muy miope para no haberme visto, con todos mis respetos, para quien lo esté de verdad —siseé—. Y que yo sepa, ni siquiera utilizas gafas. Tú, has chocado conmigo a propósito. —La señalé con taza incluida.

»Has venido directa hasta mí y yo ni siquiera te he visto, ni escuchado por la puñetera moqueta. —Apreté la mandíbula—. No me toques las narices, Adriana, ni se te ocurra ir de víctima, porque repondré con gusto mi taza, después de rompértela ahora mismo en la cabeza.

—¡Ibbie! —Jadeó, volviéndose a hacer la indignada.

—Ni Ibbie ni mierda. —Escupí las palabras con rabia, dando un paso amenazante hacia ella.

—Son cosas que pasan —continuó con su falsedad.

Para darle más énfasis a su teatro, colocó una mano en el brazo de Eithan, pero como yo continuaba siendo el foco de atención de los dos…

Mis labios se curvaron. Sin la necesidad de ver mi imagen en un espejo, sabía perfectamente cuál era mi apariencia y, sobre todo, lo que transmitía la sonrisa que tiraba de mis labios, una sonrisa que escondía mucho y que se aproximaba a la maldad.

Los ojos de Adriana se abrieron al máximo y su garganta se movió al tragar varias veces. Sentí satisfacción porque su seguridad acababa de desquebrajarse y era muy consciente de que la presencia de Eithan no la ayudaría.

Capítulo 19

—Lo que has dicho no es cierto, ya te he pedido perdón.

Habló en tono más bajo, pero su dichosa voz se metió en mi cabeza como si fuese un taladro y desvié la vista unos segundos, en un intento de buscar una calma que había desaparecido por completo. Ni siquiera conseguí rozar la tranquilidad, cuando volví a fijar los ojos en ella. Su espalda se puso rígida al continuar viendo por primera vez algo en mí que no conocía, ni por asomo.

—Ya está bien.

Esas palabras las pronunció Eithan, cuando se puso entre las dos. Fueron igual de cortantes y tajantes que las anteriores. Su cuerpo en tensión hizo de barrera. Me tapó la visión de Adriana y me concentré en regular las respiraciones, mirando fijamente la espalda de Eithan. Mi pecho subía y bajaba demasiado rápido, y los dedos me dolían de lo fuerte que continuaba sujetando la taza.

—Vete a tu puesto de trabajo. —Parpadeé varias veces muy seguidas, al escuchar de nuevo la voz de Eithan dirigiéndose a ella—. Termina rápido con lo que estés y ocupa el puesto de Ibbie, hasta el final del día.

—¿Cómo? ¿Yo? Mi trabajo no es atender a los clientes, tengo que hacer…

—Ahora mismo, lo que tengas que hacer me importa poco o nada —la cortó sin darle pie a réplica. Prueba de ello fue el silencio absoluto por parte de Adriana—. No creo que tengas problemas en ocupar su puesto. Si ese es el caso, tomaré medidas inmediatas porque uno de los requisitos para trabajar aquí, es que cualquiera de los trabajadores, sin excepción alguna, puede cubrir las tareas del resto de los compañeros.

»Aprovecha el tiempo entre cliente y cliente para hacer esas cosas tan importantes que ibas a decir, pero vas a darle apoyo a Jairo desde este mismo instante. Ibbie se va de la oficina por tu culpa, y por el momento esta es la leve consecuencia de lo que has hecho.

—¿Vas a creerla a ella? —Jadeó con fuerza.

—¿Tengo pinta de ser imbécil o algo parecido, Adriana? No he visto lo que ha pasado, pero no tengo ningún problema en visualizar lo que ha sucedido aquí, porque no hay justificación a la que puedas aferrarte. Por tu bien, cállate y obedece. Que no se te olvide quién manda en esta oficina, en todas las que hay de MI banco —remarcó el posesivo y di un respingo.

No escuché cómo se iba, pero supe que desapareció rápido por el pasillo. Después de unos segundos, la espalda de Eithan, de la que no había apartado la vista, desapareció cuando se dio la vuelta hacia mí. Me encontré mirando su camisa.

Me agarró de un brazo con delicadeza y tiró de mí. La puerta de su despacho se cerró de golpe, con un ruido fuerte. No me soltó hasta que no llegamos hasta la mesa. Me puso delante de él y empujó mis hombros para que apoyara el trasero en el filo. Lo hice, entre ser consciente y no de lo que sucedía.

—Ibbie, mírame —me pidió.

Levanté la cabeza como acto reflejo, encontrándome con sus ojos. Tenía las facciones marcadas y la mandíbula en tensión. Sin que apartara su mirada de la mía, noté cómo sujetaba mi taza y cómo despegaba uno a uno mis dedos, los que no le facilitaron la tarea. La rabia y la impotencia todavía me consumían, no había conseguido controlarlas y me estaban pasando demasiada factura.

La taza desapareció de mi mano, escuché cómo la dejaba en la mesa. Apreté los dientes con ganas de esquivarlo, para salir como un huracán de su despacho, para ir directa a Adriana.

—Tienes que intentar relajarte. —Escuché su voz pausada, muy lejana—. Ibbie… Lo siento.

Su disculpa tuvo un gran efecto en mí. Después de los últimos segundos, con la vista desenfocada, conseguí centrarla y verlo con más claridad.

—¿Por qué? —pregunté con voz ronca— Tú no has hecho…

—Sí, lo que ha pasado es culpa mía. —Cerré los ojos cuando me acarició los hombros, retirándome el pelo hacia atrás.

—Tú no me has tirado el café encima —susurré.

—La actitud de Adriana ha estado muy fuera de lugar y los dos sabemos qué la ha provocado.

—Yo no le he hecho nada.

—Lo sé. —Soltó el aire de golpe.

—Esa mujer tiene un gran problema, piensa que puede tirarse a todos los que pisan esta oficina. —Bajé la cabeza.

—Cameron me puso al corriente el viernes —continuó hablando en tono muy bajo. Me agarró de la barbilla para que no dejara de mirarlo—. Como también de que, hasta hoy, siempre ha sido consentido por las dos partes implicadas. —Hice una mueca—. ¿Estás mejor? —Me encogí de hombros.

Ante mi falta de respuesta, agarró con las manos el bajo de mi jersey.

—¿Puedo?

—Sí. —Tragué saliva.

Lo subió muy despacio, sin apartar los ojos de los míos. Cuando lo dejó enrollado a la altura de mi clavícula, bajó la mirada. Mis nervios se esfumaron cuando vi cómo observaba mi piel con preocupación. Las yemas de sus dedos me rozaron con mucho tacto y cuidado la zona que debía tener enrojecida. El pecho me palpitó por la sensación de su contacto, al mismo tiempo que por las ligeras molestias que tuve.

—No es nada —susurré al ver su ceño fruncido.

Levantó la vista buscando la mía, con las facciones más endurecidas.

—Estaba ardiendo.

—Acababa de hacérmelo. —Encogí un hombro—. Pero el jersey ha hecho de barrera.

—No lo necesario —habló mientras lo deslizaba despacio hacia abajo.

—Puedo ir al piso a cambiarme y regresar.

—No, hasta mañana no te quiero ver más. —Se quedó en silencio y no supe qué decir—. Aquí —añadió.

—No es para tanto.

—Me da igual —negó agarrándome de la nuca. Se inclinó sobre mí—. Hoy olvídate del trabajo. Ve a tu piso, date una ducha o haz lo que más te plazca, sin olvidarte de echarte pomada en el pecho para la quemadura. Estoy seguro de que en realidad lo estás deseando, para reunirte con el cachorro y saber cómo está.

— Bueno, si lo pintas de esa forma… —susurré.

Sonrió de medio lado. Alargó un brazo por el lateral de mi cuerpo y cuando se incorporó, tenía el móvil en la mano.

—Dime tu número de teléfono —me pidió.

Se lo facilité y, después de grabarlo, pulsó el botón de llamada y colgó cuando se escuchó el primer tono.

—Ya tienes el mío —asentí despacio—. A mediodía te llamaré para saber cómo estás.

—Gracias —murmuré.

—No me des las gracias por preocuparme por ti, Ibbie —solté un pequeño suspiro—. Si por la tarde estás bien, cuando salga de la oficina me gustaría ir a verte a tu piso. Si te parece bien.

—Estaré bien —dije convencida. Apoyé las manos en el filo de la mesa y me bajé despacio—. Me gustaría que vinieras.

Asintió despacio, mientras daba un paso hacia atrás.

—Vete ya, antes de que no te deje salir de aquí —me pidió en tono muy bajo.

Me costó moverme, pero en cuanto conseguí apartar la mirada de la suya, me obligué a caminar hasta la puerta. Salí de su despacho, encontrándome el pasillo vacío, lo que varió en la sala de personal. Salma y Jairo estaban dentro, hablando entre ellos.

—Ibbie, te estábamos esperando —comentó Salma, acercándose.

—Estoy bien. —Levanté una mano—. ¿Os habéis enterado de todo?

—De la gran mayoría —confirmó él.

Lo miré con detenimiento, nunca lo había visto de la forma en la que estaba en este momento. Enfadado y molesto, pero a la vez contenido.

—Siento que tengas que aguantarla —le dije.

—La voy a cargar de trabajo. —Sonrió de medio lado, gesto que imité—. Mañana, cuando vengas, estará muyyy suave. —Me hizo un guiño.

—Gracias —los miré a los dos.

—¿Seguro que estás bien? —Me agarró de una mano, Salma, mirando mi jersey a la altura del pecho.

—Solo tengo unas pequeñas molestias. —Le di un pequeño apretón.

—Vale —soltó un suspiro y sonrió—. Esa estúpida se ha pasado de la raya —dijo con rabia.

—No quiero hablar de ella, ni mucho menos pensar.

Caminé hacia el armario para coger mis cosas. Cuando me puse el abrigo y el fular, me colgué el bolso.

—Iros tranquilos, de verdad —les pedí cuando me giré hacia ellos, al ver que no se habían movido.

Los tres levantamos las cabezas hacia las luces, ya que parpadearon varias veces.

—Ya podría irse la luz. —Bufó Salma.

—No estaría nada mal —comentó con tono divertido Jairo, pasando un brazo por encima de sus hombros.

Salma le regaló una gran sonrisa y él le hizo un guiño. Ladeé un poco la cabeza y, por primera vez desde que los conocía, los observé juntos con mucho más detenimiento del que solía poner cuando interactuaban. Mmm… pensé y controlé mostrar en la expresión lo que percibí de ellos. Me sorprendió, pero también me encantó.

Caminé hacia la puerta. Cogí el paraguas del cubo donde lo dejé al llegar, con ellos siguiéndome de cerca. Cuando salimos al pasillo, ya se habían separado y andaban un poco distanciados.

La puerta del despacho de Eithan se abrió y él salió, encontrándonos a los tres.

—Jefe —dijo Jairo.

—¿Todo bien? —Se refirió a su nueva compañera por un día.

—No tanto como me gustaría, pero es aceptable porque me lo voy a pasar bien —respondió con una media sonrisa—. Cierta compañera no estará de acuerdo conmigo.

—Hazlo lo mejor que sepas. —Fueron las palabras de Eithan, antes de que pasara por el lado de Salma y él.

Jairo soltó una carcajada y no pude evitar sonreír cuando pasó por mi lado y me hizo un guiño, antes de alejarse por el pasillo.

Me separé de mis compañeros en la zona principal y me fui dándoles al resto una despedida general. Ni me paré a mirar hacia mi puesto de trabajo. En la calle, bajo el techado de la entrada, abrí el paraguas y me dirigí al coche.

Aceleré el paso. La lluvia caía con mucha intensidad y el paraguas no servía de nada por el aire que hacía. Una vez a cubierto en el interior del vehículo, arranqué y tomé la dirección del piso. Me entraron las prisas para llegar enseguida, para saber cómo le había ido a Tessa en el veterinario y para ver al cachorro.

Tardé unos minutos más de lo normal en acceder al parquin del edificio. Me encontraba nerviosa, por tener noticias y por la visita que me haría Eithan por la tarde. Subí en el ascensor y, en cuanto las puertas se abrieron en mi planta, caminé ligera hacia la de mi piso.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Tessa, desde el pasillo.

—Me extraña que no lo sepas. Ahora te lo cuento. ¿Dónde está? —dije mirando por el salón, mientras dejaba el bolso en la mesa.

—¿Te ha pasado algo? —Se acercó rápido a mí—. No he…

—Tranquila, estoy bien —le aseguré—. ¿Y el cachorro? ¿Cómo ha ido en el veterinario?

—Vale. —Hizo una mueca—. Está en mi cama. Tranquila, ha ido bien —me dijo mientras nos dirigíamos a su habitación—. Por suerte, no era tan grave como parecía. Por lo visto, la herida es por un algún golpe que ha recibido al estar en la calle. No tiene chip.

—No me lo puedo creer. —Me paré de golpe.

En realidad, como había dicho Eithan, era lo que deseaba en el fondo, pero, aun así, no podía comprender cómo alguien tenía tanta sangre fría como para abandonarlo a su suerte siendo tan pequeñito. Me entró de todo por el cuerpo.

—Ya. —Hizo una mueca de tristeza y bufé.

Cogí una bocanada de aire y continué. Parada en el marco de la puerta, sonreí al verlo.

El cachorro estaba tumbado y dormido en la cama de Tessa, con el cuerpo tapado con una manta fina. Se le veía relajado y sin dolor, al menos no lo aparentaba.

—¿Le han mandado medicación? —le pregunté en tono bajo, mientras me subía a la cama.

—Sí. Hay que darle una pastilla dos veces al día y no veas lo que me ha costado —soltó un pequeño suspiro.

Retiré la manta con cuidado, para ver su cuerpo. La herida no era visible, la habían cubierto con un vendaje. Le acaricié la cabeza y sonreí cuando entreabrió los ojos, fijándolos en mí.

—Hola. —Me tumbé a su lado y me siguió con la mirada—. ¿Qué vamos a hacer contigo? —Le toqué el hocico.

—Como si tú no lo supieras —dijo con tono divertido Tessa.

—Se lo estoy preguntando a él —comenté de la misma forma.

—Estoy deseosa de escuchar su respuesta. —Reímos—. Por cierto…

Caminó hacia el perchero y descolgó su bolso, para buscar algo en el interior. Cuando caminó hasta la cama, supe lo que traía en las manos y me incorporé de golpe, quedándome sentada.

—Lo has hecho —dije cogiendo la cartilla del veterinario.

—Ajá. —Me hizo un guiño.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, mientras yo la abría.

—Lo único que falta es su nombre. En cuanto he llegado, le he explicado a la veterinaria lo que ha pasado y cómo lo has encontrado. Lo han atendido al momento y antes de irnos, la veterinaria me ha dicho que, cuando sepas el nombre que quieres ponerle, lo apuntes tú misma. Tiene todas las vacunas y le han puesto un chip. Es tuyo.

—Sí —dije emocionada.

—Enhorabuena, mamá. —Reímos.

Me quedé pensativa, buscando un nombre para él y me vino solo a la cabeza.

—Drako. —Miré a Tessa.

—Mmm… ¿Dragón?

—Sí. —Sonreí de oreja a oreja.

—Me gusta, él es muy fuerte —dijo y asentí.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? —Me incliné hacia él—. Drako.

Su cabecita se levantó y la ladeó un poco, observándome.

—Sí, te gusta —dije convencida y volví a sonreír—. Tu nombre es Drako. —Le acaricié detrás de las orejas.

—Ohhh… —Hizo un puchero, Tessa.

Drako se levantó y se acercó a mí con sus patitas. Se sentó delante y poco a poco volvió a tumbarse, hasta que colocó la cabeza sobre mi pierna.

—Ay, qué me lo como. —Lloriqueó mi amiga y sonreí—. Bueno, ahora dime qué ha pasado para que estés aquí —me pidió.

Solté un suspiro y le expliqué lo que me había sucedido en el trabajo, incluyendo la conversación que tuve con Eithan nada más llegar.

—Será… —Bufó.

—Ya… No quiero hablar de ella —dije sin apartar la mirada de Drako.

Sus ojos habían vuelto a cerrarse y yo no podía dejar de acariciarlo despacio. Era relajante y a él parecía encantarle.

—He estado intranquila, pero pensaba que era por el pequeñín. —Hizo una mueca.

—No siempre puedes llegar a todo, Tessa. Y lo que ha pasado es insignificante.

Nos quedamos en silencio durante unos largos minutos, disfrutando cada uno a su forma.

—Me alegro de que te hayas decidido para tomar el mejor camino con Eithan.

—Lo de mejor o no, ya se verá. —Me encogí de hombros.

—Tú sigue sin variar, y tiempo al tiempo. —Me hizo un guiño y sonreí, negando—. Me iré un poco antes para no estar cuando llegue.

—No hace falta.

—Da igual, así le doy una sorpresa a Mario.

—Como quieras —asentí.

Capítulo 20

Eithan

—Eh, ¿cómo va? —dijo Desmon al descolgar.

—Como el día —respondí.

—¿Lluvioso, electrizante y rabioso?

—Algo así.

—Venga, ánimo, que solo te queda un poco más de una hora para salir del trabajo.

—Me voy ya.

—Ah, pues mejor.

—Pero no para el hotel.

—¿No me digas que tienes que hacer gestiones a estas horas?

—No, he quedado con Ibbie. Me ha enviado la dirección de donde vive y voy a su piso.

—Joder, ¿cuánto me he perdido? —habló sorprendido.

—Bastante. —Sonreí de medio lado—. Ya os lo contaré con calma, no quiero retrasar más la salida.

—Estoy deseando escuchar qué ha pasado para lo que acabo de oír —dijo animado—. Pues entonces voy a convencer a Maison para ir a cenar a algún restaurante de comida rápida. —Rio.

—Suerte con eso.

Los dos sabíamos que no lo conseguiría, las pocas veces que lo habíamos arrastrado a alguno había sido a la fuerza, y para que sucediera eso teníamos que provocarlo los dos.

Caminé hasta el armario y saqué el abrigo. Ya había apagado el ordenador y recogido la mesa. Me lo coloqué, fui hacia la puerta y cogí el paraguas dispuesto a largarme de la oficina. El día se había hecho demasiado pesado y cansino.

Me había costado mucho concentrarme, y también controlarme para no adelantar más la salida. Desde que Ibbie me envió un mensaje al mediodía, en el que me detalló su dirección, no había podido dejar de pensar en ella y en cómo se había dado el día de hoy. En todo el conjunto.

—Tú no me animes, ¿para qué? —se quejó Desmon y sonreí.

—Eithan. —La voz de Adriana me paró.

Me giré en medio del pasillo, encontrándola de frente. Mi amigo se mantuvo callado.

—Como ves, estoy ocupado y me voy ya —le dije refiriéndome a lo obvio—. Lo que sea que tengas que decirme del trabajo, puede esperar a mañana.

—Es que quería hablar contigo de lo que ha pasado. —Dio un paso hacia mí.

—¿Para disculparte y para aceptar tu culpa?

Se puso tensa al instante.

—No era precisamente para eso. —Bajó el tono de voz—. Quería hablarte de ti y de mí, y…

—Hazte un favor, Adriana. Termina el día lo más silenciosa posible y, cuando salgas de aquí, medita bien las próximas palabras que dirás y la actitud que tomarás. No estoy para juegos y tú te has tomado unas libertades que no te pertenecen. Que hasta hoy haya requerido de tu trabajo es lo más normal entre un jefe y una empleada.

»Que no se te olvide, esa es la posición que ocupamos nosotros. Sé muy bien lo que pretendes y has pretendido esta mañana, y no voy a tolerar ni pasar por algo ese tipo de comportamiento en mi empresa. Lo que tengas en mente no es problema mío, es solo tuyo y espero que no me fuerces a tomar una decisión que no te gustará.

—Llevo muchos años trabajando aquí. —Se frotó las manos, nerviosa.

—Pues da la sensación de que no lo valoras.

—Sí que lo hago, yo…

—Jefe y empleada, Adriana. Recuérdalo por tu bien.

Esas fueron mis últimas palabras antes de darme media vuelta. Me puse a caminar de nuevo y recorrí el pasillo. En la zona principal me despedí del resto de los trabajadores.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Desmon.

—Forma parte de lo que os tengo que contar —dije abriendo el paraguas —. El día ha dado para mucho.

—¿Ya te has ido?

—Sí, voy para el coche. —Al mencionarlo, recordé que solo teníamos el de alquiler para movernos.

Nunca lo utilizaba para venir a la oficina, pero al estar lloviendo desde la madrugada, esta vez había hecho una excepción y me había desplazado con él.

—¿Quieres que lleve el coche al hotel? Puedo ir en taxi a ver a Ibbie.

—Que va, si cenaremos en la habitación de Maison o en la mía. El temporal no ha aflojado y, por muchas ganas que tenga de picar a nuestro amigo, creo que lo voy a dejar para otra ocasión. —Reímos—. Ve tranquilo y con cuidado. ¿Te esperamos para cenar?

—No.

—Pinta muyyy bien.

—He negado porque no os voy a tener esperando y yo no quiero estar pendiente de la hora. No tengo ni idea de si estaré de regreso en una o si se me hará más tarde.

—¿Una? ¿En serio? No te lo crees ni tú. —Rio.

—Te dejo, ya he llegado al coche.

—Eithan…

—¿Sí?

—Me alegro, tío.

No me dio tiempo a responderle, colgó rápido. Sacudí la cabeza, mientras me guardaba el teléfono en el bolsillo. Cerré el paraguas y me puse a cubierto. No me hizo falta leer de nuevo la dirección de Ibbie, había tenido tiempo de sobra para memorizarla y para averiguar cómo se llegaba desde el trabajo.

En menos de veinte minutos, después de retrasarme el tráfico y el encontrar aparcamiento, estacioné a una calle de distancia de su edificio. A cubierto de nuevo con el paraguas, caminé tranquilo por la acera, hasta que me paré frente al portal.

—¿Sí?

—Soy Eithan.

—Oh. —Sonreí por su reacción.

Desbloqueó la puerta y fui directo hasta el ascensor. En el interior pulsé el botón de la cuarta planta y, en cuanto salí al rellano, me encontré con Ibbie, apoyada en el marco de la puerta.

—Hola —me saludó.

—Hola. —Le correspondí acercándome.

—Pensaba que llegarías más tarde. —Sonrió con un pequeño rubor en las mejillas.

—Espero no molestar.

—No, para nada. —Sacudió la cabeza—. Lo he dicho porque la oficina todavía está abierta.

Se apartó para dejarme entrar y lo hice, pasando por su lado.

—Dame el paraguas —me pidió.

Se fue hacia el pasillo con él y observé el salón. Me paré en los detalles, sobre todo en uno que destacaba por encima del resto. Una bolita de pelo, como Ibbie se había referido por la mañana al cachorro, estaba tumbado en el sofá con los ojos fijos en mí.

—¿Cómo está? —le pregunté cuando apareció con las manos vacías.

—Bien, por suerte no era grave —respondió.

Asentí mientras me quitaba el abrigo, el que dejé apoyado en una silla.

—¿Te apetece algo?

—Por ahora no —asintió.

Fue hasta el sofá y la seguí. Nos sentamos en él y sonreí cuando cogió al cachorro en brazos y lo acomodó sobre sus piernas.

—Se llama Drako —dijo y busqué sus ojos.

—Por lo que interpreto, te has salido con la tuya.

—Sí —soltó un suspiro, mientras le acariciaba la cabeza—. La veterinaria le ha confirmado a Tessa que no tenía chip y ahora yo soy su dueña —dijo en tono bajo.

—Me alegro, es lo que querías —asintió—. ¿Y por qué esa mirada de tristeza?

—Porque me da mucha pena pensar en el motivo por el que estaba solo en la calle, perdido y herido. Es muy pequeño. —Hizo una mueca.

—Entiendo… Pero te ha encontrado a ti, ya no tienes que pensar en eso.

—Sí. —Sonrió.

Bajé la mirada hacia el cachorro. Continuaba observándome y alargué un brazo para acariciarlo. No se movió cuando coloqué la mano sobre su cabeza.

—Entonces, Drako.

Como respuesta inclinó su pequeña cabeza contra mi mano y esta vez fui yo el que sonreí.

—Le has gustado —aseguró Ibbie.

—Me interesa más gustarle a la dueña, pero no me viene mal gustarle a él también.

—Creo que ya sabes la respuesta de lo primero. —Volvió a ruborizarse.

—¿Estáis solos?

—Sí. Tessa ha quedado.

—Espero que no haya sido por mi culpa.

—No, quedó ayer con uno de los camareros del *pub* donde nos conocimos. Hasta mañana no vendrá.

—Ah, entiendo —asentí.

—¿Cómo ha ido en el trabajo?

—Como siempre, aunque hoy más aburrido.

—¿Jairo bien? —Desvió la mirada.

—Se ha despedido de mí sonriendo, así que doy por hecho que sí —respondí y rio.

—Se habrá divertido. —Sacudió la cabeza.

—No lo dudo. ¿Cómo estás tú?

—Bien. —Buscó mi mirada.

—¿Seguro? —asintió.

—La pomada me ha aliviado bastante la zona.

—Tienes que ser constante para que la piel se recupere bien.

—Sí. Hasta que no desaparezca la rojez continuaré echándomela.

—Se ha dormido —dije refiriéndome al cachorro.

—Lleva todo el día igual. Me da la sensación de que hace tiempo que no puede hacerlo tranquilo y calentito —habló pensativa—. A saber, desde cuándo.

—Veo que ya le has comprado cosas.

Había una cama que parecía muy cómoda en el suelo, al final del sofá.

—Bastantes. —Rio—. Tessa y yo nos hemos vuelto un poquito locas, hemos ido después de comer. Pero donde más le gusta dormir y estar, es encima de mí.

—Normal, lo entiendo perfectamente.

Se mordió el labio inferior, sin apartar nuestro cruce de miradas, hasta que se levantó despacio. Llevó a Drako a su cama y lo dejó con cuidado sobre ella. Después de taparlo con una manta fina, se giró hacia mí.

—¿Seguro que no quieres tomar algo?

—Prefiero ver cómo tienes el pecho. —Arqueó una ceja—. Ya me has entendido. —Imité su gesto.

—Está bien —insistió.

—Como he dicho, preferiría comprobarlo.

—¿Aparte de ser el dueño del banco, también eres médico?

—Puedo serlo, y muy minucioso con lo que me interesa. —Sonreí de medio lado.

Dio los pocos pasos que nos separaban y se colocó delante de mí. Me eché hacia atrás. Apoyé la espalda en el respaldo y no hice otra cosa más que observarla. Ella cambió el peso de un pie al otro y me quedé a la espera de su siguiente movimiento.

Sin vacilar ni dudar, se subió encima del sofá. Con la mandíbula apretada la acerqué más a mí, tirando de sus caderas.

—¿Bien? —me preguntó en tono bajo.

—Estupendamente —le confirmé.

Sentada a horcajadas sobre mí, empecé a mover los dedos sobre sus caderas, con pequeñas caricias. Se inclinó y apoyó las manos en mis hombros, provocando con el acercamiento que mi cuerpo terminara de despertar.

—Bésame —le pedí.

No tuve que esperar, su boca cayó suave sobre la mía y atrapé sus labios con todas las ganas que había acumulado. La agarré de la nuca, pegándola más a mí, mientras el beso subía de nivel, igualando a nuestra necesidad.

Deslicé la mano que tenía en su cadera hasta el final de su espalda, por dentro de la sudadera. El jadeo que soltó quedó amortiguado, mientras su cuerpo buscaba encajar con el mío. Encontró su propio placer, rozándose con mi erección. Sobra decir lo duro que estaba mi miembro por debajo del pantalón.

De mi garganta salió un gruñido por todas las sensaciones que me recorrieron, momento en el que profundicé el beso, intensificando las caricias de nuestras lenguas que se movían desesperadas, buscándose, al igual que nuestros labios.

Ibbie aumentó el roce de su sexo sobre mi miembro, acompañada por el movimiento de mi mano en su espalda, mientras soltaba gemidos de placer. Cuando nuestras bocas se separaron, con el único propósito de coger aire, apoyé la cabeza en el respaldo y admiré su imagen.

Tenía los labios entreabiertos y enrojecidos, los ojos le brillaban con las pupilas dilatadas, el rubor de sus mejillas continuaba, pero con un tono mucho más intenso por el sofoco que sentía.

Agarré el bajo de la sudadera y tiré hacia arriba de la prenda de ropa, hasta que la hice desaparecer con su ayuda. Centré la mirada en su pecho, empezando por debajo de la clavícula. Con la yema de los dedos le acaricié poco a poco, centímetro a centímetro, toda la zona dañada.

—¿Te duele? —susurré con voz ronca.

—No. —Busqué sus ojos—. De verdad. Solo tengo pequeñas molestias.

Separé la espalda del respaldo y, con el movimiento, su cuerpo se fue un poco hacia atrás. Soltó un suspiro cuando besé con mucho cuidado y tacto parte de su piel enrojecida. Y continué, hasta que no quedó nada sin atender.

—Eithan… —murmuró.

Recorrí con la lengua el contorno de sus pechos y seguí por toda la redondez tierna que dejaba ver el sujetador. Me agarró de la nuca y curvó la espalda, acercándose a mí.

—No vas a encontrar nunca un médico como yo —susurré sobre la curva de uno de sus pechos.

—Espero que no. —Rio y la vibración de su risa me hizo estremecer.

Capítulo 21



Ibbie

Me moví inquieta sobre sus piernas y con el movimiento me di a mí misma en el punto exacto. No podía apartar los ojos de la boca y de la lengua de Eithan. Me estremecí cuando bajó una de las copas del sujetador y dejó el pecho al aire. Mi pezón endurecido por la excitación se puso más rígido, hasta el punto del dolor. Lo lamió y tiró de él con los dientes, para después succionarlo.

Gemí envuelta en una nube de placer y deseo, mientras jugaba con él. Al cabo de no sé cuánto tiempo, uno que me pareció interminable, pero a la vez demasiado breve, cambió al otro pecho. Hizo lo visto, liberándolo de la copa. Lo agarré con fuerza de la nuca y eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza, mientras mi cadera se rozaba con su erección sin ninguna vergüenza.

Un grito salió de mis labios cuando sentí el tirón en ambos pezones. Bajé la mirada hacia sus dedos, con los que los frotaba y ejercía la fuerza justa

para desquebrajar mi cordura.

—Eithan… —Jadeé.

—Continúa, pero no te corras —gemí—. Sé que estás cerca. —Aumenté la velocidad con la que me movía sobre él, a cada segundo que pasaba más desesperada—. Así —gruñó agarrándome con fuerza de las caderas, la misma con la que me balanceó—. Debes tener la ropa mojada aquí, ¿me equivoco?

—No —gemí al sentir sus dedos.

Metió una mano entre nuestros cuerpos, dirigiéndolos directamente al clítoris.

—Joder, lo noto a través de la malla.

—¡Síií…! —gemí con fuerza, sintiendo cómo poco a poco perdía el control.

Pero no permitió que llegara a ese punto. Apartó la mano, para torturarme de nuevo los pezones, con sus labios, su lengua y los dientes. Metí las manos entre su pelo y tiré de él, con un aluvión de sensaciones que se concentraban todas en un mismo punto.

Eithan gruñó y le puso más empeño a lo que hacía. Contuve la respiración cuando me separó hacia atrás. Se desabrochó con una rapidez impresionante el botón del pantalón, al igual que tiró del bóxer. Bajé la vista hacia su miembro liberado. Estaba duro, palpitante y brillante en la punta.

Por unos segundos desvié la atención para comprobar cómo estaba Drako. Parecía que nada le afectaba, tenía un sueño profundo porque no se había movido de cómo lo dejé tumbado. Estupendo, me dije. Mis ojos volaron de vuelta a su miembro, hasta que los levanté encontrándome con su mirada. Me observaba con tanta intensidad, que tuve que tragar saliva.

Despacio, fui echándome hacia atrás, hasta que toqué con los pies el suelo. Abrió las piernas cuando me puse de rodillas y me acerqué. Agarré la cinturilla de su pantalón y tiré hacia mí, para deslizarlo lo justo con su ayuda. Elevó la cadera y arrastré también el bóxer.

Cuando lo tuve como quería, agaché la cabeza y retiré con la lengua las gotas de excitación de la punta.

—Mierda… —siseó apoyando la cabeza en el respaldo, pero no dejó de mirarme.

Me lamí los labios, saboreándolo. Estaba completamente en tensión, su cuerpo, sus facciones, su mandíbula… Era un espectáculo para la vista y me deleité con su imagen, sobre todo en la de su miembro, con el que no perdí más tiempo.

Lo hice desaparecer en mi boca, provocándole varios gruñidos y jadeos. Me encantó cómo subió la cadera para perderse por completo en el calor y presión de mi boca. Lamí todo el largo, succioné y bajé y subí, con movimientos que fueron ascendiendo, al igual que nuestras pulsaciones.

Su trasero se elevaba del sofá cada vez que iba a mi encuentro, mientras mis labios lo acogían sin descanso. Me agarró del pelo con una mano, sincronizando los movimientos de mi cabeza con los de su cuerpo.

—Joder, Ibbie… —gimió por la rotación de mi lengua y la succión de mis labios.

Por unos segundos se quedó quieto y levanté la mirada hacia la suya, manteniendo mi boca llena de él. Con la mandíbula apretada, sin que dejara de observarme, sacó de un bolsillo de la americana la cartera y de ella un paquetito cuadrado y plateado. Lo dejó a su lado en el sofá y cerró los ojos con fuerza, echando la cabeza hacia atrás.

Mi boca volvió a moverse buscando su placer y el mío, porque no podía estar más excitada a estas alturas. O eso pensaba, porque cuando me separó de golpe y me subió por su cuerpo, para besarme, la fuerza y la pasión del beso me dejaron aún más desarmada, por completo.

Se saboreó a él mismo en mis labios y lengua, que devoró a su antojo. Le rodeé el miembro con una mano, aplicando una presión que lo hizo gruñir nuevamente en mi boca. Cada sonido de su placer tenía un efecto demoledor en mí. Sentía mi piel erizarse, volviéndose más sensible, y

anhelaba más, mucho más, ahora que finalmente estaba teniendo lo que tanto había deseado.

Elevó la cadera y mi mano bajó por su erección, deslizando la piel sensible y suave. Se quedó quieto de nuevo, apoyando su frente en la mía, con los ojos abiertos, como los tenía yo. Su respiración era inestable, su pecho subía y bajaba descontrolado, pero se mantuvo inmóvil, con una mano rodeando la mía sobre su erección. Hizo fuerza y entreabrió los labios.

—No sabes lo que he deseado que llegara este momento. No te imaginas, no puedes llegarte a hacer una idea de cuánto… —Tragó saliva.

No llegué a pronunciar lo que quería decir, en cambio, solté un pequeño grito cuando se incorporó de golpe y me agarró. De un movimiento rápido me tumbó bocarriba en el sofá, de la misma forma que me bajó la malla y la braga, deshaciéndose de toda mi ropa. En mi cuerpo solo quedó el sujetador con las copas bajadas, lo que era lo mismo que nada porque todo mi cuerpo era bien visible para él.

Se echó sobre mí, aguantando su peso con un brazo.

—Eres preciosa —susurró sobre la piel de mi cuello y me estremecí.

No pude decir nada porque sus labios descendieron por mi clavícula y pasaron rozando con mucho cuidado por la piel lastimada, hasta que llegó a los pechos y tiró con fuerza de los pezones. Primero de uno, después del

otro. Curvé la espalda, soltando varios jadeos y sentí varios escalofríos cuando calmó con su lengua las puntas.

Continuó descendiendo por mi piel, besando cada zona por la que pasaba y demorándose para besar otras. Contuve el aliento al sentir el suyo sobre mi pubis. Me abrió las piernas, o quizás fui yo quien las abrí sin su ayuda. Mi cuerpo reaccionaba por él solo, con la necesidad acuciante de sentirlo donde más lo necesitaba.

Y llegó, su boca cayó sobre mi sexo. Lo lamió arrastrando la humedad y me removí, inquieta y desesperada, sobre el sofá. La punta de su lengua me llenó y jugó en esa zona durante un buen rato, hasta que la sentí sobre el punto excitado y doloroso que me llevó a la locura. Con una succión sobre el clítoris y varias pasadas en distintas direcciones de su lengua, me corrí sin poder controlar la multitud de sensaciones que me consumieron, hasta hacerme estallar con un orgasmo devastador.

Eithan consiguió localizar por alguna parte del sofá el envoltorio del preservativo y en cuestión de segundos la parte desechable estaba sobre la mesa baja y su miembro bien enfundado. Me mordí el labio inferior. Joder, estaba pasando. Ya, menuda cosa en la que pensar a estas alturas, después de lo que habíamos hecho y disfrutado, pero es que, en realidad, ahora que estaba saciada y me volvió la cordura, me parecía increíble a qué punto habíamos llegado.

No os penséis que voy a darle muchas vueltas, solo estoy expresando mi realidad, porque para mí, imaginar este momento desde la noche que nos

conocimos, fue impensable.

Me centré en él y en lo que me pedía. Tenía varios cojines en las manos y elevé el cuerpo. Los colocó al final de mi espalda y tiró de mis piernas abiertas hacia él. Me moví inquieta, mientras me acariciaba con las manos los muslos y ascendía muy despacio, hasta llegar a mis ingles.

Se inclinó sobre mí y contuve el aliento cuando me rodeó un pecho con la mano y lamió de nuevo el pezón, para tirar después de él. La punta de su miembro empezó a deslizarse por mi humedad, alterándome las pulsaciones de nuevo. Me acarició, me volvió loca y me desarmó, con una tranquilidad que estaba segura de que no sentía. Era imposible, pero, aun así, se tomó su tiempo, mientras su boca iba de un pecho al otro.

Apoyando los talones donde pude en el sofá, desplacé mi cuerpo hacia él, justo cuando su miembro pasaba por la zona que quería que llenara con urgencia. Se quedó quieto ante mi movimiento, la punta se quedó encajada en mi cavidad y empujé un poco más. Sus manos se apretaron en mis muslos, los que abrió todo lo que daban de sí mis piernas.

Abierta completamente para él, sus ojos descendieron hacia nuestros sexos. Completamente rígido, sin poder disfrutar de cómo sus músculos se tensaban al no haberse quitado la ropa, se introdujo centímetro a centímetro en mi interior. La sensación de plenitud, de sentirme llena, de cómo me estiraba y me calentaba, sumando su calor al mío, fue demasiado.

No pude soportarlo y provoqué con un movimiento rápido que llegara hasta el fondo. Él soltó un gruñido, y yo gemí. Por unos segundos que se me hicieron interminables, no se movió, con la vista fija donde nuestros cuerpos estaban unidos y encajados. Hasta que retrocedió despacio y me embistió con fuerza, haciéndome soltar todo el aire de golpe.

Ese fue el comienzo de lo que fue una tortura muy placentera, mientras guiaba a mi cuerpo y al mismo tiempo me mantenía bien sujeta, para recibir sus embestidas fuertes y profundas, que fueron aumentando de velocidad.

Sentí cómo el nudo de nervios se hacía cada vez más intenso en un punto muy concreto de mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió desde el final de la espalda hasta la nuca, mientras Eithan entraba y salía de mi interior sin descanso, con un ritmo frenético que nos llevó a los dos a culminar en orgasmos que nos dejaron sin respiración.

La primera en caer en la espiral fui yo, él me siguió pasados pocos minutos, en los que incrementó aún más la intensidad.

Cerré los ojos, agotada, pero mis labios se curvaron en una gran sonrisa satisfecha. Sin alejarse de mí, sin salir de mi interior, me cubrió con su cuerpo, buscando mis labios. El beso lento y pausado que nos dimos no fue menos abrasador que todo lo que habíamos hecho hasta este instante.

—Dime que Drako sigue durmiendo, que no ha abierto los ojos y nos está mirando… —susurré cuando finalizamos el beso.

Noté cómo el cuerpo de Eithan vibraba sobre el mío, al contener la risa.

—Podemos repetir tantas veces como queramos —murmuró sobre la piel de mi cuello—. Está completamente dormido —solté un suspiro, al mismo tiempo que me estremecía.

—¿Tienes que irte pronto?

—No tengo ninguna prisa, Ibbie. —Me mordí el labio inferior.

—¿Te quedas a cenar conmigo y…?

—Toda la noche, si es lo que quieres. —Terminó dándole voz a mis palabras no dichas y a mis pensamientos.

—Sí.

—Era mi intención desde el principio. —Lo miré a los ojos cuando se separó un poco, aguantando su peso con un brazo. Me acarició los labios con la yema de los dedos—. Ahora que te tengo por fin, no voy a alejarme más de lo necesario.

—Eithan…

—Siempre que tú quieras lo mismo.

—Lo quiero —susurré.

—Una pena. —Chasqueó la lengua.

—¿Cómo?

—Me has quitado la posibilidad de hacerte entrar en razón.

Sonreí por sus palabras y por el significado que tenían, por un momento me había asustado. Se separó despacio y retrocedió, saliendo de mi interior. Solté un suspiro por la pérdida, pero no duró por mucho tiempo, al menos el que nuestros cuerpos volviesen a estar en contacto.

Me agarró y me levanté siguiendo sus movimientos. Se quedó sentado y yo también, sobre sus piernas, tal cual estábamos. Ninguno hizo el intento de vestirse. En la posición que estábamos de él no se veía nada, su miembro estaba debajo de mi trasero, pero yo, continuaba desnuda y en este mismo instante del todo.

Desabrochó el sujetador y lo lanzó a un lado del sofá, para abrazarme después. Tuvo cuidado de no rozarme la piel lastimada.

—Ahora sí —susurró sobre mi cabeza.

Me acurruqué contra su pecho y cerré los ojos.

Capítulo 22



Eithan

Miré la hora en el reloj de pulsera. Eran las nueve y cuarto de la noche. Estaba tumbado de lado en la cama, pero no en la del hotel. Continuaba en el piso de Ibbie, con ella acurrucada muy cerca de mí entre las sábanas.

Alargué el brazo y retiré con los dedos varios mechones de pelo que le tapaban la cara. No se enteró del contacto, hacía unos diez minutos que se había quedado dormida, completamente relajada después de otra sesión de sexo. Quería despertarla porque si no, no podría cerrar los ojos un poco más tarde, pero estaba sumándole minutos a su descanso.

Desde que cada uno caímos hacia un lado en la cama, después de separar nuestros cuerpos, nos quedamos mirándonos en silencio. De esa forma los párpados se le fueron cerrando, de la misma que yo seguía. No podía apartar los ojos de Ibbie. Se la veía tan tranquila, tan relajada… Estaba preciosa, con el pelo alborotado esparcido por la almohada, la cara relajada y los labios un poco entreabiertos.

El borde de la sábana le caía por debajo de los pechos. Los tenía al descubierto y era una visión más que perfecta, demasiado tentadora de la que de vez en cuando tenía que apartar la mirada, para no lanzarme de nuevo a ella. La manta la cubría por encima de la sábana, un poco por debajo de la cadera.

Recorrí con los ojos toda su piel expuesta, y la que no se veía. Ni falta que hacía, tenía memorizado en mi cabeza cada parte de su cuerpo, todas sus curvas. Mis labios y mi lengua reconocían su tacto, su humedad, su olor, su sabor… No había zona de su piel que no hubiese probado, tocado y acariciado, besándola y lamiéndola, al igual que mis manos sabían recorrer el camino hacia lo que la volvía loca de deseo.

Lo tuve muy fácil para excitarme de nuevo por los pensamientos que estaba teniendo, los que me llevaron directamente a los dos encuentros que habíamos disfrutado. Desnudo completamente, sin que la sábana ocultara mi erección porque me tapaba por debajo, mi miembro ya estaba tenso y palpitaba, listo y preparado, más que dispuesto para perderse en su calor interno.

Mi ropa desapareció en cuanto entramos en su habitación, para acomodarnos sobre su cama. En el sofá, tal y como se quedó sentada sobre mí, desnuda y preciosa, la cogí en brazos y seguí su indicación hacia qué habitación tenía que dirigirme. Drako continuó dormido a los pies del sofá y por el silencio que había en el piso, todavía no había abierto los ojos.

Perderme en el cuerpo caliente y húmedo de Ibbie había sido una puñetera locura, independientemente de la parte con la que me había acogido. Mi miembro dio una sacudida, ante el recuerdo de su boca y la nueva anticipación.

Escuché sonidos fuera de la habitación y me giré en la cama. La puerta de la entrada del piso no se había abierto, por lo que solo podía tratarse de Drako. Me incorporé despacio y me levanté. Sin pararme a coger algo de ropa, salí al pasillo. Lo recorrí observando el interior de las habitaciones que tenían las puertas abiertas. No lo vi, por lo que continué hasta el salón. Me apoyé al final de la pared del pasillo, con los brazos cruzados. Drako estaba entretenido, mordiendo y tirando de la manta que hasta hacía poco lo tapaba mientras dormía.

Lo observé durante unos minutos, mientras jugaba. Entendía perfectamente el sentimiento instantáneo que había nacido en Ibbie, era un cachorro precioso y encantador. Se convertiría en un perro magnífico en todos los sentidos, no me cabía duda por su nueva dueña.

Fui hasta él cuando, de un golpe al tirar de la manta, le dio a la mesa baja que estaba frente al sofá. Uno de los vasos que había muy cerca del filo estuvo a punto de caerse. Se quedó quieto en cuanto me escuchó. Se sentó, siguiéndome con los ojos. Deslicé el vaso hacia el centro de la mesa y me agaché para cogerlo en brazos.

Lo acomodé con cuidado para no lastimarle la herida. La tenía cubierta por un vendaje, pero este ocupaba mucho y no sabía exactamente dónde la

tenía.

—Te has despertado juguetón —le hablé.

Sonreí cuando estiró la cabeza hacia atrás, señal de que le gustaban las caricias en el cuello que empecé a hacerle. Me ofreció más la zona, con las patas hacia arriba, dobladas.

Sin parar de tocarlo, caminé de vuelta a la habitación, pero no llegué a entrar. Me paré en el marco, encontrándome con la mirada de Ibbie, fija donde aparecimos.

—Os habéis puesto de acuerdo —dije con una ceja arqueada.

Como respuesta sonrió, parándose a deslizar los ojos por todo mi cuerpo.

—Las vistas son espectaculares —habló con la voz un poco ronca.

—Me alegro de que te gusten. —Le hice un guiño y me acerqué despacio a la cama.

—Me encantan —susurró y se mordió el labio inferior—. Lo has hipnotizado —dijo al fijarse cómo se había quedado Drako.

—Creo que sabes de sobra lo que provoca el tacto de mis manos y mis dedos. —Sonreí de medio lado.

Rio mientras se incorporaba. La ropa de la cama resbaló por su cuerpo, dejándola completamente desnuda como estaba yo de pie, frente a ella. La observé tan exhaustivamente como había hecho sobre mí. Se movió por la cama con las rodillas, hasta que se quedó delante.

Drako abrió los ojos y la buscó con ellos. Enseguida se removió entre mis brazos. Lo dejé encima de la cama y se tumbó al lado de Ibbie. Sonreí al ver la unión que habían creado en tan solo unas horas, la conexión era increíble. Ella se sentó a su lado y se tapó con la manta, para acariciarlo.

—¿Te apetece algo en especial de comida? —me preguntó.

—Ya sabes la respuesta. —Buscó mi mirada, con una sonrisa que me lo confirmó—. Pero a la que te estás refiriendo… Me da igual, lo que sea más rápido. Podemos pedir para que nos traigan la cena.

—Vale —asintió.

Se bajó de la cama por mi lado y la agarré de la cintura, antes de que se alejara. Pasó los brazos por mi cuello, pegando nuestros cuerpos.

—Estoy hambriento —susurré sobre sus labios.

—Mmm… —Movió la barriga, rozándose con mi erección— Me he dado cuenta desde que te he visto, has aparecido excitado.

—Así me has puesto mientras dormías. —Atrapé su labio inferior y tiré de él.

—Soy inocente, la culpable es tu mente. —Rio colocando la mejilla en mi pecho.

—Yo no tengo la culpa de que seas una provocadora —dije con tono divertido.

—¿Perdona?

—No quiero que llegue mañana —susurré sobre su cabeza.

—¿Por qué? —Imitó mi tono de voz.

—Cuando despierte no tendré ninguna prisa por ir a trabajar, podría saltarme el día, pero no debería, y menos con lo que ha sucedido hoy.

—Yo también tengo que ir a la misma hora de siempre. —Apoyó la barbilla sobre mi pecho y bajé la cabeza.

—Tienes mi permiso para llegar tarde. —Sonrió.

—Hoy no he trabajado y si los dos llegamos tarde…

—Lo dices como si supusiera un problema. —Arqueé una ceja.

—Como has dicho, después de lo que ha pasado hoy, prefiero tener unos días de calma.

—No quieres que nadie se entere —susurré.

—No es eso. —Me acarició la espalda, al notar mi tensión.

—¿Entonces?

—No voy a esconderme. Si no quisiera estar contigo, no me habría sincerado, pero en el trabajo, al menos al principio…

—De acuerdo. —Le acaricié la nariz con la mía, obligándome a relajarme.

—¿Te has enfadado?

—No hay ningún motivo para que lo haga, Ibbie. Comprendo la situación y tu postura.

—Vale —soltó un suspiro.

Le di un beso rápido y la liberé de mis brazos. Fue hasta la cómoda y abrió un cajón, yo me dediqué a vestirme. Me puse el bóxer y el pantalón

del traje, la camisa la abroché para dejarla suelta por encima, mientras ella terminaba de colocarse unas mallas y un jersey ancho.

Bajé la vista hacia Drako, volvía a tener los ojos cerrados.

—¿Dónde te apetece que llamemos para la cena? —me preguntó acercándose a la cama.

Cogió en brazos al cachorro y caminó hacia la puerta. La seguí hasta el salón, donde lo dejó en su cama acolchada, cómodo.

—No tengo problema, lo que a ti te apetezca.

—¿Japonés? Abrieron un restaurante hace unos meses a pocas calles de aquí. Traen el pedido rápido y todas las veces me ha gustado.

—Perfecto —asentí.

Cogió el móvil de la mesa baja de enfrente del sofá y llamó, después de que le dijese que me gustaba todo. Pidió una gran variedad.

—Menos de veinte minutos —me confirmó el tiempo de espera.

—Estupendo.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Una cerveza? —Sonrió.

La seguí de nuevo, esta vez hasta la cocina. Abrió la nevera de donde sacó dos botellines y yo me encargué de abrirlos. Le di uno y los chocamos. Bebimos sin apartar la mirada del otro.

—Me gusta —dijo de repente.

—¿El qué? —Apoyé la cadera en la encimera.

—Esto. Tú, conmigo, los dos en la cocina, en mi piso. No sé. —Se encogió de hombros, acariciando la humedad del botellín—. Me da la sensación de que… —Se quedó callada, pensativa.

—¿Qué? —Bebí de nuevo, sin dejar de observarla.

—Que lo veo tan normal y natural, quiero decir… —carraspeó— es como si lleváramos mucho tiempo juntos, no desde hace pocas horas.

—Las conexiones existen, Ibbie —dije en tono bajo—. Y se dan como dices.

—Sí. —Me regaló una preciosa sonrisa.

—Será por eso por lo que, desde que te vi en el *pub*, no pude apartar los ojos de ti.

—¿Sabes cuándo… te irás?

—No, pero no tengo ninguna prisa. —Me impulsé para separarme de la encimera y di el paso que nos separaba.

—Pero tienes muchas responsabilidades que no puedes desatender —susurró.

—¿Quién dice que lo vaya a hacer? —Le retiré el pelo de un hombro y me incliné para rozar su mejilla con los labios—. Tengo a una persona de mi máxima confianza trabajando para que me mantenga informado de todo lo que sucede en la sede y en las delegaciones.

»Lo tengo todo controlado porque yo mismo estoy pendiente de los detalles, Ibbie. Sinceramente, aunque no dejo de pensar en el trabajo y, como dices, en mis responsabilidades, ahora están en un segundo plano porque tú ocupas el primero.

—Vale. —Me rodeó la cintura con un brazo y yo utilicé los dos, para inmovilizarla pegada a mí.

—Sé muy bien lo que hago, ¿vale? —Bajé la cabeza para quedar a su misma altura—. Hacía mucho tiempo que… —Cerré los ojos.

—¿Qué?

—Que no me sentía como ahora, ni como los largos días atrás, porque se han hecho interminables hasta llegar a este momento.

Cerró los ojos y la agarré de las mejillas.

—Quiero descubrir este presente, a tu lado. Necesito vivirlo sin fijarme una fecha límite. Con esto no estoy diciendo que vaya a hacer lo último.

—Te he entendido —murmuró.

—Estupendo.

Busqué sus labios y la besé, nuestras bocas se movieron sin prisa, coordinadas. Nos saboreamos y, a ese instante, también. Cuando nos separamos, fuimos al salón con los botellines, a esperar cómodos en el sofá.

Drako se despertó al cabo de unos minutos y jugó entre nuestros pies, aunque también hizo sus necesidades, motivo por el que estuve riéndome un buen rato, ante los soplidos de Ibbie. Él más feliz no podía estar y poco le importó. Cuando se calmó, Ibbie le puso de comer y consiguió engañarlo para que se tragara la pastilla que tenía que darle varias veces durante unos días.

La cena llegó puntual, a la hora que le dijeron. Cenamos en el sofá, con miradas y sonrisas cómplices. Nos llevó un tiempo encontrar una película que nos llamara la atención y cuando empezamos a verla, nos acomodamos en el sofá, con una manta sobre nosotros y con Drako a un lado.

Podía hacer planes como estos indefinidamente. Lo que Ibbie no sabía, aunque había querido dejarla tranquila, referente al tiempo que permanecería aquí, es que no había entrado en muchos detalles sobre ese tema. No tenía ninguna intención de separarme de ella en un tiempo largo, y cuando me viese forzado a tomar esa decisión, ya me las ingeniaría de cualquier forma para no desbaratar nuestro camino juntos.

Locura o no, prematuro o no, solo yo sabía lo que ella me hacía sentir y no estaba dispuesto a desperdiciar ni un segundo de mi vida en el que ella no estuviera a mi lado.

Capítulo 23



Ibbie

Noté cómo mis párpados estaban apretados y mi cuerpo se movía. La sensación era muy extraña porque era consciente de que estaba en mi cama, pero a la vez, intentaba salir de un sueño que me tenía muy inquieta, un sueño del que no conseguía atrapar ninguna parte de él para poderlo recordar.

Escuché unos sonidos muy lejanos, casi como voces susurradas, hasta que abrí los ojos de golpe. Cogí una bocanada de aire, como si me hubiese faltado dormida. Lo primero que vi fue el techo de mi habitación, lo segundo, a Tessa, cuando moví los ojos. La encontré casi subida sobre mi cuerpo, con cara de preocupación.

—Ibbie…

—Hola —susurré con la voz ronca. Carraspeé para aclarármela—. ¿Qué haces?

—¿Qué hago? Joder. Estabas hablando en sueños, has soltado algunos gritos. —Fruncí el ceño.

—Te he despertado —murmuré.

—¿Qué? No, pero ese no es el problema —negó—. ¿Con qué soñabas? No dejabas de moverte en la cama, apartando la ropa, como si te quemara —me habló, observándome muy detenidamente.

—Yo… no me acuerdo. —Me incorporé despacio.

Me quedé sentada y Tessa retrocedió. También se sentó, pero en el borde de la cama.

—¿De nada?

Negué y cerré los ojos, intentando capturar alguna imagen de lo que había perturbado mi sueño. No lo conseguí, pero después de largos minutos las sensaciones que continuaba sintiendo eran muy claras: la alegría y la tranquilidad habían dado paso al miedo, a la angustia, al desconcierto y después… a la nada más absoluta.

—¿Estás bien?

—Sí, cambia la cara de preocupación. —Me forcé en sonreírle—. Solo ha sido una… pesadilla. —Reí.

No me hizo caso, continuó mirándome como si estuviese viendo dentro de mí. Cogí la almohada y le di con ella, para sacarla del trance en el que se había metido. Terminamos las dos riendo, aunque supe que lo hizo por mí, no por la batalla que empezamos.

—¿Dónde está Drako? —le pregunté arrastrándome por la cama.

—En el salón, destrozando tu cojín favorito.

—¡No!

Me giré hacia ella, mientras reía. Salí de la habitación para comprobar que sí estaba destrozando lo que tenía en la boca, pero al menos no era lo que había dicho Tessa.

—Con esto no se juega —le hablé arrodillándome frente a él. Se quedó quieto, mirándome, pero no dejó de morder una de mis zapatillas de estar por casa.

No tenía ni idea de cómo había conseguido cogerla, la noche anterior dejé las dos en alto, fuera de su alcance.

— Ahora, ¿qué hago? —Moví un pie descalzo delante de él.

—Comprarte otras —respondió Tessa, divertida.

—¿Qué hora es? —le pregunté mientras le abría la boca a Drako para que la liberara.

Podría habérsela dejado, debía llevar horas con ella y a mí ya no me servía, pero quería que tuviese claro que no podía coger las próximas que viese. Y tenía gracia, porque cuando fuimos Tessa y yo a comprar todo lo necesario para él, también cargamos con bastantes juguetes. De vez en cuando los tocaba, pero le llamaba más la atención cualquier otra cosa que encontraba por el piso.

—Las nueve y media.

—Oh, pensaba que sería más pronto —dije agarrando la cabeza de Drako.

Antes de levantarme del suelo, le di varios besos y comprobé cómo tenía la herida. Estaba curando muy bien y estaba agradecida de que no le había dado en ningún momento por tocársela. Solo el primer día que se la dejé al aire hizo algún intento, pero lo regañé seria y sorprendentemente me había hecho caso.

Era sábado, por lo que hoy era el quinto día que llevábamos juntos. Aparte de sus juegos, lo que era normal al ser tan pequeño, la mayoría del tiempo era muy tranquilo y dormía bastante. Lo notaba más rellenito, señal de que íbamos por buen camino porque estaba cogiendo peso.

—Necesitabas descansar. No hay prisa, es fin de semana.

—Ya, pero Eithan llegará en menos de una hora y tengo que ducharme.

—Yo puedo entretenerlo. —Me hizo un guiño.

—No lo dudo. —Reímos de camino a la cocina.

Drako nos siguió y se sentó al lado de su cuenco.

—¿No le has puesto comida?

—Hace poco que estoy despierta, he hecho la remolona en la cama —dijo cogiendo su comida—. Cuando he salido al salón y lo he encontrado con tu zapatilla, te he escuchado gritar. —Encogió un hombro. Me miró de reojo.

—Estoy bien —remarqué porque tenía claro que no se lo creía.

—Vale. —Fue su respuesta.

Sacudí la cabeza. Encendí la cafetera y fui a la nevera. Tessa se dedicó a ponerle a Drako la comida húmeda en su cuenco y después se unió a mí, para preparar dos desayunos rápidos.

—¿Qué vas a hacer hoy al final? —le pregunté cuando nos sentamos a la mesa de la cocina.

—Seguramente quedaré con Liam, aunque ayer lo dejamos en el aire.

La tarde anterior quedamos todo el grupo, no le pude presentar a Eithan al resto de mis amigos porque tuvo que atender unas cosas de trabajo que lo retuvieron en su habitación del hotel. Entre unas cosas y otras se le alargó, por eso hoy no nos habíamos despertado juntos.

—¿Verás a Mario? —mencioné al camarero.

—Esta noche iremos al *pub*, ¿os apuntaréis Eithan y tú?

—Se lo diré, y también si quieren venir sus amigos —asintió.

—Guay. —Sonreí.

—¿Qué tal con Mario?

—Ya sabes cómo me puso la última vez que nos vimos esta semana. —Reímos—. Pero somos dos almas de encuentros esporádicos. Solo disfrutamos, sin compromiso. —Me hizo un guiño.

—Mientras los dos os sintáis a gusto…

—Así es, estamos en la misma onda.

Sonó convencida y segura, por lo que yo no tenía nada más que decir. No tardamos en terminar de desayunar y, después de recoger en el salón las necesidades de Drako, me fui para la habitación.

La veterinaria le recomendó a Tessa que no lo sacáramos todavía a pasear por la calle, por lo que no quedaba otra que continuar de esta forma, hasta que le pusieran el resto de las vacunas y estuviese bien protegido. Aún era muy pequeño.

Antes de ir al baño, me acerqué a la mesita de noche y encendí el móvil. Cuando se activó me llegaron varios mensajes. Uno era de Eithan, de hacía unos minutos. Fue el primero que abrí, en él me daba los buenos días y decía lo impaciente que estaba por venir a recogerme.

En mis labios se formó una sonrisa tonta. El martes por la noche, después de cenar la comida japonesa y de ver una película acurrucados en el sofá, nos fuimos a la cama. Sobra decir que no nos dormimos rápido, eso llegó bastante tiempo después, cuando nos quedamos saciados y salimos de la locura de la unión de nuestros cuerpos.

Al día siguiente, el miércoles, me encantó despertarme junto a él. Nos levantamos pronto porque yo no quería llegar tarde al trabajo. Cumplí con mi horario, Eithan llegó más tarde porque de mi piso se fue al hotel en el que se quedaba, para darse una ducha y cambiarse de ropa.

El resto de la semana había ido genial. Para mí, Adriana no había existido, directamente la había bloqueado en todos los sentidos. Aunque debo decir que había estado muy suave, todos tuvimos la sensación de que no estaba en la oficina. No se la escuchó y se movió lo justo y necesario de su puesto de trabajo.

Gracias a los comentarios habituales de Jairo, a sus tonterías desenfadadas, conseguí enseguida olvidarme de la presencia de ella. Me centré en el trabajo, la rutina había sido a la que estábamos acostumbrados y todo había fluido bien. Las únicas veces que fui al despacho de Eithan, fueron cuando la oficina se quedaba vacía. Alargué la hora de salida con el único propósito de estar con él.

Me acostumbró mal desde el miércoles. Al final de la jornada, tuvimos sexo sobre su mesa, pero los días siguientes lo alternamos con su silla, con Eithan sentado cómodo y conmigo a horcadas sobre él. Me estremecí al recordar lo que me pedía siempre que yo marcaba el ritmo en esas ocasiones: fóllame. Era todo lo que necesitábamos para dar rienda suelta al deseo y al placer.

Le respondí al mensaje…

Ibbie: *Buenos días. Voy a ducharme rápido, se me han pegado las sábanas. Yo también estoy deseando verte.*

Salí de la conversación y entré en la de Nicolás, para leer su mensaje de hacía media hora.

Nicolás: *Buenos días, Ibbie. Llámame cuando puedas.*

Extrañada y con curiosidad, salí de la aplicación y marqué su número de teléfono.

—Buenos días, Nicolás —dije en cuanto descolgó.

—Hola, preciosa. —Sonreí—. Perdona que te moleste un sábado tan temprano.

—No tienes que disculparte. —Me senté en el borde de la cama—. ¿Pasa algo?

—Sí, pero nada importante. Ayer a última hora vino a la oficina la dueña de la casa de tus padres, a su marido le costó aparcar y se quedó en el coche.

—¿Qué quería? ¿Hay algún problema con la casa? —Arrugué el ceño.

—La vivienda continúa perfecta, están encantados los dos.

—Menos mal. ¿Entonces?

—Me trajo una caja de madera bastante grande. No la he abierto, tiene una cerradura, pero, aunque no estuviese cerrada, igualmente no iba a mirar

dentro.

—No pasaría nada si miraras… ¿Una caja?

—Lo sé y, como siempre, te agradezco la confianza, pero a estas alturas no me has hecho cambiar de pensamiento y hoy tampoco es el día. —Sonreí con cariño—. La han encontrado en el invernadero, lo han desmontado. Creyó que debía traérmela para hacértela llegar y me alegro de que lo hiciese.

Tragué saliva al escuchar lo del invernadero, pero bloqueé al instante las emociones negativas.

—¿Ibbie?

—Sigo aquí.

—De acuerdo. ¿Estás bien?

—Claro.

—Te la puedo enviar por agencia dentro de un rato.

Dirigí la mirada a la ventana, pensativa. ¿Podía esperar a saber qué contenía? Debían ser cosas de mi madre, quizás tonterías relacionadas con

la jardinería, pero la curiosidad y la emoción por saber algo más de ella tuvieron más peso.

—No, si no te importa, iré hoy a buscarla.

—¿Vas a hacer otra vez tantos kilómetros?

—Tampoco son tantos. —Sonreí ante su sorpresa—. Saldré dentro de un rato.

—Yo encantado, ¿eh? —Reí—. Puedes quedarte a comer en casa, a Diana la harías muy feliz. —Se refirió a su mujer.

—Mmm… puede que no vaya sola.

—¿Dónde está el problema?

—Sé que por vuestra parte no hay ninguno. Te lo confirmo en breve, ¿vale? No me he referido a mi amiga Tessa.

—Estupendo, pues convence a quién te acompañe, porque sé que si fuese por ti, vendrías.

—De acuerdo, haré todo lo que pueda —hablé con tono divertido.

En cuanto colgué, me giré en la cama, al escuchar a Tessa. Drako entró corriendo y llegó a mis pies.

—¿Dónde tienes que ir? —me preguntó mientras se acercaba.

—Estaba hablando con Nicolás —le dije.

Me incliné hacia delante para acariciar a Drako. Había subido las patas delanteras a mis piernas, llamando mi atención.

—Por lo visto, los nuevos dueños de la casa han desmontado el invernadero y han encontrado una caja bastante grande. Ayer se la llevaron a Nicolás, acaba de decírmelo.

—¿Vas a ir hoy? ¿Por qué no te la envía?

—Me lo ha propuesto, pero le he dicho que saldré en un rato. —La miré de reojo.

—Te ha picado la curiosidad. —Se sentó a mi lado.

—Sí, quiero ver qué hay dentro. Era de mi madre.

—Está bien, cariño. —Me sonrió frotándome la espalda—. ¿Quieres que te acompañe?

—Se lo voy a decir a Eithan y seguramente nos quedemos a comer en la casa de Nicolás y Diana, que es su mujer.

—Perfecto, así descansáis antes de regresar —asintió—. Vuestra relación empieza a ponerse seria. —Me miró con picardía.

—¿Por qué? —Arqueé una ceja.

—Porque Nicolás es lo más parecido a un padre para ti, al menos te ha cuidado desde hace años.

—Sí. —Bajé la cabeza hacia Drako y lo cogí en brazos, antes de que me arañara las piernas. El pantalón del pijama era muy fino—. Desde que los conocí a los dos, nuestra relación fue especial —dije pensativa.

—Me alegro mucho de que aparecieran en tu vida —susurró—. Me encantó conocerlo en persona y ponerle cara, después de todas las veces que nos has hablado de él.

Después de unos minutos de silencio me levanté. Drako salió corriendo de la habitación, a saber, con qué objetivo.

—Voy a ducharme rápido, al final sí que vas a tener que entretener a Eithan.

—Estar a su lado siempre es un placer. —Me hizo un guiño.

Nos separamos riendo. Después de coger la ropa del armario, entré rápido en el baño, para terminar cuanto antes.

Capítulo 24



—¿Seguro que te apetece acompañarme?

—¿Cuántas veces me lo vas a preguntar? —Arqueó una ceja.

—Es que tardaremos cerca de cuatro horas en llegar. Vamos a estar casi todo el día en el coche. —Hice una mueca.

—Quiero pasar el día contigo, el cómo no tiene importancia.

—Eso es muy bonito. —Le sonreí.

—Y la verdad. —Me hizo un guiño.

Tessa nos había dejado a solas en el salón, se había ido a su habitación con Drako. Eithan llegó cuando me estaba secando el pelo. Ya le había contado que hacía pocos días vendí una vivienda, como también añadí la localización en la que se encontraba y la conversación que había mantenido con Nicolás.

—Deja de pensar. Para ti es importante ir, pues ya está —insistió y lo miré más que agradecida.

—Sí.

Alcé la voz y llamé a Tessa. Nos despedimos de ella y de Drako.

—Lo de esta noche del *pub*… —empecé a decirle a Tessa, pero me interrumpió.

—Olvídalo, vais a llegar cansados.

—Seguramente, pero cuando estemos cerca, os llamo.

Asintió y, después de intercambiar besos como última despedida, Eithan y yo fuimos hacia el ascensor.

—¿Qué es lo de esta noche? —me preguntó mientras bajábamos.

—Mis amigos van a ir al *pub* donde nos conocimos, le había dicho a Tessa que te lo diría. Tenía pensado presentártelos y decirte que también viniesen tus amigos.

—Suena bien.

—Pero tenemos por delante casi ocho horas de viaje en coche, no sé si tendremos ganas. —Me encogí de hombros.

—Bueno, ya se verá —asentí.

Accedimos al parquin y caminamos recto, directos a mi coche. Eithan había venido caminando, al solo disponer de un vehículo para sus amigos y él, prefirió dejarlo en el hotel por si lo tenían que utilizar.

—¿Me dejas conducir?

—¿No te fías de mí? —Arqueé una ceja.

—No es eso. —Rio—. No tengo ni idea de cómo conduces, pero prefiero que te relajes a mi lado. —Me hizo un guiño.

Sacudí la cabeza y busqué la llave en el bolso. La dejé en su mano, momento que aprovechó para tirar de mí y besarme. Una vez montados, Eithan siguió todas mis indicaciones, hasta que llegamos a una carretera que no dejaríamos hasta pasados muchos kilómetros.

—¿Antes vivías allí? —Quiso saber, mirándome de reojo.

—Sí —respondí.

—¿Qué te hizo cambiar?

—La vida… —Miré a través de la ventanilla—. La casa era de mis padres.

—No quería… —Se refirió al cambio de mi voz.

—No. —Giré la cabeza hacia él—. Hace mucho tiempo ya, no pasa nada.

—¿Seguro? —me preguntó sin desviar la vista de la carretera.

—Segurísimo —le confirmé y asintió serio.

—Muchas veces recordar no es nada fácil.

Tragué saliva y volví a dirigir la mirada al paisaje por el que pasábamos.

—Mis padres murieron cuando yo estaba a punto de cumplir los veinte años.

—Lo lamento. No quiero que te pongas triste al hablar de ellos.

—No es eso lo que me cambia el ánimo —susurré.

—¿A qué te refieres?

—Que no tengo recuerdos de ellos, de nada —hablé mucho más bajo—. Ese es mi pesar, pero aprendí a vivir con lo que les sucedió, lo que fue la consecuencia del cambio que dio mi vida.

—Sigue hablándome…

Parpadeé varias veces, rápido. No fui consciente del tiempo que pasé en silencio, hasta que lo escuché.

—Los dos murieron en un accidente de coche, yo iba con ellos. Los médicos determinaron que la muerte de ambos fue rápida.

—¿A ti qué te pasó? —Quiso saber. Habló muy bajo.

—No quedé bien. Físicamente, sí, aunque mi cuerpo se rompió por varios sitios con lesiones bastante graves. De las heridas físicas me recuperé con el tiempo, pero de las de la cabeza…

—¿Qué?

—Cuando abrí los ojos en la habitación del hospital, ya no era yo, no quedaba nada de mi versión del pasado. Tuve que reinventarme a mí misma y a mi vida. Me creé una nueva, pero para hacerlo me alejé de la casa de mis padres. Viví en la otra punta del mismo pueblo, era lo suficientemente grande como para no encontrarme a nadie que dijese mi nombre en cualquier lugar. Lo hice rápido, de la noche a la mañana, y en esa nueva

vida que empecé a crear, conocí a Nicolás y a Diana, su mujer. Si no hubiese sido por el apoyo de ambos… —negué.

»Perdí la memoria, todos mis recuerdos. El médico que me atendió desde el principio me dijo que no me desesperara, que cabía alguna pequeña posibilidad de que variase en algún momento, con el tiempo. Pero también me insistió en que no me aferrara a ello, porque forzarme a intentar recordar y mantener la esperanza de que sucediera, no sería favorable para mí, como tampoco que quisiera acercarme a personas que en un pasado eran conocidas y cercanas, pero que en aquel presente eran totalmente desconocidas.

»Me dijo que me frustraría porque yo solo mostraría desconfianza y desconcierto hacia ellos, al no poder devolverles el cariño y el apego, por mucho que me esforzara. No fue una buena época para mí. Estuve durante dos años yendo a terapia, a un especialista y amigo de mi médico. De nada me sirvió porque hoy día continúo igual y no poder acordarme de nada, pero sobre todo de mis padres, más allá de unos pequeños flases de cuando era demasiado pequeña, me afecta.

»Perdí más que a ellos aquella noche en el accidente —murmuré—. Empecé completamente de cero, mi cabeza estaba y continúa en blanco.

—Debió de ser muy duro. —Su voz sonó ronca.

—Mucho —respondí sin volverme hacia él—. Aunque la verdad, al no recordar, las lágrimas tuvieron un significado muy diferente al que tendrían que haber tenido.

Tragué saliva y apoyé la cabeza en el asiento. Eithan colocó una mano sobre mi pierna y se la rodeé con la mía, sin apartar la vista de la ventanilla.

—En todo el tiempo que ha pasado no ha habido algo, por mínimo que fuese…

—No —susurré—. Al alejarme perdí la supuesta relación con los vecinos, no soportaba pensar que podían pararme para darme el pésame o para contarme alguna anécdota con la que pensaran que me harían sentir mejor.

»Me enteré de que iba a la universidad, pero hasta eso cambié. Empecé a cursar otra carrera, eliminando de mi vida todo lo anterior a aquella noche. Lo único que me quedaba era la casa de mis padres, ni siquiera conservé el número del teléfono móvil. Se me rompió en el accidente y no quise que nada me tentara a ir hacia atrás, no quería frustrarme.

—Te sentirás libre una vez borrado lo único que te unía al pasado. —Me dio un pequeño apretón en el muslo.

—Sí, aunque me costó mucho tomar la decisión de vender la propiedad. No acordarme de ellos, ni de lo que representaron en mi vida, fue un golpe demasiado duro como para fallarles también con lo de la casa en la que vivimos.

—¿Qué te hizo decidirte?

—Mis amigos —sonreí—. Tessa, Liam, Lara y Félix. A ellos los conocí cuando me trasladé de localidad. Tengo que agradecerle a la vida que los

pusiera en mi camino porque encajamos perfectamente y somos inseparables. Después de hablar varias veces del tema, porque saben lo que me pasó, me ayudaron a entender que nunca iba a regresar a la casa y que no tenía sentido mantenerla desde la distancia. —Encogí un hombro.

—Ibbie, tú no les fallaste a tus padres, ni lo has hecho ahora.

—La teoría lógica la sé, pero otra cosa son los sentimientos que no se van porque ahora sí que ya no tengo nada de ellos.

—Seguro que algo tienes.

—Bueno, con el tiempo he ido creando nuevos recuerdos de los tres. —Frunció el ceño—. Por los álbumes de las fotografías pude reconstruir el paso del tiempo, pero sin emociones, más allá de las tristes por no recordar. También tengo algunas joyas de ambos, me las dieron en el hospital.

»Cuando vacié el interior de la casa, me deshice de todo sin prestar atención a nada más que las pocas cosas que mantengo conmigo. Quizás lo mejor hubiese sido esperar para hacerlo, la amargura no es buena consejera.

—Por eso quieres recuperar la caja que le han dado a Nicolás.

—Sí. —Fruncí los labios—. Sé que puede sonar una tontería, pero si estaba en el invernadero, contendrá una pequeña parte del tesoro de mi madre, de su pasión. Solo… quiero tenerla conmigo, guardarla.

—No es ninguna tontería, ¿me oyes? —asentí.

—Ahora ya sabes que he vivido un poco de caos. —Giré la cabeza hacia él—. ¿Qué hay de tu vida? Solo sé que eres el dueño y señor del banco y de todas las sucursales que hay repartidas. —Sonrió de medio lado—. Me has hablado por encima de Desmon y Maison.

—Como ya sabes, me acompañaron y estamos en el mismo hotel —asentí —. Nuestra relación de amistad es de hace años, nos complementamos perfectamente. Aparte, Desmon trabaja para mí, y Maison tiene su propia empresa. Los tres vivimos en la misma ciudad, allí están la sede del banco y el negocio de Maison.

»Sobre mi vida poco puedo decirte, viví dedicado a los estudios y después al trabajo, hasta hoy. Por ello viajo bastante. Mis padres llevan años en el extranjero, a mi padre lo trasladaron y desde entonces viven en Alemania.

—¿Os veis a menudo?

—Según el año, hay algunos en los que la rutina absorbe mucho —asentí.

Estuvimos hablando un poco más, pero Eithan cambió de conversación. Me dio la sensación de que lo hizo por mí. Después de un rato, nos quedamos en silencio, uno cómodo y tranquilo, porque a pesar de todas las emociones que me habían asaltado al hablarle sobre mi vida, hacerlo me había sentado bien. De mí poco más tenía que decirle porque no lo sabía ni yo…

A Nicolás lo avisé de que llegaría con Eithan, solo se lo mencioné, sin entrar en detalles sobre él. También le dije que nos quedaríamos a comer, y a Eithan le pareció genial cuando le hablé de la invitación de Nicolás. Cerca de nuestro destino empecé a indicarle por dónde tenía que ir, hasta que llegamos a la calle en la que vivían Nicolás y Diana. Ethan aparcó a varios metros de distancia de la casa de ambos.

—Me gusta —dijo observando las viviendas.

Todas eran casas unifamiliares, separadas por vallas y césped.

—Es una zona muy tranquila —comenté.

Acercó mi cabeza para darme un beso y continuó abrazándome por los hombros. De esa forma caminamos hasta la puerta de la casa. Pulsé el timbre y a los pocos segundos se abrió.

—Ibbie —dijo sonriente Diana.

—Hola. —Le correspondí el gesto.

—Cariño, me alegro mucho de verte. —Nos abrazamos.

—Yo también. Él es Eithan. —Lo presenté cuando nos separamos.

—Encantada.

—Igualmente, es un placer.

—Pasad —nos pidió después de que se dieran un beso en la mejilla. Se apartó para que entráramos—. Nicolás vendrá enseguida, está terminado de ducharse.

—Tranquila.

—Poneos cómodos, ¿queréis algo de beber?

Faltaban pocos minutos para las dos del mediodía, por lo que le pedimos dos cervezas. Según el comentario que hizo Eithan, era el poco alcohol que se iba a permitir para conducir de regreso.

Diana salió de la cocina con una bandeja y al dejarla en la mesa baja de enfrente del sofá, donde nos sentamos, nos ofreció a cada uno un botellín.

—¿Cómo va todo? —le pregunté a Diana.

—Pues poco ha variado de lo que conoces, y eso que hace tiempo que no nos vemos. —Arrugó la nariz y reí.

—Algún fin de semana podéis venir a verme, tengo sitio de sobra en el piso, y aunque no fuese así, lo hacemos —comenté y me sonrió con cariño.

—Estaría bien, pero hija, ya conoces a Nicolás —habló en tono bajo, inclinándose hacia mí—. Cree que si se aleja de la empresa en cuestión de segundos, se desmoronará.

—Te estoy escuchando.

Solté una carcajada y me giré para ver a Nicolás con una ceja arqueada, caminando hacia nosotros.

Capítulo 25

Eithan

A pesar de que Diana estaba sentada frente a nosotros y de la aparición de su marido, Nicolás, no pude apartar la vista de Ibbie. Escuchar su risa y ver su expresión de alegría y de cariño hacia ambos, era todo lo que necesitaba para calmar las sensaciones negativas que se me habían quedado al escucharla contarme sus experiencias pasadas.

—Me alegro de conocerte, Eithan. —Giré la cabeza hacia delante, despacio.

Me encontré con una mano extendida y levanté la mirada, igual que el cuerpo del sofá, para aceptar el saludo de Nicolás.

—Igualmente, es un placer. —Le correspondí.

—Ibbie… —Le sonrió, gesto que ella imitó.

—Hola de nuevo.

Se dieron un abrazo cálido que habló por sí solo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —nos preguntó ocupando una silla, al lado de su mujer.

—Muy bien —respondió Ibbie.

Me miró por unos segundos y asentí, confirmándolo también.

—Me alegro, y mucho más de tenerte de nuevo aquí.

—Te dije que haría por volver —le habló Ibbie, con un tono de voz en el que reflejó diversión.

—Pero ni tú ni yo sabíamos que sería en cuestión de días. —Arqueó una ceja.

—No. —Rio ella.

—Cállate, Nico. Parece que te estás quejando. —Bufó Diana.

—¿Qué dices? Ibbie sabe interpretarme mejor que tú, por lo que veo.

—Ja, eso no os lo creéis, ninguno de los dos —habló con los ojos entrecerrados.

—Yo no he hablado esta vez. —Levantó las manos Ibbie.

—Creo que con el tiempo has llegado a la conclusión de que es lo mejor —le dije y el salón se llenó de risas.

Nicolás fue a la cocina a por otra cerveza, para acompañarnos. Cuando ocupó otra vez la silla, empezamos a hablar de todo y nada, de una conversación pasamos a la otra y con sinceridad puedo decir, que me sentí muy a gusto con la pareja. Estuvieron pendientes de mí y muy interesados en la historia con Ibbie, la que se encargó ella de contarles.

—Así que, jefe y empleada —comentó Nicolás con una sonrisa, a medio camino de llevarse el botellín a los labios.

—Sí. —Bufó Ibbie.

—¿Perdona? —Me hice el ofendido por su reacción, ocultando la diversión—. ¿Tienes alguna queja?

—No. —Arrugó la nariz con un gesto gracioso—. Eres muy buen jefe —asentí satisfecho—, por el momento —añadió y arqueé una ceja.

La hice reír, lo que era mi propósito, y después de continuar con varias bromas sobre el tema, cuando terminamos, Nicolás captó la atención de todos, pero, sobre todo, la de Ibbie.

—Bueno, voy a darte lo que has venido a buscar —comentó.

Los tres lo miramos y lo seguimos cuando se levantó y caminó hasta el fondo del salón. Sacó de un armario una caja de gran tamaño. La dejó encima de la mesa baja, frente al sofá y de nosotros.

—¿La habías visto alguna vez? —le preguntó.

—No —negó pensativa.

Ibbie echó hacia delante el cuerpo, hasta que se quedó sentada en el borde del asiento del sofá. Alargó un brazo y tocó los relieves de la tapa de madera. Ni Diana, ni Nicolás, ni yo hablamos. Nos mantuvimos en silencio, respetando el de Ibbie, mientras acariciaba la madera. Me dio la sensación de que se aisló de nosotros, pero era comprensible. Podía hacerme una idea hacia dónde la llevó su cabeza.

—Seguro que dentro hay cosas de jardinería —habló por fin—. Si estaba en el invernadero, era de mi madre.

—Pensar en eso es lo más lógico —dijo Diana, en tono bajo—. ¿Y la llave? —Se giró hacia su marido.

—No lo sé, la dueña de la casa me dijo que no encontró ninguna —comentó Nicolás.

—La cerradura parece fuerte —hablé, observándola.

—Sí —confirmó Ibbie, acariciando donde tenía que entrar la llave desconocida—. No me gustaría que se rompiera la tapa —soltó un suspiro.

—No hace falta. —Le acaricié la espalda—. La cerradura sí habrá que forzarla, pero a simple vista no se verá rota. Solo que no podrás cerrarla, aunque tampoco tienes la llave para hacerlo.

—¿Puedes hacerlo? —Me miró.

—Claro. —Le hice un guiño.

—Vale. —Me dedicó una gran sonrisa.

—Solo necesito un destornillador de cabeza plana y fina, y otro que sea como un punzón.

—¿Tienes? —le preguntó a Nicolás.

—No tenéis por qué abrirla aquí, si quieres ver lo que contiene sola...

—No pasa nada —asintió hacia él.

—De acuerdo, entonces.

Nicolás volvió a levantarse y desapareció por el pasillo.

—¿Estás nerviosa, cariño? —le habló Diana.

—No —negó.

—Quizá un poco —intervine. Volví a acariciarle la espalda.

—Tal vez. —Rio nerviosa, y Diana y yo sonreímos.

Nicolás volvió con lo que le había pedido y lo dejó sobre la mesa, al lado de la caja. Me acerqué y me puse de rodillas, para empezar a trabajar. Para ser una cerradura que tendría que ser insignificante, a pesar de que se veía fuerte, me costó bastante dar con las posiciones para romperla por dentro. Hasta que se escuchó el desbloqueó y me aparté, ocupando de nuevo mi sitio en el sofá.

—Toda tuya —le dije a Ibbie.

—Gracias.

Cogió la caja para ponerla sobre sus piernas y la abrió con cuidado. Lo primero que vimos fueron varios libros de jardinería y libretas, con lo que imaginé que era la letra de la madre de Ibbie. En ellas había anotaciones clasificando diferentes plantas y bonsáis, con las imágenes recortadas a un lado.

El contenido de la caja también se componía de unos guantes que habían tenido poco uso y varios botes pequeños, algunos estaban medio llenos con líquidos de diferentes colores, otros vacíos.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando acariciaba un guante.

—Sí —me confirmó, girando la cabeza hacia mí—. Sin saber lo que iba a encontrar dentro, en realidad lo sabía —asentí.

La cerró con cuidado y volvió a acariciar la madera durante unos minutos, pensativa.

Terminamos de tomarnos las cervezas y ayudamos entre todos a Diana, pusimos la mesa e hicimos todo lo necesario, hasta que estuvimos los cuatro sentados a la mesa.

Me quedó claro que eran un matrimonio que se complementaba a la perfección, aparte de los piques que se lanzaban, o más bien lanzaba Diana y Nicolás sorteaba saliendo victorioso, era evidente el amor que sentían el uno por el otro.

Me contaron que no tenían hijos. Desde jóvenes, ambos tuvieron claro que era un tema que no les preocupaba, que, si llegaban perfecto, pero que, si no, no les influiría en la vida que habían creado. También me explicaron como la aparición a sus vidas de Ibbie los cambió y los llenó de felicidad. La sonrisa radiante de ella, mientras los escuchaba, dejaba claro que ella sentía lo mismo.

Comimos con calma, lo mismo que hicimos en la sobremesa. Aprovechamos el máximo tiempo con ellos y cuando nos despedimos, les aseguramos que volveríamos sin dejar pasar mucho el tiempo. Quería que Ibbie los viera más a menudo, que los tres disfrutaran de sus compañías y yo estar presente, junto a ellos.

Después de colocar la caja en el maletero, me senté frente al volante, con Ibbie en el asiento del copiloto. Eran las cinco y cuarto de la tarde, por lo que llegaríamos al parquin de su edificio pasadas las nueve de la noche.

En cuanto nos alejamos, me preguntó qué me habían parecido Nicolás y Diana. Se notó su necesidad de que tuviese una buena opinión sobre ellos. Se lo confirmé, le dije que me habían caído muy bien y que me había sentido muy a gusto en todo momento. Le remarqué que eran unas personas que quería seguir conociendo, por lo anterior, y porque eran importantes para ella. En resumen: que todo había ido genial, y me gustó que le diese tanta importancia a mi opinión porque significaba mucho.

Antes de llegar a la mitad del recorrido, se le empezaron a cerrar los ojos y no pudo evitar quedarse dormida, aunque lo intentó.

La dejé dormir bastante rato, pero tuve que despertarla cerca de la hora, cuando falta media para llegar, porque si no le costaría conciliar el sueño cuando se metiera en la cama.

—¿Te apetece quedar con tus amigos? —le pregunté, después de esperar a que estuviese bien despierta.

—Me gustaría, pero estoy cansada. —Apoyó la cabeza en el asiento, de lado hacia mí.

—Habrá más veces.

—Claro —sonrió—. Gracias por el día de hoy.

Besé su muñeca, cuando levantó el brazo para colocar la mano en mi nuca.

—No me las des, Ibbie. A no ser que quieras que me lo cobre. —Sonreí de medio lado.

—Gracias, gracias, gracias, gracias… —Soltó una carcajada y me uní a sus risas—. Voy a escribirle a Tessa para decirle que no iremos —asentí.

Sacó el móvil del bolso y estuvo unos minutos intercambiando mensajes con ella.

—A ver qué ha hecho Drako en el piso, Tessa se ha ido hace pocos minutos.

—Prepárate para cualquier cosa, tanto bueno como malo. —La miré de reojo.

—Al menos ha dejado las puertas de las habitaciones cerradas y ha puesto mis cojines preferidos encima del armario. —Rio y sonreí.

—Ya tienes media batalla ganada —dije divertido—, que no la guerra.

—Para eso quedan meses —negó de la misma forma.

—Despreocúpate, cuando lleguemos te vas al baño a darte una ducha para relajarte y ponerte cómoda. Yo me encargo de él y de lo que haya hecho.

—Pensaba que me ibas a sugerir otras formas de relajación.

—Con esas formas prefiero sorprenderte. —La miré unos segundos.

Le hice un guiño y me centré de nuevo en la carretera. Faltaba poco para llegar y la mano de Ibbie no me lo puso fácil para aguantar. Después de acariciarme la nuca, la apoyó sobre mi muslo. Empezó a deslizarla hacia arriba y hacia abajo, pero con cada movimiento avanzaba cada vez más hacia arriba, hasta que sus dedos pasaban rozando el bulto de mi pantalón.

Sobra decir que ya estaba excitado, así que se aprovechó de mi concentración en la conducción para hacer lo que deseaba.

—Ibbie… —le advertí en tensión.

Colocó la mano sobre mi erección y presionó un poco.

—¿Qué? —preguntó como si no lo supiera.

—Como continúes así, paro en cualquier hueco que encuentre para estacionar el coche y te follo aquí dentro, sin importarme la gente que pase por la calle. Avisada estás.

—¿Lo harías?

Cuando la miré de reojo estaba mordiéndose el labio inferior.

—Sigue poniéndome a prueba, y lo sabrás.

Durante unos segundos, ignoró mis palabras. Su mano se movió libremente sobre el bulto de mi pantalón y a mí empezó a sobrarme toda la ropa. El calor me invadió, como también me recorrieron los escalofríos constantes. Lo único que pude hacer fue bajar una mano y presionar la suya contra mí.

Escuché su respiración entrecortada, pero no pude desconcentrarme. Sabiendo lo que le sucedió dentro de un coche y lo que le provocó el accidente, jamás iba a permitir que conmigo conduciendo se sintiese inquieta e insegura.

Aparté la idea de hacer lo que le había advertido, no por falta de ganas ni porque no fuese capaz de llevarlo a cabo, pero estábamos demasiado cerca de su piso como para entretenerme y perder el tiempo en buscar aparcamiento.

Faltaba poco para que llegáramos y entonces sí que no se iba a librar de las consecuencias de lo que continuaba haciéndome, aunque esta vez motivada por mi propia mano que se negaba a que la suya se apartara.

Capítulo 26



Ibbie

Levanté la cabeza, el agua me cayó en la cara directamente. Me sentía cansada, quizás sí que había estado más nerviosa de lo que había querido admitir. Antes de abrirla, estaba convencida de que no iba a encontrar nada en la caja, más allá de lo que había, pero el simple hecho de que fuese de mi madre, y ahora que ya no era mía la casa…

No sé, recuperar algo nuevo de ella para mí había sido importante y, al igual que Nicolás, también le estaba muy agradecida a la dueña porque se molestó en hacérmela llegar, en vez de tirarla. No tenía ni idea de dónde la encontraron porque cuando estuve con Tessa en la casa, la última vez para despedirme de ella, yo no la vi dentro del armario del invernadero. Y abrí todas las puertas.

Daba igual, iba a darle un buen uso a la caja. Era preciosa.

Moví un poco el grifo, para que el agua saliera más caliente. Eithan se había empeñado en dejar la cena lista, a falta de darle el último toque cuando él terminara de ducharse.

En cuanto abrí la puerta del piso, nos encontramos a Drako al otro lado, moviendo el rabo. Me lo comí a besos al comprobar que solo había un cojín en el suelo, un cojín que continuaba estando perfecto.

No me apetecía moverme de debajo del agua, había frenado el impulso de llenar la bañera para no retrasarme mucho, pero estaba alargando el momento. Hacía unos minutos que me había enjuagado todo el jabón del cuerpo, el pelo lo tenía recogido en un moño alto porque me lo había lavado por la mañana.

Escuché abrirse la puerta del baño, pero cuando miré hacia ella, Eithan ya estaba tan cerca que podía tocarlo si estiraba un brazo. Lo que hice fue mover la mampara para verlo mejor.

—¿Bien? —me preguntó.

—Sí.

—Se te ve cansada.

—Un poco. ¿No llevas mucha ropa? —Aparté un poco el cuerpo de la caída del agua y apoyé la espalda en las baldosas mojadas.

—¿Tú crees? —Sonrió de medio lado y asentí.

—Entra conmigo —le pedí— y cumple tu amenaza.

—¿Quieres que te folle en la bañera, como sustituta del coche? —Ladeó un poco la cabeza.

—Eso no se pregunta, se da por hecho. —Rio.

Empecé a mordisquearme el labio inferior cuando empezó a desnudarse, sin ninguna prisa. Me deleité con cada movimiento que hizo, me quedé como hipnotizada siguiendo sus manos. Cada parte del cuerpo de Eithan era impresionante y digno de ver, sus músculos, sin ser exagerados, parecían tallados y moldeados para ofrecer la imagen perfecta.

Cuando se quedó completamente desnudo ante mis ojos, los bajé recorriendo toda su piel, hasta que los dejé fijos en su erección. Su miembro estaba duro. Busqué su mirada cuando entró en la bañera. Se puso debajo de agua y cerró los ojos unos segundos, mientras se mojaba por entero.

—También estás cansado, no me has dejado conducir en ningún momento —susurré.

—Estoy bien, Ibbie, pero agradezco este momento y que ya podamos descansar —dijo pasándose las manos por el pelo.

—Mañana no nos moveremos del piso.

—Tengo la intención de que te muevas mucho, encima y debajo de mí. —Arqueó una ceja.

—Ya me has entendido, eso no cuenta. —Reí.

Se apartó del agua y se acercó a mí. Apoyó una mano por encima de mi cabeza, en las baldosas y se inclinó, hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura, a pocos centímetros.

—Todo cuenta, porque no voy a parar y el lunes vas a llegar muy, pero que muy cansada al trabajo.

Un pequeño jadeo se escapó de mis labios, cuando me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí con fuerza, uniendo nuestros pechos. Su miembro se clavó en mi barriga.

—Si es por ese motivo, estaré encantada de dormir entre cliente y cliente. —Reímos.

Nos besamos, nuestros labios no perdieron más el tiempo en buscarse. Al principio el beso fue tranquilo, hasta que la intensidad, la ansiedad y la fuerza con las que queríamos devorarnos nos dejó sin respiración.

—Rodéame con las piernas —susurró sobre mis labios, al mismo tiempo que me agarraba de las nalgas y me impulsaba hacia arriba.

Obedecí sin dudar, hasta que me quedé entre sus brazos, bien pegada a él y a la pared, donde apoyó mi espalda.

—Esta vez va a ser rápido —habló sobre mi cuello y me estremecí.

—¿Tienes hambre? —pregunté entre jadeos, mientras sus dedos acariciaban mi sexo abierto para él.

—Mucha, ya sabes que siempre estoy hambriento de ti. —Introdujo un dedo en mi interior y lo arqueó, jugando con él.

Apreté el agarre de mis piernas alrededor de su cintura y los brazos en su cuello.

—Me refería a la cena que has preparado. —Me moví inquieta.

—De esa también tengo hambre, últimamente estoy muy glotón. —Noté la sonrisa tirando de sus labios, sobre mi hombro.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en las baldosas, con los labios entreabiertos, mientras sus dedos, porque introdujo otro, hacían magia en los puntos exactos de mi interior. Cuando los sacó y me frotó el clítoris, me

tensé, por la presión que se deslizó por mi cuerpo hasta concentrarse toda en un mismo punto, el que tocaba él.

—Me encanta lo suave que eres —gruñó acelerando los movimientos—. Estoy deseando colocar la lengua aquí —gemí casi sin respiración al sentir sus dedos, apresándome ese punto excitado y dolorido por el placer—. Deslizarla para unir mi saliva con tus fluidos, volverme loco y hacerte a ti perder la cabeza, aferrada a la mía con fuerza, mientras me pides que no pare.

—Eithan… —Jadeé con fuerza.

—Así. Gritarás mi nombre, desesperada, diciéndome que quieres correrte, pero al mismo tiempo no querrás hacerlo. —Se me cortó la respiración cuando su miembro se colocó entre mis nalgas.

Empezó a mover la cadera, dándose placer al deslizar la erección entre la apertura de ambas nalgas. Continuó, no sé por cuánto tiempo porque perdía la noción, pero a pocos segundos de liberarme, paró todos sus movimientos.

No me dio tiempo a quejarme, alzó mi cuerpo con los brazos y me agarré mejor a él. O al menos esa fue mi intención, porque cuando uno de mis pezones desapareció en su boca, perdía el control absoluto de mí misma. Solté un grito desesperado. Tiró de la punta dura con los dientes, para después lamerla y succionar todo lo que pudo. Fue de un pecho al otro, igualando cada una de sus caricias y torturas, mientras él soportaba mi peso en alto, para devorar esos puntos sensibles que le encantaban.

Podía decir que Eithan tenía debilidad por mis pechos, pero no sería sincera porque con cada parte de mi cuerpo con la que conseguía volverme loca, se deleitaba de la misma forma.

Tiró de la dureza de ambos pezones, para lamerlos después, antes de bajarme y deslizar mi espalda por las baldosas. Tampoco me dio tiempo a un respiro, en la posición correcta me embistió con fuerza y se perdió hasta el fondo. Soltamos un jadeo al unísono, mientras me estremecía al sentirme llena, con la piel tirante.

—Es una puñetera pasada —susurró con la frente apoyada en la mía.

—Estoy totalmente de acuerdo, de locura —gemí cuando hizo presión en mis caderas, hacia abajo.

Durante unos segundos interminables se quedó quieto, con los ojos cerrados con fuerza. Cuando los abrió de golpe, supe que había llegado el momento de la rapidez que me había dicho al principio. Eithan entró y salió de mi interior con tanta rapidez y fuerza, que resbalé con cada embestida por las baldosas, mientras una de sus manos protegía la parte de atrás de mi cabeza.

Los jadeos y los gemidos envolvieron el espacio pequeño del interior del baño, mientras su cuerpo se movía a un ritmo frenético. El orgasmo intenso que me recorrió me hizo tensarme de la cabeza a los pies, mientras gritaba su nombre. Eithan continuó con su baile, alargando mi placer, a la vez que

buscaba el suyo. Se corrió con fuertes sacudidas interminables, repitiendo mi nombre entre susurros y respiraciones descontroladas.

Cuando todo se ralentizó, nos quedamos abrazados, sin movernos. Pareció que ninguno tenía fuerzas para hacerlo, o quizás simplemente no quisimos separarnos.

—Ibbie… —susurró con voz ronca, al cabo de un rato.

—¿Sí? —hablé con los párpados pesados.

—Tengo que contarte algo. —Me acarició con los labios la piel del hombro.

—¿El qué?

—No hay prisa, más tarde.

Se movió en mi interior y volví a estremecerme.

—Está bien.

Se apartó, y al perder su calor me quejé, provocando que una sonrisa de medio lado apareciera en sus labios. Conseguimos separarnos y me enjaboné de nuevo, rápido. Salí y fue el turno de él para ducharse tranquilo.

En cuanto tuve el pijama puesto y me pasé un poco el secador por el pelo porque sin querer se me había mojado, salí del baño y de la habitación para ir a ver a Drako. Sonreí al llegar al salón, lo encontré dormido en su cama, pero con la mitad del cuerpo fuera. Me acerqué para colocarlo bien, en una posición cómoda, y fui a la cocina.

Empecé a terminar de preparar la cena de Eithan y cuando estaba colocando los platos en la mesa de la cocina, apareció con un pantalón de pijama y una camiseta de manga corta. Estaba espectacular. Su apariencia me despistó, no fui consciente de su expresión hasta que terminé el examen exhaustivo de su imagen.

—¿Estás bien? —Di un paso hacia él.

—Deberías venir.

—¿Dónde? —Arrugué el ceño.

—Drako ha estado jugando con la caja de tu madre. —Agrandé los ojos.

—Es muy pequeño como para que le haya hecho algo, ¿no?

—Ven. —Alargó un brazo hacia mí y acorté la distancia.

Cogidos de la mano, me llevó hasta la habitación donde la dejé al llegar y comprobé, parada en el hueco de la puerta, que Drako había conseguido

volcarla. Todo lo que contenía el interior estaba esparcido por el suelo, pero no fue eso lo que llamó mi atención. Supe el porqué del cambio en Eithan.

—¿Qué…?

Se colocó a mi espalda, acariciándome la nuca. Eithan mantuvo silencio, dándome tiempo. Yo no pude apartar los ojos del interior de la caja. Tenía un fondo falso, el que se había abierto, relevando un compartimento que a simple vista no se apreciaba.

Me aparté de él y caminé hasta la caja, mientras pasaba la mirada por todo lo que sí habíamos visto del interior. Después, me puse de rodillas sin apartar la vista del compartimento. Metí las manos, notando la presencia de Eithan a mi lado. Se colocó de rodillas también, mientras yo terminaba de sacar la madera que había hecho de fondo de la caja.

Había unos folios atados con una cinta y lo que parecía…

—¿Esto es…? —pregunté en tono bajo, sin poder terminar.

—La llave de seguridad de una caja fuerte de un banco —me confirmó Eithan, a pesar de que no había nada destacable en ella que lo indicara.

—¿Mis padres tenían una caja fuerte?

La pregunta se quedó suspendida en el aire, ninguno de los dos teníamos ni idea, por lo que no podíamos responderla. Pero lo que sujetaba con una mano era una prueba evidente de que sí, o al menos eso pensé.

—Quita la cinta y mira los papeles —me pidió acariciándome la espalda.

Asentí, y no sé por qué, tragué saliva y mis manos temblaron, mientras deslizaba el lazo. Cayó al suelo y desplegué las hojas.

—Es la letra de mi madre —susurré.

Era la misma que había en la libreta, donde detalló las características de las plantas que cuidaba e hizo sus anotaciones.

—Y no…

—¿Qué?

Parpadeé más rápido de lo normal, al leer la única palabra que había escrita en la primera hoja.

—No tiene nada que ver con la jardinería, Eithan. Aquí pone mi nombre. —Giré despacio la cabeza hacia él.

—Ven. —Se levantó con agilidad y me ayudó a mí a hacerlo, sin que soltara la tarjeta del banco y las hojas—. Vamos a un sitio más cómodo,

todo se queda como está. Cerramos la puerta —asentí sin poder apartar la vista de lo que ocupaba mis manos.

Capítulo 27

Eithan

Algo me dijo que lo que estaba a punto de ver o leer Ibbie la pondría mal. Desconcertada ya estaba, desde que la había llevado para que viese la caja.

Cuando salí de la habitación para ir a su encuentro, al ver la puerta de la habitación donde dejó la caja al llegar, encendí la luz para ver si Drako estaba dentro porque mi intención era cerrar la puerta.

En ese momento la vi, Drako debió aprovechar mientras estábamos en la ducha para jugar con la caja y gracias a eso pude ver que no era tan simple como habíamos pensado, al menos escondía algo más de lo que vimos cuando la abrió Ibbie.

La llevé hasta el salón y nos sentamos en el sofá. Drako estaba dormido y no se enteró.

—¿Te da miedo lo que puedas leer? —le pregunté con el máximo tacto posible.

—No. —Frunció el ceño—. ¿Por qué tendría que darme miedo? —Buscó mi mirada.

—El miedo no es racional, Ibbie. Asalta cuando algo nos inquieta y, sobre todo, cuando algo se sale de nuestro control —dije mientras me acercaba.

Me paré cuando nuestros cuerpos se rozaron y volví a tocarle la espalda, con pequeñas caricias.

—Es solo que estoy muy sorprendida —soltó un suspiro.

—¿Quieres salir de dudas sola? Si prefieres leer en privado lo que pone, voy a la cocina a…

—No —me interrumpió rápido.

— Entonces, adelante —asentí.

Se inclinó hacia la mesa baja para dejar la tarjeta del banco y se centró en las hojas. Las extendió sobre sus piernas y las alisó. Solo eran dos, en la primera lo único que había escrito era su nombre, por lo que en la segunda encontraría más que eso.

El sonido lejano de una llamada cortó el silencio que se había creado. Cuando paró, otra la siguió, insistente.

—¿Voy a por tu móvil? —le pregunté para que nada la distrajera.

La última vez que lo vi estaba encima de la cómoda de la habitación.

—No. —Sus labios se tensaron en una pequeña sonrisa—. No me hace falta ir a comprobar quién llama, estoy segura de quién puede ser.

La miré con curiosidad.

—Tessa —me aclaró—. Ya te lo explicaré —asentí.

Le di un beso en la sien y sonrió hacia mí, pero la alegría que acompañaba a sus sonrisas no se reflejó esta vez en sus ojos. Fijó la vista en las hojas y apartó la primera. Empezó a leer en voz alta…

«Mi niña, Ibbie.

Espero que nunca encuentres esto y que tu padre y yo podamos contarte con palabras, en algún momento de nuestras vidas, lo que estás a punto de leer si esta carta la tienes entre tus manos.

Por ahora no podemos confiarte la verdad».

—¿Qué verdad? —susurró— ¿Yo la sabía antes de lo que nos pasó?

—Sigue leyendo, hasta el final —le pedí en tono bajo.

Le rodeé los hombros con el brazo, porque el comienzo no auguraba nada bueno. Ella era la única que debería tener la respuesta a su propia pregunta, pero como no era el caso, asintió y con voz temblorosa continuó…

«La historia de tu padre y mía es algo compleja, cariño. Siempre te la hemos ocultado por tu bien, lo único que has visto y vivido de nosotros es el amor. No podemos borrar nuestro pasado y tampoco queremos porque tú formas parte de él. Eres lo que más queremos. Llegaste a nuestras vidas inesperadamente, pero para nosotros fuiste el mayor regalo nacido del amor.

Si estás leyendo estas palabras, es porque tu padre y yo faltamos, y el peor desenlace se ha hecho realidad. Es algo que nos ha atormentado desde que supimos que seríamos padres y no te imaginas lo que lamentamos que pueda llegar este momento, del que nos hemos protegido todo lo que hemos podido…

Voy a empezar hablándote de la tarjeta que acompaña a esta carta. Es la llave de seguridad de una caja fuerte de un banco. Al final de estas letras te detallo cuál es. Dentro de esa caja fuerte se acumulan años de trabajo de tu padre y mío. Éramos, somos y seguiremos siendo un equipo, allá donde nos lleve la vida o la muerte. Estoy segura de que te sorprenderá descubrir lo que contiene, como también enfrentar una verdad que desconocías, pero es necesario que lo hagas para asegurar tu seguridad y la de los que te rodeen algún día. Sabrás cómo actuar.

Te queremos, fuiste nuestra luz, una que prendió en mitad del caos y de la oscuridad. Lo entenderás más cuando tengas en tu poder la información de

la caja fuerte.

Acabas de cumplir los dieciocho años y eres muy fuerte, desde bien pequeña tu genio y tu valentía destacaron. Sé que afrontarás todos los golpes de la vida, que nunca te darás por vencida, como también sé, que, a pesar de valerte por ti misma, tendrás a tu lado a una persona que dará todo cuanto tiene por estar junto a ti. Te rodearás de lo que das: amor. Tu padre y yo lo sabemos, cariño.

Te amamos antes de conocerte, y te seguiremos amando sin importar el tiempo, el lugar o el vacío de la nada.

Pase lo que pase, nuestros corazones y nuestras almas siempre estarán contigo».

Ese era el final de las palabras sentidas de su madre. A continuación, como anticipó, detalló los datos del banco que correspondían a la tarjeta. Ibbie soltó un jadeo, sorprendida al saber cuál era, yo no. El banco era el mío y la dirección exacta correspondía a la sede principal que estaba a bastantes kilómetros de distancia de donde estábamos.

Elegí esa ciudad porque era una de las más importantes y grandes, también porque en ella vivieron mis abuelos.

En cuanto vi la tarjeta, supe a qué banco pertenecía, lógicamente, pero preferí que Ibbie llegara a este momento por sí misma. Ella era la primera vez que la veía, porque en la sucursal de aquí, en la que trabajaba, como en las demás, las tarjetas de las pequeñas cajas fuertes que protegían las sucursales eran diferentes. Se clasificaban por orden de prioridad e importancia y la que un día fue de sus padres, la que estaba sobre la mesa

baja frente a nosotros, correspondía a la más alta en la clasificación. Con lo cual era de máxima seguridad, y esas solo se encontraban en la sede principal.

Sí que me había sorprendido saber que sus padres fueron unos de mis primeros clientes, teniendo en cuenta las fechas, cuando el banco llevaba abierto poco más de dos años.

Fui un emprendedor muy joven, pude complementar perfectamente mis estudios con mi visión de futuro porque tuve clarísimo cuál sería y aposté por él, con la ayuda inestimable de mis padres y de mis abuelos. Me ayudaron económicamente para darme el empujón necesario. Mis abuelos siempre estuvieron más que bien posicionados económicamente y apostaron por mi futuro y por mi voluntad de llevarlo a cabo.

El problema es que en mis inicios estuve absorbido por los estudios y también viajaba constantemente y, aunque estaba muy pendiente de cómo funcionaba todo en la sede, no pasaba mucho tiempo en mi despacho como para conocer a los clientes. La sede fue la primera que abrió sus puertas, con los años llegaron el resto de las sucursales que hoy en día sumaban un gran número.

—¿Qué…? ¿Qué significa?

Le quité la carta de las manos. Le temblaban. Una vez la dejé en la mesa, le agarré la cara con las manos, girándosela hacia mí. Le sonreí con todo el

amor que sentía por ella, porque sí, Ibbie formaba parte de mí y la sentía en lo más profundo.

—Es de dos años antes del accidente que tuvimos —susurró con la vista ida.

—Me he dado cuenta. —Le acaricié las mejillas, retirándole las lágrimas.

—¿Quiénes eran mis padres? Por lo que he intuido…

—No lo sé.

—¿Cómo puede ser que sea tu banco, el mismo en el que yo trabajo? —Jadeó—. Tessa…

—¿Qué?

—Fue mi amiga Tessa la que me animó a hacer la entrevista en la sucursal. —Tragó saliva—. Dios… —Se tapó la cara con las manos.

—No entiendo qué tiene que ver ella con este lío.

—Tessa es especial —susurró—. Ella ve cosas, otras las siente o las presiente. Como cuando te expliqué que bajó a buscarme al parquin, sabía que algo me había pasado. Acababa de encontrar a Drako, pero antes de verlo me asusté bastante porque escuché unos ruidos raros en el parquin

vacío. Ella no se paró el tiempo suficiente para que le llegara más información, bajó en pijama, preocupada por mí, al saber que tenía miedo.

—Joder… —susurré.

—Cuando me trasladé aquí, a la primera que conocí fue a ella. —Frunció el ceño y por unos segundos se aisló del salón y de mí. Se quedó pensativa y yo respeté su silencio—. Después de casi un año en el que no encontraba un trabajo que se correspondiera con lo que había estudiado, me animó a echar un currículum en la sucursal. —Bajó el tono de voz.

»Me acuerdo perfectamente de que ella estaba convencidísima de que era el trabajo de mi vida —negó—. Mientras yo no quería ilusionarme. Mierda… Ella lo supo, al menos tuvo el presentimiento y la anticipación de que era lo correcto, de que no iba a fallar. No tengo ni idea de qué vio o si solo lo sintió.

»Nunca me ha dicho nada, pero cuando al día siguiente de dejar el currículum me llamó Cameron para darme la noticia de que me había cogido, de que tenía trabajo, lo celebramos a lo grande con el resto de nuestros amigos porque ya había conocido a Liam y a Lara. Félix, el marido de Lara, llegó a nuestras vidas un año después.

—Pues está claro. —Una sonrisa contenida tiró de mis labios—. Tessa te guio.

—Sí. —Tragó saliva con los ojos nublados por las lágrimas—. Necesito hablar con ella —susurró.

—¿No tienes idea de por qué no te dijo nada?

—A veces no lo hace porque algo que siempre me repite, es que hay cosas de las que no puede hablar para no alterar el curso de las cosas. Sé que, si fuese algo que me perjudicara, a pesar de lo que he dicho, no se callaría. De hecho, desde hace años siempre me cuenta todo lo que llega a ella.

»Supongo que te informaron del intento de robo en la sucursal de hace un tiempo —asentí—. Pues esa mañana no fui a trabajar, Tessa me llamó muy temprano para insistirme en que me quedara en casa. No sabía bien lo que iba a suceder, pero sí que podía hacerme daño. Me hizo prometerle que no saldría del piso, y varios de mis compañeros resultaron heridos.

Tragué saliva. Me acordaba perfectamente de ese episodio del que me enteré demasiado tarde. Me pilló de viaje en el extranjero y cuando lo supe me volví un poco, bastante loco. Por suerte, todo salió bien y no tuve que lamentar un mal mayor.

—Tengo que ir hasta la caja fuerte —susurró—. Tengo…

—¿Qué?

—Muchas cosas en la cabeza. —Se presionó la frente y sustituí sus dedos por los míos—. ¿Me acompañarás?

—Esa pregunta sobra. —Le sonreí—. Sabes que sí, aparte, yo soy otra llave importante que te abrirá todas las puertas para que tengas acceso sin

problema y rápido a lo que quieres. —Le hice un guiño—. Iremos mañana a primera hora, y al ser domingo estaremos solos.

—Gracias —murmuró.

—No voy a dejarte sola.

Le rodeé el cuerpo con los brazos y se acomodó en mi pecho.

Nos sobresaltamos cuando la puerta del piso se abrió de golpe y una Tessa alterada fue la primera en aparecer. Cuando sus ojos nos localizaron en el sofá y se fijó en Ibbie, soltó un jadeo y corrió hasta ella.

Detrás entró un hombre. Lo reconocí del *pub*, di por hecho que se trataba de Liam, porque el matrimonio que formaban Félix y Lara tenía claro quiénes eran, al haber visto el comportamiento de ambos aquella noche.

—Ibbie… —susurró Tessa delante de ella, se había levantado del sofá.

Capítulo 28

Ibbie

Sabía dónde estaba, en mi piso, pero hacía un rato que tenía la sensación de que no era muy consciente de lo que me rodeaba.

Había ido de sorpresa en sorpresa y me costaba centrar la mente, cuando se me iba divagando en todo lo que había descubierto.

Conseguí aclarar la vista y la imagen de Tessa se hizo más nítida delante de mí. Me observaba con expresión preocupada.

—Cariño, ¿estás bien? —Me agarró de las manos y tiró de ellas, para abrazarme.

—Más o menos… —susurré aferrándome a su cuerpo.

—¿Dime cómo te sientes? —Quiso saber.

—Se ha levantado de un salto de la silla y me ha agarrado del brazo, para tirar de mí. La he seguido corriendo —comentó Liam, refiriéndose a Tessa.

Levanté la mirada hacia él y sonreí un poco.

—Hola —lo saludé cuando me separé de ella.

Me abrazó con fuerza y me dejé mimar durante los largos segundos que tardamos en apartarnos.

—Liam, él es Eithan —los presenté oficialmente.

Se conocían por las veces que había hablado de cada uno, en presencia de mi amigo y de Eithan. El último se levantó del sofá, con Drako en brazos. No me había dado cuenta de cuándo se había despertado, supuse que se había asustado.

Lo cogí para que se dieran la mano.

—Me alegro de conocerte por fin. —Le sonrió mi amigo.

—Igualmente —asintió Eithan, devolviéndole el gesto.

—¿Y Lara y Félix? —les pregunté, acariciándole la cabeza a Drako.

—Llegarán en breve —habló Tessa—. Nos hemos ido con tanta prisa del restaurante, que le he contado por teléfono a Lara el motivo. —Rio nerviosa.

—Pues espero a que lleguen para explicaros lo que ha pasado. —Pasé la mirada de uno a otro.

—Vale. —Me hizo un guiño, Liam.

Fijé la mirada en la de Tessa. Ojalá pudiese saber qué pasaba por su cabeza e ir por delante de todo, como ella.

Nos acomodamos en el sofá. Liam fue a la cocina a por cervezas para todos y en diez minutos sonó el timbre. Tessa se levantó para abrirles a Lara y a Félix.

Drako empezó a jugar con las piernas y se dedicó más a las de Liam. Ya se conocían, a los pocos días de encontrar a Drako mi amigo vino a conocerlo cuando yo estaba trabajando, en una visita rápida en la que pudo escaparse del suyo.

—Hola —nos saludaron al mismo tiempo Félix y Lara, sincronizados. Sonreí.

Continué con las presentaciones y, una vez terminamos y se sumaron a las cervezas, nos quedamos todos en silencio en el salón. Los únicos sonidos que se escuchaban eran los que hacía Drako, emocionado por las visitas.

Lara se lo comió a besos, diciendo que se había enamorado al verlo. Ella y Félix sí que lo acababan de conocer y él no desaprovechó la oportunidad para dejar en el aire comentarios dirigidos a su mujer, al ver su emoción.

—Cuéntanos. —Fue Liam el primero en sacar el tema—. Tessa nos ha dicho dónde habéis estado hoy.

Asentí y me levanté, para ir a buscar la caja. Regresé junto a ellos, sujetándola, y la coloqué sobre la mesa baja. La atención de casi todos mis amigos se centró en el interior vacío, donde estaba el falso suelo descolocado.

La única que me mantuvo la mirada e ignoró fijarse en la caja fue Tessa. Durante unos segundos continuamos de la misma forma. Y lo supe, aunque no sabía hasta qué punto ella era conocedora de lo que yo había descubierto, supe que ya había anticipado algo.

—Esta es la caja de mi madre, la que hemos ido a buscar a la casa de Nicolás y Diana —empecé a hablar—. Cuando la abrí allí, en el interior solo encontramos cosas de jardinería —susurré acariciando los relieves de la madera—. Hasta que Drako no ha jugado con ella y la ha volcado, no hemos sabido que escondía más.

—¿El qué? —preguntó Lara, nerviosa.

—Esto.

Cogí la carta de mi madre del asiento del sofá y la tarjeta de la mesa. Ambas cosas las sujeté en alto. La mano de Eithan volvía a estar en mi espalda, como si supiera que necesitaba sentirlo. Agradecí inmensamente el calor de sus caricias.

—¿Qué escribió tu madre? ¿A quién va dirigida? —Quiso saber Liam, con el ceño fruncido.

Solté un suspiro y le pasé la carta. Lo mejor era que la leyesen ellos, porque a mí todavía me temblaba todo. Aún lo estaba asimilando.

Liam la agarró y todos mis amigos se levantaron para rodearlo, para leerla también. Antes de que el resto terminara, Tessa elevó la cabeza y buscó mi mirada.

—¿Qué has sentido? —le pregunté en tono bajo.

Desvió los ojos hacia Eithan y entendí su duda.

—Se lo he contado por encima —le aclaré y ella asintió con una pequeña sonrisa.

—He sentido miedo, frustración, desesperación, incertidumbre, nostalgia… Muchas cosas, Ibbie, pero lo más importante y lo que ha

predominado para la reacción que he tenido de salir corriendo del restaurante, es que…

—¿Qué?

—Que he visto algo que no me ha gustado. Por ahora quiero mantenerlo para mí. —Tragué saliva—. Necesito un poco más de tiempo —asentí despacio.

—Vale. —Cogí una bocanada de aire.

—¿Tiene que ver directamente con Ibbie? —le preguntó Eithan, con el ceño fruncido.

—Sí, pero no puedo dar detalles. —Nos miró a los dos.

—No pasa nada, tranquila. —Tragó saliva.

Sobra decir lo que todos mis amigos me protegían, al igual que yo a ellos. Lo único que quería Tessa era aclararse para no cometer un error que me afectara. En cuanto tuviese las cosas claras o supiera por dónde ir, yo sería la primera en saberlo.

—Ahora me encerraré en la habitación y…

—No, cuando terminemos de aquí, quiero que continuéis con vuestros planes —les pedí.

—¿Te crees que a alguno de nosotros le quedan ganas? —Arqueó una ceja Liam.

—Yo me pasaré mañana por el restaurante de Andrés —comentó Félix—. Nos hemos ido sin pagar. —Soltó una carcajada y varios se unieron a él—. Lo he llamado mientras veníamos, para explicarle el motivo por el que nos hemos ido.

Yo solo pude mirarlos a todos con amor, por querer venir junto a mí, sin importarles el motivo y la situación.

—A ver… —Carraspeó Liam—. Según esto, tienes que ir hasta la sede del banco para ver lo que hay en la caja fuerte. —Señaló la tarjeta—. Lo que me parece increíble es que sea el mismo en el que trabajas. —Miró a Eithan.

—Sí. —Me moví incómoda en el sofá.

Eithan me rodeó la cintura y me acercó más a él.

—Increíble, pero muy real —le habló a mi amigo—. Nosotros nos hemos quedado igual.

—¿Qué ocultarían tus padres? —dijo Lara, más para ella que para el resto.

—Yo…

—Está bien —me interrumpió Eithan, antes de darme un beso en la sien —. No te agobies al no saberlo —susurró sin separar los labios y asentí.

—Tessa…

—¿Sí?

—Necesito saber por qué me animaste a hacer la entrevista en la sucursal. Es que es mucha coincidencia todo —negué. Ella soltó un largo suspiro.

—¿Sinceramente? Tengo muchas lagunas y no os sé decir algo claro, porque las piezas en mi cabeza parecen un puzle desordenado. —Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las piernas—. Ibbie, solo te puedo decir que supe que ese sería tu trabajo. —Se encogió de hombros—. Hay muchas cosas que veo con claridad y sabéis que en la mayoría de las ocasiones me anticipo a ello, pero contigo…

—¿Qué? —Lara la animó para que continuara.

—Que con Ibbie todo me llega a cuentagotas y en el último momento. Me frustro al no poder darle un significado antes y a veces ni eso, cuando me

llega la información en imágenes o con algún presentimiento. Como cuando te avisé de que no fueras al trabajo —asentí.

»Lo hice a lo justo, poco antes de que salieras del piso. Y también está lo del parquin. —Sacudió la cabeza—. Solo sé que tu trabajo estaba en esa sucursal. —Desvió la mirada hacia Eithan y se quedó pensativa, observándolo.

Él no se movió, intercambiaron miradas… ¿Cómplices? No pude darle sentido, pero tampoco estaba para dárselo a lo demás, aunque imaginé que era porque Eithan había resultado ser el dueño y, en cierta forma, eso nos había unido a él y a mí.

—Bueno, pues ya está —dije para cerrar el tema—. Mañana iré con Eithan a la sede del banco y veremos a ver que esconde la caja fuerte. No tengo ni idea y voy a intentar pensar lo mínimo en ello.

—¿Os imagináis que son folletos de jardinería? —habló Lara, para eliminar un poco la tensión.

A todos nos dio por reír, aunque sabíamos que esa posibilidad era imposible. Estuvimos un buen rato sin poder parar, mientras Drako giraba sobre sí mismo, feliz o al menos eso creí.

—¿Habíais terminado de cenar? —les pregunté.

—No hemos llegado a los primeros platos —respondió Liam, divertido.

—Podemos preparar algo más y cenamos juntos. La cena que tenemos en la cocina no la hemos llegado a tocar porque ha pasado lo de la caja —habló Eithan.

A todos les pareció una gran idea. Tessa aprovechó para enviarle un mensaje a Mario, el camarero de *pub*, para decirle que no se verían esta noche.

Trabajamos juntos en la cocina y en poco tiempo estábamos sentados en la mesa del salón, disfrutando de una cena improvisada. Drako volvía a estar dormido, la emoción y el ir de un lado al otro lo habían llevado a dormirse en la alfombra del salón. Lara lo había colocado en su cama acolchada.

Entre todos consiguieron que dejara de pensar en las nuevas preocupaciones, incluso de lo que haría al día siguiente. A pesar del cansancio del día y de todas las emociones, alargamos la cena y después nos acomodamos entre el sofá, la butaca y el suelo con cojines.

Tessa, Eithan y yo nos despedimos de Liam, Lara y Félix sobre la una de la madrugada. Cuando cerré la puerta, tanto Tessa como nosotros nos fuimos a las habitaciones, directos a la cama.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Estábamos abrazados, desnudos, y me había echado sobre su cuerpo.

—Sí —susurré—, de verdad.

—¿Quieres que te relaje?

Sonreí sobre su pecho cuando me agarró de una nalga. La presionó.

—¿Qué tienes en mente para conseguirlo? —Apoyé la barbilla, para mirarlo a la cara.

Su sonrisa pícara me dio la respuesta, la misma que recibí de sus labios al pronunciarla. Me estremecí al instante.

Nuestros cuerpos se buscaron de una forma muy diferente. En cuanto Eithan se puso a trabajar para llevar a cabo lo que me había dicho, me volvió loca de deseo y de desesperación. Me corrí en su boca y después con su miembro llenándome incansablemente, pero él se mantuvo firme, sin liberarse.

—Ahora que te he follado… Voy a hacerte el amor, Ibbie. Y voy a alargarlo, no tengo ninguna prisa, así tenga que ir parando y me tiré toda la puñetera noche dentro de ti —susurró sobre mis labios y gemí por el significado.

Y también lo hizo, entró y salió de mi interior sin prisa, variando la intensidad que fue acorde con nuestra necesidad. Me hizo el amor tomándose su tiempo, ignorando mis quejas. Sus labios me cubrieron de

besos, los míos igualaron a los suyos. Nuestra piel ardía por el placer que sentíamos.

Y de esa forma viví junto a él otra experiencia que quería recordar siempre, porque sentí tantas emociones que me vencieron por completo, pero por un motivo muy diferente.

Me hizo el amor, sí, pero también con la mirada, con las caricias, con los roces y con la devoción con la que tocaba cada parte de mí. No se conformó solo con todo lo visible de mi cuerpo.

Caímos agotados y rendidos a altas horas de la madrugada, y yo me sumí en un sueño profundo al instante. Mi último recuerdo fue el de sentir su piel caliente y su respiración pausada, mientras su brazo caía por mi cintura y su mejilla estaba apoyada en mi cabeza.

Capítulo 29

Eithan

—¿Preparada? —Me giré hacia Ibbie.

—Sí —me sonrió.

Estábamos en el interior de su coche, cerca de las oficinas de la sede central del banco.

Habíamos tardado un poco más de seis horas en llegar, pero en realidad el trayecto duraba cinco, minuto arriba minuto abajo. El tiempo que habíamos sumado se debía al que habíamos utilizado para parar a comer a mitad del recorrido, y el poco que nos llevó ir hasta mi hotel. El juego de llaves de la sede central iba conmigo a todas partes, pero no las llevaba encima, por lo que cuando lo cogí de mi habitación pudimos ponernos en marcha. No me paré en tocar a las puertas de las habitaciones de mis amigos, sabía de sobra que estaban fueran, disfrutando del buen día que hacía.

Dormirnos muy tarde tuvo como resultado despertarnos de la misma forma, pasadas las diez y media. No teníamos ninguna prisa y, como quería que descansara, le pedí entre susurros, antes de que cerrásemos los ojos, que no pusiera la alarma para hoy.

Tessa se movió silenciosa por el piso. Se encargó de Drako y, cuando salimos de la habitación, nos acompañó mientras nos tomábamos un desayuno rápido. A las once y cuarto nos pidió que tuviésemos cuidado cuando nos despedimos de ella en el rellano y nos comentó que esperaría impaciente nuestro regreso.

Nos bajamos del coche y lo rodeé para llegar hasta Ibbie.

—Vamos —le dije agarrándola de la mano.

Asintió rodeándome con la suya con fuerza y empezamos a caminar por la acera. Eran las cinco y media de la tarde del domingo, a esta hora había poca gente en la calle, a pesar de que estábamos en la zona más céntrica de la ciudad.

—¿Qué te parece? —le pregunté cuando el edificio quedó a la vista.

—Grande —respondió observando la fachada y sonreí de medio lado.

—Bastante, sí. —Le hice un guiño.

—En comparación, la sucursal parece una minúscula casa de muñecas —añadió y reí, solté una fuerte carcajada.

A pocos metros de llegar, saqué el juego de llaves. Desbloqueé las cerraduras de la puerta principal y entramos. Una vez en el interior, lo primero que hice fue desconectar el sistema de alarma, entonces encendí las luces y eché los cerrojos para poder movernos libremente.

—Seguimos. —La agarré de nuevo de la mano y la guie.

Sus ojos iban de un lado al otro, observando todas las zonas por las que pasábamos. Se fijó en cada detalle y por su expresión sabía que le gustaba lo que veía.

—¿En qué planta tienes tu despacho? —Quiso saber.

—En la primera, para salir rápido y corriendo por si pasa algo.

—¿En serio es por ese motivo? —habló con los ojos más abiertos de lo normal.

—No. —Reí y la contagié—. No existe ninguno en concreto. —Me encogí de hombros—. Cuando terminemos, si quieres, te lo enseño y te hago un recorrido por las demás plantas. Aunque vista una, el resto poco varían.

—Con tu despacho me conformo. —Sonrió.

Asentí y la llevé por el largo pasillo que iba directo hasta la zona en la que estaba el acceso a las cajas fuertes. Caminamos en silencio.

—Dame la tarjeta —le pedí frente a una gran puerta de seguridad.

La buscó en el bolso y cuando la tuve en la mano, la coloqué en el lector. El desbloqueo fue automático, la puerta se deslizó delante de nosotros y entramos.

—Por aquí —le pedí que me siguiera.

Una vez pasada la primera barrera de seguridad, el espacio se dividía en varias salas grandes y privadas, cada una de ellas albergaba las cajas fuertes según la categoría del nivel que tenían. Con todas las tarjetas, independientemente de esas categorías, los clientes podían acceder a esta parte en la que nos encontrábamos, lo que no sucedía para acceder exclusivamente a las diferentes salas a las que correspondieran las cajas fuertes.

Con una tarjeta inferior no se podía entrar a la que íbamos, por ejemplo.

Recorrimos otro pasillo, no tan ancho, hasta que me paré frente a otra puerta de seguridad. Era la que nos interesaba, la desbloqueé y le di paso a Ibbie.

—Son tan distintas a la de la sucursal —dijo, observando las pequeñas puertas metálicas a lo largo y ancho de las paredes.

En la parte central había una mesa rectangular con sillas, para que los clientes pudiesen estar cómodos.

—En las sucursales solo hay de nivel bajo y medio, de estas últimas no muchas.

—Sí —susurró—. Entonces estas son…

—De máxima seguridad —le confirmé, metiendo una mano en el bolsillo. Cogió una bocanada de aire—. Es tu turno. —Alargué la tarjeta hacia ella.

—Vale. —Sonrió forzada.

La agarró y buscó el número que se detallaba en la tarjeta. Me senté en el filo de la mesa y la dejé hacer, para no interrumpirla. Cuando localizó la casilla caminó hasta ella.

—Solo tienes que colocar la tarjeta en el lector, si no se abre, iré a buscar la mía al despacho. Con ella puedo acceder a todas, sin excepción. Forma parte de nuestras normas, siempre y cuando sea por fuerza mayor.

—De acuerdo —dijo mientras acercaba la tarjeta.

La pequeña puerta se desbloqueó. Ibbie no perdió el tiempo, la abrió decidida y la observé con atención cuando sacó una caja larga y ancha del interior.

—No ha sido tan difícil —dijo caminando hasta mí con ella.

—Porque tienes la tarjeta correcta. Si hubieses intentado abrirla con otra o hubieras querido forzar la apertura de cualquier forma si la tuya fallara, todo el sistema interno de seguridad habría saltado. No me estoy refiriendo a una alarma común como la que he desbloqueado al entrar en el edificio, aunque esa también varía de las típicas de las viviendas.

»La seguridad que va unida a esta zona es independiente, mucho más avanzada y eficiente. En el hipotético caso de que pasara, todas las puertas de aquí se cerrarían al instante, dejándonos encerrados dentro. No habría posibilidad de salir, aparte de que cada compartimiento de los que ves se bloquearía de una forma distinta. Solo yo podría parar el desbloqueo general y el individual.

—Ah —fue todo lo que dijo.

Observó alrededor, mientras ponía encima de la mesa la caja, a mi lado.

—¿Y cómo lo harías?

—Con una llave maestra que tengo a buen resguardo.

—La que no tienes ahora.

—No nos vamos a quedar encerrados. —Sonreí de medio lado.

—Vale —soltó un suspiro.

Arrastró la silla y se sentó, mientras, yo me mantuve en el filo de la mesa. Crucé los brazos y los pies, en silencio, dándole el tiempo que necesitaba. Durante unos minutos se quedó pensativa mirando la tapa, hasta que se decidió a levantarla.

—Hay muchos papeles —dijo al sacar dos carpetas.

—Tómate tu tiempo, no tenemos ninguna prisa —le hablé en tono bajo.

La sala se quedó de nuevo en silencio, mientras ella continuaba. En cuestión de poco tiempo, una gran parte de la superficie estuvo llena de papeles. Me incorporé para girarme y observé de cerca algunos.

—No entiendo la mayoría de las cosas. ¿Qué sentido tiene?

—Creo que la información hay que descifrarla, Ibbie.

—¿Cómo? —Me miró sorprendida.

—Que, si no sabemos lo que estamos mirando o buscando, es imposible que lo interpretemos. ¿Hay algo más en la caja aparte de esto?

—Sí. —Se levantó para sacarlo.

Apartó los papeles que tenía delante y colocó delante de ella otra caja más pequeña, de tamaño mediano.

—Joder… —Jadeó al descubrir el interior—. Eithan, aquí hay muchísimo…

—Dinero. —Terminé por ella, mirándola de reojo.

—También hay una memoria USB —murmuró.

—Vamos a recogerlo todo y comprobamos en mi despacho qué contiene —le pedí cogiéndola.

—Sí. —Me miró nerviosa.

Le sonreí para aligerar el momento, antes de que empezáramos a agrupar todos los papeles en las carpetas. Cuando las cogió y se las pegó al pecho, junto a la caja mediana, me guardé la memoria en un bolsillo y fui a colocar en su sitio la metálica.

Salimos de la sala, sorteando todas las puertas de seguridad. Una vez en el pasillo principal, fuera de la zona, la agarré de una mano y tomé la dirección del ascensor.

—¿Qué voy a hacer con estos papeles? —me preguntó.

—Vamos a esperar a ver qué hay en el USB y entonces lo decidimos.

—Es que no entiendo nada, Eithan. Mi madre decía en la carta que aquí se acumulaban años de trabajo de mi padre y de ella, que eran un equipo. Pero… ¿Qué tengo que pensar de todos los datos que hay? Has dicho que parece información para descifrarla, ¿qué sentido tiene? ¿En qué trabajaban mis padres? —Hizo una pausa.

»En la carta también decía que me sorprendería descubrir el contenido y que tendría que enfrentar la verdad que desconocía, que era necesario por mi seguridad y por la de las personas que están a mi lado. Que sabría cómo actuar, ¿yo? —negó varias veces.

»Sí, que me he sorprendido, más que nada, porque no tengo ni puñetera idea de lo que va todo esto, por lo demás… ¿Qué verdad tengo que enfrentar? ¿A qué se refería? ¿Qué se supone que tengo que interpretar y qué tiene que ver mi seguridad y la de las personas que quiero? Joder… —Bufó nerviosa.

—Ojalá tuviese alguna de las respuestas. —Le di un apretón en la mano cuando nos montamos en el ascensor.

Pulsé el botón de la primera planta. Nos mantuvimos en silencio. Salimos de él y la guie hasta mi despacho.

—Vaya —dijo al entrar.

—¿Te gusta? —Me coloqué a su espalda.

—Es una pasada —comentó admirándolo.

Le retiré el pelo hacia atrás y le rodeé la cintura con un brazo.

—No es el mejor día, ni el momento, pero me encantaría tener recuerdos muy claros de ti encima de mi mesa, desnuda, abierta de piernas y jadeante —contuvo la respiración.

—No me puedes decir eso ahora —se lamentó y sonreí sobre su mejilla.

—Ya lo he hecho. —Le di un beso antes de separarme de ella.

Reí cuando soltó varios bufidos. Le quité la caja de debajo de un brazo y caminé hasta la mesa, donde la dejé. Mientras iba hacia la silla, saqué el USB del bolsillo y al sentarme, encendí el ordenador.

—Ven aquí —le pedí.

Se acercó y se colocó sobre mis piernas, de lado, como le pedí con un gesto silencioso. Cogí las carpetas de sus brazos para colocarlas encima de la mesa y nos acerqué a ella. La mantuve bien pegada a mi cuerpo y sujeta.

Tecleé la contraseña y, cuando la pantalla se activó, introduje en una ranura el USB.

—¿Qué crees que puede contener? —Se movió nerviosa encima de mí.

—No lo sé, pero después de lo que nos hemos encontrado…

—¿Qué? —Giró la cabeza hacia mí.

—Cualquier cosa es posible. ¿Estás preparada? —La agarré de la nuca.

—Qué remedio. —Hizo una mueca y la besé despacio.

Lo que pretendía ser un beso rápido, reconfortante, terminó por convertirse en un beso apasionado que nos dejó a los dos con la necesidad de continuar.

—Vamos a intentar salir de dudas —susurré con la frente apoyada en la suya.

Asintió y los dos centramos la vista en la pantalla del ordenador. Accedí a la carpeta del USB. Cuando se abrió solo había un archivo, o más bien un

vídeo.

—Dale —me pidió al ver que no hacía nada.

La miré de reojo y apreté el brazo alrededor de su cuerpo, al mismo tiempo que abría el vídeo.

El jadeo fuerte de Ibbie resonó en el despacho y lo puse en pausa, con la imagen de una mujer sentada que miraba a la videocámara que la enfocó en su día.

—Es…

—Mi madre —me confirmó entre susurros.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—Relájate un poco y continuamos —le pedí preocupado.

El color de su cara había desaparecido, notaba su cuerpo tembloroso y respiraba descoordinada. No apartó la vista de la pantalla, de la imagen fija de su madre, que estaba en pausa hasta que yo activara el vídeo.

—Ya puedes ponerlo.

—¿Segura? —asintió.

Moví el ratón y el vídeo continuó. Después de unos segundos en silencio, se escuchó la voz…

«*Hola, mi niña. Lamento tanto que hayas llegado hasta aquí, porque sé que serás la única persona que vea algún día este vídeo y si eso ocurre, es porque nos han quitado de en medio».*

Ibbie volvió a jadear y se estremeció, después se puso en tensión, rígida encima de mí. Un hombre apareció en la pantalla. Se puso a la espalda de la madre de Ibbie y colocó las manos sobre sus hombros, manteniéndose junto a ella.

—Mi padre… —me confirmó en un murmullo.

Su madre continuó hablando…

«*Lo que tienes ahora en tu poder es de vital importancia, cariño, aunque no le encuentres el sentido. Solo los ojos correctos se lo darán y para eso, tienes que hacer lo siguiente… En varias de las hojas, que contienen las carpetas, hay números sueltos que parecen aleatorios, pero que en realidad corresponden a un número de teléfono. Hay otros que identifican la posición de esos números, para que se complete correctamente el orden del número de teléfono.*

»Verás que en la misma línea aparecen dos números distanciados, los primeros determinan la posición del segundo. Búscalos todos y ordénalos. Una vez lo tengas, lo más urgente que tienes que hacer es llamar. Hablarás con Adrián, y él sabrá lo que hacer con lo que has encontrado. Dile quién eres y te ayudará sin dudarlo, da igual el tiempo que haya pasado. Confía plenamente en él».

El siguiente que habló fue su padre:

«*No está siendo fácil para nosotros grabar este vídeo, pero es muy necesario porque supone demasiado… Tesoro, te amamos y por eso queremos tu bienestar ante todo y todos. Hemos hecho todo lo posible y lo que estaba en nuestras manos para mantenerte a salvo y ajena a nuestras vidas, pero nuestra profesión puede acarrearte muchos problemas y queremos evitar que suceda.*

»Como ha dicho tu madre, habla con Adrián, es un buen amigo nuestro, leal. Debes saber que desde que nos enteramos de tu existencia, de que venías en camino, cada uno de los días que vivimos deseando conocerte, y después todos los demás en los que estuvimos junto a ti viéndote crecer, lo único que deseábamos es que fueras feliz y que nuestro mundo jamás te rozara.

»Todo el dinero que acabas de encontrar es tuyo. Es legal y junto a nuestra casa es tu herencia. No pierdas el tiempo, haz lo que te pedimos y estarás a salvo. Ojalá lleguemos a tiempo, ojalá estés viendo este vídeo sin que hayas tenido que lamentar algo… Fuiste y siempre serás nuestra luz».

Capítulo 30

Ibbie

—Ibbie…

—Estoy… —susurré— procesándolo. —Tragué saliva, sin poder apartar la vista de la imagen en pausa de mis padres, al final del vídeo.

La mano de Eithan empezó a acariciarme lentamente la espalda. Agradecí que se mantuviese en silencio, lo necesitaba, la cabeza me iba a explotar. No entendía nada y al mismo tiempo lo entendía todo. Puede que mis recuerdos siguieran siendo nulos, pero comprendí cosas y no pude contener las lágrimas que resbalaron por mis mejillas.

—Los mataron… —conseguí hablar entrecortada— Mataron a mis padres en el accidente. Fue provocado y yo iba con ellos, Eithan.

Me giró el cuerpo para abrazarme. Escondí la cara en su cuello y lloré, me desahogué por unas vidas truncadas injustamente. Eithan me acunó y me

consoló, con caricias y besos de cariño, mientras mi mente iba a muchas revoluciones. Perdí la noción del tiempo que pasó.

—Por eso el invernadero de la casa estaba removido… —Jadeé.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó en tono muy bajo, sin dejar de acariciarme la espalda, mientras que con el otro brazo me mantenía pegada a él.

—El último día que estuve en la casa fue cuando Nicolás me llamó para completar la venta. Fueron los días que tuve libres, a tu llegada a la sucursal.

—Sí.

—Quise despedirme de la vivienda, antes de darle las llaves definitivamente a Nicolás. Hacía años que no iba y, aunque hice fotografías para el recuerdo, necesitaba volver —susurré—. Con el cambio tan drástico que dio mi vida después del accidente, no quise tener nada que ver con el pasado, aunque me costara desprenderme de la casa por lo que representaba.

»Yo… Tessa me acompañaba ese día y recorrí el interior, grabándome en la memoria cada estancia y detalle, a pesar de que estaba vacía, a excepción de algunos muebles. Todo se encontraba como lo dejé años atrás, todo menos una cosa: el invernadero.

—¿Qué viste? —Me agarró por detrás de la cabeza cuando me apreté a él.

—El invernadero lo construyó mi padre para mi madre, era la pasión de ella —continué con dificultad, con un gran nudo en la garganta—. Mi madre siempre lo mimó, lo sé por cada una de las fotografías que tengo en las que aparecía ella sola en él, y los dos. Tenía devoción por ese lugar y lo cuidaba mucho.

»Cuando accedí al interior hace poco tiempo, todo estaba removido. Los maceteros no estaban en línea como la última vez que los vi tiempo atrás, al final de los pasillos había varios tirados en el suelo, rotos, con la tierra removida y no solo por el impacto de la caída. Alguien lo hizo y me extrañó porque supe que no lo había provocado ningún animal, pero una vez que me alejé de la casa no quise darle mayor importancia. ¿Quién querría mirar entre macetas y tierra? —Encogí un hombro.

»Todo estaba muerto y seco en el interior del invernadero, el gran armario del fondo que iba de pared a pared solo contenía cosas de jardinería. No vi en ningún momento la caja que los actuales dueños encontraron, ellos lo hicieron cuando echaron abajo el invernadero. No tengo ni idea de dónde la escondieron mis padres, pero ha faltado muy poco para que no cayera en mis manos. ¿Y si nunca hubiese llegado a mí?

—No pienses en eso, solo en que sí la tienes y en que gracias a Drako estamos aquí, descubriendo sobre la marcha las cosas. Estoy seguro de que, si Drako no hubiese volcado la caja, con el tiempo, de una forma u otra, el resultado habría sido el mismo. —Hizo una pausa—. Yo también creo que lo del invernadero está vinculado, no se puede pasar por alto.

»¿Quién entró? No tengo ni puñetera idea, pero dada la importancia de lo que contenía el interior de la caja… En realidad, no sé qué es lo que hemos

encontrado, pero está claro que por lo que hemos oído de tus padres, por las molestias y el cuidado que tuvieron.

»Además, por lo complicado que es formar el número de teléfono al que querían que llamaras, esto se nos va de las manos, a los dos —asentí despacio, con la mejilla sobre su hombro—. Quien quería encontrar lo que contenía la caja no pudo, tus padres se encargaron bien de que no sucediera.

Le di un beso en el cuello y nos quedamos en silencio. Me acomodó contra su cuerpo y pasó otro buen rato sin que nos moviésemos. Ninguno de los dos queríamos separarnos, pero teníamos cosas que hacer.

Me aparté despacio y solté un suspiro.

—¿Puedes…?

—Voy. —Interpretó perfectamente lo que le iba a pedir.

Cerró el vídeo y la carpeta, y sacó con seguridad el USB de la ranura. Lo dejó en mi mano. Me lo guardé en un bolsillo del abrigo y sin levantarme de sus piernas, me moví para quedarme frente a la mesa.

Nerviosa, esparcí todas las hojas por la superficie, empezando a buscar los dichosos números.

—Aquí —dijo Eithan apuntando con un dedo una línea, mientras sacaba con la otra mano una libreta pequeña de un cajón.

—Posición cuatro, número uno —dije y lo anotó para ir completando el número.

Nos concentramos en revisar todas las hojas, había muchas y la mayoría no tenían datos importantes, al menos para nosotros. Nos había quedado claro que no sabíamos descifrar el contenido, lo que no le sucedería al tal Adrián.

En unos quince minutos tuvimos el número de teléfono anotado, los dos lo miramos como si por sí solo, fuese a decirnos algo. Saqué el móvil del bolso que llevaba cruzado al pecho y lo desbloqueé.

—Pon el altavoz —me pidió y asentí.

Tecleé los números y activé el altavoz. Lo único que se escuchó en el despacho fueron los tonos de llamada.

—Diga —respondió una voz masculina—. ¿Hola?

—Hola —hablé y carraspeé para aclararme la voz.

La línea se quedó en silencio, imaginé que esperaba que yo añadiera algo más.

—¿Adrián?

—Sí, ¿quién eres?

—Yo… Soy la hija de Daniel y Emma. Te llamo por ellos.

Esta vez el silencio fue por su parte, uno que alargó bastante. Imaginé que estaba procesando lo que acababa de oír. Y mi propio nombre de sus labios me hizo cerrar con fuerza los ojos.

—¿Ibbie?

La mano de Eithan volvió a acariciarme la espalda y me animó a que continuara con un asentimiento.

—Sí.

—Joder. ¿Cómo estás? ¿Y dónde? ¿Va todo bien? Espera…

Lo escuchamos moverse y algunos sonidos del exterior.

—Ya podemos hablar.

—Acabo de descubrir ciertas cosas de mis padres, aunque otras no tengo ni idea y como he conseguido llegar hasta tu número de teléfono gracias a ellos, por lo que me dejaron hace años… Pues pienso que puedes aclararme todas las dudas que tengo. No sé.

—¿Dónde estás? —insistió en una de sus preguntas.

Le dije la ciudad, sin entrar en los detalles de lo que tenía en mi poder.

—Estoy a unos cuarenta minutos, si me esperas…

—Aquí estaré.

—Perfecto, me pongo en marcha en cuanto colguemos. Como bien has dicho, si me has llamado es porque tienes algo más que mi número. ¿Correcto?

Dudé porque me parecía demasiado extraño todo, pero al final me tranquilicé recordando las palabras de mis padres. Los dos tenían claro que podía fiarme de Adrián y eso iba a hacer, porque me habían protegido hasta el final e incluso más. ¿De qué? Pues yo qué sé.

—Sí —respondí en tono bajo y soltó un largo suspiro.

—¿Me estás llamando desde tu número de teléfono?

—Sí —volví a afirmar.

—Vale, pues cuando estacione allí, te llamo para encontrarnos. ¿De acuerdo?

—Dile que venga para aquí —me susurró Eithan y asentí.

Le di los datos del banco, diciéndole que me llamara antes para ir a por él a la entrada principal. Le pareció buena idea porque estaríamos solos y nada nos interrumpiría.

—Llegaré en menos de una hora.

—Vale —suspiré.

—Ibbie…

—¿Qué?

—Yo fui el que grabó a tus padres, estaba detrás de la videocámara. —Contuve el aliento.

—Entonces sabes…

—Todo, sí. Nos vemos en un rato.

Esas fueron sus últimas palabras antes de colgar. Eithan me quitó el móvil de las manos y me agarró la cara. Me la giró hacia la suya y sus ojos recorrieron todas mis facciones, despacio y con detenimiento.

—Ya está hecho —murmuró.

—Eso parece. —Cogí una bocanada de aire.

—Salgamos del banco hasta que se aproxime la hora, ¿de acuerdo? —asentí—. Nos vendrá bien despejarnos.

—¿Qué hacemos con todo esto? —dije mirando la mesa.

—Vamos a recogerlo y lo dejamos en mi caja fuerte.

Se levantó tirando de mí y nos dedicamos a agrupar todas las hojas. Las colocamos desordenas en las carpetas y con ellas y la caja, seguí a Eithan hasta una pequeña sala a la que se accedía solo por su despacho.

Me dejó impresionada ver la seguridad que tenía, pero bueno, teniendo en cuenta de que estábamos en un banco importante y todo lo que había en el edificio… Eithan tocó el lateral de una pared, pero no lo era en realidad. Se deslizó ante nosotros, haciendo visible una gran caja fuerte.

—Solo se puede abrir con mi huella dactilar —me aclaró.

—Ah. —Fue lo poco que dije, haciéndolo sonreír.

Tecleó un código largo numérico en el frontal de la caja y después giró varias veces, en distinto orden, unas manecillas que había en un lateral. La

caja fuerte se desbloqueó al instante, le di las carpetas y la caja.

Una vez guardado y asegurado todo, salimos de esa pequeña sala, dejándola como cuando habíamos entrado.

—A pocos metros de aquí hay un bar al que suelo ir bastante —comentó.

Me agarró de la mano y tiró de mí. Dejamos atrás su despacho y recorrimos el camino que nos llevaba hasta la planta principal.

—¿Vives en una casa o en un piso? —me dio por preguntar.

—Casa —respondió mirándome de reojo, mientras nos acercábamos a la puerta principal—. Está a las afueras —asentí—. Había pensado que, como terminaremos tarde, no hay prisa para regresar. ¿Para qué vamos a hacer tantos kilómetros de noche? Podemos descansar en mi casa, quedarnos a dormir y mañana volver.

—Me parece buena idea.

—Cuando estemos en el bar, avisa a Tessa, para que no esté esperándonos.

—Sí. —Le sonreí.

Quitó los cerrojos, conectó la alarma y apagó las luces. Una vez en la calle, cerró con llave todas las cerraduras y empezamos a caminar por la acera.

—¿Cómo lo llevas? —Me rodeó los hombros con un brazo.

—Estoy desconcertada y fuera de lugar, pero bien. Creo. —Me dio un beso en la cabeza.

—Todo va a ir bien. —Me apretó a su cuerpo.

—Gracias por estar a mi lado, por acompañarme en esto. —Levanté la cabeza para mirar el perfil de su cara.

—En esto y en todo lo que pertenece a tu vida, Ibbie. Que no se te olvide nunca.

Sus palabras me emocionaron y parpadeé rápido varias veces, para contener la humedad de los ojos.

Capítulo 31

Eithan

—Es raro —dijo.

—¿El qué o te refieres a todo en general? —le pregunté mientras me llevaba la jarra de cerveza a los labios.

La camarera del bar acababa de traernos una a cada uno, junto con un cuenco de patatas chips y otro con olivas. Estábamos en la terraza.

—Descubrir que, aunque no hubiese perdido la memoria y mis recuerdos, no sabría realmente quiénes eran mis padres.

—Lo hicieron para protegerte. —Coloqué la jarra en la mesa.

—Soy consciente de ello y, en parte, lo entiendo. El problema es que no tengo ni idea de qué exactamente me han protegido con tanto esfuerzo desde incluso antes de nacer y la verdad, no sé si quiero saberlo. —Sacudió

la cabeza—. Mi vida es muy normal y todo esto me parece una locura —soltó un suspiro, antes de darle un sorbo a su cerveza.

—Es necesario que lo sepas, Ibbie. Según tus padres, Adrián es clave en todo esto y el único al que puedes acudir. Necesitas respuestas y liberarte de una carga que no tenemos ni idea lo que puede llegar a abarcar.

—Sí. —Hizo una mueca.

—¿Te ha respondido Tessa?

—No. —Desbloqueó su teléfono. Estaba en la mesa—. Ah, aquí está. —Sonrió cuando apareció en la pantalla una llamada silenciosa de su amiga. Tenía el móvil en silencio.

Recosté la espalda en la silla y la observé con atención, mientras hablaba. Le hizo un resumen rápido hasta este instante y después de una pausa en silencio escuchando a Tessa, Ibbie le dijo nuestros planes de quedarnos hoy en la ciudad, en mi casa.

—¿Qué tal? —Quise saber cuándo colgó.

—Bien. —Volvió a sonreír—. Estaba en la ducha —asentí—. Con el tiempo que hace que la conozco, todavía me sorprendo de que siempre vaya muchísimos pasos por delante de todo.

—¿Te ha dicho algo nuevo?

—No mucho. Me ha asegurado que estoy haciendo lo correcto y de que voy por buen camino. Me ha pedido que esté tranquila porque voy a cerrar una etapa importante del pasado, para poder volver reforzada al presente.

—¿Te parece poco? —Arqueé una ceja, con expresión divertida.

—No. —Rio—. Hay algo que no me está diciendo…

—Ya sabes lo que comentó, que todavía quería reservarse cosas. No creo que sea la primera vez que le pasa —negó pensativa.

—A Tessa no le gusta dar pasos en falso.

—Es lo más normal, tiene que ser muy complicado afrontar lo que le llega a ella. Quédate con lo que has dicho, nunca va a perjudicar una situación por equivocarse.

—Lo sé, pero tengo una sensación aquí… —Se tocó con la mano por encima del pecho—. Es como si supiera que lo que se guarda para ella es muy importante para mí. —Hizo una mueca—. No quiero presionarla, así no funciona su habilidad.

—Tienes que intentar relajarte. —Apoyé los brazos en la mesa y le agarré una mano—. Lo de hoy está saliendo bien, aunque sea desconcertante e

inesperado, y con Adrián tienes a tu alcance algo que ni siquiera podías imaginar. Una vez cierres esta etapa, como ha dicho Tessa, podrás continuar con tu vida, con la que has creado.

—El dinero de la caja es legal.

—Eso parece.

—Pero hay mucho y está en efectivo. No lo acompaña ningún documento. ¿Cómo voy a demostrar que es mío? ¿Tendré problemas si lo ingreso?

—No lo hemos comprobado, pero lo haremos después.

—¿Qué quieres decir?

—Que si lo que he pensado es correcto, ese dinero ya estará a tu nombre. Y voy un paso más allá, estoy seguro de que también estás vinculada a la tarjeta que dejaron tus padres para que la encontraras. Lo que quiere decir, que también constarás en la cuenta que tenían en mi banco. Dudo que dejaran algo tan importante en el aire.

—¿Tú crees? —Agrandó los ojos—. Pero nunca lo he declarado como mío.

—No te preocupes, puede que no seas la titular oficial de ese dinero. Cabe la posibilidad de que alguien más lo gestione.

—¿Adrián?

—Podría ser, no queda mucho para que lo sepamos.

—Entonces, sí él sabía de la existencia de lo que había en la caja fuerte del banco, ¿cómo es que no cogió todo lo demás que dejaron mis padres? No lo entiendo.

—Puede que los tres fueran titulares de la cuenta para que tú no tuvieses problema en el futuro, lo que no quiere decir que él tuviese plena autoridad para acceder a la caja fuerte. Los trámites varían y hay muchas excepciones, Ibbie. Podría hacerte una lista de todas las posibilidades. Doy por hecho que esto es lo que sucedió. Con la muerte de tus padres, Adrián habrá declarado año tras año el dinero, a la espera de tu aparición.

—¿Por qué no me buscó él? —Frunció el ceño.

—Quizás le pidieron que no lo hiciera, para añadir más protección a tu vida. —Las arrugas de su frente se acentuaron—. No tengo una respuesta buena y clara.

—Ya… Joder, no me gusta tener tantas dudas. —Bufó.

—Vamos a terminar aquí para ir al banco, a esperarlo, queda media hora.

—Sí.

Eso hicimos, nos bebimos las cervezas, mientras vaciábamos los cuencos. Le di un giro a la conversación para que desconectara un poco de todo lo relacionado con sus padres. Le hablé de mi casa, de la que le di una breve explicación de cómo era. Por su expresión, al escucharme, supe que le entraron ganas de descubrirla por ella misma.

Cuando nos fuimos de la terraza del bar, nos dirigimos directamente a la sede del banco. Faltaban pocos minutos y una vez dentro, en la planta principal, Ibbie aprovechó para recorrerla, mirando de cerca todo lo que encontraba. Yo me quedé con la espalda apoyada cerca de la entrada, siguiendo con la vista sus movimientos y apreciando todos sus gestos.

—Es él —dijo de repente, al sacar el móvil del bolsillo del abrigo—. Está aquí. —Miró hacia la puerta.

Asentí y fui a abrir. Al otro lado apareció un hombre de mediana edad, el que, haciendo un cálculo mental, podía corresponderse con la edad que tendrían los padres de Ibbie hoy día.

—Hola, soy Adrián. ¿Ibbie?

—Aquí. —Se acercó rápido.

—Adelante. —Me aparté para que entrara—. Mi nombre es Eithan. —Le ofrecí una mano, después de echar los cerrojos.

—Encantado —asintió aceptando mi gesto.

Cuando separamos las manos, se giró hacia Ibbie.

—Eres… —habló en tono bajo— Sigues pareciéndote tanto a ella… —Sonrió, y el cariño se reflejó en su sonrisa y su mirada.

—Gracias —susurró, nerviosa.

—Sé que para ti soy un desconocido, pero cuando eras pequeña era habitual en tu vida. Eso varió en los cuatro o cinco años antes del accidente debido a mis obligaciones, pero continué estando en cierta manera a través de tus padres.

—¿De verdad? —Agrandó los ojos— Yo… —Tragó saliva.

—Sé lo que te sucedió.

—¿Cómo? ¿Por qué no…?

—¿Qué os parece si vamos a un lugar más cómodo para hablar? —propuse, con la intención de darle algo de tiempo extra a Ibbie.

Después de que ambos asintieran, cogí la delantera para llevarlos a mi despacho. Dentro del ascensor la acerqué a mí. Noté el pequeño temblor de

su cuerpo y se lo rodeé con los brazos, por la espalda.

Nos llevó poco tiempo entrar en mi despacho, en el que les pedí que se acomodaran, señalando el sofá que había en un lateral. Yo arrastré la butaca que había cerca del ventanal y me puse frente a ellos.

—¿Si sabías lo que me sucedió porque nunca me buscaste? —continuó Ibbie.

—Tú no querías —respondió Adrián.

Me puse en tensión y me levanté para ir hacia uno de los muebles bajos.

—¿Os apetece algo de beber? —les pregunté.

—Agua —pidió Ibbie.

—¿Algo más fuerte? —Me dirigí a Adrián.

—No estaría mal. —Me sonrió agradecido, y asentí.

Para él y para mí eché hielo en dos vasos y varios dedos de *whisky*. Con ellos y con un botellín de agua regresé junto al sofá. Le ofrecí a cada uno su bebida y me acomodé en la butaca.

—Estuve detrás de la puerta de tu habitación del hospital al poco de que te despertaras, después de librar una gran batalla y vencer —habló Adrián —. En aquel momento el médico que estaba a cargo de ti me pidió que no me acercara. Lo primero de todo era comprobar cuál era tu estado. —Hizo una pausa—. Después de que hablara contigo y de darse cuenta de que al abrir los ojos habías perdido la memoria, volvió a pedirme más tiempo porque podía ser contraproducente para ti.

»Ibas a verme como a un desconocido, y los dos comprendimos que lo mejor era mantenerme al margen. Por lo que me dijo, es como él suele trabajar, les da unos días a los pacientes para ir poco a poco, para adentrarlos en todo lo que han olvidado. Tú no le diste la oportunidad. —Ibbie tragó saliva y apretó sus dedos entrelazados—. Después de que te contara que tus padres habían muerto en el accidente, le dejaste muy claro que no querías saber nada más.

»Esas fueron las palabras que me trasladó tu médico, las mismas que yo escuché porque estaba cerca. Esperé varios días, pero te reafirmaste en la decisión porque no recuperaste ni un recuerdo. Durante todo el tiempo que estuviste en el hospital no quise dejarte sola en esas condiciones, aunque no sabías de mí, estaba muy cerca las horas que podía.

—Lo siento —susurró Ibbie. Se retiró varias lágrimas.

—No tienes que disculparte. —Le sonrió con cariño Adrián—. Lo comprendí, no puedo ponerme en tu situación porque es muy difícil llegar a entender cómo de la noche a la mañana puede cambiar todo tanto. De tener una vida completa, a pasar a otra en la que tienes que empezar de cero, creyendo la información que te dan los médicos porque no tienes nada más a lo que aferrarte. Fue un golpe tras otro los que te llevaste al abrir los ojos,

dolorida de cuerpo y angustiada y con ansiedad por tu situación. Es comprensible.

—Cuando le pregunté a mi médico qué era lo mejor, me dijo que hasta que no saliera de la negación era preferible que no buscara a las personas de mi pasado más cercano, como tampoco respuestas. Hacerlo podía afectar a mi posible recuperación —negó Ibbie—. Me aferré a eso el primer día, pero después fui yo la que quiso continuar sin saber.

»Se lo dejé claro a todos los que me atendían, los avisé de que si aparecía alguien, no quería verlo. Nunca recuperé la memoria, pero sí que es verdad que tuve claro que no quería estar cerca de alguien a quien no reconociera. Sabía que sería muy doloroso para los demás y que yo no podría sentir lo mismo, o más bien nada —susurró—. Era muy duro tener que soportar que esperaran algo de mí que no podía darles.

—Tus padres estarían orgullosos de ti.

—Gracias.

Me incliné hacia delante para quitarle la botella de agua de las manos. Estaba intentando abrirla, pero no lo conseguía. Cuando aflojé el tapón, se la di, entonces bebió un sorbo.

—¿Qué pasó? ¿Quiénes eran? Desde que encontré la caja en la que colocaron lo que me ha traído hasta aquí, yo… —negó.

—Todo lo que voy a decir a continuación no le hace sombra a lo mucho que te querían y te adoraban. Quiero que lo tengas claro, tus padres siempre te pusieron por delante, incluso de ellos.

Me levanté de la butaca y me puse a su lado en el sofá. Le di un beso en la cabeza y le rodeé la cintura con un brazo. No tardó en pegarse a mí.

—Tus padres trabajaban como espías. —Al escuchar esa bomba de información, Ibbie se puso rígida entre mis brazos y soltó un jadeo—. Si sirve de algo, la información clasificada que obtenían era para los buenos. —Nos hizo un guiño. Ibbie se relajó al instante.

»No voy a entrar en muchos detalles, solo os diré que en la última misión que llevaron a cabo algo se desvió, tanto, que se vieron forzados a apartarse del mundo entero. Sus identidades estaban a salvo porque en el trabajo utilizaban falsas, pero, aun así, eso no impidió que dieran con ellos y contigo.

—¿Y tú?

—Los tres formábamos un equipo, yo era, por así decirlo, la vía que tenían ellos para hacer llegar la información cuando estaban de servicio. Soy policía, trabajo en una unidad especial. La noche del accidente yo estaba cerca de vosotros, os seguía a una distancia prudencial. Vi cómo sucedió y fui detrás de los culpables. Nadie supo que sobreviviste, esa noche no dejé a ninguno vivo para que pudiera plantearse esa posibilidad. Tu identidad estaba y continúa a salvo.

—Alguien quería encontrar lo que tenemos ahora nosotros, entraron en el invernadero de mi madre, en la casa —le contó precipitadamente Ibbie.

—Fui yo. —La dejó callada de golpe.

—¿Tú?

—Sí —soltó un suspiro—. Sabía que la casa estaba vacía y necesitaba encontrar las últimas pruebas que recabaron y que guardaron muy bien por tu seguridad. Durante todos estos años he intentado olvidarme de ello y seguir con mi equipo adelante, pero hace unas semanas cayeron varios agentes infiltrados y los culpables son los mismos a los que se enfrentaron tus padres.

»Puedes sentirte orgullosa de ellos, fueron los únicos que consiguieron lo necesario para derrotarlos. Por eso entré en el invernadero, sabía que en el interior de la casa no encontraría nada. Pero no conseguí lo que buscaba entre las macetas, lo que sería la solución para dar un duro golpe al eje principal de la organización.

—Me está costando procesarlo todo… —negó Ibbie.

Se levantó nerviosa y empezó a caminar de un lado al otro. Vi su mirada de reojo desconcertada. Me incorporé despacio, de la misma forma que me acerqué a ella.

—Perdona, Adrián, es demasiado para ella en poco tiempo —me disculpé.

—Tranquilos, lo entiendo.

Se llevó el vaso a los labios con expresión preocupada, mientras yo me ponía delante de Ibbie.

Capítulo 32

Ibbie

La cabeza me iba a estallar con todas las vueltas que le estaba dando a todo. Me la agarré, pero Eithan se puso delante de mí y me abrazó. Ante su cercanía y su contacto, lo demás se ralentizó, tuve un poco de calma.

Cuando me aparté, lo miré a los ojos fijamente y durante unos segundos que parecieron interminables, ninguno de los dos apartó la vista del otro.

—Necesito beber, el agua es una mierda —dije de repente y me separé de él.

Fui hasta el mueble donde Eithan había sacado la bebida para preparar las copas y, una vez tuve la botella en las manos, le quité el tapón y bebí directamente de ella. La garganta me ardió y cerré los ojos.

Nota aclaratoria: odio el *whisky*. Aunque en los labios de Eithan podía degustar su sabor eternamente.

—¿Estás mejor? —me preguntó Adrián y dirigí la vista hacia él.

—Todo lo bien que puedo estar al saber que mis padres eran espías y que los mataron a traición, lo que provocó que mi vida cambiara drásticamente. —Volví a dar otro trago.

Caminé hacia Eithan que no apartaba los ojos de mí, imaginaba que mi comportamiento y mi expresión no eran los mejores para calmarlo.

—¿Quieres? —Levanté la botella de *whisky*, ofreciéndosela.

—No, y tú, después de algún trago más, deberías soltarla.

—Ajá. —Fue mi respuesta, antes de volver a moverme por el despacho—. ¿Quién era el superior de mis padres? —pregunté aleatoriamente sobre una de las dudas que me rondaban.

—Uno por encima del mío.

—¿Cómo se llama? Solo quiero saber más sobre ellos. —Me paré delante de Adrián, al ver su expresión desconcertada—. No tengo ningún recuerdo, necesito crear nuevos.

—No sé si es lo más conveniente. —Hizo una mueca preocupada.

—Por favor… Es lo único que puedo saber, el pasado para mí no existe.

—De acuerdo. —Me miró con comprensión—. El jefe de ellos se llama Arturo, quien todavía dirige el departamento al que pertenecían tus padres, desde la central principal, que está a unos cuarenta minutos de aquí.

—Gracias —solté un suspiro.

—Ibbie… —dijo Eithan.

—Estoy bien. —Levanté la botella hacia él, pero no para dársela. Volví a beber.

Me aparté de Adrián, con muchos pensamientos en la cabeza. Intenté ordenarlos, en ello estaba cuando me despisté para comprobar un presentimiento que tuve. Por primera vez igualé a Tessa y no me equivoqué. Sujeté la botella de *whisky* debajo del brazo y saqué el móvil del bolso.

Tragué saliva y levanté la mirada hacia la cristalera. El día empezaba a oscurecer, aunque todavía había luz en el exterior. Como había supuesto, tenía varias llamadas perdidas de Tessa, más concretamente seis, y un mensaje de texto que, sinceramente, no me hacía falta abrirlo para saber lo que iba a encontrar en él. Lo había intuido por mí misma, por desgracia, demasiado tarde. Volví a tragar saliva y me armé de valor para acceder al mensaje.

Tessa: *¡¡Nooo... Ibbie!! ¡¡Joder, nooo…!! No te enteras de las llamadas, debes tener el teléfono en silencio. ¡Y no me sé el puñetero número de Eithan! Escúchame, ¡es un jodido error! Aléjate de ahí, de ese tío y de esa ciudad. Por favor, cariño. Al poco de colgar la llamada contigo, lo he sabido y… Mierda, al no poder localizarte, he llamado histérica a Liam y hemos salido para allí. No estamos ni a la mitad del camino. Liam está pisando el acelerador a tope, pero no llegaremos pronto. Ese hombre, el amigo de tus padres, es el mal.*

—Buenooo… —Alargué la palabra al pronunciarla—. Se está haciendo de noche y estoy cansada —volví a hablar, guardando el móvil en el bolso, muy despacio—. Vamos a darte todo lo que tenemos —me giré hacia Adrián— y nos vamos —asintió varias veces.

»Eithan, Tessa está a punto de llegar. Tengo varias llamadas de ella y un mensaje muy específico. —Fijé la mirada en él y después de unos segundos lo vi en sus ojos, supe que entendió lo que estaba pasando—. Liam la acompaña, vienen directos hasta aquí. ¿Puedes traerme de la sala algo de metal para poder abrir la caja para Adrián?

—Por supuesto —asintió serio, sin apartar la vista de mí—. Ahora mismo vuelvo.

Se giró y se dirigió rápido hacia la pequeña sala donde tenía su caja fuerte personal. Recé para que tuviese algo más en el interior con lo que poder defendernos. Yo no había visto nada, pero…

Volví a llevarme la botella a los labios, mientras devolvía la atención a Adrián. Estaba atento a mí y le sonreí.

—Has dicho que grabaste tú el vídeo de mis padres.

—Sí.

—¿Sabes cuánto tiempo transcurrió desde ese momento hasta que mis padres prepararon lo que querían que yo encontrara algún día?

—Yo diría que… —Se quedó pensativo—. Fue bastante seguido, quizás en cuestión de días. No estoy seguro de las fechas, ha pasado mucho tiempo.

—Vale —solté un suspiro largo.

—Ibbie… —Busqué con la mirada a Eithan—. Lo tengo todo.

La determinación con la que habló me hizo sonreír un poco.

—Estupendo, gracias —le susurré.

Eithan caminó hasta su mesa, donde colocó las carpetas y la caja mediana. Adrián se levantó del sofá y se acercó. Eithan se apartó un paso atrás para dejarle espacio y se quedó a su espalda. Cuando pasé por el lado de los dos,

Eithan me quitó la botella de la mano, con un guiño. Me indicó con un gesto que me pusiera al otro lado de la mesa y lo hice.

Adrián dio por hecho que Eithan ya había abierto la caja porque la tapa estaba un poco levantada. La apartó y, al quedarme frente a él, vi la confusión en su expresión. La caja estaba completamente vacía, no había rastro del dinero. La arrastró a un lado y abrió la primera carpeta.

—¿Qué…? —Empezó a decir, pasando las páginas.

Eithan, aparte de sacar el dinero y de guardarlo en la caja fuerte, también había sustituido los folios importantes de las carpetas. Había colocado otros en blanco, estos últimos eran los que estaba viendo Adrián.

—Eres un farsante —dije de repente.

—¿Cómo? —Levantó rápido la cabeza hacia mí.

—Traicionaste a mis padres. —Ante mis palabras se tensó.

—¿Qué dices, Ibbie? Éramos amigos. Ya te he explicado…

—Ese fue el fallo de ellos, confiar en que lo erais, mientras tú te dedicabas a traicionarlos por la espalda. —Apreté los puños a los lados del cuerpo—. Cuando grabaste el vídeo en el que me hablaban, todavía los tenías engañados porque en él me pedían que me pusiera en contacto

contigo, como si fueras la única persona en la que podía confiar. Por eso lo he hecho en cuanto lo he visto.

—Y así es, tanta información te está confundiendo —negó varias veces.

—No lo creo. ¿Sabes? Es una ventaja muy grande no tener sentimientos antiguos que puedan afectarme, confundirme o hacerme dudar. —Sonreí con ironía—. Por primera vez en mi vida, o al menos desde que me desperté sin memoria, agradezco que me sucediera. —Cogí aire varias veces, mientras él se incorporaba. Eithan continuaba a su espalda, con la botella de *whisky* bien agarrada por el cuello.

»Lo que no sabes es que mi madre me escribió una carta, la que encontré con la tarjeta de la caja fuerte que corresponde a este banco. —Acaricié la mesa con los dedos—. Me pregunto si esos últimos años que has dicho, los que te mantuviste más alejado de nosotros, fue por tus remordimientos.

—¿Cómo?

—Sabía que no tenías ni idea de lo de la carta. En ella mi madre no escribió nada importante referente a ti, ni siquiera te mencionó.

—¿Entonces a qué viene todo esto? Entiendo que es mucho y muy complicado de asimilar, pero… ¿dónde está lo que habéis encontrado? —Colocó la mano sobre los folios en blanco.

—Bien guardado. —Sonreí de medio lado—. Nunca va a caer en tu poder, ¿y sabes por qué? Porque mataste a mis padres aquella noche para

conseguirlo. Sí, seguramente antes del accidente ibas detrás del coche que conducía mi padre, a cierta distancia, como me has dicho, pero no para protegernos. Tu finalidad era otra muy diferente, y ni siquiera tuviese que perseguir a los que nos echaron de la carretera. Fuiste tú.

—No sabes lo que estás diciendo… —Apretó la mandíbula.

—Voy a repetir algunas de las palabras textuales que me escribió mi madre en la carta, cuando aún no sabía la verdad sobre ti. Espero que ninguno de mis padres pudiese anticipar tu traición, que no se fueran perturbados. Por primera vez, de nuevo, agradezco que aquella noche sus muertes fueran rápidas, para que no sufrieran al enterarse de la verdad que escondías. Aunque por desgracia, algo me dice que no fue así, y tengo la sensación de que simplemente no les dio tiempo a poder reaccionar, para venir hasta aquí y hacer desaparecer el USB con la grabación.

»Era lo único que me haría ponerme en contacto contigo, como me pedían por mi protección. Estabas tan desesperado… Solo alguien que lo está, hace el destrozo que vi en el invernadero. Estoy convencida de que la información que ahora está en nuestro poder te delata y te señala directamente. ¿Sobre qué? No tengo ni idea y no me interesa saberlo.

»En una de las tantas palabras que me escribió mi madre, únicamente se refería a mi padre y a ella. Decía: «*éramos, somos y seguiremos siendo un equipo, allá donde nos lleve la vida o la muerte».* —Hice una pausa, con la respiración alterada por la rabia.

»Mi madre remarcó un equipo de dos, no de tres, como tú has dicho. Mi corazón me dice que intuía algo, seguramente los dos lo hacían, aunque no

supieran a ciencia cierta de qué se trataba. Llegado el momento, no tuvieron mucho tiempo, por desgracia, tenían la muerte demasiado cerca.

»¿Por qué? —Los ojos se me nublaron—. Eran tus amigos de años, ¿por qué los mataste? ¿Cómo pudiste traicionarlos? Lo único que tengo claro es que a mí me dejaste vivir para que llegara este momento, el que, por cierto, no va a salir como llevas años queriendo. Imagino que estás metido en mucha mierda.

Se movió muy rápido, se giró hacia Eithan mientras sacaba algo de debajo de la chaqueta. Solté un jadeo temiendo por Eithan, pero él fue mucho más rápido. Ya lo estaba esperando, por lo que estrelló con fuerza la botella de *whisky* en la cabeza de Adrián. Se tambaleó por el impacto y Eithan volvió a darle un golpe seco. Cayó al suelo inconsciente y corrí hasta Eithan.

—¿Estás bien? —Lo abracé.

—Sí —afirmó en tensión—. Vamos a llevarlo a la sala pequeña de la caja fuerte y nos vamos del despacho.

—Pero…

—Estará encerrado, voy a activar el sistema de bloqueo de seguridad. —Me dio un beso rápido en los labios.

Agarró a Adrián de los pies y tiró de su cuerpo. Lo dejó tumbado dentro de la sala y cerró la puerta. Hasta ese momento no me fijé en el pequeño panel numérico que había en la pared. Eithan tecleó un código y

automáticamente se escucharon varios sonidos, como si la puerta se hubiese quedado sellada, lo que no dudaba.

Solté un pequeño grito y corrí hasta él. Salté sobre él y me cogió al vuelo.

—Quería que sacaras algo de metal para defendernos, a poder ser puntiagudo. No que utilizaras una botella de *whisky* —hablé sobre la piel de su cuello.

—No es que tenga armas guardadas por los rincones —habló con tono divertido—. Ya está, ha funcionado y la botella habría aguantado varios golpes más. Está intacta —susurró sobre mi pelo.

Apreté los brazos y las piernas alrededor de su cuerpo y de esa forma empezó a caminar. Salimos de su despacho en silencio y del edificio. Los dos necesitábamos respirar el aire de la calle y nos sentó bien, hasta que no nos tranquilizamos, no me soltó.

—Voy a llamar a la policía — dije, sacando el móvil.

—Estaría bien para que sacaran la mierda.

—Sí. —Sonreí.

—¿Cómo lo has sabido? —Me agarró de la nuca.

—No lo sé… Al principio ha sido una intuición, y después he empezado a pensar en todo y en los tiempos… Yo… podría haberme equivocado, pero el mensaje de Tessa ha sido muy esclarecedor.

—Pero no te equivocaste antes de saberlo por Tessa. —Me acercó a él—. Y me has puesto cachondo.

Mi jadeo murió en su boca, la que cubrió la mía por completo. El beso fue abrasador y me dejó temblorosa, con muchas ganas de más, pero primero teníamos que solucionar los problemas. También tenía que llamar a Tessa con urgencia, para que no les diera algo a ella y a Liam.

Fue lo primero que hice, marcar su número para tranquilizarlos. La conversación fue breve porque le dije que necesitaba llamar a la policía. Después de asegurarle que estábamos bien y de que cuando llegaran se los explicaríamos todo, marqué el número de teléfono que me numeró Eithan.

Correspondía a la central principal de la policía de la ciudad, la que mencionó Adrián, por lo que pedí hablar directamente con el que fue el jefe de mis padres: Arturo.

Capítulo 33

Eithan

—Joder, ¿seguro que estáis bien? —me preguntó de nuevo Desmon.

Desde que lo había llamado para explicarle lo sucedido, había perdido la cuenta de cuántas veces había hecho la misma pregunta, en cuestión de minutos.

—Sí —volví a confirmarle.

—No sabes cómo nos alegramos, tío —dijo Maison.

—Lo sé. —Sonreí de medio lado—. Ha sido una locura, pero hemos tenido la suerte a nuestro favor.

—Bendita suerte —soltó un suspiro Desmon.

—¿Habéis salido a cenar? —les pregunté.

—Sí, estamos en un restaurante del centro —respondió Maison.

—Vale, disfrutad. Desmon…

—¿Sí?

—Mañana necesito que me cubras en la sucursal. Ahora le enviaré un mensaje a Cameron, para avisarle.

—Sin problema, estaré puntual —confirmó y sonreí.

—Gracias.

—Gracias, dice. —Soltó una carcajada—. Te recuerdo que trabajo para ti, para algo me pagas —habló con humor.

—Ya veremos si después de tanto tiempo sabes encender un ordenador. —Se metió con él Maison.

—Mira qué gracioso —se quejó—. Estáis que os salís. —Bufó.

—Os dejo. Los amigos de Ibbie, Liam y Tessa, han llegado hace poco. Cenaremos y mañana será otro día.

—De acuerdo, tened cuidado con la vuelta.

Colgué después de varias despedidas más. Entré en la aplicación de mensajes para enviarle uno a Cameron. Le informé de que mañana me era imposible ir a la sucursal y de que Desmon, una persona de mi total confianza que trabajaba para mí, se haría cargo de mi puesto para adelantar trabajo. También añadí que Ibbie faltaría, pero me reservé darle más datos. Lo único que le dije es que se lo explicaría bien el próximo día que nos viésemos.

Una vez hecho, me guardé el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Me pasé una mano por el pelo, pensativo, con la mirada fija en la oscuridad del jardín.

Estábamos en mi casa, a las afueras de la ciudad. Tanto la construcción como la zona verde que la rodeaba ocupaban bastante terreno. Fuera, el silencio era absoluto, aunque en este momento lo interrumpían las voces de las personas que me esperaban en el salón. Me tomé unos segundos en soledad. Con el tiempo que había pasado desde lo del banco, tenía controlados los nervios, pero aún me notaba raro.

Solté el aire de golpe y cogí varias bocanadas de aire, antes de girarme hacia la corredera del porche. Entré en el salón. Ibbie estaba sentada en el sofá, con las piernas flexionadas en alto. Tessa se encontraba a su derecha, en la misma postura. Liam se había sentado en un sillón cerca de ellas.

Caminé hasta el sofá y coloqué el móvil a un lado del asiento, para ponerme a la izquierda de Ibbie. Me sonrió y le di un beso rápido en los labios.

—Lo siento mucho, cariño —le dijo Tessa.

—No digas tonterías —negó Ibbie.

Se movió para apoyar la espalda en mi costado y la cabeza en mi hombro.

—Si hubiese podido avisarte antes de que llegara ese tío… —Bufó Tessa.

—Deja de martirizarte —le pidió Liam—. Tú lo has dicho, no podías, porque lo has sabido más tarde. No tiene sentido. Todos hemos pasado muchos nervios, pero tenemos que celebrar el final.

—Sí, es lo único importante —intervine.

—Es increíble lo que les hizo a tus padres —dijo en tono bajo Tessa—. Y las repercusiones que tuvo en ti —negó con tristeza.

—Hablar con Arturo me ha tranquilizado —comentó Ibbie.

Le dio un golpecito con el pie a Tessa y esta le sonrió con cariño. La finalidad de Ibbie era quitarle la pesadez a su amiga. Cuando llegaron ella y Liam, nada más abrir la puerta de mi casa, Tessa se lanzó a Ibbie diciéndole

apresuradamente que no se perdonaba no haberse anticipado más a lo que había sucedido. Todavía tenía que procesarlo para aligerar la sensación de malestar.

—Ese sí que es un buen hombre —habló Liam.

—Sí. Mañana por la mañana volveremos a verlo. Hemos quedado en el banco, para hacer los trámites necesarios para lo del dinero —les informó Ibbie.

—Nos equivocamos de persona al pensar que Adrián se había encargado del dinero y lo había guardado para ti —susurré sobre su cabeza cuando la movió para asentir.

—Arturo estaba muy afectado —susurró Ibbie—. Se ha notado lo que quería a mis padres, incluso después de tantos años. Me ha hablado de ellos.

Nos quedamos en silencio, cada uno metido en sus pensamientos. Le habíamos dado a Arturo las dos carpetas que los padres de Ibbie guardaron en la caja fuerte, y nos había asegurado de que iba a utilizar la información como mejor sabía, yendo a por el enemigo. También nos comentó que no teníamos que preocuparnos por nada, que Ibbie estaba fuera de todo, por fin.

Disfrutamos al ver cómo Arturo se llevaba a rastras a Adrián, la furia que sacó cuando lo agarró de cualquier forma, nos dejó a Ibbie y a mí sin palabras. Adrián iba a tener su merecido; Arturo remarcó varias veces que

iba a pagar por todo el daño que había hecho y sabíamos que sería así, sin la necesidad de comprobarlo con el tiempo.

El abrazo que le dio a Ibbie al verla, fue emotivo. Ella no pudo controlar la emoción, a pesar de que no lo conocía.

Yo no podía estar más satisfecho, todo había quedado saldado y me tranquilizaba el pensar que los padres de Ibbie ya podían descansar tranquilos, allá donde estuviesen.

—Tienes una casa preciosa, Eithan —comentó Tessa.

—Gracias. —Le sonreí.

—Es una pasada —añadió Liam, recorriendo con la vista el amplio salón.

—En algo se tiene que notar que soy el dueño de un banco —hablé con tono de humor, provocando que todos rieran.

—¿Pedimos algo para cenar? —preguntó Tessa.

—Y de beber. Cuando me fui, dejé la despensa bajo mínimo —dije.

—¿Qué hay por aquí cerca? —Quiso saber, Liam.

—Lo que queráis, cualquier opción por la que os decantéis, la tendréis. *Pizzas*, japonés, italiano, hamburguesas, chino… —detallé— Ya os hacéis una idea.

—A mí me da igual, ahora mismo me comería hasta los cubiertos —dijo Liam y después soltó una carcajada.

—Estoy igual. —Sonreí.

—¿*Pizzas*? —propuso Tessa.

Todos estuvimos conformes, por lo que llamé cuando tuvimos claro cuáles queríamos y añadí al pedido bebidas.

—En veinte minutos llegan —confirmé cuando colgué.

—Guay.

—Oye, ¿y el trabajo nuevo? —le preguntó Ibbie a Tessa.

—Mmm…

—Ya la has liado. —Rio Liam.

—Pues tú no te quedas atrás —le dijo Ibbie—. Mañana es lunes.

—¿En serio? Fíjate, no me había dado cuenta —le habló con diversión—. Ninguno de los dos nos hemos parado a pensar en eso, solo en ti. —Se encogió de hombros, y la mirada de Ibbie fue de amor puro y de emoción.

—Gracias.

—¡Qué pesada! —se lamentó Tessa— Como vuelvas a dárnoslas, cuando lleguen las *pizzas*, te las tragas de golpe, una seguida de otra. —Rio por el cojín que le lanzó Ibbie. Le dio en la cara—. Sobre mi nuevo trabajo, mañana me despertaré temprano y llamaré, no habrá problema. —Le hizo un guiño y todos lo dimos como bueno, por cómo lo dijo.

—Lo de que se trague todas las *pizzas* ni hablar, una entera nos la reservamos Eithan y yo —la corrigió Liam.

—¿Queréis daros una ducha? Podéis hacer lo que queráis —comenté.

—Yo lo que quiero es cenar y dormir. —Hizo una mueca, Tessa.

—Con los nervios que hemos pasado, yo también —asintió Liam.

—Como os apetezca, estáis en vuestra casa —añadí.

Ibbie levantó la mirada para buscar la mía y la bajé, viendo su sonrisa. Le rodeé la cintura con un brazo y la senté en mis piernas. Se quedó acurrucada de lado, con la cabeza apoyada en mi pecho. Le di un beso en la frente.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien. Sorprendentemente, en paz —susurró.

—Me alegro —murmuré mientras entrelazábamos los dedos de las manos.

Liam había recostado la cabeza en el respaldo del sillón y tenía los ojos cerrados. Tessa nos observaba con una sonrisa que decía mucho. Hizo un guiño en nuestra dirección, antes de levantarse para ir al aseo.

La casa tenía dos plantas de altura. En la que estábamos, la mayor parte la componían el salón que daba al jardín, la cocina, el lavadero, un despacho, una habitación para invitados y el aseo. En la segunda planta estaban el resto de las habitaciones, todas dobles con baños privados. Tres de ellas tenían vestidor, las otras tres no, pero disponían de grandes armarios.

La comida y la bebida llegaron puntuales. Cenamos en la zona del sofá y no nos entretuvimos mucho. Todos estábamos cansados, los nervios y las emociones del día nos pasaron factura. Cuando terminamos de cenar, nos despedimos en la segunda planta. Liam y Tessa entraron en dos habitaciones al azar, y yo llevé a Ibbie a la mía.

—Déjame a mí —le pedí, retirándole las manos de su jersey.

Lo deslicé hacia arriba, sacándoselo por la cabeza con su ayuda, al levantar los brazos. Luego, me ocupé del sujetador, desabrochándolo para dejar sus pechos al descubierto. Seguí con el botón de los pantalones y los bajé, llevándome también la braga en el proceso.

Desde abajo, al haberme agachado para sacarle la ropa por los pies, levanté la cabeza. Sonreí de medio lado al ver cómo se mordía el labio inferior. Acerqué los míos a su barriga y le di varios besos, provocándole algunos suspiros.

—Pensaba que no iba a llegar este momento —susurró acariciándome el pelo.

—Estamos aquí, y llegarán muchos más —le aseguré, mientras me ponía de pie.

Contuvo el aliento cuando le separé las piernas, metiendo la mía entre las suyas. De mi garganta salió una especie de gruñido, en cuanto mis dedos acariciaron su sexo, suave y caliente, desnudo y preparado para mí. Los moví despacio, recreándome en las sensaciones y en su expresión de placer.

Su excitación fue aumentando y me deleité, introduciendo varios dedos en su interior. Se agarró de mis hombros, pegándose a mi cuerpo, mientras mis dedos entraban y salían de su cavidad. Estaba jodidamente perfecta y mi erección palpitaba para sustituir a mis dedos.

Continué durante unos segundos, con el cuerpo de Ibbie yendo al encuentro de mis dedos. Hasta que los saqué y los deslicé hasta su clítoris.

—Eithan… —Jadeó, apoyando la frente en mi pecho.

—Me encanta escuchar mi nombre, cuando lo pronuncias de esa forma tan necesitada —dije con la voz ronca por el deseo.

Gimió cuando aceleré los movimientos, y continué, hasta que la noté tensarse. Justo en ese momento aparté la mano y reí cuando me la agarró, para que la devolviera a donde necesitaba. Soltó un bufido al no conseguirlo.

Le rodeé la cintura y la cogí en alto con un brazo. La llevé a la cama, mientras me dedicaba a saborear su esencia, lamiéndome los dedos que la habían tocado.

—Ahora será al revés —le advertí.

—¿Qué?

—Primero te voy a hacer el amor —susurré sobre sus labios, después se los lamí—. Las demás veces te follaré sin descanso, hasta que termines tan agotada y saciada que no puedas moverte —gimió como respuesta.

La subí a la cama y se tumbó. Observó cómo me desvestía. Lo hice rápido y con urgencia, lo que no sucedió cuando me coloqué sobre su cuerpo. Le separé las piernas para colarme entre ellas y cuando nos quedamos encajados, le guie una pierna para que me rodeara la cadera.

Mi miembro encontró el camino con muchísima facilidad. Lo introduje despacio, sin prisa, saboreando de otra forma diferente el momento. Noté cada puñetero centímetro que fui colando en su interior. Tuve que controlar el movimiento para no embestirla hasta lo más profundo. Estaba tan jodidamente resbaladiza y caliente, se apretaba a mí de una forma tan placentera…

Me estremecí ante los escalofríos que me recorrieron, pero nada iba a evitar que, como le había dicho, esta primera vez de la noche le hiciese el amor. Me esmeré para marcar la diferencia de lo que vendría después. Cubrí con besos su piel, mientras mi cadera retrocedía y empujaba hacia ella, con un vaivén lento que envolvió a nuestros cuerpos de una fina capa de sudor, por la contención.

Su respiración descontrolada y sus jadeos eran la mejor melodía para mí, y sus gritos, cuando llegó al orgasmo, los disfruté embistiendo con fuerza para aumentar y alargar su placer.

Cuando su cuerpo se relajó, llegó el momento de perderme en ella de una forma distinta, pero igual de placentera.

Le agarré con fuerza la pierna que tenía en mi cadera y empecé un baile desesperado y devastador, pero Ibbie me sorprendió con otros planes. Apretó la pierna alrededor de mí y nos giró a los dos.

Jadeamos por el cambio de posición, cuando se quedó sentada sobre mi miembro, con él hasta lo más profundo de su interior.

—Te has equivocado —dijo entre jadeos, empezando a moverse. Apreté la mandíbula, con todos los músculos en tensión—. Ahora te voy a follar yo —gimió cuando le rodeé el clítoris con los dedos.

Y así, de la manera más dulce, caliente, excitante y placentera, dimos todo del otro en este y en los siguientes encuentros, porque no solo se redujo a los dos primeros.

Caímos agotados sobre la una y media de la madrugada, con los cuerpos enredados.

Capítulo 34

Ibbie

—Gracias por todo —le dije a Arturo, mientras lo abrazaba.

—Por favor, no me las des. —Me sonrió con cariño cuando nos separamos—. Ojalá hubiese podido hacer más.

Estábamos en la entrada de la sede del banco, acabábamos de salir. Eithan se había encargado personalmente de los trámites para que el dinero que protegía Arturo ahora estuviese en mi poder. Ya estaba todo cerrado, como fue el deseo de mis padres.

Aún no había asimilado los nuevos cambios en mi vida, pero no tenía ninguna prisa. Se trataba de tiempo, y mientras continuara como estaba, rodeada por todas las personas que quería, todo terminaría asentándose.

Poco me importaba la gran cantidad de dinero que tenía disponible en mi cuenta, la de hoy se había sumado a la de la venta de la casa. No tenía la

intención de modificar mi vida, mi pensamiento era el de continuar trabajando en la sucursal.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes que solo tienes que llamarme —me insistió Arturo.

—Sí. Me encantaría que no perdiéramos el contacto.

—A mí también —asintió satisfecho—. Eithan. —Le ofreció una mano como despedida—. Lo mismo te digo.

—Gracias, Arturo, por todo. —Le correspondió él—. Ha sido un placer conocerte.

Después de varios intercambios más de palabras, observamos cómo se alejaba de nosotros.

—Se terminó —dijo Eithan. Me rodeó los hombros con un brazo.

—¿Quién lo iba a decir hace unos días? —hablé pensativa.

—¿Estás bien?

—Sí. —Giré la cabeza para mirarlo.

Bajó la suya para darme un beso. Sus labios se movieron sobre los míos despacio, con un beso que me reconfortó como siempre me sucedía con todo lo que me daba Eithan.

Cuando le pusimos fin, me dio otro rápido en la frente y empezamos a caminar por la acera. Fuimos directos hasta mi coche, dispuestos a regresar a nuestra rutina. Teníamos muchas horas por delante de trayecto, pero las haríamos sin prisa.

Liam y Tessa se fueron en cuanto terminamos de desayunar en una cafetería que se encontraba cerca del banco. A esta hora ya debían haber recorrido la mitad del camino, o incluso un poco más. Nos despedimos de ellos con abrazos y besos, y algo que me creó curiosidad fue ver a Tessa susurrarle algo a Eithan. No escuché nada, pero tampoco les pregunté a ninguno de los dos. Mi amiga no me había llamado o escrito un mensaje, así como Eithan tampoco le había dado importancia. Eso había hecho yo, porque sonreían cuando ambos se giraron hacia mí. Me dio la sensación de que tramaban algo y no iba a ser yo la que les chafara los planes.

Una de las primeras cosas que me dijo Eithan al despertarnos, fue que la noche anterior avisó a Cameron de que ninguno de los dos iríamos a trabajar. No me preocupó lo que pensara mi jefe, como tampoco me preocupaba el momento en el que hablara con él. Ya no iba a ocultar más que Eithan y yo estamos juntos.

Mmm, aunque referente a eso…

—Eithan… —dije cuando nos montamos en el coche. Él volvía a estar frente al volante.

—¿Sí? —Arrancó y echó marcha atrás, para salir del estacionamiento.

—¿Estamos juntos? ¿En plan pareja? No lo hemos hablado, pero…

Pisó el pedal del freno de golpe y giró la cabeza hacia mí, despacio.

—¿En serio? —Arqueó una ceja.

—¿Qué? —Noté un calor intenso en las mejillas.

—Que si es en serio que tienes que hacerme esa pregunta. —Su otra ceja también se elevó.

—A ver, no —carraspeé—, pero yo qué sé. Da igual, ha sido una tontería —negué y fijé la mirada hacia delante—. Ya puedes ponerte en marcha.

—Ibbie, mírame —me lo pidió tan serio que lo hice al instante—. No quiero que entre nosotros haya ninguna duda, ¿de acuerdo? Pensaba que estaba claro, pero si necesitas escucharlo…

»Sí, estamos juntos. Sí, somos una pareja. Y sí, nuestra relación va para delante porque no hay otra posibilidad. A no ser que seas tú la que me apartes de tu lado, te aseguro que yo no lo voy a hacer. ¿Entendido?

—Perfectamente. —Me humedecí los labios.

Se acercó y se inclinó sobre mí, agarrándome de la nuca. Me guio hasta su cara, nuestros labios se quedaron a pocos centímetros.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi —susurró, calentándome con su aliento y con sus palabras—. Que no se te olvide que yo sabía perfectamente a quién tenía delante y lo que quería conseguir. —Me estremecí—. Te quiero y también lo quiero todo contigo, siempre ha sido así.

—Yo también te quiero —murmuré y apretó la mandíbula.

—No sabes cuánto he deseado escucharlo. —Apoyó su frente contra la mía.

—Te quiero, Eithan —repetí y cerró los ojos, con fuerza.

Cuando los abrió, me besó con pasión. Sus labios abrasaron a los míos y su lengua, en cuanto se coló encontrando el camino, terminó por consumirme. El choque de nuestros dientes, por la profundidad e intensidad con la que me besó, provocaron que estuviese a punto de olvidarme del lugar en el que estábamos. Poco me faltó para quitarme el cinturón de seguridad y subirme encima de él, para sentirlo en mi interior, llenándome como solo él sabía.

Me estremecí ante ese pensamiento, notando la humedad acumulándose en mi cuerpo.

—Ahora sí que puedo ponerme en marcha —habló con la voz ronca.

—Estoy de acuerdo —solté un suspiro entrecortado.

Sonrió de medio lado. Se colocó bien sentado y retomó la tarea de salir del estacionamiento. Se incorporó a la carretera y circuló por las calles de la ciudad, tomando la dirección que nos llevaría hasta mi piso.

Empecé a notarme demasiado cansada a mitad del recorrido. Los párpados me pesaban y los fui cerrando poco a poco, con la mano de Eithan agarrando la mía y nuestros dedos entrelazados.

—Descansa —me pidió en tono bajo.

Su voz la escuché muy lejana, hasta que dejé de percibir dónde estaba y todo lo de mi alrededor. Me sumí en un sueño profundo, sin poder remediarlo.

✣ ✣ ✣

—Ibbie…

—Mmm… —Me oí decir.

—Despierta.

Abrí poco a poco los ojos, muy despacio. Lo primero que vi fue a Eithan, mi cabeza estaba girada hacia él. Lo siguiente que percibí fue su seriedad, a pesar de que él tenía la atención puesta en la carretera.

Todavía estaba conduciendo. Parpadeé varias veces rápido y me senté recta, observándolo, mientras hacía esfuerzos por espabilarme.

—Siento haberme dormido.

—¿Por qué?

—Eh, no sé. —Carraspeé para aclararme la voz—. ¿Qué pasa?

—Nada y todo —respondió y fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Estás a punto de saberlo. —Me miró de reojo, pero solo por unos segundos demasiado breves.

—¿Dónde… estamos? —pregunté cuando dirigí la vista hacia el frente— Eithan… —susurré.

—Ha llegado el momento, es el perfecto —dijo.

Me pregunté si el sueño me había dejado tonta porque no comprendía nada. Por estar dormida no era, porque ya estaba bien despierta ante la situación.

—No te entiendo. —Me moví incómoda en el asiento.

—Antes de que pasara todo lo de tus padres, la noche que regresamos a tu piso cuando fuimos a la casa de Nicolás y Diana a por la caja que encontraron en el invernadero, te dije en la ducha, después del sexo, que tenía algo que contarte.

—Sí. —Lo recordé perfectamente.

—También te dije que no había prisa. Tenía la intención de hablar contigo cuando estuviésemos relajados en el sofá, pero después, al salir de la habitación, encontré la caja volcada por Drako y todo se precipitó hacia lo que hemos vivido.

—Sigo sin entender por qué estás tan serio. ¿Tienes algún problema que no me hayas dicho? ¿Te preocupa algo?

—Me preocupa algo muy importante, sí. —Hizo una pausa—. Más bien, me preocupa cómo te siente lo que voy a decirte y la reacción que tengas. Tengo un pasado.

—Eithan… Todos lo tenemos, lo único que me importa es el presente y ese lo estoy viviendo contigo. Nada de lo que me cuentes puede hacer que…

—Espero que no —me interrumpió.

Aminoró la velocidad, hasta que paró junto a una acera. No pude apartar los ojos del perfil de su cara, mientras intentaba analizar cada una de sus palabras. Cogí una bocanada de aire y giré la cabeza, hacia la ventanilla. Me había preocupado tanto al despertarme que toda mi atención se la había llevado Eithan. Sí que vi por dónde circulaba, pero ahora…

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté en un susurro, observando la zona.

—Vamos —dijo evitando responderme.

Se bajó del coche y yo necesité unos segundos, o quizás minutos, para poder moverme. Abrí la puerta despacio y me bajé. Eithan caminó hasta mí y me agarró de la mano. Tiró y me dejé guiar, con mucha incertidumbre, curiosidad y lo peor de todo, miedo por lo que pudiese decirme.

Era verdad lo que le había dicho, su pasado no me importaba. Me daba igual todo, yo solo veía al Eithan de este presente, el nuestro.

Caminamos por la acera. Su agarre en mi mano era firme. Contuve el aire cuando pasamos por una zona concreta, y pude relajarme un poco cuando se desvió hacia la izquierda. Cruzamos la calle y nos adentramos en un parque. No se paró, continuó avanzando y yo a su lado. En ese punto, al ver cómo su cuerpo se tensaba, me entró de todo por el mío.

No sabía cómo decirle que no tenía nada de lo que preocuparse, pero me dio la sensación de que, si hablaba ahora mismo, no me oiría. Estaba demasiado pensativo, concentrado y dudé de si estaba conmigo realmente, aunque su cuerpo estuviese muy cerca.

—No sé cómo empezar —dijo de repente y fui consciente de que nos habíamos parado.

Dirigí la mirada hacia todo lo que nos rodeaba. Teníamos un banco al lado y lo que teníamos alrededor eran árboles, vegetación y caminos. Había personas, pero muy lejos de nosotros.

—Por el principio —susurré—. Sea cual sea, estoy aquí, contigo —insistí.

—Necesitaba que entre nosotros surgiera todo de la forma en la que lo provoqué.

—¿Cómo?

—Ibbie…

—¿Qué? —Tragué saliva, con un nudo en la garganta.

Se volvió hacia mí. En este instante estaba aún más serio. Me soltó de la mano y me rodeé la cintura con los brazos, mientras él metía las manos en los bolsillos del pantalón.

La intranquilidad se asentó en mí y mi mente voló hacia los peores pensamientos, recreando varios escenarios posibles de lo que podía pasar a continuación.

Me había enamorado de Eithan y si lo que iba a decirme tenía el propósito de romperme, no sabía si conseguiría digerir un impacto de esa magnitud. Ahora no, hoy no. Quizás dentro de un tiempo corto o largo tampoco, pero precisamente después de lo que pasó el día anterior y de mis emociones alteradas, no me veía con las fuerzas suficientes como para enfrentar la situación.

Me había dicho que me quería, me había dejado claro lo que éramos… ¿Entonces? No entendía nada y el no hacerlo me hizo temblar.

—¿Te acuerdas cuando te dije en el *pub* que tienes un nombre muy bonito y difícil de olvidar?

Fruncí el ceño y me armé de valor para hablar. Cuadré los hombros y levanté la barbilla, pero no dejé de abrazarme a mí misma.

—Sí —confirmé.

—Desde los diecisiete años jamás he podido olvidarlo, ni a ti.

Me tambaleé cuando di un paso hacia atrás, con los ojos abiertos al máximo, mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

Capítulo 35



Eithan

—¿Qué…? —susurró.

—Antes de iniciar el viaje hasta aquí, cuando me has preguntado si estábamos juntos y yo te lo he aclarado, te he dicho que me enamoré de ti la primera vez que te vi. No has sabido interpretar mis palabras porque no puedes recordarlo. Me he referido a cuando yo tenía diecisiete años y tú estabas a punto de cumplirlos, esa fue la vez que me enamoré de ti. Hasta hoy día no ha cambiado ni bajado de intensidad —contuvo la respiración.

»Te he dicho que no se te olvide que supe perfectamente a quién tenía delante en el *pub* y a quién me acerqué, como también lo que quería conseguir. Hablaba de esa de noche que tú creías que era la primera que me veías, Ibbie, pero en esas palabras había mucho más escondido que el simple hecho de ser tu jefe y haber visto tu fotografía y tus datos en la información que me dio Cameron.

»Yo formo parte de tu pasado, uno importante que tu memoria no puede alcanzar. —Soltó un jadeo tembloroso y tragué saliva—. Durante todos los

años que han pasado he continuado queriéndote, por eso te remarco que nuestra relación va para delante porque no existe otra posibilidad, a no ser que seas tú la que me apartes de tu lado, lo que sinceramente me acojona y me da pánico ahora mismo.

»Te he asegurado que yo no voy a alejarme de ti, aunque te parezca que con lo que te estoy contando lo he hecho anteriormente. No es correcto, he estado más pendiente de tu vida, de lo que puedes llegar a imaginar, lo único que tú no lo sabías. —Me pasé una mano por el pelo.

Se había sentado despacio en el banco y seguía mirándome con los ojos muy abiertos. Tenía los labios entreabiertos, sus respiraciones eran cortas y rápidas, dejando claro lo afectada que estaba. Aun así, no me interrumpió, se mantuvo en silencio y continué.

—Cuando me has dicho que me quieres… Joder. —Sacudí la cabeza y cerré los ojos con fuerza—. Durante mucho tiempo pensé que no volvería a escucharlo, por eso he comentado que no sabes cuánto deseaba oírlo de tus labios. Sí, lo de que «no volvería a escucharlo» es porque me lo dijiste muchas veces en el pasado. Yo… —Cogí una bocanada de aire y lo solté de golpe.

»Días atrás te aseguré que hacía mucho tiempo que no me sentía como ahora, que los días se habían hecho largos, interminables, hasta llegar a este momento en el que estamos. Necesitaba entrar de nuevo en tu vida, era el momento, estabas bien. Si he tardado tanto en hacerme presente para ti, es solo porque quería asegurarme de no fracasar.

»Todos los años que he pasado separado de ti han sido una tortura y sé que, seguramente, cuando lo asimiles, te enfadarás conmigo, por mantenerte

a ciegas, como me reprochaste por lo de ser tu jefe y yo saber que eras mi empleada. Mierda, claro que sabía que era tu jefe, por eso aparecí en la sucursal, por eso viajé para estar a tu lado.

»Tú eres el único motivo por el que vine y lo hice con un propósito muy claro. Sabía que me la iba a jugar porque no podía, ni quería, permitir que no supieras quién era yo en realidad.

—¿Quién eres? —susurró.

—El mismo chico que con diecisiete años te vio en una librería, cargando con un montón de libros. —Tragó saliva—. Trabajabas allí compaginándolo con tus estudios y chocamos por despiste, lo que provocó que todo lo que sujetabas se cayera al suelo. Esa fue la primera vez que nos vimos y ¿sabes qué sucedió en los siguientes días? —negó con los ojos nublados por las lágrimas.

»Que cada puñetero día tenía la necesidad de volver para verte, aunque fuese desde la distancia. Te seguía con la mirada, pero tú hacías igual conmigo. En mi vida he comprado tantos libros como en los quince días que tardé en invitarte a salir. Y este parque —miré hacia la izquierda—, fue el lugar que elegimos para nuestra primera cita. Y en el banco en el que estás sentada nos dimos nuestro primer beso. —Se mordió el labio inferior.

»Conocí a tus padres, lógicamente, pero no, no tenía ni idea de que eran clientes de mi banco, ni de lo que eran ellos en sus vidas privadas, ni de lo que guardaron en la caja fuerte. Abrí el banco el año anterior al accidente. Ellos lo sabían, y supongo que algo tan importante como lo que guardaron, quisieron dejarlo bajo mi custodia, por lo enamorado que estaba de su hija. Cuando tu madre escribió en la carta lo de «*tendrás a tu lado a una persona*

que dará todo cuanto tiene por estar junto a ti», se refería a mí porque dio por hecho que continuaríamos juntos.

»Tus padres sabían lo que nos queríamos y, por aquel entonces, ninguno podíamos imaginarnos lo que sucedería: el accidente y las repercusiones que tuvo. Por si te lo estás preguntando, no conocía a nadie relacionado con tus padres, me refiero a Adrián y a Arturo. Todo el tema de ellos lo mantuvieron muy en secreto y yo también me he ido sorprendido como tú, al descubrirlo. Ni siquiera vi a Adrián cuando yo iba al hospital para estar cerca de ti, porque sí, durante todo el tiempo que estuviste ingresada no falté ni un solo día, aunque no me vieras.

»Después de hablar con tu médico y de volverme loco, me pidió que no me acercara a ti en mi estado y que respetara el tuyo. Y ya cuando tú te negaste a todo tu pasado, a mí, sin saberlo, lo único que pude hacer fue apartarme para no empeorar tu situación. El primer año fue horrible, pero una vez superado, simplemente viví dejando pasar los días.

»Si no hubiese sido por Desmon y por Maison al cabo de cierto tiempo en el que nos hicimos amigos, en muchas ocasiones no sé qué habría sido de mí. —Me froté la cara—. Ese accidente nos jodió la vida a todos y yo… Yo solo quería volver a acercarme a ti en tu nuevo presente. —Apreté la mandíbula—. Quería, no, necesitaba que te enamoraras de mí como la primera vez, que no me vieses como un extraño diciéndote que éramos pareja, que nos amábamos, cuando tú no podías sentir nada al no conocerme.

Durante unos minutos me quedé callado, sin poder mirar la cara de asombro de Ibbie. Era demasiado doloroso porque temía lo que diría cuando pudiese hablar.

—Y así, dos jóvenes que se enamoraron perdidamente a los diecisiete años y que vivieron su amor con intensidad durante varios, vieron sus vidas truncadas de la noche a la mañana. Cuando perdiste la memoria, borré todo rastro de mi vida de la tuya, desaparecí, aunque, como te he dicho, nunca he dejado de estar pendiente de tus avances.

»No podía entrar en tu vida cuando te negabas a ello, habría sido la peor decisión y jamás me habría perdonado hacerte daño. Yo solo quería que vivieras, que te crearas nuevos recuerdos, que fueras feliz con la nueva vida que iniciaste con mucho esfuerzo y valor. Lo único que me hacía avanzar y a lo que me aferraba, es que esperaba que llegara el día en el que pudiese ponerme delante de ti, para tener un acercamiento y para intentar enamorarte otra vez. —Bajé la mirada al suelo.

»Lo más gracioso de todo, es que no tuve nada que ver con que empezaras a trabajar en mi banco. —Sacudí la cabeza—. Cuando lo supe, casi me da algo. En eso tuvo mucho que ver Tessa y sus habilidades, cuando te animó a que fueras a la entrevista en la sucursal.

—Eithan…

—Perdóname por no ser sincero desde el principio, yo… Tenía miedo de tu rechazo. No sé… —Me pasé la mano por el pelo, varias veces.

—¿Puedes… puedes acercarte? Es que si me levanto a lo mejor me caigo. Me tiembla todo el cuerpo —me pidió entre susurros.

Tragué saliva y di los pasos que nos separaban. Me senté a su lado en el banco y giré la cabeza hacia ella.

—Tessa lo sabía —dijo y tragó saliva—. Por eso yo tenía la sensación de que había algo que no me decía… Y lo sentí aquí. —Se colocó una mano en el pecho—. ¿Verdad? Ella lo supo.

—Sí —susurré—. Habló conmigo esta mañana. Cuando te estabas duchando y Liam se vestía. Me encontró en la cocina y no es que utilizara muchas palabras, pero las justas porque me dijo que sabía cuál era nuestra historia, desde el principio. —Levanté la mirada al cielo.

—¿Cómo… cómo has podido soportarlo?

—¿La verdad? No lo sé. —Sonreí de medio lado, pero no fue un gesto de alegría.

Nos quedamos en silencio y conforme los segundos se convirtieron en minutos, me temí lo peor que podía suceder. No estaba preparado para dejarla marchar de nuevo, no me veía capaz de soportar otro golpe como ese, pero si era lo que quería Ibbie, ya fuese para pensar o para tomarse un tiempo, lo aceptaría sin rechistar.

Para mí, siempre había sido ella, desde los jodidos diecisiete años de ambos. Me aferré al pensamiento de que me había dicho que me quería, me agarré a todo el amor que me había dado desde que aceptó en mi despacho que quería estar conmigo y en mi interior, en lo más profundo de mí, deseé y rogué para que no me rechazara.

No tuve que esperar mucho más para saber la respuesta a todas mis dudas y temores. Ibbie se levantó de repente y dio un paso hacia delante. Di por hecho que se iba y cerré los ojos con fuerza, para no ver cómo lo hacía.

Los párpados se me levantaron de golpe cuando sentí el calor de su cuerpo. De mis labios salió un jadeo entrecortado cuando se subió a horcajadas sobre mis piernas. La visión de ella se me nubló por las lágrimas.

—Te quiero —susurró, mientras retiraba con los dedos la humedad de mi cara—. ¿Me oyes? —asentí sin poder hablar— Ahora entiendo por qué tenía la sensación de que encajábamos tan bien desde la noche del *pub*, a pesar de que hacía muy poco tiempo que nos conocíamos. —Rio por lo que representaba ese poco tiempo.

»Entiendo perfectamente por qué me sentía tan cómoda contigo, cómo hacías que todo fuese natural y cómodo entre nosotros. —Me acarició el pelo—. Cuando te lo comenté, me dijiste que las conexiones existen y es verdad, la nuestra nunca se rompió. Gracias, Eithan. —Volví a tragar saliva.

»Gracias por cuidarme siempre. Gracias por no alejarte de mí. Gracias por no olvidarme, por quererme tanto que te sacrificaste, aun sabiendo que eso te destrozaría. —Apoyó la frente en la mía—. Te amo —me estremecí — y quiero crear muchos recuerdos junto a ti, contigo, para siempre y hasta el último latido de mi corazón.

—Ibbie…

—Shhh… —susurró sobre mis labios— ¿Pensabas que iba a rechazarte? ¿Qué me enfadaría por mentirme? ¿Qué te apartaría de nuevo de mi vida, esta vez siendo consciente? —asentí— Es imposible que suceda, Eithan, porque como bien te propusiste, has conseguido que me enamore de ti. —Me acarició los labios con los suyos—. ¿Y sabes qué creo? —negué— Que me enamoraría una y otra, y otra vez más de ti. Todas las veces que fuesen necesarias terminaría loca por ti, porque eres tú, mi todo.

Conseguí reaccionar y la agarré de la cara. La besé con deseo, con desesperación, con pasión y con todo el amor acumulado de años. La besé con todo lo que guardaba en mi interior, sabiendo cada uno lo que éramos para el otro. Ya no hubo temores, las dudas se evaporaron y el saber que Ibbie aceptaba todo de mí, lo que era yo y toda nuestra historia, me provocó la sensación más cálida y reconfortante que había experimentado en toda mi vida.

Epílogo

Nueve años después…

Ibbie

Me apoyo en el marco de la corredera del salón que da al porche y sonrío. Es imposible que no lo haga. Eithan está tumbado en la hierba, Drako también, a poca distancia. Nuestro perro contempla sin apartar los ojos cómo Nesta intenta hacerle cosquillas a su padre para que se ría, de esa forma quiere que pierda la batalla.

No va a conseguirlo, sorprendentemente, Eithan no tiene cosquillas en ninguna parte de su cuerpo. Yo nací con ellas por todas las zonas de mi piel.

Nesta tiene ocho años. Cuando nos enteramos de que me había quedado embarazada, fue una sorpresa para ambos. En algunas de las tantas veces que tuvimos sexo en aquella época, cuando todavía no sabía la implicación de Eithan en mi pasado, pues resulta que él dio en la diana. En realidad, con lo activos que fuimos en el cuerpo a cuerpo, y si le sumamos que Eithan le

cogió el gusto a no usar protección, pues el resultado no podía ser otro. Y para ser aún más realista, a ninguno de los dos nos importó, por ese motivo no le pusimos remedio.

Nesta fue una bendición para nosotros, una del amor que sentíamos hacia el otro. Eithan se puso eufórico, una vez que se le pasó la impresión. Adoraba a mi marido y al padre de mis hijos. ¿Cómo no hacerlo después de todo lo hizo y seguía haciendo por mí?

Ian llegó a nuestras vidas cuatro años más tarde, para completar la familia, aunque no puedo decir que no estuviésemos abiertos a repetir la jugada. Practicar lo hacíamos muy a menudo, incluso en ocasiones varias veces al día, así que, a saber, lo que nos depararía el destino porque cuando Eithan se calentaba no me daba tiempo ni a pestañear dos veces seguidas que ya me estaba llenando con esa parte de su cuerpo que me hacía perder el sentido.

Sonreí al escuchar a Ian, o más bien a su moto. Era de juguete, de las que se desplaza moviendo los pies por el suelo. Pasó por mi lado rápido y, en cuanto llegó al césped, se bajó y corrió hasta su padre y su hermana, para unirse en la batalla de cosquillas. Drako ladró, contento y feliz, con ganas de lanzarse al grupo también.

Pero no lo haría, estaba ejerciendo de guardián y era uno maravilloso.

Estábamos en la casa de la ciudad en la que se encontraba la sede central del banco, la que un día fue de Eithan. Era verano, nuestra fecha preferida

para pasar una larga temporada aquí. Vivíamos en la localidad donde nos conocimos, al menos esto último así es en mi memoria. Mi pasado antes del accidente continuaba como un lienzo en blanco, lo único que atesoraba de aquella época era todo lo que Eithan me contó.

En la sucursal todo seguía igual. Eithan y Cameron la dirigían y los empleados, incluyéndome a mí, ejercíamos nuestro trabajo como siempre. Todos mis compañeros continuaban con nosotros, todos menos Adriana, que eligió irse por ella misma. La superó ver que Eithan y yo teníamos una relación, ya ves tú la pena que nos dio a todos cuando presentó la carta de renuncia. Su amiga inseparable, Míriam, la siguió unos meses después.

Durante cuatro meses, Eithan y yo vivimos en mi piso, pero al finalizar ese tiempo encontramos una vivienda que se adecuaba más a lo que teníamos pensado para el futuro. Compramos una casa, o más bien, Eithan la compró, pero estaba a nombre de los dos. Se negó a que yo gastara una parte del dinero que conseguí con la venta de la casa de mis padres, o del que me dejaron en la caja fuerte del banco, como tampoco del que gané con la venta del piso.

En nuestra nueva casa, formamos nuestra familia. Una vivienda bastante grande con un gran jardín y piscina. No le faltaba ningún detalle, al igual que en la que estábamos ahora que hacía de complementaria. A esta, veníamos para escaparnos de la rutina y el que decidiéramos tener otra piscina fue un extra añadido.

Justo cuando nos mudamos de mi piso, hacía pocos días que nos habíamos casado. No perdimos el tiempo, demasiado lo hicimos entre unas cosas y otras. Nos amábamos, y era todo lo que necesitábamos. Con tenernos el uno al otro nuestra felicidad era completa, cuando por aquel entonces Nesta ya venía en camino y no lo sabíamos.

Los gritos de Eithan me sacaron de mis pensamientos. Solté una carcajada al escuchar que me llamaba, pidiéndome ayuda. Con nuestros hijos no la necesitaba, la verdad es que con ninguna cosa le hacía falta, pero ahí que fui yo para hacerme la heroína.

Salí corriendo y me tiré al césped encima de los tres. Drako se levantó sobre sus cuatro patas y empezó a ladrar y a dar vueltas alrededor de nosotros. Los adultos y los niños terminamos riendo. Al final, me encontré sola con Eithan, entre sus brazos, cuando Ian y Nesta se fueron a jugar a otra parte.

Tumbada sobre el cuerpo de mi marido, sonreí de medio lado, con picardía, al notar la parte dura que alteraba mis pulsaciones.

—Mmm… ¿Quieres que te busque yo las cosquillas? —le pregunté, sentándome a horcajadas sobre su erección.

El movimiento que hice, balanceándome, provocó que soltara un gruñido y me agarrara con fuerza de las caderas, para apretarme a su miembro duro y palpitante. Cómo me gustaba… tenía un serio problema.

—Estoy deseando que empieces por aquí. —Su voz sonó ronca por el deseo, mientras separaba el trasero del suelo y me levantaba con él. Jadeé cuando tocó mi punto más sensible y excitado—. Y necesitaré que busques bien. —Me agarró de la nuca y tiró de mí, dejando nuestras caras a pocos centímetros.

»Eres la única que puede hacerme las cosquillas que buscas —susurró lamiéndome los labios—. Con tu lengua juguetona —me mordí el labio inferior, frotándome contra él. Se puso más tenso— y con la parte de tu cuerpo que está en contacto ahora mismo con mi miembro —gruñó tirando de mi cuerpo hacia abajo. Se presionaba tan deliciosamente bien—. Así… Joder… —Bufó cuando las risas de nuestros hijos se acercaban.

A pesar de que mi cuerpo estaba completamente revolucionado, no pude contener una fuerte carcajada, pero me quedé callada de golpe. Contuve la respiración cuando Eithan se levantó de golpe y me llevó con él en el movimiento. Me colocó sobre su hombro y salió conmigo a cuestas. Recuperada de la impresión, volví a reír al pasar junto a Ian y a Nesta, los que nos miraban entre curiosos y preocupados.

—Papi, ¿le pasa algo a mamá?

—No, cariño, mamá, está perfectamente, pero igualmente voy a comprobarlo ahora mismo —dijo apresurado Eithan, atravesando el salón.

—Mmm… Vamos a hablar de unos temas de trabajo y del colegio de los dos. —Se quedaron rígidos y sonreí.

Esa palabra, «colegio», era milagrosa. Si queríamos tener un poco de libertad y privacidad, solo teníamos que pronunciarla y desaparecían, hasta que los buscábamos.

Esta era nuestra vida, así llevábamos nueve años, sumándole un poquito más de los días que pasaron desde que nos encontramos en el *pub*, lo que en realidad fue un reencuentro, aunque yo no lo supiera.

Pero en este camino que estábamos recorriendo no estábamos solos. Todos nuestros amigos, nuestra familia de corazón nos acompañaban. Ahora paso a hablaros de ellos, de todas las personas que de una forma u otra eran muy importantes en nuestras vidas.

Empezaré por Lara y Félix. Continuaban casados, felices, radiantes, lo que no significaba que tuviesen sus pequeñas cosas como cualquier pareja. Nada insalvable, porque entre ellos lo que predominaba era el amor, uno puro. Así fue desde sus inicios, y mi amiga Lara ya no pensaba en que algo relacionado con la familia de sangre de su marido pudiese perturbar la paz de ambos. Félix continuaba sin querer saber nada de ellos, aquella puerta la cerró en las narices de todos y cada uno de los que le fallaron, pero, sobre todo, los que le hicieron mucho daño a Lara. Él nunca iba a perdonarles esto último, Liam y yo lo supimos, Tessa sobra decir que también, pero es normal que el miedo arraigara en Lara. Ese pesar se había ido esfumando con el tiempo y ya no quedaba rastro de él. Eran padres de mellizos, Carlos y Alba. El negocio de Félix continuaba siendo uno de los más importantes de la zona.

Sobre mi amiga Tessa, ¿qué os puedo decir? Ella era especial, en muchos aspectos. No le gustaba que la viésemos de esa forma, pero la verdad no se puede tapar, así que daba igual lo que nos dijese porque nosotros, todos, la sentíamos de esa manera. Hubo otra cosa que se calló durante un tiempo, hasta que todo lo que pasó en mi vida no se apaciguó, no me soltó la bomba de golpe. Aún recuerdo perfectamente sus palabras a los pocos días de que Eithan me confesara nuestro pasado, el que ella escuchó de nosotros emocionada. Exactamente dijo: «*Eithan, esta noche tenéis que organizar una cena y quiero que tus amigos vengan. Uno de ellos es para mí, así que, que tiemble el pisooo…»* ¿Y nosotros qué hicimos? Pues invitar tanto a mis amigos como a los de Eithan, los que se convirtieron en los de todos y algo más. No hace falta que os diga que Tessa lo consiguió, ella ya lo había anticipado. Mario, el camarero del *pub* con el que se veía de vez en cuando, pasó a ser un buen amigo con el que no tuvo nada más. Lo que sí os aclaro es a cuál de los amigos de Eithan se refirió Tessa, a Desmon. Encajaron perfectamente desde el principio, se convirtieron en inseparables y ella y yo todavía bromeábamos de que nuestras esperanzas en el amor gracias a Lara y a Félix habían dado sus frutos. Y tanto que los dieron, Desmon y Tessa estaban casados y tenían un hijo, Lucas. Desmon continuaba trabajando para Eithan, como le gustaba decir a mi marido, trabajaba con él, codo con codo. Eran un gran equipo que se complementaban perfectamente.

Mi amigo Liam conoció años atrás a una mujer maravillosa que pasó a formar parte de nuestro grupo. Nicole es encantadora y enamoró a Liam al poco de que se conocieran una noche de verano en la que sus caminos se cruzaron. Él la retó entre bromas, ella aceptó con una mezcla de picardía e inocencia en las que mi amigo cayó completamente fulminado. Hoy día continuaban disfrutando del amor que nació entre ellos, y estaba segura, sin

la necesidad de la intervención de Tessa, de que seguiría siendo así. Vivían juntos, no estaban casados y en cuatro meses nos darían una nueva alegría. Nicole estaba embarazada de Alex, al que estábamos deseosos de conocer para llenarlo de mimos y cariño.

Sobre Maison, él continuaba al frente de su empresa, pero ya no permitía que las obligaciones y las responsabilidades lo consumieran. Eso cambió progresivamente, hasta que pasó a ser radical cuando Teresa entró en su vida. Durante una temporada nos lo pasábamos genial escuchando las quejas de él sobre ella. Todos nos dimos cuenta de que sus palabras escondían mucho, tanto que ni él era consciente de la realidad. Hasta que se dio de frente con ella, claro. Teresa entró a trabajar en la empresa de Maison, bajo sus órdenes más directas, porque ocupó el puesto de su secretaria personal. Los comienzos entre ambos fueron tirantes, pero sé que muy placenteros y picantes, por lo que se provocaban. Entre tanto tira y afloja, hoy día llevaban siete años juntos, estaban casados y eran padres de Katia. Maison empezó a delegar obligaciones que, para algo, tenía a su cargo un personal muy competente y de confianza, por lo que ya no lo esclavizaba su empresa.

¿Os acordáis de Salma y Jairo? ¿Mis compañeros en la sucursal? Mmm… pues la afinidad que vi una vez en ellos, cuando me fijé de verdad en cómo interactuaban, dio sus frutos. Sí, poco a poco, casi sin que ninguno de ellos se diese cuenta, se enamoraron. Fue una grata sorpresa cuando me lo contaron emocionados. Me alegré muchísimo por ellos y me reí mucho más cuando Jairo me dijo que iba a continuar con sus bromas hacia mí, buscándome para alterarme. Y lo cumplió, pero con una mirada de enamorado de Salma que le daba un sentido totalmente diferente a sus

palabras. Se casaron hace cinco años, eran felices y se compenetraban a la perfección. Estaban buscando ser padres y no dudaba de que pronto nos darían una buenísima noticia.

Nuestro amigo Andrés continuaba al frente del restaurante, al que continuábamos yendo a menudo. Habíamos ampliado el grupo y acogió a las nuevas incorporaciones con el mismo cariño que a Liam, a Lara, a Félix y a mí. Después de los primeros meses de embarazo, Rebeca, su mujer, lo llevó genial. La hija de ambos, Lisa, era una niña preciosa.

Y, por último, pero no menos importante, os comento que Nicolás y Diana entraron pisando fuerte en la vida de todos mis amigos. Para mí, los dos siempre serían especiales, unas personas que me ayudaron con todo el amor que me ofrecieron, cuando ni yo misma sabía quién era. Ejercían de abuelos de todos nuestros hijos, los que los adoraban. Por ello hacían muchos viajes, para disfrutar todos juntos, porque el bien más preciado que hay, es el de poder estar con las personas que quieres y te quieren. A esos viajes a veces se unía Claudia, la secretaria de Nicolás, y el resto estábamos encantados de recibirla cuando venía a vernos.

La vida es una montaña rusa de emociones, un sube y baja constante. A veces más estable, en otras ocasiones en caída libre. Lo único que se puede hacer es agarrarse fuerte a ella y dejarse llevar, porque hagas lo que hagas, pienses lo que pienses, los caminos de las personas pueden variar según las decisiones que se tomen, pero si algo tengo claro a estas alturas, es que lo que está predestinado para ti, termina sucediendo, de la forma que sea.

Al perder la memoria, jamás imaginé lo que llegaría a mi vida. Fue impensable para mí, saber que me reencontraría con el amor más profundo y real que una persona puede experimentar. A él, a Eithan, se lo debo todo. Por su lucha constante por mí, por aferrarse a sus sentimientos y no flaquear, por amarme como lo hacía y por hacer que naciese en mí el mismo sentimiento hacia él, una vez más, como en el pasado.

Puede que mi cabeza nunca llegue a recordar por sí misma los años que pasamos juntos antes del accidente, pero sé, en lo más profundo de mí, que mi corazón reconoció a Eithan desde la primera vez que lo vi. La misma conexión que tuvimos de jóvenes continuaba latente en nosotros y eso nada ni nadie podía cambiarlo, ni borrarlo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu